ZECHARIA SITCHIN

*Autor de El 12º planeta*

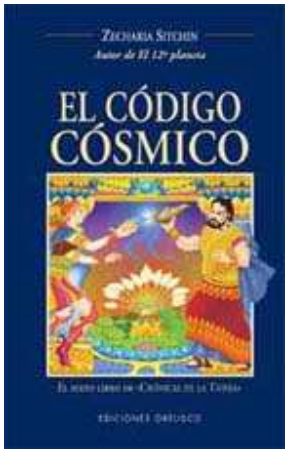
# EL CÓDIGO CÓSMICO



EL SEXTO LIBRO DE «CRÓNICAS DE LA TIERRA»

4.ª edición

EDICIONES OBELISCO




## CRÓNICAS DE LA TIERRA

# ©The Cosmic Code

¿Será algo más que un juego de palabras el afirmar que somos tan terrestres como divinos? En este sexto título de la serie de las CRÓNICAS DE LA TIERRA, Zecharia Sitchin aplica los últimos avances en genérica a unas escrituras milenarias para demostrar que la humanidad, partiendo de su evolución en la Tierra es, al mismo tiempo, Hija de las Estrellas, producto y sujeto de un Código Cósmico vital.
En este libro, Sitchin ofrece una revolucionaria teoría según la cual existe un código alfabético biológico-numénco utilizado por los Anunnaki con individuos seleccionados como Henoc para almacenar datos científicos que debían ser revelados a la humanidad en el momento adecuado. Con esto, también se forma la base de la profecía, el conocimiento previo del futuro, ya que en estas revelaciones, Sitchin identifica el punto crucial de los asuntos celestiales y terrestres en el delicado equilibrio entre el predeterminado Destino y los caprichos del Hado, libremente elegido. Al desenmascarar los misterios de la profecía, Sitchin levanta el velo de la incomprensión y la incredulidad que durante tanto tiempo ha oscurecido las verdades históricas y revela el Código Maestro que conecta a la humanidad con las estrellas.

«Una buena y persuasiva investigación. Sitchin confiere a este libro una lógica y una erudición de lo más necesarias... muestra los defectos de teorías largo tiempo establecidas y pone en evidencia algunos engaños de la antigüedad».
Library Journal

«Sitchin es un infatigable investigador de los orígenes del hombre».
Kirkus Reviews

Colección Crónicas de la Tierra
**EL CÓDIGO CÓSMICO**
Zecharia Sitchin
Título original: The Cosmic Code
Ia edición: diciembre de 2003
Traducción: Antonio Cutanda Diseño portada: Marta Rovira Sobre una ilustración de Rodrigo Lascano (Reservados todos los derechos)
© 2002 by Zecharia Sitchin(Reservados todos los derechos)© 2003 by Ediciones

**Foro : ©The Cosmic Code**

**ÍNDICE**
01. Piedras Estelares
02. El Hado tiene doce estaciones
03. Las Generaciones Divinas
04. Entre Hado y Destino
05. Sobre la Muerte y La Resurrección
06. La Conexión Cósmica : El ADN

07. Conocimientos Secretos, Textos Sagrados
08. Códigos ocultos, números místicos
09. Profecía : Escritos del pasado
10. El Ombligo de la Tierra
11. UN TIEMPO DE PROFECÍA
12. El Dios que Regreso del Cielo
Epilogo

LA VERDAD ACERCA DE LOS ANUNNAKI, QUE DIVULGARON SECRETOS CÓSMICOS A LA HUMANIDAD Hace miles de años, los Anunnaki, una raza de seres extraordinarios determinó cómo sería la evolución de la vida en la Tierra y la existencia y naturaleza de la humanidad tal como hoy la conocemos. Omnipotentes y omniscientes, la prueba de su genio radica en los misteriosos monolitos de Stonehenge y en la extraña pero enormemente significativa construcción de círculos concéntricos de piedras de los Altos del Golán (Israel). Dos obras que, sin lugar a dudas, precisaron de sofisticados conocimientos astronómicos. Al enseñar al hombre a mirar a los cielos, los Anunnaki legaron a la humanidad el denominado ?Código Cósmico?. La serie ?Crónicas de la Tierra? es hoy la serie de libros más reciente que, basándose en una cuidadosa investigación, se remonta hasta la creación de la humanidad y sus motivos. Este libro identifica el punto crucial del delicado equilibrio que tiene que guardar nuestra especie entre las exigencias del destino y los caprichos del hado. A partir de antiquísimos textos sumerios que preceden incluso a la Biblia, Zecharia Sitchin nos revela la naturaleza de las verdades proféticas e históricas largo tiempo oscurecidas por la descreencia y la incomprensión: el código que utilizaron los maestros constructores del más allá de las estrellas para construir a nuestra especie. * ¿De qué modo los números de los dioses revelan claves que descifran los significados secretos en los nombres divinos? * ¿Qué sabemos hoy acerca de los sofisticados conocimientos genéticos de los sumerios que han llegado hasta nosotros? Volver

## 01. PIEDRAS ESTELARES

Costó una guerra, una fiera y sangrienta guerra, llevar la luz, hace sólo unas décadas, a uno de los lugares más enigmáticos y antiguos de Oriente Próximo. Si no el más enigmático, sí ciertamente el más desconcertante y, sin duda, arraigado en la antigüedad. Es una estructura que no tiene parangón entre los restos de aquellas grandes civilizaciones que florecieron en Oriente Próximo en los pasados milenios, al menos entre lo que se ha descubierto. Su semejante más cercano se encuentra a miles de kilómetros de distancia, más allá de los mares, en otros continentes; y lo que más nos lo recuerda es Stonehenge, en la lejana Gran Bretaña.

Allí, en Inglaterra, en una llanura barrida por los vientos a unos ciento veinte kilómetros al sudoeste de Londres, hay unos imponentes círculos de megalitos que forman el monumento prehistórico más importante de toda Gran Bretaña. Allí, un semicírculo de enormes piedras enhiestas, que estuvieron conectadas por su parte superior por otras piedras a modo de dintel, alberga en su interior otro semicírculo de piedras más pequeñas, y está rodeado a su vez por dos círculos más de megalitos. Las multitudes que visitan el lugar se encuentran con que sólo quedan en pie algunos megalitos, mientras que otros han caído al suelo o han desaparecido de algún modo del lugar. Pero los expertos y los investigadores han sido capaces de resolver la configuración de los círculos dentro de círculos (Fig. 1, que muestra los megalitos que aún permanecen en pie), y de observar los agujeros que indican dónde estuvieron los otros dos círculos (de piedra o, quizá, de estacas de madera) en las primeras fases de Stonehenge.

Los semicírculos de herradura, y un gran megalito caído apodado la Piedra del Sacrificio, indican más allá de toda duda que la construcción estaba orientada sobre un eje noreste-sudoeste. Apuntan a una línea de visión que pasa entre dos postes de piedra, recorre una larga avenida hecha con terraplenes y va directamente a la llamada Piedra Talar (Fig. 2). Todas las investigaciones llegan a la conclusión de que los alineamientos servían para propósitos astronómicos; se orientaron por primera vez hacia el 2900 a.C. (siglo más o menos) hacia el amanecer del día del solsticio de verano; se realinearon hacia el 2000 a.C. y se volvieron a realinear hacia el 1550 a.C, hacia el amanecer del día del solsticio de verano en aquellos momentos .

Una de las guerras más cortas pero más feroces de nuestro tiempo en Oriente Medio fue la Guerra de los Seis Días de 1967, cuando el cercado y asediado ejército israelí derrotó a los ejércitos de Egipto, Jordania y Siria, capturando la península del Sinaí, la orilla occidental del Jordán y los Altos del Golán. En los años siguientes, los arqueólogos israelíes dirigieron unas amplias inspecciones e hicieron excavaciones arqueológicas en todas estas áreas, sacando a la luz asentamientos que iban desde los primeros tiempos del Neolítico, pasando por épocas bíblicas, hasta los períodos griego, romano y bizantino. Sin embargo, en ningún sitio fue mayor la sorpresa que en la escasamente habitada y mayormente despoblada meseta que recibe el nombre de Altos del Golán. No sólo se descubrió que había sido una zona activamente habitada y cultivada en tiempos primitivos de la ocupación humana; no sólo se encontraron restos de asentamientos de varios milenios antes de la Era Común.

Virtualmente, en mitad de la nada, en una llanura azotada por el viento (que había sido utilizada por el ejército israelí para prácticas de artillería), un montón de piedras dispuestas en círculo resultó ser, cuando se observó desde el aire, un «Stonehenge» de Oriente Próximo.

La singular construcción consiste en varios círculos de piedra concéntricos, tres de ellos completamente circulares y dos que forman sólo semicírculos o «herraduras». El círculo exterior tiene alrededor de quinientos metros de circunferencia, y los demás círculos se van haciendo más pequeños a medida que se acercan al centro de la construcción. Los muros de los tres principales círculos de piedra se elevan hasta los 2,40 metros o más, y su anchura excede los tres metros. Están construidos con piedras de la zona, cuyo tamaño oscila entre las piedras pequeñas y piedras megalíticas, que pesan cinco toneladas o más. En diversos lugares, los muros circulares concéntricos están conectados entre sí por muros radiales, más estrechos pero más o menos de la misma altura que los muros circulares. En el centro exacto de la compleja construcción se levanta un enorme aunque bien definido montón de piedras, que mide casi veinte metros de un lado a otro.

Pero, además de su singular forma, ésta es con diferencia una de las mayores construcciones de Asia occidental realizadas sólo con piedra, tan grande que incluso se puede ver desde el espacio.

Los ingenieros que han estudiado el lugar han estimado que, aun en su actual estado, contiene más de 3.500 metros cúbicos de piedras, que pesan un total de cerca de 45.000 toneladas. También han calculado que habrían hecho falta cien trabajadores durante al menos seis años para crear este monumento -reunir piedras de basalto, transportarlas hasta el lugar, disponerlas según un plan arquitectónico preconcebido y levantar los muros (sin duda alguna más altos que los de las ruinas que se pueden ver ahora) para formar la compleja construcción.

Todo esto genera unas preguntas: ¿quién construyó esta estructura, cuándo y para qué?

La pregunta más fácil de responder es la última, ya que la misma construcción parece indicar su propósito, al menos su propósito original. Se ve con claridad que el círculo exterior tenía dos cortes o aberturas, uno ubicado en el noreste y el otro en el sudeste (posiciones que indican una orientación hacia los solsticios de verano e invierno).

Los arqueólogos israelíes trabajaron duro para quitar las rocas caídas y determinar el trazado original, dejando al descubierto en la abertura nororiental una enorme construcción cuadrada con dos «alas» extendidas que protegían y ocultaban otras aberturas más estrechas en los dos muros concéntricos siguientes que se elevaban por detrás (Fig. 5); este edificio hacía las funciones de un pórtico monumental, proporcionando (y guardando) una entrada hasta el corazón del complejo de piedra. Fue en las paredes de esta entrada donde se encontraron las rocas de basalto más grandes, que llegan a pesar hasta cinco toneladas y media. La abertura sudoriental del círculo exterior también proporcionaba un acceso a las partes interiores de la construcción; pero, en este caso, la entrada no disponía del monumental edificio. Aquí, unos montones de piedras caídas que se inician en la entrada y se extienden hacia fuera sugieren el contorno de una avenida de flancos pétreos que se dirigía en dirección sureste. Una avenida que podría haber esbozado una línea de visión astronómica.

Los indicios que apuntan a que este lugar, al igual que Stonehenge en Gran Bretaña, se construyó para hacer las funciones de un observatorio astronómico (y, principalmente, para determinar los solsticios) se ven reforzados por la existencia de tales observatorios en otros lugares; construcciones que son incluso más parecidas a la del Golán, puesto que no sólo muestran los círculos concéntricos, sino también los muros radiales que conectan los círculos. Pero lo más sorprendente es que esas construcciones parecidas se encuentran en antiguos lugares del otro extremo del mundo, en las Américas.

Una de ellas está en el emplazamiento maya de Chichén Itzá, en la península de Yucatán, en México (Fig. 6a), apodada el Caracol, debido a las tortuosas escaleras que hay en el interior de la torre del observatorio. Otra es el observatorio circular que hay en la cima del promontorio de Sacsahuamán, en Perú (Fig. 6b), que domina la capital inca de Cuzco; allí, al igual que en Chichén Itzá, hubo probablemente una torre de observación; sus cimientos revelan el trazado y los alineamientos astronómicos de la construcción, y muestran claramente los círculos concéntricos y los radiales que los conectaban.

Estas similitudes fueron razón suficiente para que los científicos israelíes llamaran al Dr. Anthony Aveni de los Estados Unidos, una autoridad aclamada internacionalmente sobre astronomías antiguas, en especial las de las civilizaciones de la América precolombina. Su trabajo no sólo consistió en confirmar las orientaciones astronómicas subyacentes al diseño

del emplazamiento del Golán, sino también en ayudar a determinar su edad y, de este modo, además de dar respuesta a la pregunta de para qué, responder también a la de cuándo.

Desde la publicación de The Dawn of Astronomy, de Sir Norman Lockyer, en 1894, se viene aceptando como herramienta arqueoastronómica el hecho de que la orientación de una edificación (si está alineada con los solsticios) pueda revelar la época de su construcción. El movimiento aparente del Sol de norte a sur y de sur a norte con el paso de las estaciones está causado por el hecho de que el eje de la Tierra (alrededor del cual rota el planeta para crear el ciclo día/ noche) está inclinado con respecto al plano (la «eclíptica») en el cual la Tierra orbita al Sol. En esta danza celestial (aunque es la Tierra la que se mueve y no el Sol), a los observadores en la Tierra les da la sensación de que el Sol se mueve adelante y atrás, llega a un punto distante, vacila, se detiene y, luego, como si cambiara de opinión, vuelve hacia atrás; cruza el ecuador, se va hasta el otro extremo, vacila y se detiene allí, y vuelta atrás. Las dos veces que cruza el ecuador en un año (en marzo y septiembre) reciben el nombre de equinoccios; las dos detenciones, una en el norte, en junio, y laotra en el sur, en diciembre, reciben el nombre de solsticios («detenciones del Sol»), los solsticios de verano y de invierno para losobservadores del hemisferio norte de la Tierra, que es lo que fueronlos habitantes de las zonas de Stonehenge y del Golán.

Estudiando templos antiguos, Lockyer los dividió en dos clases. Unos, como el Templo de Salomón en Jerusalén y el templo dedicado a Zeus en un lugar llamado Baalbek, en Líbano, se construyeron a lo largo de un eje este-oeste que los orientaba al amanecer de los días de los equinoccios. Otros, como los templos faraónicos en Egipto, estaban alineados sobre un eje inclinado sudoeste-noreste, lo cual significa que estaban orientados hacia los solsticios. Sin embargo, Lockyer se sorprendió al descubrir que, mientras en los primeros las orientaciones nunca cambiaban (de ahí que los llamara Templos Eternos), los segundos (como los grandes templos egipcios de Karnak) mostraban que, a medida que los sucesivos faraones necesitaban ver incidir los rayos del Sol sobre el santo de los santos en el día del solsticio, éstos iban cambiando la dirección de las avenidas y de los corredores hacia un punto ligeramente diferente de los cielos. Estos realineamientos también se hicieron en Stonehenge.

¿Qué es lo que provocaba estos cambios direccionales? La respuesta de Lockyer fue la siguiente: los cambios en la inclinación de la Tierra como consecuencia de su oscilación.

En la actualidad, la inclinación del eje de la Tierra («oblicuidad») con respecto a su sendero orbital («eclíptica») es de 23,5 grados, y es esta inclinación la que determina hasta dónde por el norte o por el sur llegará el Sol en su movimiento estacional. Si este ángulo de inclinación quedará inalterable para siempre, los puntos solsticiales permanecerían a su vez fijos. Pero los astrónomos han llegado a la conclusión de que la inclinación de la Tierra (provocada por su oscilación) cambia con el paso de los siglos y los milenios, ascendiendo y descendiendo una y otra vez. Justo ahora, al igual que en los últimos milenios, la oscilación se encuentra en fase de estrechamiento. Estuvo sobre los 24 grados hacia el 4000 a.C, declinó hasta 23,8 grados hacia el 1000 a.C, y continuó cayendo hasta su actual posición de 23,5 grados. La gran innovación de Sir Norman Lockyer fue aplicar este cambio en la oblicuidad de la Tierra a los templos de la antigüedad, y establecer las fechas de

construcción de las distintas fases del Gran Templo de Karnak así como de las fases de Stonehenge (que venían indicadas por los cambios de ubicación de la Piedra Talar, ).

Los mismos principios se han utilizado desde entonces para determinar la edad de construcciones orientadas astronómicamente en Sudamérica a principios del siglo xx, tanto por parte de Arthur Posnansky en relación con las ruinas de Tiahuanacu, a orillas del lago Titicaca, como por parte de Rolf Müller en relación con el Torreón semicircular de Machu Picchu y con el famoso Templo del Sol, en Cuzco. Sus meticulosas investigaciones demostraron que, con el fin de determinar exactamente el ángulo de inclinación de la Tierra (que indica, cuando se tienen en cuenta la elevación y la posición geográhca, la edad de la construcción), es esencial determinar con exactitud dónde está el norte. De ahí que fuera indudablemente significativo que, en el caso del emplazamiento del Golán, los investigadores encontraran que el pico de Monte Hermán, dominante y visible en días claros, se encuentre exactamente al norte del centro de la construcción. El doctor Aveni y sus colegas israelíes, Yonathan Mizrachi y Mattanyah Zohar, pudieron determinar así que el lugar estaba orientado de tal modo que permitía a un observador, de pie en su centro, y siguiendo la línea de visión que pasa por el centro del pórtico nororiental, ver salir el Sol en el día del solsticio de una mañana de junio ¡de alrededor del 3000 a.C!

Los científicos concluyeron que, hacia el 2000 a.C, el Sol habría salido un tanto descentrado para otro observador parecido, pero probablemente todavía dentro del pórtico. Quinientos años más tarde, la construcción habría perdido su valor como observatorio astronómico de precisión. Fue entonces, en algún momento entre el 1500 y el 1200 a.C, tal como confirma la datación por carbono de los pequeños objetos descubiertos allí, cuando se agrandó el montón de piedras central hasta formar un túmulo -un montón de piedras bajo el cual se ha hecho una cavidad, probablemente para servir de cámara funeraria.

Curiosamente, estas fechas escalonadas son prácticamente idénticas a las fechas asignadas a las tres fases de Stonehenge.

Al haber estado protegida por el montículo de piedras que había sobre ella, la cavidad de debajo del túmulo (la supuesta cámara funeraria) resultó ser la parte más conservada del antiguo emplazamiento. Fue localizada con la ayuda de sofisticados instrumentos sísmicos y de un radar de penetración del suelo. En el momento en que hubo indicios de una gran cavidad, los excavadores (dirigidos por el doctor Yonathan Mizrachi) cavaron una zanja que les introdujo en una cámara circular de alrededor de 1,80 metros de diámetro y 1,50 de alto. Ésta llevaba a una cámara más grande, de forma oval, de alrededor de 3,30 metros de largo por 1,20 de ancho. Las paredes de esta última se construyeron con seis hileras de piedras de basalto que se elevaban en saliente (es decir, inclinándose hacia dentro conforme se elevan las paredes); el techo de la cámara se hizo con dos enormes losas de basalto, con un peso aproximado de  cinco toneladas cada una de ellas.

No se encontró ni ataúd ni cuerpo, ni ningún otro resto humano ni animal, ni en la cámara ni en la antecámara. Pero los arqueólogos sí encontraron, como resultado de su meticulosa criba del suelo, unos cuantos pendientes de oro, algunas cuentas de piedra semipreciosa de cornalina, hojas de sílex, puntas de flechas de bronce y fragmentos de cerámica. De ahí llegaron a la conclusión de que sí que era una cámara funeraria, aunque había sido saqueada, probablemente en la antigüedad. El hecho de que algunas de las piedras utilizadas para pavimentar el suelo de la cámara hubieran sido sustraídas reforzó la conclusión de que el lugar había sido asaltado por ladrones de tumbas.

Los descubrimientos se han fechado en el período conocido como Edad del Bronce Tardía, que se extendió alrededor del 1500 al 1200 a.C. Éste es el marco temporal del Éxodo de los Hijos de Israel desde Egipto bajo el liderazgo de Moisés, y de la conquista de la Tierra Prometida bajo el liderazgo de Josué. De las doce tribus, a las tribus de Rubén y Gad, y a la mitad de la tribu de Manasés, se les asignaron partes de Transjordania, desde el torrente Arnón, en el sur, hasta las estribaciones de Monte Hermón, en el norte. Esos dominios incluían la cadena montañosa de Gilead, al este del río Jordán, y la meseta que es ahora el Golán. Por tanto quizás fue inevitable que los investigadores israelíes recurrieran a la Biblia en busca de una respuesta a la pregunta: ¿quién?

Según los libros de Números y de Josué, la parte septentrional de las montañas de Gilead fue gobernada por un rey llamado Og, desde su capital de Basan. La captura de los dominios de Og se describe en el Deuteronomio (capítulo 3). «Og y todos sus hombres tomaron el campo contra los Hijos de Israel», afirma la narración. Después de ganar la batalla, los israelitas capturaron sesenta ciudades que estaban «fortificadas con altas murallas y puertas y barreras, aparte de un gran número de ciudades no amuralladas». La construcción de altas murallas y puertas de piedra, rasgos característicos del enigmático emplazamiento del Golán, se encontraba así dentro de las capacidades de los reinos de la época del rey Og.

Según la Biblia, Og era un hombre grande y fuerte: «Su lecho de hierro tiene nueve codos de largo por cuatro de ancho» (equivalente a unos 4 por 1,80 metros, respectivamente). Este gigantesco tamaño, insinúa la Biblia, se debía a que era descendiente de los Repha'im, una raza gigantesca de semidioses que una vez moraron en esa tierra (en la Biblia se mencionan otros descendientes gigantescos de los Repha'im, incluido Goliat, que se ponen del lado de los filisteos en la época de David). Combinando las referencias a los Repha'im con el relato bíblico de la erección de la construcción circular de piedra por parte de Josué después de atravesar el río Jordán y el nombre del lugar, Gilgal -«El Montón de Piedras Circular»-, algunos en Israel han apodado al emplazamiento del Golán como Gilgal Repha'im, «El Montón de Piedras Circular de los Repha'im».

Aunque los versículos bíblicos no sustentan por sí solos esta denominación, ni tampoco vinculan al rey Og con las cámaras funerarias, las declaraciones bíblicas de que la zona fue en un tiempo dominio de los Repha'im y de que Og descendía de ellos son bastante intrigantes, dado que a los Repha'im y a sus descendientes se les menciona en los mitos y en los relatos épicos cananeos. Estos textos, que sitúan claramente los acontecimientos y las acciones divinas y semidivinas en la zona de la que estamos tratando aquí, se escribieron

sobre tablillas de arcilla descubiertas en la década de los treinta en una zona costera del norte de Siria cuyo nombre antiguo era Ugarit. Los textos hablan de un grupo de deidades cuyo padre era El («Dios, el Elevado») y cuyos asuntos se centran en el hijo de El, Ba'al («el Señor») y en su hermana Anat («La que responde»). El foco de la atención de Ba'al era la fortaleza montañosa y lugar sagrado de Zafón (que significa tanto «el lugar septentrional» como «el lugar de los secretos»), y el escenario de Ba'al y de su hermana era lo que ahora es el norte de Israel y el Golán. Recorriendo los cielos de la región con ellos, iba la hermana de ambos, Shepesh, (el nombre, de significado incierto, sugiere algún tipo de relación con el Sol); y de ella dicen claramente los textos que «gobierna a los Repha'im, los divinos» y reina sobre semidioses y mortales.

Varios de los textos descubiertos tratan de estas implicaciones por parte del trío. Uno de ellos, titulado por los expertos El Relato de Aqhat, tiene que ver con Danel («A quien Dios juzga», Daniel en hebreo), que, aunque Hombre-Rafa (es decir, descendiente de los Repha'im), no podía tener un hijo. Cuando enveje, descorazonado por no tener un heredero varón, Danel apela a Ba'al y a Anat, que a su vez interceden ante El. El concede el deseo del Hombre-Rafa e instila en él un «acelerador del aliento de vida» que le permite aparearse con su mujer y tener un hijo al que los dioses llaman Aqhat.

En otro relato, La Leyenda del Rey Keret (Keret, «La Capital, la Metrópolis», se utilizaba tanto como nombre de la ciudad como de su rey), se habla de la demanda de inmortalidad que hace Keret basándose en su ascendencia divina. Pero, en lugar de conseguir esto, cae enfermo; y sus hijos se preguntan en voz alta: «¿Cómo puede un descendiente de El, el Misericordioso, morir? ¿Es que va a morir alguien que es divino?» Previendo la al parecer increíble muerte de un semi

diós, los hijos, al lamentarse por Keret, no sólo visualizan el Pico del Zafón, sino también el Circuito del Amplio Período:

Por ti, padre,llorará Zafón, el Monte de Ba'al.' El circuito sagrado, el gran circuito,el circuito del amplio período,[por ti] se lamentará.

Hay aquí, por tanto, una referencia a dos lugares sumamente venerados que van a llorar la muerte del semidiós: Monte Zafón -el Monte de Ba'al- y una famosa construcción sagrada circular-«el circuito sagrado, el gran circuito, el circuito del amplio período». Si el Monte Zafón, el «Monte del Norte», era el Monte Hermón, que se encuentra exactamente al norte del emplazamiento del Golán, ¿no sería entonces el Circuito Sagrado el enigmático emplazamiento del Golán?

En el último momento, y aceptando las llamadas a la misericordia, El envía a la diosa Shataqat, «una mujer que quita la enfermedad», para que salve a Keret. «Ella vuela sobre un centenar de ciudades, vuela sobre una multitud de pueblos» en su misión de rescate; llega justo a tiempo al hogar de Keret, y se las ingenia para revivirlo.

Pero, siendo sólo un semidiós, Keret muere al final. ¿Sería él el que estaría enterrado en la tumba, dentro del «circuito sagrado, el gran circuito, el circuito del amplio período»?

Aunque los textos cananeos no ofrecen atisbo cronológico alguno, es evidente que relatan acontecimientos de la Edad del Bronce, un lapso temporal que bien podría encajar con los objetos descubiertos en la tumba del emplazamiento del Golán.

Nunca sabremos con seguridad si fueron enterrados allí o no estos legendarios soberanos, y más cuando los arqueólogos que estudian el lugar plantearon la posibilidad de que se hubieran dado enterramientos intrusos, es decir, el enterramiento de alguien fallecido posteriormente en un lugar funerario de tiempos más antiguos, algo que supondría en la mayor parte de los casos la extracción de los restos primitivos. Sin embargo, los arqueólogos están seguros (basándose en las características estructurales y en diversas técnicas de datación) de que la construcción del «circuito» (muros concéntricos de lo que podríamos llamar Piedras Estelares, debido a su función astronómica) precedió en 1.000 ó 1.500 años al añadido del túmulo y de sus cámaras funerarias.

Con respecto al emplazamiento del Golán nos ocurre como con respecto a Stonehenge y otros emplazamientos megalíticos: el enigma de sus constructores se intensifica cuando se establecen sus edades y se determina que en sus orientaciones subyacen unos avanzados conocimientos astronómicos. A menos que hubieran sido los mismísimos seres divinos, ¿quién habría sido capaz de la hazaña, hacia el 3000 a.C. en el caso del emplazamiento del Golán?

En el 3000 a.C, sólo había una civilización en Asia occidental lo suficientemente avanzada, lo suficientemente sofisticada y con unos extraordinarios conocimientos astronómicos como para planificar, orientar astronómicamente y llevar a cabo el tipo de construcciones que estamos considerando aquí: la civilización sumeria. Floreció en lo que es ahora el sur de Iraq, «de repente, inesperadamente, de la nada», en palabras de todos los expertos. Y al cabo de unos pocos siglos (un instante, para lo que es la evolución humana), había conocido todos los inventos y desarrollos que consideramos esenciales para una elevada civilización, desde la rueda hasta el horno, los ladrillos y los edificios altos, la escritura, la poesía y la música, códigos legales y tribunales, jueces y contratos, templos y sacerdotes, reyes y administradores, escuelas y maestros, médicos y enfermeras; y un sorprendente conocimiento de las matemáticas, las ciencias exactas y la astronomía. Su calendario, aún en uso como calendario judío, se inauguró en una ciudad llamada Nippur en el 3760 a.C, y abarcaba

todos los conocimientos sofisticados que se requerían para las construcciones de las que estamos hablando.

Fue una civilización que precedió a la de Egipto en unos ochocientos años, y en un millar de años a la del Valle del Indo. Babilonios, asirios, hititas, elamitas, cananeos y fenicios vinieron después, algunos mucho después. Todos ellos llevaron la huella de los sumenos y tomaron prestados todos sus avances; al igual que las civilizaciones que, con el tiempo, aparecerían en Grecia y en las islas del Mediterráneo.

¿Se aventurarían los sumerios a ir tan lejos como a los Altos del Golán? Sin duda alguna, pues sus reyes y sus mercaderes fueron hacia el oeste, hacia el mar Mediterráneo (al cual llamaban mar Superior), y navegaron por las aguas del mar Inferior (el Golfo Pérsico) hasta otras tierras distantes. Cuando Ur era su capital, sus mercaderes estaban familiarizados con todos los lugares del Oriente Próximo de la antigüedad. Y uno de los más afamados reyes de Sumer, Gilgamesh (un famoso rey de Uruk, la bíblica Erek) pasó por este emplazamiento casi con toda probabilidad. La fecha se sitúa alrededor del 2900 a.C, poco después de que se construyera el emplazamiento del Golán.

El padre de Gilgamesh era el sumo sacerdote de la ciudad; sumadre era la diosa Ninsun. Encaminado para ser un gran rey y engrandecer su ciudad, Gilgamesh comenzó su reinado desafiando la autoridad de la por entonces principal ciudad de Sumer, Kis. En una tablilla de arcilla donde se relata el episodio, se dice que el rey de Kisera Agga, y por dos veces se le describe como «enorme». Kis era entonces la capital de unos amplios dominios que quizá se extendieran hasta más allá del río Éufrates; y habría que preguntarse si el enorme rey Agga pudiera ser un precursor del gigantesco Og de la Biblia; pues era práctica común en Oriente Próximo el poner a los reyes el nombre de antiguos predecesores.

Orgulloso, ambicioso e intrépido en su juventud, Gilgamesh no llevaba bien envejecer. Para mantener sus proezas, hizo que los recién casados se pasaran por su ciudad, reclamando el derecho real de ser el primero en mantener relaciones sexuales con la novia. Pero, cuando los ciudadanos ya no pudieron soportarlo más, pidieron ayuda a los dioses; y los dioses respondieron creando un doble de Gilgamesh, que detuvo los tejemanejes del rey. Una vez sometido, Gilgamesh se

hizo más melancólico y reflexivo. Veía morir a la gente de su edad, o incluso más jóvenes; y entonces se le ocurrió que tenía que haber otro camino: ¡después de todo, él era en parte divino, no sólo un semidiós, sino dos terceras partes divino, pues no era su padre sino su madre la que era una diosa!

¿Tendría que morir él, Gilgamesh, como un mortal, o tendría el derecho a la vida imperecedera propio de los dioses? Le planteó el caso a su madre. «Sí -le dijo ella-, tienes razón. Pero para conseguir el lapso vital de los dioses, tendrás que ascender a los cielos y llegar a la morada de los dioses. Y los lugares desde donde se puede ascender, están bajo el mando de tu padrino Utu» (conocido posteriormente como Shamash).

Utu/Shamash intentó disuadir a Gilgamesh: «¿Quién puede escalar el cielo, Gilgamesh? Sólo los dioses viven para siempre bajo el Sol. En cuanto a la Humanidad, sus días están contados. Ve con tu familia y tus conciudadanos, disfruta del resto de tus días», le dijo el dios.

La historia de Gilgamesh y de su búsqueda de la inmortalidad secuenta en la Epopeya de Gilgamesh, un largo texto escrito en tablillas de arcilla y descubierto por los arqueólogos tanto en el original sumerio como en diversas traducciones de la antigüedad. Según el relato, Gilgamesh no se da por vencido, e interpreta la caída de un objeto desde los cielos como una señal del cielo para que no se rinda. Aceptando ayudarle, Ninsun le revela que hay un lugar en las Montañas de los Cedros, el Lugar de Aterrizaje, desde el cual Gilgamesh podría ascender a la morada divina. Sería un viaje plagado de peligros, le advierte a Gilgamesh. Pero, ¿cuál es la alternativa?, le pregunta él. «Si fracaso en mi búsqueda -dice-, al menos las generaciones futuras sabrán que lo intenté.

Dándole su bendición para el viaje, Ninsun insiste en que el hombre artificial, Enkidu, vaya delante de Gilgamesh y lo proteja a lo largo del camino. La elección es la adecuada, pues la región hacia donde se encaminan es la de donde había venido Enkidu, las colinas por las que él había vagado con las bestias salvajes. Éste le explica a Gilgamesh lo peligrosa que será la empresa, pero Gilgamesh insiste en ir.

Para llegar a las Montañas de los Cedros, en lo que actualmente es Líbano, desde Sumer (que estaba en lo que ahora es el sur de Iraq), Gilgamesh tuvo que cruzar la meseta que ahora llamamos el Golán. Y, ciertamente, encontramos este detalle en el texto, en el preámbulo a la epopeya, en el cual se enumeran las aventuras y los logros del rey, que fue «el que abrió los pasos montañosos». Era una primera consecución que merecía que se recordara, pues no hay montañas en la tierra llamada Sumer.

En su viaje, Gilgamesh se detiene en varias ocasiones para buscar oráculos divinos del Dios Sol. Cuando llegan a las tierras de las colinas y los bosques (nada que ver con el paisaje de Sumer), Gilgamesh tiene una serie de sueños-augurios. En un alto crucial, desde donde ya pueden ver las Montañas de los Cedros, Gilgamesh intenta inducirse un augurio-sueño sentándose dentro de un círculo que Enkidu había trazado. ¿Fue Enkidu, que poseía una fuerza sobrehumana, el que dispuso las piedras del campo para Gilgamesh, para formar Piedras Estelares?

Sólo podemos conjeturar. Pero recientemente se han encontrado en los Altos del Golán evidencias físicas que atestiguan la familiaridad que, durante generaciones, tuvieron aquellos que vivieron allí con Gilgamesh y su relato.

Uno de los episodios más famosos de las aventuras del rey es el incidente en el cual se encuentra con dos feroces leones, lucha con ellos y los mata con las manos desnudas. Esta heroica hazaña fue el tema favorito de los artistas de Oriente Próximo en la antigüedad.

¡Sin embargo, era algo totalmente inesperado encontrar una losa de piedra con esta representación en las cercanías de los círculos concéntricos ! (El objeto se exhibe en el nuevo e interesantísimo Museo Arqueológico del Golán, en Qatzrin.)

Aunque las referencias textuales y la representación de la losa de piedra no constituyen evidencias concluyentes de que Gilgamesh llegara hasta este lugar en su viaje hacia las Montañas de los Cedros del Líbano, hay una pista más, una pista intrigante, que conviene considerar. Después de que el emplazamiento fuera identificado desde el aire, los arqueólogos israelíes descubrieron que, en los mapas del ejército sirio (capturados), este lugar venía marcado con el nombre de Rugum el-Hiri, un nombre de lo más desconcertante, dado que, en árabe, significa «Montón de piedras del lince».

Sugerimos que la explicación de tan desconcertante nombre bien podría encontrarse en la Epopeya de Gilgamesh, al reflejar un recuerdo del Rey Que Luchó con los Leones.

Y, como veremos, éste no es más que el comienzo de una serie de relaciones intrincadas y entrelazadas.

## 02. EL HADO TIENE DOCE ESTACIONES

Hace tiempo que los expertos reconocen que, en el folklore de las diversas naciones, el mismo tema, el mismo relato básico, aparece y vuelve a aparecer bajo diferentes guisas, nombres y localidades. Quizá por eso no resulte sorprendente que la piedra de basalto tallada en la cual se representa a Gilgamesh luchando con los leones se descubriera cerca de un pueblo que lleva por nombre Ein Samsum, el «Manantial de Sansón», pues, como se recordará, Sansón también luchó y mató a un león con las manos desnudas. Esto fue unos dos mil años después de Gilgamesh, y ciertamente no en los Altos del Golán. Entonces, ¿es sólo una coincidencia el nombre del pueblo, o es el persistente recuerdo de un visitante llamado Gilgamesh convertido en Sansón?

Pero aún más significativa es la relación con el rey Keret. Aunque no se especifica el lugar del relato cananeo, son muchos los que suponen (entre ellos, Cyrus H. Gordon, Notes on the Legend of Keret) que el nombre combinado del rey y de su capital identificarían de hecho a la isla de Creta. Allí, según las leyendas cretenses y griegas, comenzó la civilización cuando el dios Zeus vio a Europa, la hermosa hija del rey de Fenicia (la actual Líbano) y, tomando la forma de un toro, la raptó y, con ella al lomo, cruzó a nado el Mediterráneo hasta la isla de Creta. Allí tuvieron tres hijos, entre ellos Minos, aquel que con el tiempo se relacionaría con el comienzo de la civilización cretense.

Frustrado en sus aspiraciones al trono, Minos apeló a Poseidón, dios de los mares, para que le concediera una señal del favor divino. En respuesta, Poseidón hizo que un toro divino, de

un blanco puro, surgiera del mar. Minos prometió ofrecer en sacrificio el hermoso toro al dios, pero quedó tan cautivado con él que, en vez de eso, lo guardó para sí. Como castigo, el dios hizo que la esposa del rey se enamorara del toro y se apareara con él; el descendiente fue el legendario Minotauro, una criatura medio hombre, medio toro. Entonces, Minos le encargo al divino artesano Dédalo que construyera, en la capital cretense de Knossos, un laberinto subterráneo del cual el hombre-toro fuera incapaz de escapar: el Laberinto.

Una enorme escultura de piedra de los cuernos de un toro recibe al visitante en las ruinas excavadas de Knossos, pero no los restos del Laberinto. Sin embargo, no se ha olvidado su recuerdo y su forma circular, con muros circulares concéntricos, con pasajes bloqueados por radiales .

Ciertamente, recuerda al trazado del emplazamiento del Golán, y nos hace volver a la Epopeya de Gilgamesh y al encuentro de los héroes con el Toro del Cielo.

Según cuenta la epopeya, en la última noche antes de intentar entrar en el Bosque de Cedros, Gilgamesh vio elevarse atronadora una nave espacial en un llameante ascenso, desde el Lugar de Aterrizaje. A la mañana siguiente, encontraron la entrada al recinto prohibido; pero, justo cuando iban a entrar, un guardián robótico les cerró el paso. Era «poderoso, sus dientes como los dientes de un dragón, su cara como la de un feroz león, avanzaba como una avalancha de aguas». Un «rayo irradiante» emanaba de su frente, «devorando arboles y arbustos»; «de su fuerza asesina, nadie podía escapar».

Al ver el apuro en el que se encontraban Gilgamesh y Enkidu, Utu/Shamash «bajó desde los cielos para hablar con los héroes». Les aconsejó que no corrieran, sino que se acercaran al monstruo tan Pronto como el dios lanzara un viento arremolinado, con cuyo polvo cegaría al guardián. En cuanto esto sucedió, Enkidu lo golpeó y lo mató. Los artistas de la antigüedad representaron en sellos cilindricos  a Gilgamesh, a Enkidu y a Utu/Shamash junto con el amenazador robot; esta representación recuerda la descripción bíblica de los «ángeles con la espada torbellino» que Dios puso en la entrada del Jardín del Edén para asegurarse de que Adán y Eva no volverían a entrar.

El combate fue observado también por Inanna (conocida más tarde como Ishtar), la hermana gemela de Utu/Shamash. Tenía un gran historial de seducción de varones humanos para que pasaran la noche con ella, una noche a la que rara vez sobrevivían. Cautivada por la belleza de Gilgamesh mientras se bañaba desnudo en un río cercano o una cascada, Ishtar le invitó: «¡Ven, Gilgamesh, sé mi amante!» Pero, conocedor de su historial, declinó la invitación.

Enfurecida por su insultante rechazo, Ishtar hizo venir al Toro del Cielo para que matara a Gilgamesh. Huyendo por sus vidas, los dos héroes se apresuraron a volver a Uruk; pero el Toro del Cielo cayó sobre ellos a orillas del río Éufrates. En el momento de mayor peligro, fue de nuevo Enkidu el que se las ingenió para alcanzar y matar al Toro del Cielo.

Inanna/Ishtar, iracunda, «elevó un lamento al Cielo», exigiendo que se diera muerte a los dos camaradas. Aunque temporalmente perdonados, Enkidu murió primero; después, también murió Gilgamesh (tras un segundo viaje que lo llevó hasta el espaciopuerto de la península del Sinaí).

¿Qué era el Toro del Cielo, GUD. ANNA en sumerio? Muchos estudiosos de la epopeya, como Giorgio de Santillana y Hertha von Dechend en Hamlet's Mill, han llegado a la conclusión de que los acontecimientos de la Epopeya, que tienen lugar en la Tierra, no son sino una imagen especular de acontecimientos que tenían lugar en el Cielo. Utu/Shamash es el Sol, Inanna/Ishtar es la que en tiempos griegos y romanos se llamaría Venus. El amenazador guardián de las Montañas de los Cedros con el rostro de león es la constelación de Leo (el León), y el Toro del Cielo sería el grupo celestial de estrellas que, ¡desde tiempos sumerios!, se ha dado en llamar la constelación del Toro (Tauro).

De hecho, hay representaciones mesopotámicas con el tema del León/Toro ; y como remarcara Willy Hartner (The Earliest History of the Constellations in the Near East), en el cuarto milenio a.C, los sumerios habrían observado las dos constelaciones en clave de posiciones zodiacales: la constelación del Toro (Tauro), como la constelación del equinoccio de primavera, y la constelación del León (Leo), como la del solsticio de verano.

La atribución de connotaciones zodiacales a los acontecimientos épicos en la Tierra, tal como los relataron los sumerios, supone que tenían tales conocimientos celestiales -en el cuarto milenio a.C, unos tres milenios antes del momento en que se supone que se agruparon las estrellas en constelaciones y de la introducción de las doce constelaciones zodiacales por parte de los griegos. De hecho, los mismos sabios griegos (de Asia Menor) decían que el conocimiento les llegó a ellos de los «caldeos» de Mesopotamia; y, tal como atestiguan los textos astronómicos y las representaciones sumerias, habría que darles a ellos el reconocimiento. Los nombres y los símbolos de las constelaciones zodiacales han permanecido inalteradas hasta nuestros tiempos.

Las listas zodiacales sumerias comienzan con Tauro, que era de hecho la constelación desde la cual se veía salir el Sol en el día del equinoccio de primavera en el cuarto milenio a.C. En sumerio, se le llamaba GUD.ANNA («Toro del Cielo» o «Toro Celestial»), el mismo término utilizado en la Epopeya de Gilgamesh para la criatura divina que Inanna/Ishtar hizo llamar desde los cielos y a la que dieron muerte los dos camaradas.

¿Esta matanza representa o simboliza un acontecimiento celestial real, hacia el 2900 a.C? Aunque no se puede descartar la posibilidad, el registro histórico indica que los principales acontecimientos y cambios tuvieron lugar en la Tierra en aquella época; y la «muerte» del Toro del Cielo representaba un augurio, un augurio celeste, que predecía o incluso desencadenaba acontecimientos en la Tierra.

Durante la mayor parte del cuarto milenio a.C, la civilización sumeria no fue sólo la más grande en la Tierra, sino también la única. Pero hacia 3100 a.C, la civilización del Nilo (Egipto y Nubia) se unió a la de los ríos Éufrates-Tigris. ¿Encontraría expresión esta división en la Tierra (a la que alude el relato bíblico de la Torre de Babel y el fin de la era en la que la Humanidad hablaba una sola lengua) en la descripción, dentro de la epopeya de Gilgamesh, del seccionamiento

de la pata delantera del animal por parte de Enkidu? Las representaciones zodiacales-celestiales egipcias asociaron de hecho el comienzo de su civilización con el seccionamiento de la parte delantera de la constelación del Toro.

Como ya explicamos en La guerra de los dioses y los hombres, Inanna/Ishtar esperaba en aquella época convertirse en señora de la nueva civilización, pero literal y simbólicamente se le quitó de las manos. Se la aplacó en parte cuando se puso bajo su égida una tercera civilización, la del Valle del Indo, hacia el 2900 a.C

Si para los dioses habían sido significativos los augurios celestes, mucho más lo habían sido para los mortales en la Tierra; de ello da fe el hado que cayó sobre los dos camaradas. Enkidu, un ser creado de forma artificial, murió como un mortal. Y Gilgamesh, dos terceras partes divino, no pudo escapar de la muerte. Aunque hizo un segundo viaje, en el que tuvo que afrontar penurias y peligros, y a pesar de haber encontrado la Planta de la Imperecedera Juventud, volvió a Uruk con las manos vacías. Según la Lista de los Reyes Sumerios, «el divino Gilgamesh, cuyo padre era humano, el sumo sacerdote del

recinto del templo, gobernó durante 126 años; Urlugal, hijo de Gilgamesh, reinó después de él».

Casi podemos escuchar al hijo de Gilgamesh llorando, como lo hicieron los hijos del rey Keret: «¿Cómo puede un descendiente de El, el Misericordioso, morir? ¿Es que va a morir alguien que es divino?» Pero Gilgamesh, aunque más que un semidiós, se enredó con su Hado. Suya fue la Era del Toro, y él lo mató; y su Hado, un Hado hecho en el Cielo, pasó de ser una oportunidad para la inmortalidad a la de la muerte de un mortal.

Mil años después de la probable estancia de Gilgamesh en el emplazamiento del Golán, otro antiguo VIP visitó el lugar, un VIP que vio también el Hado escrito en las constelaciones zodiacales. Fue Jacob, el nieto de Abraham; y la época fue, según nuestros cálculos, en los alrededores del 1900 a.C.

Una pregunta que se suele ignorar respecto a las construcciones megalíticas que hay por todo el globo es: ¿por qué las levantaron donde las levantaron? Obviamente, su ubicación tiene que ver con su propósito concreto. Las grandes pirámides de Gizeh, lo hemos sugerido en nuestros escritos, servían de anclajes para un Corredor de Aterrizaje que llevaba al espaciopuerto de la península del Sinaí, y se emplazaron con toda precisión debido a ese vínculo con el paralelo treinta norte. Stonehenge, lo han sugerido importantes astrónomos, se erigió donde está porque es exactamente allí donde sus funciones astronómicas pueden combinar tanto las observaciones solares como las lunares. En tanto no salga a la luz algo más sobre los Círculos del Golán, la razón más probable para que estén donde están es que se encuentran sobre una de las pocas vías de enlace que conectaban dos importantes rutas internacionales (tanto de la antigüedad como de hoy en día): la Calzada del Rey, que corre a lo largo de las colinas que hay al este del río Jordán, y el Camino del Mar, que corre por el

oeste, a lo largo de las costas del mar Mediterráneo (mapa). Las dos rutas conectaban Mesopotamia y Egipto, Asia y África, fuera para el comercio pacífico o fuera para las invasiones militares. Los enlaces entre ambas rutas venían dictados por la geografía y la topografía. En el emplazamiento del Golán, el cruce se podía hacer por ambos lados del mar de Galilea (lago Genesaret o Kinnereth); el preferido, entonces y ahora, es el del norte, donde el puente ha conservado su antiguo nombre : El Puente de las Hijas de Jacob.

Así pues, el emplazamiento del Golán estaba ubicado donde los viajeros de diferentes naciones y procedencias pudieran detenerse y explorar los cielos en busca de augurios, en busca de pistas referentes a sus Hados, quizás para reunirse en un lugar neutral porque era sagrado, y negociar allí declaraciones de guerra o paz.

Basándonos en datos bíblicos y mesopotámicos, creemos que Jacob tuvo que utilizar para esto el emplazamiento.

La historia comienza dos siglos antes, en Sumer, y no comienza con el abuelo de Jacob, Abraham, sino con su bisabuelo, Téraj. Su nombre sugiere que era un sacerdote oracular (Tirhu); el gusto de la familia por ser conocidos como pueblo Ibri (hebreo) nos indica que se consideraban nippurianos (gente de la ciudad de Nippur, que en Sumerio se escribía NI.IBRU, «La Hermosa/Placentera Morada del Cruce»). Centro religioso y científico de Sumer, Nippur fue el lugar del DUR.AN.KI, el «Enlace Cielo-Tierra», ubicado en el recinto sagrado de la ciudad. Fue el punto focal para la conservación, el estudio y la interpretación de conocimientos astronómicos, calendáricos y celestiales acumulados; y el padre de Abraham, Téraj, fue uno de sus sacerdotes.

Hacia el 2100 a.C, Téraj fue trasladado a Ur. La época es un período que los sumeriólogos conocen como Ur III , dado que fue entonces cuando Ur se convirtió, por tercera vez, no sólo en la capital de Sumer, y no sólo de una entidad política expandida llamada Sumer y Acad, sino también de un imperio virtual que floreció y se mantuvo unido no por la fuerza de las armas, sino por una cultura superior, un panteón unificado (lo cual se conoce como religión), una administración capaz y, no menos importante, un comercio floreciente. Ur fue también el centro de culto del dios lunar Nannar (conocido posteriormente entre los pueblos semitas como Sin). El rápido desarrollo de los acontecimientos en Sumer y su mundo desencadenaron, en primer lugar, el traslado de Téraj a Ur y, después, a una distante ciudad llamada Jarán. Situada a orillas del Alto Eufrates y sus afluentes, la ciudad constituía un

importante cruce de caminos y puesto de comercio (lo cual viene indicado por su nombre, que significa caravansar). Fundada por mercaderes Sumerios, Jarán alardeaba también de tener un gran templo dedicado al dios Luna, hasta tal punto que se vio a la ciudad como una «Ur lejos de Ur».

En estos traslados, Téraj llevó consigo a su familia. En la mudanza a Jarán se vieron implicados Abram (que es como entonces se le llamaba), el primogénito de Téraj; un hijo llamado Najor; las esposas de los dos hijos, Saray (que posteriormente se llamaría Sara) y Mil ká; y el nieto de Téraj, Lot, hijo del hermano de Abraham, Harán, que había muerto en Ur. Vivieron allí, en Jarán, «muchos años» según la Biblia, y allí fue donde murió Téraj, cuanto tenía 205 años de edad.

Fue después de esto que Dios le dijo a Abram: «Vete de tu tierra y de tu patria, y de la morada de tu padre, a la tierra que yo te mostraré... Allí haré de ti una gran nación, y te bendeciré y haré grande tu nombre.» Y Abram tomó a Saray, su esposa, y a Lot, su sobrino, y a toda la gente de su casa y todas sus pertenencias, y fue a la Tierra de Canaán, «y Abram tenía setenta y cinco años cuando partió de Jarán». Su hermano Najor quedó atrás, con su familia, en Jarán.

Siguiendo las instrucciones divinas, Abram se movió con rapidez en Canaán hasta establecer una base en el Négueb, la árida región de Canaán fronteriza con la península del Sinaí. En una visita a Egipto, fue recibido en la corte del faraón; de vuelta a Canaán, tuvo tratos con los soberanos de la zona. Después, representó un papel en un conflicto internacional, conocido en la Biblia (Génesis 14) como la Guerra de los Reyes. Fue después de esto que Dios le prometió a Abram que su «simiente» heredaría y gobernaría las tierras entre el Arroyo de Egipto y el río Éufrates. Dudando de la promesa, Abram señaló que él y su esposa no tenían hijos. Dios le dijo a Abram que no se preocupara. «Mira a los cielos -le dijo- y cuenta las estrellas si puedes... así de numerosa será tu simiente.» Pero Saray siguió estéril aún después de eso.

Así, por sugerencia de ella, Abram durmió con su sirvienta Agar, que le dio un hijo, Ismael. Y luego, milagrosamente (después de la destrucción de Sodoma y Gomorra, cuando los nombres de la pareja se cambiaron por los de Abraham y Sara), Abraham, a la edad de cien años, tuvo un hijo con su mujer Sara, de noventa. Aunque no era el primogénito, el hijo de Sara, Isaac, era el heredero legítimo según las normas sumerias de sucesión que seguía el patriarca, pues era hijo de la hermanastra de su padre: «La hija de mi padre, pero no de mi madre», dijo Abraham de Sara (Génesis 20,12).

Sucedió después de la muerte de Sara, su compañera de toda la vida, que Abraham, «viejo y avanzado en años» (137 años, según nuestros cálculos) comenzó a preocuparse por su soltero hijo Isaac. Temiendo que Isaac terminara casándose con una cananea, envió a su mayordomo a Jarán, para que encontrara una novia para Isaac de entre los familiares que habían quedado allí. Al llegar al pueblo donde vivía Najor, se encontró con Rebeca en el

pozo, que resultó ser la nieta de Najor y terminó yendo a Canaán para convertirse en la esposa de Isaac.

Veinte años después de casados, Rebeca tuvo gemelos, Esaú y Jacob. Esaú fue el primero en casarse, tomando dos esposas, dos muchachas hititas que «fueron una fuente de pesares para Isaac y para Rebeca». No se detallan los problemas en la Biblia, pero la relación entre la madre y las nueras era tan mala que Rebeca le dijo a Isaac: «Estoy disgustada con la vida a causa de las mujeres hititas; si Jacob se casara también con una mujer hitita, de entre las mujeres de la región, ¿qué tendría de bueno la vida para mí?» De modo que Isaac llamó a Jacob y le dio instrucciones para que fuera a Jarán, a la familia de su madre, a encontrar allí una novia. Siguiendo las palabras de su padre, «Jacob dejó Beersheba y partió hacia Jarán».

Del viaje de Jacob desde el sur de Canaán hasta la distante Jarán, la Biblia sólo da cuenta de un episodio, aunque muy significativo. Fue la visión que tuvo Jacob en la noche, «cuando llegó a cierto lugar», de una escalera hasta el cielo sobre la cual ascendían y descendían los Ángeles del Señor. Al despertar, Jacob se dio cuenta de que había llegado a «un lugar de los Elohim y un pórtico al cielo». Marcó el lugar, levantando allí una piedra conmemorativa, y lo llamó Beth-El -«La Casa de El»-, el Señor. Y después, por una ruta que no se especifica, continuó hasta Jarán.

En las inmediaciones de la ciudad, vio a los pastores reunir los rebaños en un pozo, en el campo. Se dirigió a ellos y les preguntó si conocían a Labán, el hermano de su madre. Los pastores le dijeron que sí, que le conocían, y he aquí que dio en llegar su hija Raquel, con su rebaño. Rompiendo a llorar, Jacob se presentó como el hijo de Rebeca, tía de ella. En cuanto Labán se enteró de las noticias, también él llegó corriendo, abrazó y besó a su sobrino, y lo invitó a quedarse con él y a que conociera a su otra hija, Lía, la mayor. Claro está que el padre tenía en mente el matrimonio de la hija, pero Jacob se había enamorado de Raquel, y se ofreció para trabajar para Labán durante siete años como dote. Pero en la noche de bodas, después del banquete, Labán sustituyó a Lía por Raquel en el lecho nupcial...

Cuando, a la mañana siguiente, Jacob descubrió la identidad de la novia, Labán se mostró confundido. Aquí, le dijo, no casamos a la hija más joven antes que a la mayor; ¿por qué no trabajas otros siete años y te casas también con Raquel? Enamorado aún de Raquel, Jacob aceptó. Pasados siete años, se casó con Raquel; pero el astuto Labán retendría al buen trabajador y mejor pastor que era Jacob y no le dejaría ir. Para impedir que Jacob se fuera, le dejó que tuviera sus propios rebaños; pero cuanto mejor le iba a Jacob, más se quejaban de envidia los hijos de Labán.

Y así, en una ocasión en que Labán y sus hijos habían salido para esquilar sus rebaños de ovejas, Jacob reunió a sus mujeres, a sus hijos y a sus rebaños y huyó de Jarán. «Y cruzó el río -el Éufrates- y se encaminó hacia el monte de Gilead.»

«Al tercer día, le dijeron a Labán que Jacob había escapado; demodo que tomó a sus parientes consigo y salió en persecución deJacob; y siete días después le dio alcance en la montaña de Gilead.»

Gilad -«El Montón de Piedras Imperecedero», en hebreo- ¡elemplazamiento del observatorio circular en el Golán!

El encuentro comenzó con un amargo intercambio de acusaciones recíprocas, pero terminó con un tratado de paz. A la manera de los tratados fronterizos de la época, Jacob eligió una piedra y la erigió para que fuera un Pilar Testimonial, para marcar los límites más allá de los cuales Labán no cruzaría a los dominios de Jacob, ni Jacob cruzaría a los dominios de Labán. Estas piedras limítrofes, llamadas Kudurru en acadio debido a sus cimas redondeadas, se han descu-. bierto en diversos emplazamientos de Oriente Próximo. Como norma, se inscribían en ellas los detalles del tratado, y se incluía la invocación de los dioses de cada lado como testigos y garantes. Respetando la costumbre, Labán invocó a «el Dios de Abraham y los dioses de Najor» para garantizar el tratado. Con aprensión, Jacob «juró por el temor de su padre Isaac».

Después, le dio su propio toque a la ocasión y al lugar:

Y Jacob dijo a sus hijos:Reunid piedras;y ellos reunieron piedrasy las dispusieron en un montón...Y Jacob llamó al montón de piedrasGal'ed.

Por un mero cambio de pronunciación, de Gilad a Gal-Ed, Jacob cambió el significado del nombre, de su antiguo «El Montón de Piedras Imperecedero» a «El Montón de Piedras del Testimonio».

¿Hasta qué punto podemos estar seguros de que ese lugar era el de los círculos del Golán? Creemos que aquí se encuentra la convincente pista final: ¡en su juramento del tratado, Jacob describe el lugar también como Ha-Mitzpeh -el Observatorio!

El Libro de los Jubileos, un libro extrabíblico que recontaba los relatos bíblicos a partir de diversas fuentes antiguas, añadía una nota final al acontecimiento relatado: «Y Jacob hizo allí un montón para un testigo, de ahí que el nombre del lugar fuera: "El Montón del Testigo"; pero con anterioridad solían llamar al país de Gilead el País de los Repha'im».

Y así volvemos al enigmático emplazamiento del Golán y a su apodo de Gilgal Repha'im.

Las piedras limítrofes Kudurru que se han encontrado en Oriente Próximo llevan, como norma, no sólo los términos del acuerdo y los nombres de los dioses invocados como garantes, sino también los símbolos celestiales de los dioses, a veces del Sol, la Luna y los planetas, a veces de las constelaciones zodiacales (como en la Fig. 13), las doce. Pues ésa, desde los primitivos tiempos de Sumer, era la cuenta (doce) de las constelaciones zodiacales, tal como evidencian sus nombres:

GUD.ANNA  Toro Celestial (Tauro)

MASH.TAB.BA  Gemelos  (Géminis)

DUB  Pinzas, Tenazas (Cáncer)

UR.GULA  León (Leo)

AB.SIN  Cuyo Padre Era Sin («la Doncella» = Virgo)

ZI.BA.AN.NA  Hado Celestial («la Balanza» = Libra)

GIR.TAB  Lo Que Clava y Corta (Escorpión)

PA.BIL  el Defensor («el Arquero» = Sagitario)

SUHUR.MASH  Cabra-Pez  (Capricornio)

GU  Señor de las Aguas (Acuario)

SIM.MAH  Peces (Piscis)

KU.MAL  Morador del Campo (el Carnero = Aries)

Aunque no todos los símbolos que representan las doce constelaciones zodiacales han sobrevivido desde tiempos sumerios, ni siquiera babilónicos, sí que se han encontrado en monumentos egipcios, con idénticos nombres y representaciones.

¿Dudaría alguien de que Abraham, hijo del sacerdote-astrónomo Téraj, estuviera al corriente de las doce casas zodiacales cuando Dios le dijo que observara los cielos y viera en ellos el futuro? Como las estrellas que observas en los cielos, así será tu descendencia, le dijo Dios a Abraham; y cuando nació su primer hijo, el que tuviera con la sirvienta Agar, Dios bendijo al muchacho, Ismael («Por Dios Oído»), con esta profecía: En cuanto a Ismael:También le he escuchado.Con esto lo bendigo:Le haré fecundoy lo multiplicaré sobremanera;de él nacerán doce jefes,la suya sera una gran nación. Génesis 17,20

Con esa bendición profética, relacionada con los cielos estrellados, tal como los observaba Abraham, aparece en la Biblia por vez primera el número doce y su trascendencia. Después, se cuenta (Génesis 25) que los hijos de Ismael, cada uno de ellos jefe de un estado tribal, fueron doce; y, haciendo una relación de ellos por sus nombres, la Biblia resalta: «Esos

fueron los hijos de Ismael, según sus cortes y fortalezas; doce jefes de otras tantas naciones.» Sus dominios se extendían por toda Arabia y las tierras desérticas del norte.

La siguiente ocasión en la que la Biblia emplea el número doce es en la relación de los doce hijos de Jacob, en el momento en que vuelve al estado de su padre en Hebrón. «Y el número de los hijos de Jacob era doce», afirma la Biblia en el Génesis 35, haciendo una lista por los nombres con los que luego nos familiarizaríamos como nombres de las Doce Tribus de Israel:

Seis de Lía:

Rubén, Simeón, Leví, Judá, Isacar, Zebulón

Dos de Raquel:

José y BenjamínDos de Bilhá, la sirvienta de Raquel:

Dan y Neftalí.Y dos de Zilpá, la sirvienta de Lía:Gad y Aser.

Sin embargo, hay un tejemaneje en esta lista, pues no era ésta la relación original de los doce hijos que volvieron con Jacob a Canaán: Benjamín, el más joven, nació de Raquel cuando ya la familia había vuelto a Canaán, en Belén, donde murió mientras daba a luz. Sin embargo, el número de los hijos de Jacob era doce antes de esto, dado que el último vástago, nacido de Lía, fue una hija, Dina. La lista, quizás por algo más que una coincidencia, estaba compuesta así de once varones y una hembra, hecho que se corresponde con la lista de las constelaciones zodiacales, que está compuesta por una hembra (Virgo, la Virgen) y once «varones».

Las implicaciones zodiacales de los doce hijos de Jacob (renombrado Israel después de haber luchado con un ser divino cuando cruzaba el río Jordán) se pueden discernir en dos ocasiones en la posterior narración bíblica. La primera, cuando José, un maestro en tener e interpretar sueños-augurios, alardeaba ante sus hermanos de que había soñado que el Sol, la Luna (el anciano Jacob y Lía) y once Kokhavim se postraban ante él. Esta palabra se traduce normalmente como «estrellas», pero el término (proveniente del acadio) servía igualmente para designar a las constelaciones. Con José, el total sumaba doce. La implicación de que la suya era una constelación superior fastidiaba enormemente a sus hermanos.

La segunda vez fue cuando Jacob, viejo y moribundo, llamó a sus doce hijos para bendecirles y predecirles el futuro. Conocidas como la Profecía de Jacob, las últimas palabras del patriarca comienzan relacionando al hijo mayor, Rubén, con Az, la constelación zodiacal de Aries (que, por entonces, era la constelación del equinoccio de primavera, en lugar de la de Tauro). Simeón y Leví fueron agrupados como los Gemelos, Géminis. Dado que habían matado a muchos hombres cuando vengaron la violación de su hermana, Jacob profetizó que se dispersarían entre las otras tribus y que perderían sus propios dominios. Judá fue comparado con un León (Leo) y visto como el poseedor del cetro real, una predicción de la realeza de Judea. Zabulón fue visto como el Morador de los Mares (Acuario), en lo cual se convirtió de hecho. Las predicciones del futuro tribal de los hijos prosiguieron, vinculando nombre y símbolo con las constelaciones zodiacales. Los últimos fueron los hijos de Raquel: a José se le representó como al Arquero (Sagitario); y al último, Benjamín, por haber sustituido a su hermana Dina (Virgo), se le describió como un depredador que se alimenta de los demás.

La estricta adhesión al número doce, emulando las doce casas del zodiaco, supuso otro tejemaneje que normalmente pasa desapercibido. Después del Éxodo y de la división de la Tierra Prometida entre las Doce Tribus, volvieron a hacerse algunas redisposiciones. De repente, la relación de las Doce Tribus que compartían territorios incluye a los dos hijos de José (que habían nacido en Egipto), Manasés y Efraím. No obstante, la lista sigue siendo de doce; pues, como había profetizado Jacob, las tribus de Simeón y de Leví no tuvieron parte en las distribuciones territoriales y, como se había predicho, se dispersaron entre las otras tribus. El requisito (la santidad) de los Doce Celestiales se había preservado de nuevo.

Los arqueólogos que excavan en las ruinas de las sinagogas judías de Tierra Santa se quedan a veces estupefactos al encontrarse con los suelos de las sinagogas decorados con un círculo zodiacal de las doce constelaciones, representado con sus símbolos tradicionales (Fig. 15). Tienden a ver los hallazgos como aberraciones resultantes de las influencias griegas y romanas de los siglos previos al cristianismo. Esta actitud, que surge de la creencia de que esa práctica estaba prohibida por el Antiguo Testamento, ignora los hechos históricos: la familiaridad de los hebreos con las constelaciones zodiacales y su vinculación con las predicciones de futuro, con el Hado.

Durante muchas generaciones, hasta nuestros días, en las bodas judías, o cuando un niño es circuncidado, se han podido escuchar los gritos de ¡Mazal-tov! ¡Mazal-tov!. Pregúntele a cualquiera lo que significa, y la respuesta será: significa «buena Suerte», que la pareja o el niño tengan buena suerte.

Sin embargo, pocos se percatan de que, si bien es lo que se pretende con ello, no es lo que la frase significa. Mazal-tov significa, literalmente, «una buena/favorable constelación zodiacal». Este término proviene del acadio (la primera lengua semita o lengua madre), en el cual Manzalu significa «estación»: la estación zodiacal en la cual se veía «estacionarse» al Sol en el día de la boda o del nacimiento.

La relación de una casa zodiacal con el Hado de uno está en boga con la astrología horoscópica, que comienza por establecer (a través de la fecha de nacimiento) cuál es el

signo de uno: un Piscis, un Cáncer o cualquier otra de las doce constelaciones zodiacales. Volviendo atrás, podríamos decir que, de acuerdo con la Profecía de Jacob, Judá era un Leo, Gad un Escorpión y Neftalí un Capricornio.

La observación de los cielos en busca de indicaciones de los hados, trabajo llevado a cabo por todo un ejército de sacerdotes-astrónomos, asumió un papel crucial en las decisiones reales durante los tiempos de Babilonia. El hado del rey, el hado de la tierra y de las naciones se adivinaba por la posición de los planetas en una constelación zodiacal concreta. Las decisiones reales esperaban la palabra de los sacerdotes-astrónomos. ¿Estaba la Luna, esperada en Sagitario, oscurecida por las nubes? ¿El cometa visto en Tauro se había trasladado a otra constelación? ¿Cuál era el significado para el rey

o para el país de la observación de que, en la misma noche, Júpiter se elevara en Sagitario, Mercurio en Géminis y Saturno en Escorpión? Anotaciones que requirieron literalmente centenares de tablillas revelan que aquellos fenómenos celestes se interpretaban para predecir invasiones, hambrunas, inundaciones, inquietudes civiles o, por otra parte, una larga vida para el rey, una dinastía estable, la victoria en la guerra o la prosperidad. La mayoría de las anotaciones de estas observaciones se escribieron en prosa simple sobre tablillas de arcilla; en ocasiones, los almanaques astrológicos, a modo de manuales horoscópicos, se ilustraban con los símbolos de las constelaciones zodiacales relevantes. En todos los casos, se consideraba que el Hado venía indicado por los cielos.

La astrología horoscópica de hoy se remonta hasta más allá de los babilonios, los «caldeos» de los informes griegos. A la par del calendario de doce meses, la noción de que el Hado y el Zodiaco son dos aspectos del mismo curso de acontecimientos comenzó, indudablemente, al menos cuando comenzó el calendario, en Nippur, en el 3760 a.C. (que es cuando comienza la cuenta del calendario judío). Según nuestra opinión, se puede constatar la antigüedad de esta vinculación por uno de los nombres sumerios de las constelaciones, el de ZI.BA.AN.NA. Este término, que se entiende que significa «Hado Celestial», significa literalmente «Decisión-Vida en los cielos», así como «Balanza Celestial de la Vida». Fue éste un concepto que se registró en Egipto en El Libro de los Muertos; se creía que la esperanza de uno en la otra vida eterna dependía del peso de su corazón en el Día del Juicio. La escena quedó magníficamente reflejada en el Papiro de Ani, donde se muestra al dios Anubis pesando el corazón en una balanza, y al dios Thot, el Escriba Divino, tomando nota del resultado.

En la tradición judía, hay un enigma sin resolver: ¿por qué el Señor bíblico eligió el séptimo mes, Tishrei, como el mes en el cual comenzar el Año Nuevo hebreo, en vez de comenzarlo en el mes que se contaba en Mesopotamia como primer mes, Nissan? Si se debió, como se ha sugerido para explicarlo, al deseo de marcar una clara ruptura con la veneración mesopotámica a las estrellas y los planetas, ¿por qué le siguen llamando el séptimo mes y no lo renumeran como el primer mes que es?

Nos da la impresión de que la verdad es la opuesta, y de que la respuesta se encuentra en el nombre de la constelación ZI.BA.

AN.NA y en su connotación de la Balanza del Hado. Creemos que la pista crucial es el vínculo calendárico con el zodiaco. En la época del Éxodo (a mediados del segundo milenio a.C), la primera constelación, la del equinoccio de primavera, era Aries, ya no era Tauro. Y comenzando por Aries, la constelación de la Balanza Celestial de la Vida era, de hecho, la séptima. El mes en el cual el Año Nuevo judío tenía que comenzar, el mes en el cual se decidiría en el cielo quién tenía que vivir y quién morir, quién tenía que estar sano y quién enfermo, ser rico o pobre, feliz o desdichado, era el mes correspondiente al mes zodiacal de la Balanza Celestial.

Y en los cielos, el Hado tenía doce estaciones.

## 03. LAS GENERACIONES DIVINAS

Tanto el zodiaco de doce partes como su antigüedad nos plantean dos incógnitas: ¿quién le dio origen y por qué se dividió en doce partes el círculo celestial?

Para responder hay que ir bastante más allá, para llegar a darse cuenta de que, por debajo de la aparente trascendencia astrológica de dividir los cielos en doce partes, hay una astronomía sumamente sofisticada, una astronomía tan avanzada de hecho que el Hombre, por sí mismo, no habría podido poseerla cuando tuvo su origen esta división del círculo celeste.

En su órbita anual alrededor del Sol, éste parece elevarse cada mes (una duodécima parte del año) en una estación diferente. Pero la que más importa, lo que se tuvo por crucial en la antigüedad y que determina la transición de Era en Era (de Tauro a Aries, de aquí a Piscis y pronto a Acuario), es la estación en la cual parece elevarse el Sol en el día del equinoccio de primavera . Da la casualidad de que la Tierra, en su órbita anual alrededor del Sol, no vuelve exactamente al mismo punto. Debido al fenómeno llamado Precesión, hay un ligero retraso que acumula un grado cada 72 años. Este retraso (asumiendo que los doce segmentos sean iguales, 30 grados cada uno) necesita, así pues, 2.160 años (72 x 30) para que se dé un cambio en la salida del Sol en el día del equinoccio desde el fondo estrellado de una constelación zodiacal (por ejemplo, Tauro) a la anterior (por ejemplo, Aries). Mientras que la Tierra orbita al Sol en dirección contraria a las manecillas del reloj, este retraso hace que el Día del Equinoccio vaya hacia atrás.

Ahora bien, aun con la gran longevidad de tiempos sumerios/ bíblicos (Téraj 205 años de edad, Abraham 175 años), habría llevado toda una vida darse cuenta del retraso de uno (72

años) o dos (144 años) grados; un logro sumamente improbable si no se dispone del avanzado equipo astronómico que hubiera sido necesario. Si esto es así, cuánto más no habría hecho falta para percatarse y verificar un cambio completo de Era Zodiacal de 2.160 años. Ni siquiera los patriarcas antediluvianos, con lo que los expertos consideran como longevidades «fantásticas» (el récord lo ostentan Matusalén con 969 años, y Adán con 930), habrían vivido lo suficiente como para observar todo un período zodiacal. Noé, el protagonista del Diluvio, vivió unos 950 años; sin embargo, en los registros sumerios de los acontecimientos se citaba la constelación zodiacal (Leo) durante la cual había sucedido.

Esto era sólo una parte de los conocimientos imposibles que poseían los sumerios. ¿Cómo podrían haber sabido todo lo que sabían? Ellos mismos ofrecieron la respuesta: todo lo que sabemos nos lo enseñaron los Anunnaki, «Los Que Del Cielo a la Tierra Vinieron». Y ellos, viniendo de otro planeta con un enorme período orbital y una longevidad en la cual un año equivale a 3.600 años terrestres, no tuvieron ninguna dificultad en discernir la Precesión y en diseñar el Zodiaco de doce secciones.

De toda la serie de textos que formaron la base de la ciencia y la religión de la antigüedad, y que se tradujeron más tarde a otras lenguas, incluido el hebreo bíblico, los relatos sumerios de los Anunnaki (de los antiguos dioses) constituyen el material a partir del cual se forjó la «mitología». En las culturas occidentales, la primera mitología que nos viene a la cabeza es la de los griegos; pero ésta, como todas las mitologías de la antigüedad y como los panteones divinos de todas las naciones (de todo el mundo), surgieron de las creencias y de los textos originales sumerios.

Hubo un tiempo, dicen los sumerios, en el cual el Hombre civilizado no estaba aún sobre la Tierra, en el que no había más que animales salvajes y sin domesticar, y en el que aún no se cultivaba nada. En aquel lejanísimo tiempo, llegó a la Tierra un grupo de cincuenta Anunnaki. Dirigidos por un líder cuyo nombre era EA. (que significa «Aquel Cuyo Hogar Es el Agua»), vinieron desde su planeta madre, NIBIRU («planeta del cruce») y, al llegar a la Tierra, amerizaron en las aguas del Golfo Pérsico. En un texto que los expertos conocen como el «mito» de Ea y la Tierra, se cuenta cómo ganó la costa el primer grupo hasta llegar a una zona pantanosa. Su primer trabajo consistió en drenar los pantanos, limpiar los canales de ribera y localizar fuentes de alimentos (que resultaron ser el pescado y la caza). Después, se pusieron a hacer ladrillos con la arcilla del suelo y fundaron el primer asentamiento extraterrestre en la Tierra. Lo llamaron ERIDÚ, que significa «Hogar en la Lejanía» u «Hogar lejos del hogar». Ese nombre es el origen del nombre «Tierra» en algunas de las lenguas más antiguas. La época: hace 445.000 años.

La misión de los astronautas era obtener oro, extrayéndolo de las aguas del golfo. Necesitaban el oro para la supervivencia en Nibiru, pues allí el planeta estaba perdiendo su atmósfera al tiempo que su calor interno, poniendo en peligro la continuidad de la vida en Nibiru. Pero el plan resultó inviable, y los líderes decidieron que habría que obtener el oro de la forma más dura: extrayéndolo de donde había de él en abundancia, del subsuelo del sureste de África.

El nuevo plan precisaba de un incremento sustancial del número de Anunnaki en la Tierra y, con el tiempo, alcanzaron la cifra de seiscientos. También se necesitaba una elaborada operación de embarque del oro refinado para transportarlo desde la Tierra en diversos suministros. Para ello, se utilizaron trescientos nibiruanos más como IGI.GI («Aquellos Que Observan y Ven»), que operaban en plataformas orbitales y lanzaderas. El soberano de Nibiru, AN («El Celestial», Anu en acadio) vino a la Tierra para supervisar la ampliación de presencia y de operaciones. Trajo con él a dos de sus hijos: su hijo EN.LIL («Señor del Mandato»), un amante de la disciplina estricta, para que hiciera el papel de jefe de Operaciones; y una hija, NIN.MA H («Dama Poderosa»), oficial médico jefe.

La división de tareas entre el pionero Ea y el recién llegado Enlil resultó complicada y, en determinado momento, en el que se llegó a un callejón sin salida, Anu llegó a estar dispuesto a quedarse en la Tierra, dejando a uno de sus hijos como virrey en Nibiru. Al final, lo echaron a suertes entre los tres. Anu volvió para reinar en Nibiru; a Enlil le tocó quedarse en la región original de aterrizaje y ampliarla en un E.DIN («Hogar de los Justos»). Su trabajo consistiría en fundar nuevos asentamientos, cada uno con una función específica (un espaciopuerto, un Centro de Control de Misiones, un centro metalúrgico, un centro médico, o como balizas de aterrizaje). Y a Ea le tocó organizar las operaciones mineras en el sudeste de África, una tarea para la cual él, como destacado científico que era, resultaba el más adecuado.

Pero que la tarea estuviera dentro de sus competencias no significaba que a Ea le gustara que su misión estuviera tan lejos del Edin. Así que, para compensarle por el traslado, se le dio el nombre-título de EN.KI, «Señor de la Tierra».

Enlil quizá pensara que aquello no era más que un gesto; pero Ea/Enki se lo tomó muy en serio. Aunque ambos eran hijos de An, no eran más que hermanastros. Ea/Enki era el primogénito, y normalmente habría sucedido a su padre en el trono. Pero Enlil era el hijo que había tenido Anu con su hermanastra y, según las normas de la sucesión de Nibiru, era el heredero legal, aún sin ser el primogénito. Ahora, los dos hermanos se encontraban en otro planeta frente a un conflicto potencial: si la misión a la Tierra se ampliaba, quizás hasta el punto de llevar a cabo una colonización permanente en otro planeta, ¿quién sería la autoridad suprema, el Señor de la Tierra o el Señor del Mandato?

El asunto se convirtió en un grave problema para Enki, a la vista de la presencia en la Tierra de su hijo Marduk, así como del hijo de Enlil, Ninurta; pues mientras el primero había nacido de la unión de Enki con su consorte oficial, el segundo había nacido de la de Enlil (en Nibiru) con su hermanastra Ninmah (cuando ambos estaban solteros; Enlil se casó con Ninlil en la Tierra, Ninmah nunca se casó). Y eso le daba a Ninurta prioridad sobre Marduk en la línea sucesoria.

Incansable tenorio, Enki decidió remediar la situación acostándose con su hermanastra, esperando al mismo tiempo tener un hijo con ella. Pero el acto sexual trajo una hija. Inexorable, Enki no perdió el tiempo en acostarse con la hija tan pronto como maduró; pero ésta también tuvo una hija. Y Ninmah tuvo que inmovilizar temporalmente a Enki para poner fin a sus pretensiones conyugales.

Aunque no pudo tener un hijo con su hermanastra, Enki no careció de otros descendientes varones. Además de MAR.DU K («Hijo del Montículo Puro»), que también había venido de Nibiru, estaban los hermanos NER.GAL («Gran Vigilante»), GIBIL («El del Fuego»), NIN.A.GAL («Príncipe de las Grandes Aguas») y DUMU.ZI («Hijo Que Es Vida»). No está claro que todos ellos fueran hijos de la esposa oficial, NIN.KI («Dama Tierra»); es casi seguro que el sexto hijo, NIN.GISH.ZID.DA («Señor del Artefacto/Árbol de la Vida»), fue el resultado de un amorío de Enki con la nieta de Enlil, Ereshkigal, yendo ésta de pasajera en la nave de él, en su camino desde el Edin a África. En un sello cilindrico sumerio se representa a Enki y a sus hijos .

Una vez Enlil se casó con su consorte oficial, una joven enfermera a la que se le dio el nombre-epíteto de NIN.LIL («Dama del Mandato»), ya nunca flaqueó en su fidelidad a ella. Juntos tuvieron dos hijos, el dios Luna, NANNAR («El Brillante»), al cual se le conocería posteriormente como Sin entre los pueblos de lenguas semitas, y un hijo más joven, ISH.KUR («El de las Montañas»), que sería más conocido por el nombre de Adad, «El Amado» hijo. Esta escasez de descendencia, comparada con el clan de Enki, podría explicar por qué los tres hijos de Nannar/Sin y de su esposa, NIN.GAL («Gran Dama»), fueron incluidos con rapidez en el liderazgo de los Anunnaki, a despecho de estar tres generaciones por detrás de Anu. Fueron la antes mencionada ERESH.KI.GAL («Señora del Gran País») y los gemelos UTU («El Resplandeciente») e IN.ANNA («Amada de An»), el Shamash («Dios Sol») y la Ishtar (Astarté/Venus) de los panteones posteriores.

En el punto álgido de su presencia en la Tierra, los Anunnaki llegaron a sumar seiscientos, y los textos nombran a bastantes de ellos, indicando en la mayoría de los casos sus papeles o funciones. El primer texto en el que se habla del amerizaje inicial de Enki nombra a algunos de sus tenientes y las tareas que tenían asignadas. También se nombra a los gobernadores de cada uno de los asentamientos establecidos por los Anunnaki, así como a los diez soberanos antediluvianos del Edin. Las descendientes femeninas nacidas como resultado de los tejemanejes de Enki se identificaron también, así como los maridos que se les asignaron. Recordados por sus nombres fueron los chambelanes y los emisarios de los principales dioses, así como las deidades masculinas y femeninas encargadas de actividades específicas (por ejemplo, Ninkashi, encargada de la elaboración de cerveza).

A diferencia de la total ausencia de genealogía para Yahveh, el Dios bíblico, los «dioses» Anunnaki estaban completamente al corriente de genealogías y de generaciones cambiantes. Como parte de los conocimientos secretos guardados en los templos, existían Listas de Dioses en las cuales los «dioses» Anunnaki hacían una relación genealógica/generacional sucesiva. Algunas de las listas que se han descubierto nombran a no menos de veintitrés Parejas Divinas como precursores de Anu (y, por tanto, de Enlil y de Enki) en Nibiru. Algunas listas nombran simplemente a los dioses Anunnaki en sucesión cronológica; en

otras, se anotó con cuidado el nombre de la madre divina junto con el del padre divino, pues según la madre se determinaba el estatus del descendiente bajo las Normas de Sucesión.

Por encima de todos ellos estaba siempre un círculo de doce Grandes Dioses, los precursores de los Doce Olímpicos del panteón griego. Comenzando con los Dioses de Antaño, cambiando después con los tiempos y las generaciones, la composición del Círculo de Doce varió, pero siempre fueron doce; cuando alguien causaba baja, otro se ponía en su lugar; cuando alguien tenía que ser elevado en rango, otro tenía que descender de categoría.

Los sumerios representaban a sus dioses con unos distintivos gorros con cuernos , y en algún momento hemos sugerido ya que el número de pares de cuernos reflejaba el rango numérico de las deidades. El rango en el panteón sumerio original comenzaba con 60 (el número base en las matemáticas sumerias), el de Anu, y continuaba con 50, el del sucesor legal, Enlil, 40 para Enki, 30 para Nannar/Sin, 20 para Utu/Shamash y 10 para Ishkur/Adad. A los componentes femeninos se les daba el rango de 55, 45, 35 y 25, los de las esposas Antu, Ninlil, Ninki y Ningal; después, 15 para Ninmah, que no se casó, y 5 para la soltera Inanna/Ishtar; reflejando los cambios generacionales, la segunda ascendería al rango de 15 y Ninmah bajaría al de 5.

Merece la pena resaltar que los dos contendientes por la sucesión en la Tierra, Ninurta y Marduk, estaban fuera de la lista original de los «olímpicos». Pero, cuando la pugna se puso al rojo vivo, el Consejo de los Dioses reconoció a Ninurta como sucesor legal y le asignó el rango de 50, el mismo que el de su padre, Enlil. A Marduk, por otra parte, se le dio un rango bajo, 10.

Estas clasificaciones se tenían por secretos divinos, y se revelaban sólo a «iniciados» sacerdotales elegidos. Las tablillas sobre las cuales se inscribieron los «números secretos de los dioses» (como la tablilla K.170 del templo de Nínive) llevaban una prohibición estricta de mostrarla ante los la mudu'u -los «no iniciados».

Con frecuencia, mucha información acerca de los dioses se registraba sin utilizar sus nombres, sino utilizando sus números secretos; por ejemplo, «el dios 30» en lugar de Nannar/Sin.

En la tabla de la Fig. 20 se identifica a los Grandes Dioses por parentesco y rango, destacando a los doce Grandes Dioses. Pero, ¿por qué doce? Creemos que la respuesta se encuentra en otro importante problema que los Anunnaki tuvieron que afrontar cuando se vieron obligados a cambiar su misión en la Tierra, desde lo que fue la expedición original de extracción de oro hasta la del asentamiento a largo plazo, con casi mil individuos involucrados. Desde su punto de vista, habían venido de un planeta con una órbita «normal» hasta otro que daba vueltas enloquecido alrededor del Sol, orbitándolo 3.600 veces en un

año (un período orbital) de Nibiru. Además de los ajustes físicos, hubo que relacionar de algún modo el tiempo terrestre con el tiempo nibiruano. Tras establecer su sofisticado equipamiento en el Centro de Control de Misiones de Nippur (en una instalación llamada DUR.AN.KI, «Enlace Cielo-Tierra»), se dieron cuenta, cómo no, del retraso gradual de lo que llamamos precesión, y se percataron de que la Tierra, además del rápido año orbital, tenía otro ciclo más largo, el de los 25.920 años que le llevaba volver al mismo punto celeste, un ciclo que llegó a ser conocido como el Gran Año.

Como muestran las imágenes grabadas en sellos cilindricos , los Anunnaki consideraban que «la familia del Sol» constaba de doce miembros: el Sol (en el centro), la Luna (por las razones que se darán), los nueve planetas que conocemos en la actualidad, y uno más, su propio planeta, Nibiru. Para ellos, este número, doce, era el número básico que había que aplicar en todas las cuestiones celestes referentes al Enlace Cielo-Tierra, incluida la división del cielo estrellado alrededor del Sol. Utilizando sus detallados mapas celestes, agruparon las estrellas de cada segmento celeste en constelaciones. ¿Qué nombres les pondrían? ¿Por qué no ponerles el nombre de sus propios líderes?

Ahí estaba Ea, «Cuyo Hogar Es Agua», que había amerizado en la Tierra, en las aguas del Golfo Pérsico, que le encantaba navegar en barca por los pantanos, que llenó los lagos de peces. Le honraron poniendo nombres a dos constelaciones, la del Aguador (Acuario) y la de los Peces (Piscis); en tiempos sumerios, se le representaba así en los sellos cilindricos , y los sacerdotes que supervisaban su culto iban vestidos como Hombres Peces . A Enlil, fuerte, cabezota y comparado con frecuencia con un toro, se le honró nombrando a su constelación como la del Toro (Tauro). A Ninmah, deseada pero nunca casada, la honraron con la constelación de Virgo. A Ninurta, llamado con frecuencia el Primer Guerrero de Enlil, se le honró con el Arco, Sagitario; al primogénito de Ea, terco y obstinado, se le asemejó con el Carnero (Aries). Y cuando nacieron los gemelos Utu/Shamash e Inanna/Ishtar, se hizo corresponder con ellos una constelación, Géminis (los Gemelos). (Como reconocimiento al papel de Enlil y de Utu en las actividades espaciales de los Anunnaki, los sacerdotes enlilitas se vestían como Hombres Águilas ) Con los cambios de rango jerárquicos, y con la aparición en la escena de la Tierra de una segunda y una tercera generación de Anunnaki, el resto de constelaciones zodiacales se les asignaron a sus homólogos Anunnaki.

No hombres, sino dioses, diseñaron el zodiaco. Y el número, no importa los cambios que pudiera haber, siempre sumaba doce.

Después de cuarenta «repeticiones» (órbitas) de Nibiru desde su llegada, los Anunnaki destacados a las minas de oro se amotinaron. En un texto titulado Atra Hasis se relatan los acontecimientos previos al motín, el propio motín y sus consecuencias. La más importante fue la creación de El Adán: el texto cuenta cómo vino a la existencia la Humanidad. Instigado por Enki, el motín se dirigió en primer lugar contra Enlil y su hijo NIN.UR.TA («Señor Que Completa la Fundación»). Enlil exigió que a los amotinados se les diera el máximo castigo; Enki dio cuenta de la imposibilidad de continuar con tan duro trabajo; Anu se puso del lado de Enki. Pero todavía hacía falta oro para la supervivencia; de modo que, ¿cómo se obtendría?

En el momento de la crisis, Enki salió con una sorprendente sugerencia ante los líderes Anunnaki: ¡Creemos -dijo- un Trabajador Primitivo que sea capaz de hacer el trabajo! Cuando el sorprendido Consejo de los Dioses preguntó cómo se podía crear un nuevo ser, Enki explicó que el ser que él tenía en mente «ya existe»: un homínido que ha evolucionado en la Tierra, pero que aún no había alcanzado el estadio evolutivo de los Anunnaki. Todo lo que tenemos que hacer, dijo, es «poner la marca de los dioses» en ellos, alterarlos genéticamente para que se parezcan a los Anunnaki.

En la Biblia se habla también de la discusión y de la solución sugerida:

Y los Elohim dijeron:«Hagamos al Hombre a nuestra imagen y semejanza»

Un ser que se pareciera a los Anunnaki tanto física como mentalmente. Enki prometió que este ser «se encargará del servicio de los dioses, para que estos puedan relajarse». Seducidos por las perspectivas de alivio del duro trabajo, los dioses accedieron.

En varios textos sumerios se relata cómo, con la ayuda de Ninmah, y después de muchos ensayos y errores, se llegó a crear un Lullu, un «Mezclado». Con la satisfacción que daba el haber obtenido un «modelo perfecto», Ninmah lo levantó en alto y gritó: «¡Lo han hecho mis manos!»

Ella creía que aquel instante marcaba un acontecimiento trascendental. Lo mismo hubiéramos pensado nosotros, pues, en la imagen que de ese momento hizo un artista sumerio sobre un sello cilindrico , se nos muestra el acontecimiento más trascendental de la historia de la Humanidad: el instante en el cual nosotros, los Homo sapiens, aparecimos en la Tierra.

Utilizando esta exitosa combinación genética, comenzó el lento proceso de hacer duplicados, un proceso que ahora llamamos clonación. La reproducción, que precisó de mujeres Anunnaki para que hicieran de Diosas del Nacimiento, clonaba al Trabajador Primitivo en series de siete varones y siete hembras. La Biblia (Génesis, capítulos 1 y 5) nos lo cuenta así:

En el día en que los Elohim crearon el Adán, a semejanza de los Elohim lo hicieron; varón y hembra los crearon.

Pero la clonación era un proceso lento, y requería del servicio de las Diosas del Nacimiento, porque el nuevo ser, como híbrido que era, no podía procrear por sí mismo. Así, para acelerar el proceso, Enki llevó a cabo una segunda hazaña de ingeniería genética, pero esta vez por iniciativa propia. Enredando con lo que llamamos ahora cromosomas X e Y, le dio a la raza humana la capacidad para procrear por sí misma. La Biblia registró este acontecimiento en el relato de Adán y Eva en el Jardín del Edén (el sumerio E.DIN), en el cual Enki juega el papel de la Nachash, término que se traduce por «serpiente» pero que también significa «El que conoce/posee secretos».

Por su parte, Enlil, aunque había votado por el experimento genético, lo había hecho no sin cierta reluctancia. A diferencia del gran científico, Enki, a Enlil no le excitaba el desafío científico. Incluso, podríamos imaginarle diciendo: «No hemos venido a otro planeta para jugar a ser Dios»... Enlil se enfureció cuando Enki llevó a cabo su segunda (y no autorizada) manipulación genética. «Has hecho el Adán para que sea como uno de nosotros», capaz de procrear, le gritó; ¡un paso más, y habría comido también del fruto del Árbol de la Vida!

Así, se desterró a la Humanidad del Jardín del Edén, para que se valiera por sí misma; pero, en vez de marchitarse, proliferó y llenó la Tierra. El disgusto de Enlil aumentó cuando los jóvenes Anunnaki empezaron a fraternizar con las Hijas del Hombre, incluso tuvieron hijos con ellas. En la Biblia (Génesis, capítulo 6), la historia de los Nefilim («Aquellos Que Bajaron»), los «hijos de los Elohim» que se casaron con hembras humanas, sirve de preámbulo a la historia del Diluvio, la explicación de la decisión de barrer a la Humanidad de sobre la faz de la Tierra.

Enlil planteó su plan ante el Consejo de los Dioses. Una gran calamidad, dijo, está a punto de ocurrir. Nibiru, en su próximo paso, provocará una gigantesca marea que anegará la Tierra. ¡No advirtamos a la Humanidad, que toda carne perezca! Los dioses accedieron y juraron guardar el secreto. También lo hizo Enki; pero encontró una forma de advertir a su fiel adorador Ziusudra («Noé» en la Biblia), y le dio instrucciones para que construyera un Arca para salvar a su familia y a sus amigos, así como para preservar la «simiente» de los animales vivos.

La historia de la Gran Inundación es una de las más largas de la Biblia; sin embargo, aun con lo larga que es, no es más que una versión reducida de los mucho más largos y detallados textos sumerios y acadios que tratan de este decisivo acontecimiento. Con posterioridad a él, hasta Enlil se ablandó. Al darse cuenta de que todo lo que los Anunnaki habían construido en la Tierra había quedado destruido, tomó conciencia de que necesitaban la compañía de la Humanidad para hacer habitable de nuevo la Tierra. Con el consentimiento de Enlil, los Anunnaki empezaron a instruir a la Humanidad cultural y tecnológicamente, en intervalos que duraron 3.600 años (correspondientes al período orbital de Nibiru). La culminación del proceso fue la gran civilización sumeria.

En la víspera del Diluvio, los Anunnaki usaron sus naves para escapar de la calamidad, observando el caos y la destrucción desde los cielos de la Tierra. No sólo pereció la Humanidad: todo lo que los Anunnaki habían construido en los últimos 432.000 años fue barrido de sobre la faz de la Tierra o enterrado bajo gruesas capas de lodo; y en esto se incluía el espaciopuerto que tenían en el E.DIN.

Así que la marea comenzó a retroceder, pudieron descender de sus naves orbitales en los picos más altos de Oriente Próximo, los de Ararat. Cuando apareció más tierra seca, pudieron utilizar el Lugar de Aterrizaje, una enorme plataforma de piedra que se había erigido antes del Diluvio en las Montañas de los Cedros, en lo que ahora es Líbano. Pero, para reanudar las operaciones espaciales, necesitaban un espacio puerto; y se tomó la decisión de construirlo en la península del Sinaí. Al igual que antes del Diluvio, el Corredor de Aterrizaje se ancló en los visibles picos gemelos del Ararat; se incluyó el Lugar de Aterrizaje; se seleccionó un nuevo Centro de Control de Misiones (para sustituir al que había habido en Nippur antes del Diluvio); y se levantaron dos picos gemelos artificiales para anclar la terminal del Corredor de Aterrizaje: las dos grandes pirámides de Gizeh en Egipto.

Preocupados por las crecientes rivalidades entre lo que había terminado por asemejarse a dos clanes diferentes en la Tierra, la ubicación del espaciopuerto y de sus instalaciones auxiliares tomó una importancia decisiva. Para minimizar las fricciones, se formalizó de jacto una división de los dominios entre Enlil, en el Edin, y Enki, en el Abzu; al primero y a sus descendientes se les concedió el dominio sobre Asia y las partes más cercanas de Europa; al segundo, todo el continente africano. Esto significaba que el Lugar de Aterrizaje antediluviano y el nuevo Centro de Control de Misiones estaban en territorio enlilita, y que las grandes pirámides, con sus complejos sistemas de guía, estaban en manos de Enki. Se resolvió por tanto ubicar la región del espaciopuerto, es decir, la península del Sinaí, en manos neutrales, en las manos de Ninmah. Para señalar el acontecimiento, se le dio a ella un epíteto-título nuevo: NIN.HAR.SAG, «Dama de los Picos Montañosos».

Nuestra hipótesis de que los dioses de Egipto no fueron otros que Enki y su clan puede parecer traída por los pelos en una primera impresión. ¿Acaso, para empezar, sus nombres no eran completamente diferentes? Por ejemplo, al gran Dios de Antaño de los egipcios se le llamó PTAH, «El Desarrollador» (o Constructor); pero ése era también el significado del epíteto sumerio de Enki NUDIMMUD, «El Hacedor de Artificios». Él era el Conocedor de Secretos, la Serpiente Divina, en ambos panteones; y (recordando su epíteto «cuyo hogar es agua») se le representó en ambos como al Divino Aguador , nuestro Acuario. En el panteón egipcio, la Señora del Sinaí era HATHOR, apodada «La Vaca» en su ancianidad; también se le apodó así a Ninharsag en Sumer cuando envejeció.

El principal hijo y sucesor de Enki en Egipto fue RA, «El Puro», que se correspondería con Marduk, «Hijo del Montículo Puro», en Mesopotamia. Otras muchas similitudes entre ambos se han expuesto en ha guerra de los dioses y los hombres. También se han expuesto

las razones para identificar al dios egipcio THOT, hijo de Ptah y guardián de los conocimientos secretos divinos, como el dios Ningishzidda de los textos sumerios.

Con el tiempo, Ptah/Enki le entregó el cetro de Egipto a su hijo Marduk/Ra; pero esto no le aplacó. Él seguía afirmando que su derecho de nacimiento era reinar sobre toda la Tierra, y eso le llevó a una serie de conflictos con los enlilitas, conflictos de los que ya hablamos: las Guerras de la Pirámide. En determinado momento (hacia el 8700 a.C, según nuestros cálculos), fue forzado a dejar Egipto; según Manetón (un sacerdote egipcio que plasmó por escrito, en tiempos griegos, la historia y la prehistoria de Egipto), se le asignó el reinado entonces a Thot, el hermano de Marduk. ¿Adonde fue Marduk/Ra? No se puede descartar la posibilidad de que fuera enviado de vuelta a Nibiru (los egipcios le llamaban el Planeta del Millón de Años). Un antiguo texto egipcio aparecido en las tumbas faraónicas, titulado La Asignación de Funciones a Thot, muestra a Ra transfiriendo sus poderes a Thot y designándolo como «Thot, el Que Toma el Lugar». «Tú estarás en mi lugar -anuncia Ra-, el Que Toma el Lugar». Al explicar dónde se encuentra, Ra le dice a Thot: «Estoy aquí, en el cielo, en mi lugar». El hecho de que una parte de su ausencia, la época de los semidioses, durara 3.650 años (casi exactamente la media de la órbita de Nibiru, 3.600 años), sugiere claramente que fuera allí donde Ra/Marduk pasara su exilio de la Tierra. Hay textos, tanto egipcios como mesopotámicos, que hablan de un difícil viaje espacial que se llegó a hacer especialmente peligroso en las cercanías de Saturno, y que bien puede que se trate del viaje de regreso de Ra/Marduk a la Tierra.

A su vuelta, Ra/Marduk se encontró con una Tierra difícilmente reconocible. En el período transcurrido, la civilización sumeria había florecido hasta su cima. Allí, además de la ampliación de los aposentos de Enlil y de Enki hasta convertirlos en recintos sagrados rodeados de bulliciosas ciudades (Nippur y Eridú respectivamente), también se habían fundado Ciudades Del Hombre. La recién creada institución de la Realeza había sido inaugurada en una nueva ciudad, Kis, bajo la égida de Ninurta. A Nannar/Sin se le había dado el señorío de un nuevo centro urbano llamado Ur. Un recinto sagrado, construido para una visita de Anu y Antu, se había ampliado hasta convertirse en la ciudad de Uruk (la bíblica Erek), y se le había dado como regalo a Inanna/Ishtar. Se habían formalizado las funciones del sacerdocio; se había introducido un calendario, el famoso Calendario de Nippur, basado en unos sofisticados conocimientos astronómicos y en las festividades oficiales. Dio comienzo en el 3760 a.C, y todavía se utiliza como calendario hebreo.

El recién regresado Marduk debió de gritar a su padre y al Consejo de los Dioses: ¿Y qué pasa conmigo? Puso sus ojos en un lugar que no estaba lejos de donde había estado el espaciopuerto antediluviano, y decidió que lo convertiría en un Bab-lli, un «Pórtico de los Dioses» (de ahí, su nombre de Babilonia). Pretendía que fuera una expresión simbólica y real de su supremacía. Lo que sucedió después viene registrado en la Biblia como el incidente de la Torre de Babel; tuvo lugar en Shine'ar (el nombre bíblico de Sumer). Allí, los seguidores del dios de Babilonia se pusieron a construir «una torre cuya cima llegue a los cielos» (una torre de lanzamiento, la llamaríamos hoy). «Hagamos un Shem», dijeron (no un «nombre», como se traduce habitualmente, sino el significado original de la fuente sumeria de la palabra MU: un objeto similar a un cohete. Según nuestros cálculos, era hacia el 3450 a.C. Bajando de los cielos, el líder de los Elohim ordenó que se destruyera la torre. Tanto la versión bíblica como los textos mesopotámicos dan cuenta de que fue después de esto cuando los Elohim decidieron «confundir la lengua de la Humanidad», para impedir que la Humanidad actuara de común acuerdo. Hasta entonces, «había una lengua y un tipo

de palabras en toda la Tierra» (Génesis 11,1). Hasta entonces, hubo de hecho una sola civilización, la de Sumer, con un único lenguaje y una única forma de escribir (Fig. 24a). Después de este incidente en Babilonia, se estableció una segunda civilización, la del Nilo (Egipto y Nubia), con su propia lengua y escritura (Fig. 24b); y varios siglos más tarde, la tercera civilización, la del Valle del Indo, dio comienzo con su propia lengua y escritura (Fig. 24c), una escritura que sigue aún sin descifrar. Así, se le asignaron tres Regiones a la Humanidad; la Cuarta Región la conservaron los dioses: la península del Sinaí, donde estaba el espaciopuerto.

Desafiado en Mesopotamia, Ra/Marduk volvió a Egipto para reimponer su supremacía allí como el Gran Dios de la nueva civilización. Fue hacia el 3100 a.C. Hubo, claro está, un pequeño problema: qué hacer con Thot, que había sido la deidad reinante en Egipto y Nubia en ausencia de Ra/Marduk. Sin ningún tipo de ceremonia, fue apartado... En Los reinos perdidos, sugerimos que, tomando con él a un grupo de seguidores africanos, se fue hasta el Nuevo Mundo para convertirse en Quetzalcóatl, el dios Serpiente Alada. El primer calendario que instituyó en Mesoamérica (el calendario de la Cuenta Larga) comenzó en el año 3113 a.C; creemos que fue ésa la fecha exacta de la llegada al Nuevo Mundo de Thot/Quetzalcóatl.

Rabioso aún por su fracaso en Mesopotamia, el amargado Marduk volvió para saldar otras cuentas. Durante su ausencia, unos «Romeo y Julieta» divinos (su hermano Dumuzi e Inanna/Ishtar, la nieta de Enlil) se habían enamorado y se iban a prometer. Aquella unión era anatema para Ra/Marduk; le alarmaban especialmente las esperanzas de Inanna de convertirse en Señora de Egipto por medio del matrimonio. Cuando los emisarios de Marduk fueron a detener a Dumuzi, éste resultó muerto de forma accidental cuando intentaba escapar. De su muerte se hizo responsable a Marduk.

Se han descubierto textos en diversas copias y versiones que ofrecen detalles del juicio de Marduk y de su castigo: ser enterrado vivo en la Gran Pirámide, que fue herméticamente sellada para crear una prisión divina. Disponiendo sólo de aire para respirar, pero sin agua ni comida, Marduk estaba sentenciado a morir en aquella colosal tumba. Pero su esposa y su madre apelaron a Anu para que se le conmutara la sentencia de muerte por la de exilio. Utilizando los planos originales de construcción de la pirámide, se excavó y perforó un conducto de escape hasta los pasadizos, por encima de los enormes tapones. El retorno de Marduk de una muerte segura y su salida de la tumba fueron aspectos que llevaron a ver estos textos (titulados por los primeros traductores como «La Muerte y la Resurrección del Señor») como precursores del relato de muerte, entierro y resurrección de Jesús en el Nuevo Testamento.

Ra/Marduk, al ser sentenciado al exilio, se convirtió en Amén-Ra, el dios invisible. Sin embargo, esta vez estuvo vagando por la Tierra. En un texto autobiográfico en el cual se profetizaba su regreso, Marduk hablaba así de sus andanzas: Yo soy el divino Marduk, un gran dios.Fui expulsado por mis pecados.A las montañas he ido,en muchas tierras he sido un vagabundo.Desde donde el Sol se elevahasta donde se pone he ido.

Y fuera donde fuera, seguía preguntando a los Dioses del Hado: «¿Hasta cuándo?»

Se dio cuenta de que la respuesta referente a su Hado venía de los cielos. La Era del Toro, la era que zodiacalmente pertenecía a Enlil y a su clan, estaba terminando. Se estaba acercando el momento en que, en el primer día de la primavera, en el día de Año Nuevo en Mesopotamia, el Sol se elevaría en la constelación zodiacal del Carnero (Aries), su constelación. ¡El ciclo celestial de los Hados auguraba su supremacía, la supremacía de Marduk!

Pero no todos estaban de acuerdo. ¿Era esto así debido a cálculos temporales, o era un fenómeno celestial observable? A Marduk le importaba un bledo; lanzó una marcha sobre Mesopotamia, mientras su hijo, Nabu, organizaba a sus seguidores para invadir el Sinaí y hacerse con el espaciopuerto. La escalada del conflicto se relata en un texto conocido como La Epopeya de Erra, donde se cuenta que, al no ver otra opción, los dioses que se oponían a Marduk utilizaron armas nucleares para destruir el espaciopuerto (y, de paso, las ciudades infieles de Sodoma y Gomorra).

Pero el Hado se puso de parte de Marduk. Los vientos predominantes del oeste llevaron la mortífera nube nuclear hacia el este, hacia Sumer. Babilonia, más al norte, se salvó. Pero, en el sur de Mesopotamia, el Viento Maligno trajo una muerte repentina y una desolación duradera. La gran capital de Sumer, Ur, se convirtió en campo de correrías para los perros salvajes. Y así, a despecho de los extraordinarios esfuerzos de los oponentes de Marduk, La Era del Carnero se puso en marcha con el ascenso de Babilonia.

## 04. ENTRE HADO Y DESTINO

¿Fue el Hado, o fue el Destino, el que llevó a Marduk con mano invisible a través de milenios de problemas y tribulaciones hasta su meta final: la supremacía en la Tierra?

No muchas lenguas disponen de esa opción en las palabras para ese «algo» que predetermina el resultado de los acontecimientos aún antes de que ocurran, e incluso en la nuestra sería difícil explicar la diferencia. Los mejores diccionarios explican un término con el otro, considerando como sinónimos de ambos «fatalidad», «suerte» y «fortuna». Pero en la lengua sumeria, y por tanto en la filosofía y en la religión sumerias, había una clara distinción entre los dos. Destino, NAM , era el curso predeterminado de los acontecimientos, un curso que era inalterable. Hado era NAM.TAR, el curso predeterminado de los acontecimientos que se podía alterar; literalmente, TAR, cortar, romper, molestar, cambiar.

La distinción no era una cuestión de mera semántica; era el centro de algo que afectaba y dominaba los asuntos de dioses y hombres, de tierras y ciudades. ¿Acaso algo que iba a ocurrir, o algo que hubiera ocurrido, era Destino, era algo inalterable? ¿O era una combinación de acontecimientos azarosos, o de decisiones tomadas, o de altibajos temporales que podrían ser fatales o no, y que otro acontecimiento azaroso, o una oración, o un cambio en la forma de vida podría haber llevado a un resultado diferente? Y si era así, ¿cuál podría haber sido ese resultado diferente? }

La fina línea para diferenciar entre los dos quizás esté desdibujada hoy en día, pero había una diferencia muy bien definida en tiempos sumerios y bíblicos. Para los sumerios, el Destino se iniciaba en los cielos, comenzando con los preordenados senderos orbitales de los planetas. En el momento en que el Sistema Solar obtuvo su forma y su composición, después de la Batalla Celestial, las órbitas planetarias se convirtieron en Destinos imperecederos; el término y el concepto pudieron aplicarse después al curso futuro de los acontecimientos en la Tierra, comenzando con los dioses, que tenían sus homólogos celestes.

En el mundo bíblico, era Yahveh el que controlaba tanto Destinos como Hados, pero mientras los primeros estaban predeterminados y eran inalterables, los segundos (los Hados) podían verse afectados por las decisiones humanas. Debido a las fuerzas primeras, el curso de los acontecimientos futuros se podía predecir con años, siglos o incluso milenios de antelación, como cuando Yahveh le reveló a Abraham el futuro de sus descendientes, incluida la estancia de cuatrocientos años en Egipto (Génesis 15,13-16). El cómo fuera a acaecer esa estancia (se originó con la búsqueda de alimentos durante una gran hambruna) era una cuestión de Hado; que la estancia comenzara con una inesperada bienvenida (debido a que José, mediante una serie de ocurrencias consecutivas, se convertiría en primer ministro de Egipto) era cuestión de Hado; pero que la estancia (después de un período de esclavitud) terminara con un Éxodo liberador en un momento predeterminado era un Destino, preordenado por Yahveh.

Por haber sido llamados por Dios a la profecía, los profetas bíblicos podían predecir el futuro de reinos y países, de ciudades, reyes e individuos. Pero dejaban claro que sus profecías eran meras expresiones de las decisiones divinas. «Así dice Yahveh, Señor de los Ejércitos» era como solía comenzar el profeta Jeremías cuando se predecía el futuro de reinos y soberanos. «Así dice el Señor Yahveh», anunciaba el profeta Amos.

Pero en cuanto a los Hados, el libre albedrío y la libertad de elección de las personas y las naciones podían entrar, y de hecho entraban, en juego. A diferencia de los Destinos, los Hados se podían alterar, y se podían evitar los castigos si la rectitud sustituía al pecado, si la piedad sustituía a la profanación, si la justicia sustituía a la injusticia. «No es la muerte del malvado lo que busco, sino que el malvado cambie de conducta y viva», le dice el Señor Dios al profeta Ezequiel (33,11).

La distinción que hicieron los sumerios entre Hado y Destino, y el modo en que ambos pueden jugar su papel en la vida de una persona, queda de manifiesto en la historia vital de Gilgamesh. Como ya hemos dicho, era hijo del sumo sacerdote de Uruk y de la diosa Ninsun. Cuando creció y comenzó a pensar en los temas de la vida y la muerte, le planteó la pregunta a su padrino, el dios Utu/Shamash:

En mi ciudad, muere el hombre; oprimido está mi corazón.El hombre perece, pesaroso está mi corazón...Ni el hombre más alto puede alcanzar el cielo;Ni el hombre más ancho puede cubrir la Tierra.¿También «miraré yo por encima del muro»?

¿También seré marcado yo por el hado de este modo?

La respuesta de Utu/Shamash no fue muy estimulante. «Cuando los dioses crearon a la Humanidad -le dijo-, le asignaron la muerte a la Humanidad; conservaron la Vida para su propia custodia. Éste es vuestro Destino; así, mientras estés vivo, y lo que hagas mientras tanto, es un Hado que se puede cambiar o alterar, disfrútalo y aprovéchalo al máximo.»

¡Manten tu vientre Heno, Gilgamesh;estáte alegre día y noche!

¡De cada día, haz una fiesta de regocijo;día y noche, baila y juega!

Que tus prendas exhalen frescura,báñate en el agua, que te laven la cabeza.Presta atención a lo pequeño que sostienes en tu mano,Deja que tu esposa disfrute en tu pecho.Éste es el hado de la Humanidad.

Al recibir esta respuesta, Gilgamesh se dio cuenta de que lo que tenía que hacer era tomar una acción drástica para cambiar su Destino, no simplemente su Hado; de otro modo, encontraría el mismo fin que cualquier mortal. Con la reluctante bendición de su madre, se embarcó en un viaje hasta el Lugar de Aterrizaje, en las Montañas de los Cedros, para unirse allí a los dioses. Pero el Hado intervino una y otra vez. Primero, en la forma de Huwawa, el robótico guardián del Bosque de Cedros; después, a través del deseo carnal de Inanna/ Ishtar por el rey, y el desaire que llevó a la muerte del Toro del Cielo. Gilgamesh y su'compañero Enkidu reconocieron y consideraron ya entonces, incluso después de matar a Huwawa, el papel del Hado (Namtar). En el texto épico se cuenta cómo los dos camaradas se sientan y contemplan el esperado castigo. Enkidu, siendo el que había dado el golpe de gracia, pondera cuál será su hado. Gilgamesh le conforta: «No te preocupes -le dice-: es cierto que el «Conjurador» Namtar puede devorar, pero también deja que el pájaro cautivo vuelva a su lugar, deja que el hombre cautivo regrese al seno de su madre.» Caer en las manos de Namtar no es algo inalterable; con frecuencia, el Hado invierte su sentido.

Negándose a rendirse, Gilgamesh se embarcó en un segundo viaje, esta vez al espaciopuerto de la península del Sinaí. Sus problemas y tribulaciones durante el viaje fueron incontables, pero perseveró. Al final, se las ingenió para conseguir el fruto que le habría dado la eterna juventud; pero una serpiente se lo arrebató cuando el cansado Gilgamesh se quedó dormido, y volvió a Uruk con las manos vacías, para allí morir.

Una serie de preguntas del tipo ¿qué habría pasado si...? vienen de forma natural a la mente. ¿Qué habría pasado si las cosas hubieran terminado de otra forma en las Montañas de los Cedros? ¿Habría conseguido Gilgamesh ascender a los cielos y unirse a los dioses en su planeta? ¿Qué habría pasado si no se hubiera quedado dormido y hubiera conservado la Planta de la Eterna Juventud?

Un texto sumerio titulado por los expertos La Muerte de Gilgamesh nos proporciona una respuesta. Explica que el fin estaba predeterminado; que no había forma de que Gilgamesh, tomando en sus propias manos su Hado una y otra vez, pudiera haber cambiado su Destino. El texto ofrece esta conclusión dando cuenta de un sueño-augurio de Gilgamesh en el que había una predicción de su fin. He aquí lo que se le dice al héroe:

Oh, Gilgamesh,éste es el significado del sueño:El gran dios Enlil, padre de los dioses,había decretado tu destino.Él determinó el hado de tu realeza;pero no te ha destinado para la vida eterna.

A Gilgamesh se le dice que su Hado ha sido desautorizado por el Destino. El Hado le había llevado a ser rey; pero el Destino no le iba a permitir evitar la muerte. Y, así destinado, se dice de la muerte de Gilgamesh: «Él, que fuera firme de músculo, yace incapaz de levantarse... Él, que había ascendido montañas, yace, no se levanta.» «En el lecho de Namtar yace, no se levanta.»

El texto hace una relación de todas las cosas buenas que había vivido Gilgamesh: la realeza, las victorias en la batalla, la bendición de la familia, sus fieles sirvientes, sus hermosas vestimentas; pero, reconociendo la interacción entre Hado y Destino, concluye explicandóle a Gilgamesh: las dos cosas, «la luz y la oscuridad de la Humanidad se te concedieron». Pero, al final, dado que el Destino se impuso al Hado, «Gilgamesh, el hijo de Ninsun, yace muerto».

La pregunta ¿Qué habría pasado si...? se puede extender desde una persona hasta abarcar a toda la Humanidad. ¿Qué habría ocurrido con el curso de los acontecimientos en la Tierra (y en otras partes del Sistema Solar) si el plan original de Ea de obtener oro de las aguas del Golfo Pérsico hubiera tenido éxito? En un giro crucial de los acontecimientos, Anu, Enlil y Ea echaron las suertes para ver quién gobernaría en Nibiru, quién iría a las minas en el sureste de África y quién se encargaría del desarrollado Edin. Ea/Enki fue a África y, encontrándose allí a los evolucionados homínidos, pudo decir a los dioses en la asamblea: ¡El Ser que necesitamos, existe; todo lo que tenemos que hacer es ponerle nuestra marca genética! El texto del Atra Hasis, reunido por W. G. Lambert y A. R. Mi llard a partir de diversas interpretaciones y de muchos fragmentos, cuenta de este modo el trascendental instante:

Los dioses se han tomado de las manos, han echado suertes y han repartido.

¿Habría tenido lugar esa hazaña de ingeniería genética si Anu o Enlil hubiera sido el que fuera al sureste de África?

¿Habríamos aparecido de todas formas sobre el planeta, a través de la evolución solamente? Es muy probable, pues así es como los Anunnaki (¡de la misma simiente de vida!) evolucionaron en Nibiru, aunque mucho antes que nosotros. Pero, en la Tierra, nosotros aparecimos a través de la ingeniería genética, cuando Enki y Nimah se adelantaron a los acontecimientos de la evolución e hicieron al Adán, el primer «bebé probeta».

La lección de La Epopeya de Gilgamesh es que el Hado no puede cambiar el Destino. Creemos que la aparición del Homo sapiens en la Tierra fue una cuestión de Destino, un resultado final que podría haber sido retrasado o conseguido de otro modo, pero que se habría alcanzado sin duda alguna. De hecho, creemos que, aun cuando los Anunnaki hubieran estimado que su llegada a la Tierra había sido una decisión suya, basada en sus propias necesidades, esto también estaba, así lo creemos, predeterminado, destinado por un plan cósmico. E igualmente creemos que el Destino de la Huma-nidad será el repetir lo que los Anunnaki nos hicieron a nosotros, yendo a otro planeta para comenzar todo el proceso de nuevo.

Uno de los que comprendió la conexión entre el Hado y las doce constelaciones zodiacales fue el propio Marduk. Éstas constituían lo que hemos llamado Tiempo Celestial, el vínculo entre el Tiempo Divino (el período orbital de Nibiru) y el Tiempo Terrestre (el año, meses, estaciones, días y noches resultantes de la órbita terrestre, de su inclinación y de la rotación sobre su eje). Las señales celestes que Marduk invocó (la llegada de la Era Zodiacal del Carnero) eran señales en el reino del Hado. Lo que él necesitaba para solidificar su supremacía, para eliminar de ella la idea de que, como Hado, se podía cambiar, revisar o invertir, era un Destino Celestial. Y para ese fin ordenó lo que se podría considerar la falsificación más audaz jamás perpetrada.

Estamos hablando del texto más sagrado y básico de los pueblos de la antigüedad: La Epopeya de la Creación, el núcleo y lecho de roca de su fe, su religión y su ciencia. Llamado a veces por los versos de inicio Enuma elish (Cuando en las Alturas del Cielo), era un relato de los acontecimientos en los cielos que implicaron a los dioses celestiales en una Batalla Celestial, cuyos resultados hicieron posible todo lo bueno en la Tierra, incluida la existencia de la Humanidad. Los expertos que comenzaron a recomponer el texto a partir de muchos fragmentos, todos ellos, sin excepción, lo vieron como un mito celestial, una alegoría de la lucha eterna entre el bien y el mal. El hecho de que muchas esculturas

murales descubiertas en Mesopotamia representaran a un dios alado (es decir, celestial) luchando con un monstruo alado (es decir, celestial) cristalizó la noción de que había un antiguo precursor del relato de San Jorge y el Dragón. De hecho, algunas de las primeras traducciones del texto parcial lo titularon Bel y el Dragón. En aquellos textos, el Dragón recibía el nombre de Tiamat, y Bel («el Señor») no era otro que Marduk.

Fue ya en 1876 cuando George Smith, recomponiendo fragmentos en el Museo Británico de tablillas de arcilla inscritas de Mesopotamia, publicó la obra maestra The Chaldean Génesis, que sugería la existencia de una historia babilónica que se correspondía con partes de la creación en el Génesis de la Biblia; y después, el Custodio de Antigüedades de Babilonia del Museo, L. W. King, lo siguió con su autorizada obra The Seven Tablets of Creation para dejar definitivamente establecida la correlación entre los siete días bíblicos de la creación y las anteriores fuentes mesopotámicas.

Pero, si ése había sido el caso, ¿cómo se le podía seguir llamando alegoría al texto babilónico? Pues, haciéndolo así, también se catalogaba como de alegoría, y no de Acto Divino inalterable, el relato del Génesis, que había sido el lecho de roca del monoteísmo y de las creencias judeocristianas.

En nuestro libro El 12° Planeta, de 1976, sugeríamos que ni el texto mesopotámico ni la condensada versión bíblica eran mito ni alegoría. Sugeríamos que se basaban en una cosmogonía de lo más sofisticada, una cosmogonía que, basada en una avanzada ciencia, describía paso a paso la creación de nuestro Sistema Solar; y luego hablaba de la aparición de un planeta extraviado desde el espacio exterior que había entrado en nuestro Sistema Solar para terminar colisionando con un antiguo miembro de la familia del Sol. La subsiguiente Batalla Celestial entre el invasor («Marduk») y el antiguo planeta (Tiamat) llevó a la destrucción de este último. La mitad de él quedó convertido en pedazos y conformó el Brazalete Repujado; la otra mitad cambió de órbita y se convirtió en el planeta Tierra, llevando consigo al satélite más grande de Tiamat, la Luna. Y el invasor, atraído hasta el centro de nuestro Sistema Solar y ralentizado por la colisión, se convirtió en el duodécimo miembro del sistema.

En un libro posterior, Génesis Revisited (1990), demostramos que todos los avances en nuestros conocimientos celestes corroboraban el relato sumerio, un relato que explicaba satisfactoriamente la historia de nuestro Sistema Solar, el enigma de los continentes de la Tierra, agrupados sólo en un lado, con un inmenso hueco (la cuenca del Pacífico) en el otro lado, el origen del Cinturón de Asteroides y de la Luna, el motivo de que Urano yazga de costado y el de la extraña órbita de Plutón, etc. Los conocimientos extras que hemos obtenido a través del estudio de los cometas, de la utilización del telescopio espacial Hubble y de las exploraciones de la Luna (tripuladas) y de otros planetas de nuestro Sistema Solar (con naves no tripuladas) siguen corroborando los datos súmenos, tal como los hemos interpretado.

Al llamar sumeria, más que babilónica, a la cosmogonía subyacente a La Epopeya de la Creación, estamos dando una pista de la verdadera fuente y naturaleza del texto. El descubrimiento de fragmentos de una versión sumeria más antigua del Enuma elish convenció a los expertos de que La Epopeya de la Creación fue originalmente un texto sumerio en el cual el planeta invasor recibía el nombre de NIBIRU, y no el de «Marduk». Los expertos están convencidos ahora de que la existente versión babilónica fue una falsificación deliberada que pretendía equiparar al Marduk que había en la Tierra con el «dios» celestial/planetario que cambió la disposición de los cielos, que le dio al Sistema Solar su forma actual y que, por decirlo de alguna manera, creó la Tierra y todo lo que en ella había. Ahí se incluía a la Humanidad, pues, según la versión original sumeria, fue Nibiru el que, viniendo desde otra parte del universo, trajo consigo la «Simiente de Vida» y se la transmitió a la Tierra durante la colisión.

(A este respecto, habría que puntualizar que la ilustración que durante tanto tiempo se pensó que representaba a Marduk luchando con el Dragón es, también, completamente errónea. Es una pintura de Asiría, donde el dios supremo era Assur, y no de Babilonia; se representa a la deidad a modo de Hombre Águila, lo cual indica un ser enlilita; el tocado divino tiene tres pares de cuernos, lo cual indica un rango de 30, que no era el rango de Marduk; y como arma lleva un rayo ahorquillado, arma divina de Ishkur/Adad, hijo de Enlil, no de Enki.)

Tan pronto como Marduk se hizo con la soberanía en Babilonia, se cambiaron los ritos del Año Nuevo para requerir la lectura pública (en la cuarta noche de la festividad) del Enuma elish en su nueva versión babilónica; en ésta, la supremacía de Marduk en la Tierra sólo era equiparable a su supremacía en los cielos, como el planeta de mayor órbita, aquel que abarca a todos los demás en su recorrido.

La clave para esta distinción fue el término «Destino». Aquél fue el término utilizado para describir los senderos orbitales. La órbita, eterna, inalterable, era el Destino de un planeta; y eso es lo que se le había concedido a Marduk, según el Enuma elish.

En cuanto uno se da cuenta de que éste es el significado y la trascendencia del término antiguo para designar las «órbitas», puede seguir los pasos a través de los cuales Marduk alcanzó el Destino. El término se utiliza, por primera vez en el texto, en relación con el principal satélite de Tiamat (que en el texto recibe el nombre de Kingu). Al principio es sólo uno de los once satélites (lunas) de Tiamat; pero cuando «crece en estatura», se convierte en el «jefe de su hueste». Tiamat fue en otro tiempo el único planeta grande, además de consorte de Apsu (el Sol), pero Tiamat «se hizo altanera», y se molestó

al ver a otros dioses celestiales aparecer por parejas: Lahmu y Lahamu (Marte y Venus) entre ella y el Sol (donde hasta entonces sólohabía estado el mensajero del Sol, Mummu/Mercurio), Kishar y Anshar (Júpiter y Saturno, éste último con su mensajero Gaga/ Plutón);y Anu y Nudimmud (Urano y Neptuno). Tiamat y su grupo de lunaspor una parte, y los nuevos planetas por la otra, en un Sistema Solartodavía inestable, comenzaron a invadirse mutuamente sus dominios.Los demás se llegaron a sentir especialmente preocupados cuandoTiamat le concedió «ilegalmente» a Kingu, su mayor satélite, el pri

vilegio de tener su propia órbita (de convertirse en un planeta hecho y derecho):

Ella ha establecido una Asamblea... ha albergado a dioses-monstruos; hasta once de esta especie ha adelantado.

De entre los dioses que formaban su Asamblea ha elevado a Kingu, su primogénito, convirtiéndole en jefe entre los dioses; Ella exaltó a Kingu, en su mitad le hizo grande...

Le dio una Tablilla de Destinos, se la sujetó sobre el pecho, [diciendo:] «¡Ahora, la orden nunca será alterada, el decreto será inalterable!»

Incapaces de resistir a la «terrible hueste» de Tiamat por sí solos, los dioses celestiales vieron venir la salvación desde fuera del Sistema Solar. En los cielos primordiales sucedió como cuando fue creado El Adán, cuando hubo que enfrentarse a un callejón sin salida: fue Ea («Nudimmud», el «Creador Artificioso» en sumerio) el que trajo a la criatura salvadora. Siendo el planeta más exterior, frente a lo «Profundo» (el espacio exterior), atrajo a un extranjero, a un nuevo planeta que pasaba por las cercanías del Sistema Solar como consecuencia de una catástrofe, de un lejano accidente cósmico. El nuevo planeta era la consecuencia del Hado, y no orbitaba todavía a nuestro Sol: aún no tenía Destino.

En la Cámara de los Hados, el Salón de los Designios,Bel, el sapientísimo, el más sabio de los dioses,fue engendrado;en el corazón de lo Profundo fue creado el dios.

Merece la pena destacar que el planeta recién llegado, un dios celestial, recibe el nombre de Bel, «El Señor», incluso en la versión babilónica; y en la versión asiría, la palabra «Bel» se sustituye por la palabra «Assur». En la versión babilónica (la más empleada normalmente en nuestros días) se repite, no obstante, la última línea, y en esta segunda interpretación lo hace así: «En el corazón del puro Profundo fue creado Marduk», el añadido de la palabra puro pretendía no dejar duda a la hora de explicar el origen del nombre MAR.DUK, «Hijo del Lugar Puro». (Esta doble interpretación es una de las pistas que descubren la falsificación).

Más allá de Ea (Neptuno), Anu (Urano) dio la bienvenida al invasor. La creciente fuerza gravitatoria hizo que del invasor brotaran cuatro lunas, al tiempo que la atracción le llevaba hacia el centro del Sistema Solar. Para cuando llegó junto a Anshar (Saturno), y brotaron tres lunas más, el invasor estaba ya inexorablemente cautivo en la red gravitatoria del Sol. Su rumbo se curvó hacia el interior , comenzando a formar un sendero orbital alrededor del Sol. ¡Es decir, el invasor estaba previendo un Destino para sí mismo!

En el momento Anshar/Saturno le «besó».

Los dioses, sus antepasados,determinaron entonces el destino de Bel;le pusieron en el sendero,el camino hacia el logro y la consecución.

Bel descubrió que el sendero que, de este modo, se le había decretado llevaba rumbo de colisión con Tiamat. Estaba dispuesto a aceptar el desafío, pero con una condición. Convirtiéndose ahora en Marduk (tanto celestial como en la Tierra), le dijo a Anshar:

Señor de los dioses, tú que determinas los destinos de los grandes dioses: ¡Si yo he de ser tu Vengador, para vencer a Tiamat y salvar vuestras vidas, convoca a la Asamblea divina, proclama supremo mi Destino!

Los dioses celestiales aceptaron las condiciones de Marduk. «Para Marduk, su Vengador, decretaron un destino», y ese Destino, esa órbita, «será inigualable». Entonces, le dijeron: ¡ve y mata a Tiamat!

La Batalla Celestial que vino a continuación se describe en la cuarta tablilla del Enuma elish. Llevando un rumbo de colisión inevitable, Marduk y Tiamat se lanzaron rayos, ardorosas llamas y redes gravitatorias entre sí, «sacudiéndose con furia». Durante la aproximación, en la que Tiamat se movía como todos los planetas, en dirección contraria a las manecillas del reloj, mientras Marduk seguía el curso de las manecillas, fue una de las lunas de Marduk la que golpeó primero a Tiamat; luego, otra y otra de sus lunas golpearon a Tiamat, «desgarrando sus entrañas, partiéndola». Un «rayo divino», un inmenso rayo eléctrico, salió después desde Marduk para penetrar en la fisura, y «el aliento vital de Tiamat se extinguió».

El intacto Marduk continuó su recorrido, hizo una órbita y volvió al lugar de la batalla. Esta vez fue él mismo el que golpeó a Tiamat con consecuencias trascendentales. A la mitad de Tiamat la hizo pedazos, hasta convertirlos en la Gran Banda (el Cinturón de Asteroides); la otra mitad, golpeada por una luna de Marduk llamada Viento Norte, fue desplazada hasta un nuevo lugar en los cielos, para terminar convirtiéndose, en una nueva órbita, en la Tierra. Su nombre sumerio, KI (del cual proviene el acadio/hebreo «Gei» y el griego «Gaia») significa «la hendida» .

Cuando las lunas de Tiamat se dispersaron (muchas cambiaron de dirección hasta tomar órbitas retrógradas, en el sentido de las manecillas del reloj), Marduk determinó el destino de la mayor de aquellas lunas, Kingu:

Él le quitó la Tablilla de los Destinos,que no era legítimamente de Kingu,la marcó con un selloy se la sujetó a su propio pecho.

Finalmente, Marduk había obtenido un Destino permanente, inalterable; un sendero orbital que, desde entonces, ha venido trayendo al antiguo invasor una y otra vez hasta el lugar de la Batalla Celestial donde una vez estuvo Kingu. Junto con Marduk, y contando a Kingu (nuestra Luna), pues ésta había tenido un destino, el Sol y su familia sumaban doce.

Proponemos que fue esta suma la que determinaba que fuera el doce el número celestial. De ahí, las doce estaciones («casas»<) del zodiaco, los doce meses del año, las doce horas dobles del ciclo día-noche, las doce tribus de Israel, los doce apóstoles de Jesús.

Los sumerios consideraban la morada (llamada «centro de culto» porla mayoría de los expertos) de Enlil como el Ombligo de la Tierra, unlugar desde el cual eran equidistantOes otras localidades, el epicentrode unos emplazamientos ordenados de forma concéntrica por losdioses. Aunque se la conoce más por su nombre acadio/semita deNippur, su nombre sumerio era NIBRU.KI, «El Lugar del Cruce»,y representaba en la Tierra el Lugar Celestial del Cruce, el punto dela Batalla Celestial al cual Nibiru sigue volviendo cada 3.600 años.

Haciendo el papel de un Centro de Control de Misiones, Nippur fue el sitio del DUR.AN.KI, el «Enlace Cielo-Tierra», desde el cual se controlaban las operaciones espaciales de los Anunnaki, y con respecto al cual se mantenían y calculaban los mapas celestes y todas las fórmulas relativas a movimientos celestes de los miembros de nuestro Sistema Solar, así como el seguimiento del Tiempo Divino, el Tiempo Celeste y el Tiempo Terrestre y sus interrelaciones.

Este seguimiento de lo que se tenía por senderos orbitales inalterables se llevaba a cabo con la ayuda de las Tablillas de los Destinos. Podemos sospechar sus funciones, así como las de la cámara sagrada donde éstas zumbaban, leyendo lo que sucedió cuando se detuvo repentinamente su funcionamiento. El texto sumerio en el que se habla de esto, bautizado por los traductores como El Mito de Zu, trata de la intriga del dios Zu (descubrimientos posteriores revelaron su nombre completo, AN.ZU, «El Conocedor de los Cielos») para usurpar el Enlace Cielo-Tierra apoderándose de las Tablillas de los Destinos. Todo se detuvo; «el brillo resplandeciente desapareció; el silencio imperó»; y en los cielos, aquellos que tripulaban la lanzadera y la nave espacial, «los Igigi, en el espacio, estaban confundidos». (El relato épico termina con la derrota de Zu a manos de Ninurta, el hijo de Enlil, la reinstalación de las Tablillas de los Destinos en el Duranki y la ejecución de Zu.)

La distinción entre un Destino inalterable y un Hado que se podía alterar o evitar quedó patente en un Himno a Enlil de dos partes en el que se describen sus poderes tanto para decretar Hados como para pronunciar Destinos:

Enlil:

en los cielos es el Príncipe,

en la Tierra es el Jefe.

Su mandato es de largo alcance,

su pronunciamiento es noble y sagrado;

el pastor Enlil decreta los Hados.

Enlil:

Su mandato en las alturas hace temblar los cielos,

abajo, hace que la Tierra se sacuda.

Pronuncia los destinos hasta el distante futuro,

sus decretos son inalterables.

Es el Señor que conoce el destino del País.

Los sumerios creían que los Destinos eran de naturaleza celestial. Aún siendo de tan alto rango como era Enlil, sus pronunciamientos de Destinos inalterables no venían como resultado de sus propias decisiones o planes. Él daba a conocer la información; él era el «señor que conoce el Destino del país», él era el «llamado digno de confianza»; no era un profeta humano, sino divino.

Esto era algo bastante diferente de los casos en los que, en consulta con los demás dioses, Enlil decretaba los Hados. A veces, consultaba sólo con su visir de confianza, Nusku:

Cuando en su grandiosidad decreta los hados,su mandato, las palabras que hay en su propio corazón,a su exaltado visir, el chambelán Nusku,hace saber, a él le consulta.

En este himno, no sólo se representa a Nusku, el chambelán de Enlil, como participante en la decisión de Hados; también se incluye a la esposa de Enlil, Ninlil:

La madre Ninlil, la sagrada esposa,de palabras graciosas...La elocuente, cuyo discurso es elegante,se ha sentado a su lado...Ella habla elocuentemente contigo,susurra palabras a tu lado,decreta los hados.

Los súmenos creían que los Hados, se hacían, se decretaban y se alteraban en la Tierra; y a pesar de las palabras de adoración del himno o de una consulta mínima, parece que la determinación de Hados (entre los que se incluía el del mismo Enlil) se alcanzaba mediante un proceso que tenía mucho de democrático, que era muy parecido al de una monarquía constitucional. Los poderes de Enlil parecían provenir no sólo de arriba, de Anu y Nibiru, sino también de abajo, de una

Asamblea de Dioses (una especie de parlamento o congreso). Las decisiones más importantes (decisiones de hados) se hacían en un Consejo de los Grandes Dioses, una especie de Gabinete de Mi nistros donde las discusiones se convertían a veces en debates y, con frecuencia, en acaloradas discusiones.

Las referencias al Consejo y a la Asamblea de los Anunnaki son numerosas. La creación de El Adán fue un tema discutido así; al igual que la decisión de barrer a la Humanidad de sobre la faz de la Tierra en el momento del Diluvio. Aquí se dice con toda claridad que «Enlil abrió la boca para hablar y dirigirse a la Asamblea de los dioses». Enki se opuso a la sugerencia de aniquilar a la Humanidad y, al fracasar en su intención de convencer a los asambleados, «acabó harto

de la reunión en la Asamblea de los Dioses». Más tarde, leemos que, cuando los dioses estaban orbitando la Tierra en sus naves, observando el desastre de abajo, Ishtar se lamentaba por lo que veía y se preguntaba cómo podía haber votado por la aniquilación de la Humanidad: «¿Cómo pude, en la Asamblea de los Dioses, dar yo misma

mal consejo?»

Y después del Diluvio, cuando los remanentes de la Humanidad comienzan a henchir la Tierra de nuevo y los Anunnaki comienzan a dar la civilización a la Humanidad e instituyen la Realeza como modo para tratar con las crecientes masas de humanos, Los grandes Anunnaki que decretan los Hadosse sentaron para intercambiar consejos en lo referente al país.

Esta forma de determinar los Hados no se limitaba a los asuntos del Hombre; también se aplicaba a los asuntos de los mismos dioses. Así, cuando Enlil, poco después de llegar a la Tierra, se encaprichó de una joven Anunnaki y mantuvo relaciones sexuales con ella a pesar de sus objeciones, el mismo Enlil fue sentenciado al destierro, en primer lugar, por «los cincuenta Dioses Superiores reunidos en asamblea», y luego por los «dioses que decretan los Hados, los siete de ellos».

De este modo se confirmó, según la versión babilónica del Enuma elish, el Destino de Marduk para su supremacía en la Tierra (y en su homólogo celeste). En este texto, se describe a la Asamblea de los Dioses como una reunión de Dioses Superiores, provenientes de diversos lugares (y quizá no sólo de la Tierra, pues, además de Anunnaki, entre los delegados había también Igigi). El número de los reunidos era de cincuenta, un número que se corresponde con el rango numérico de Enlil. En los textos acadios, se les designa como Ilani rabuti sha mushimu shimati -«Superiores/Grandes Dioses que determinan los Hados».

Al contar cómo se reunieron estos Dioses Superiores para proclamar la supremacía de Marduk, el Enuma elish pinta una escena de camaradería, de amigos que no se han visto durante bastante tiempo. Llegaron a un Lugar de Asamblea especial; «se besaron unos a otros... Hubo conversación; se sentaron para el banquete; comieron pan festivo, bebieron vino de primera calidad». Y después, la camaradería se hizo solemne cuando los «Siete Dioses del Destino» entraron en el Salón de la Asamblea y se sentaron para dar inicio a los asuntos a tratar.

Por motivos no explicados, se puso a prueba a Marduk en cuanto a sus poderes mágicos. Los Anunnaki reunidos dijeron, muéstranos cómo «puedes ordenar destruir, así como ordenar crear».

Formaron un círculo y «pusieron en él imágenes de las constelaciones». El término, Lamashu, identifica indudablemente a los símbolos/imágenes del zodiaco. «¡Abre la boca -le dijeron-, que se desvanezcan las imágenes! ¡Habla de nuevo, y que reaparezcan las constelaciones!»

Instado a ello, Marduk realizó el milagro:

El habló, y las constelaciones se desvanecieron; él habló de nuevo, y las imágenes se restablecieron.

Cuando los dioses, sus mayores,vieron el poder de su pronunciamiento,se regocijaron y proclamaron:«¡Marduk es supremo!»

«Le entregaron el cetro, el trono y la túnica real», una túnica resplandeciente, como muestran las representaciones babilónicas. «Desde este día -anunciaron-, tus decretos no tendrán rival, tu mandato como el de Anu... Nadie entre los dioses transgredirá tus límite»

Mientras el texto babilónico sugiere que la supremacía de Marduk fue puesta a prueba, confirmada y pronunciada en una sola sesión, otros textos relativos al proceso de toma de decisiones sugieren que la escena de la Asamblea en la cual participaron los cincuenta Dioses Superiores fue seguida por otra escena diferente de una reunión de los Siete Grandes Dioses Que Juzgan; y, después, el verdadero pronunciamiento de la decisión, del Hado o del Destino, lo llevó a cabo Enlil en consulta con o después del visto bueno de Anu. De hecho, incluso los seguidores de Marduk reconocían la necesidad de este procedimiento paso a paso y el pronunciamiento final de Enlil en nombre de Anu. Hammurabi, el famoso rey babilonio, en el preámbulo de su famoso código legal, exaltaba la supremacía de su dios Marduk con estas palabras:

El noble Anu,Señor de los dioses que del cielo a la Tierra vinieron,y Enlil, Señor del cielo y la Tierraque determina los destinos del país,determinó para Marduk, el primogénito de Enki,la funciones-Enlil sobre toda la humanidad.

Los textos babilónicos afirman que esta transferencia de la autoridad de Enlil a Marduk se ejecutó y vino simbolizada por la concesión a Marduk de los cincuenta nombres. El último y el más importante de los nombres-poder que se le otorgaron fue el de Nibiru, el nombre del planeta al cual los babilonios rebautizaron como Marduk.

Las asambleas de los dioses se convocaban en ocasiones no para proclamar nuevos Hados, sino para cerciorarse de lo que se había determinado tiempo atrás, en las Tablillas de los Destinos.

Los relatos bíblicos no sólo reflejan la costumbre real de plasmarlo todo por escrito en un pergamino o en una tablilla y sellar después el documento como evidencia a preservar; esta costumbre se atribuía a los dioses (e indudablemente se aprendió de ellos). La cumbre de estas referencias se encuentra en el Cántico de Moisés, su testamento y profecía antes de morir. Ensalzando al todopoderoso Yahveh y su capacidad para proclamar y prever los Destinos, Moisés cita al Señor, que dice del futuro:

He aquí:Hay un secreto oculto en mí,guardado y sellado entre mis tesoros.

Los textos hititas descubiertos en la biblioteca real de su capital, Hattusa, contienen relatos de conflictos entre los dioses que, ciertamente, sirvieron de fuentes próximas para los mitos griegos. En esos textos, los nombres de los Dioses de Antaño se dan como se habían conocido desde tiempos sumerios (como Anu, Enlil y Enki); o en hitita, para los dioses conocidos del panteón sumerio (como Teshub, «El que Sopla el Viento», en lugar de Ishkur/Adad); o, a veces, para los dioses cuya identidad resulta un tanto oscura. Hay dos cantos épicos relacionados con unos dioses llamados Kumarbis e Illuyankas. En el primer caso, Teshub exigía que las Tablillas del Hado («las viejas tablillas con las palabras del Hado») se recobraran de la morada de Enki en el sureste de África y se llevaran a la Asamblea de los Dioses. En el otro, tras el conflicto y la competencia, los dioses se reunían en la Asamblea para establecer orden y rangos, un orden y unos rangos que se representaron gráficamente en las paredes de roca del santuario sagrado conocido hoy como Yazilikaya.

Pero, sin duda, una de las Asambleas de los Dioses más trascendentales, prolongadas, amargas y literalmente fatídicas fue aquella en la que se decidió aprobar el uso de armas nucleares para volatilizar el espaciopuerto de la península del Sinaí. Empleando principalmente un largo y detallado registro conocido como La Epopeya de Erra, hemos reconstruido el desarrollo de los acontecimientos, hemos identificado a protagonistas y antagonistas y hemos transcrito casi palabra por palabra (en La guerra de los dioses y los hombres) las actas de la Asamblea. El resultado no intencionado de todo esto, como ya se ha mencionado, fue la desaparición de Sumer y el fin de la vida en sus ciudades.

Este suceso es también uno de los ejemplos más claros, aunque trágico, de cómo se pudieron entretejer Hado y Destino.

En Sumer, el golpe más duro se lo llevó su gloriosa capital, Ur, sede y centro de un dios muy amado por el pueblo, Nannar/Sin (el dios Luna) y de su esposa, Ningal. Los textos de lamentaciones (Lamentación sobre la destrucción de Sumer y Ur, Lamentación sobre la destrucción de Ur) cuentan que, cuando se percataron de que el Viento Maligno que portaba la nube mortífera se dirigía hacia Sumer, Nannar/Sin acudió a su padre, Enlil, suplicándole ayuda, algún milagro divino que evitara la calamidad de Ur. «¿No resultaba inconcebible -le preguntó a su padre-, ver cómo el orgullo de Ur, una ciudad renombrada por todo el orbe, perecía?» Apeló a Anu: «Pronuncia, "¡Es suficiente!"» Apeló a Enlil: «¡Pronuncia un Hado favorable!» Pero Enlil no veía el modo de impedir el inminente final.

Desesperado, Nannar/Sin insistió en que los dioses se reunieran en Asamblea. Cuando los Anunnaki superiores se sentaron, Nannar/Sin miró suplicante a Anu, a Enlil. «Que no sea destruida mi ciudad, les dije -escribió Nannar/Sin posteriormente-. ¡Que no perezca el pueblo!»

Pero la respuesta, dada por Enlil, fue dura y decisiva:

A Ur se le concedió la Realeza; no se le concedió un reinado eterno.

## 05. SOBRE LA MUERTEY LA RESURRECCIÓN

La lección de la destrucción de Sumer y de Ur fue que el Hado fortuito y alterable no puede suplantar al inalterable Destino. Pero, ¿qué hay de lo contrario? ¿Acaso puede un Hado, decretado no importa por quién, ser suplantado por el Destino?

Esta cuestión se ponderó ciertamente en la antigüedad pues, de otro modo, ¿cuál fue la razón para que se comenzaran a realizar oraciones y súplicas, cuál el motivo de las

admoniciones de los profetas en pro de la justicia y el arrepentimiento? El bíblico Libro de Job plantea la cuestión de si el Hado (el ser afligido hasta el punto de la desesperanza) se impondría aun en el caso de que la justicia y la piedad de Job le hubieran destinado a una larga vida.

Es un tema cuyos orígenes se pueden encontrar en un poema sumerio que los expertos titularon El hombre y su dios, cuyo sujeto es el justo sufriente, víctima de un hado cruel y de un infortunio inmerecido. «El Hado me agarró con su mano y se llevó mi aliento vital», se lamentaba el anónimo sufridor; pero ve las Puertas de la Misericordia abiertas para él «ahora que tú, mi dios, me has mostrado mis pecados». La confesión y el arrepentimiento hacen que su dios «aparte al demonio del Hado», y el suplicante viva una vida larga y feliz.

Del mismo modo que el relato de Gilgamesh demostraba que el Hado no podía imponerse a su Destino último (morir como un mortal), otros relatos transmiten la moral de que tampoco el Hado podía traer la muerte si todavía no estaba destinada. Un ejemplo destacado de esto no es otro que el del propio Marduk, quien, de todos los dioses de la antigüedad, estableció un récord de sufrimientos y sinsabores, de desapariciones y reapariciones, de exilios y retornos, de muerte aparente e inesperada resurrección; tantas cosas, de hecho, que cuando se llegó a conocer el panorama completo de los acontecimientos relativos a Marduk tras el descubrimiento de las antiguas inscripciones, los expertos debatieron seriamente durante el cambio de siglo si su historia no sería el prototipo de la historia de Cristo. (La idea surgió por la estrecha afinidad de Marduk con su padre, Enki, por una parte, y con su hijo, Nabu, por otra, creando la impresión de una primitiva Trinidad.)

El impacto de los calvarios de Marduk y de su moral para la humanidad se evidenciaba en un Drama de Misterios en el cual los actores representaban su aparente muerte y retorno de entre los muertos. Este Drama de Misterios se representaba en Babilonia como parte de las ceremonias de Año Nuevo, y en diversas fuentes de la antigüedad .se sugiere que servía también a un propósito más oscuro: apuntar con el dedo acusador a sus enemigos y jueces, a los responsables de su sentencia de muerte y enterramiento. Como indican las variantes de las versiones, la identidad de estos responsables cambiaba con el tiempo para adaptarse a la cambiante escena político-religiosa.

Uno de los acusados originales fue Inanna/Ishtar, y resulta irónico que, habiendo muerto y resucitado ella en la realidad, no se representara su milagrosa experiencia (como en el caso de Marduk) ni se recordara en el calendario (como ocurría con la muerte de su amado Dumuzi, de quien recibió el nombre el mes de Tammuz). Y esto es doblemente irónico porque Inanna/Ishtar resultó muerta como consecuencia de la muerte de Dumuzi.

Ni siquiera un Shakespeare habría podido concebir la trágica ironía de los acontecimientos que siguieron al enterramiento y a la resurrección de Marduk como consecuencia de las protestas de Inanna. Pues, tal como se desarrollaron las cosas, mientras que él no había muerto en realidad ni había vuelto de entre los muertos, su acusadora Inanna sí que encontró la muerte y logró una verdadera resurrección. Y mientras la muerte de Dumuzi fue la causa

subyacente a ambos sucesos, la causa de la muerte y la resurrección de Inanna fue su propia decisión fatídica.

Utilizamos el término «fatídica» con toda la intención, puesto que fue su Hado, no su Destino, encontrar la muerte; y fue por causa de esta distinción por lo que sería resucitada. Y el relato de estos acontecimientos no ilumina los temas de Vida, Muerte y Resurrección entre mortales y semidioses, como en La Epopeya de Gilgamesh, sino entre los mismos dioses. En el relato de Inanna de Hado frente a Destino, existen pistas para la resolución de un enigma que ha estado clamando por soluciones.

El relato de suspense de la muerte y resurrección de Inanna/ Ishtar revela, desde su mismo comienzo, que ésta se encontró con la muerte (muerte real, no sólo enterramiento) como consecuencia de sus propias decisiones. Ella creó su propio Hado; pero dado que su muerte (al menos en aquel momento) no era su Destino, a la postre fue revivida y resucitada. El relato se conserva en textos escritos primeramente en el original Sumerio, con versiones posteriores en acadio. Los expertos se refieren a las distintas versiones como el relato de El descenso de Inanna al Mundo Inferior, aunque algunos prefieren ver la idea de Mundo Inferior como el Otro Mundo, como los dominios infernales de los muertos. Pero, de hecho, Inanna se dirigió al Mundo Inferior, que era el término geográfico para designar a la parte más meridional de África. Eran los dominios de su hermana Ereshkigal y de Nergal, su esposo, ya que parece que éste, como hermano de Dumuzi, tenía que hacer las disposiciones para el funeral. Y aunque se le advirtió a Inanna que no fuera allí, ésta decidió hacer el viaje de todos modos.

La Tazón que Inanna dio para hacer el viaje fue la de asistir a los ritos funerarios de su amado Dumuzi; pero es evidente que nadie la creyó... Es hipótesis nuestra que, según cierta costumbre (que, posteriormente, guiaría las leyes bíblicas), Inanna pretendía exigir que Nergal, como hermano mayor de Dumuzi, se acostara con ella para así tener un hijo como pseudohijo de Dumuzi (que había muerto sin dejar descendientes). Y esta intención fue lo que enfureció a Ereshkigal.

En otros textos se habla de los siete objetos que Inanna se ponía para su uso durante los viajes en su Barco del Cielo (un casco, unos «pendientes» o una vara de medir, entre ellos), todos firmemente sujetos en su lugar mediante correas. En las esculturas se la representaba con un atuendo similar. Cuando Inanna llegó a las puertas de la morada de su hermana (siete puertas), el guardián la despojó de todos sus dispositivos de protección, uno por uno. Cuando entró por fin en el salón del trono, Ereshkigal montó en cólera. Hubo un intercambio de gritos. Según el texto Sumerio, Ereshkigal ordenó que sujetaran a Inanna a «los Ojos de la Muerte» (una especie de rayos mortíferos) para que convirtieran el cuerpo de Inanna en un cadáver; y el cadáver fue colgado de una estaca. Según una versión posterior acadia, Ereshkigal ordenó a su chambelán Namtar: «Libera contra Ishtar las sesenta miserias» (aflicciones de los ojos, el corazón, la cabeza, los pies, «de todas las partes de ella, contra todo su cuerpo»), dándole muerte a Ishtar.

Anticipando problemas, Inanna/Ishtar había dado instrucciones a su propio chambelán, Ninshubur, para que elevara una protesta en el caso de que ella no volviera en tres días. Al

no regresar, Ninshubur fue ante Enlil para rogarle que salvara a Inanna de la muerte, pero Enlil no pudo ayudarle. Ninshubur apeló entonces a Nannar, el padre de Inanna, pero también éste se mostró impotente. Más tarde, Ninshubur apeló a Enki, y éste fue capaz de ayudar. Enki forjó dos seres artificiales que no pudieran ser dañados por los Ojos de la Muerte, y los envió en misión de rescate. A uno de los androides le dio el Alimento de la Vida, y al otro, el Agua de la Vida; y así pertrechados, bajaron a la morada de Ereshkigal para reclamar el cuerpo sin vida de Inanna.

Entonces,  Sobre el cadáver, colgado de la estaca,dirigieron el Pulsador y el Emisor.Sobre la carne que había sido herida,sesenta veces el Alimento de la Vida,sesenta veces el Agua de la Vida,rociaron sobre ella;e Inanna se levantó.

El uso de radiaciones (un Pulsador y un Emisor) para revivir a los muertos se representó en un sello cilindrico (Fig. 31) en el cual vemos a un paciente, cuyo rostro está cubierto con una máscara, que está siendo tratado con radiaciones. El paciente que estaba siendo revivido (no está claro si era hombre o dios), y que yacía sobre una losa, estaba rodeado por Hombres Pez, representantes de Enki. Es una pista que no hay que olvidar, junto con el detalle en el relato de que mientras Enlil y Nannar no pudieron hacer nada por ayudar a Inanna, Enki sí que pudo. Sin embargo, los androides que forjó Enki para hacer volver a Inanna de entre los muertos no eran los médicos/sacerdotes-Hombres Pez que se mostraban en la representación anterior. No necesitaban ni alimentos ni agua, eran asexuados y no tenían sangre. Quizá se parecían más a las figurillas de los androides mensajeros divinos (Fig. 32). Y como androides, no les afectaron los mortíferos rayos de Ereshkigal.

Después de resucitar a Inanna/Ishtar, la acompañaron hasta devolverla sana y salva en el Mundo Superior. Estaba esperándola su fiel chambelán, Ninshubur. Inanna tuvo muchas palabras de gratitud para él. Después, se fue a Eridú, a la morada de Enki, «el que le había devuelto a la vida».

Si El descenso de Inanna al Mundo Inferior hubiera sido un drama de pasión, como lo fue el relato de Marduk, no hay duda de que habría mantenido al público en vilo; pues mientras la «muerte» de Marduk no fue en realidad más que un enterramiento bajo sentencia de muerte, y su «resurrección» fue más bien un rescate antes del punto de muerte, Inanna/Ishtar murió realmente, y su resurrección fue un verdadero retorno desde el mundo de los muertos. Pero si hay alguien entre el público que esté familiarizado con los matices  de la terminología Sumeria, sabrá desde la mitad del relato que todo iba a terminar bien... Pues aquel al que Ereshkigal le ordena dar muerte a Inanna es su chambelán Namtar, no NAM , «Destino», que era inalterable, sino NAM.TAR, «Hado», que se podía alterar.

Fue Namtar quien dio muerte a Inanna al «liberar contra ella las sesenta miserias»; el mismo que, después de que Inanna fuera revivida y resucitada, la hizo pasar por las siete puertas y le devolvió, en cada una de ellas, su atuendo especial, sus aderezos y sus atributos de poder.

La idea del reino de Namtar como el Otro Mundo, una morada de los muertos pero, al mismo tiempo, un lugar del cual uno podía escapar y volver a estar entre los vivos, formó la base de un texto asirio que trataba de la experiencia cercana a la muerte de un príncipe llamado Kumma.

Al igual que en un episodio de la serie de TV The Twilight Zone, el príncipe se ve a sí mismo llegando al Otro Mundo. Justo entonces ve a un hombre de pie ante Namtar: «En la mano izquierda sostiene el cabello de su cabeza; en la derecha, una espada.» Namtaru, la concubina de Namtar, está cerca de ellos. Monstruosas bestias los rodean: un dragón-serpiente con manos y pies humanos, una bestia con la cabeza de un león y cuatro manos humanas. Están Mukil («Asestador»), parecido a un pájaro, con manos y pies humanos, y Nedu

(«El que arroja al suelo»), que tiene la cabeza de un león, las manos de un hombre y los pies de un pájaro. Otros monstruos hay que mezclan miembros de humanos, pájaros, bueyes y leones.

Reanudando la marcha, el príncipe llega a la escena de un juicio.

El hombre que está siendo juzgado tiene el cuerpo ennegrecido y lleva un manto rojo. En una mano porta un arco, en la otra una espada; con el pie izquierdo pisotea a una serpiente. Pero su juez no es Namtar, que no es más que «el visir del Otro Mundo»; el juez es Nergal, señor del Mundo Inferior. El príncipe lo ve «sentado en un trono majestuoso, portando una corona divina». En sus brazos refulgieron los rayos, y «el Otro Mundo se llenó de terror».

Temblando, el príncipe se postró. Cuando se puso de pie, Nergal le gritó: «¿Por qué ofendiste a mi amada esposa, Reina del Otro Mundo?» El príncipe se quedó mudo, sin palabras. ¿Sería éste su fin?

Pero no, ya no en el tribunal de Namtar, no era ése su amargo fin. Resultó ser todo un caso de identidad errónea. La misma Reina del Otro Mundo ordenó su liberación y su retorno al reino de Shamash, el Mundo Superior de la luz del Sol. Nergal intervino; se podría perdonar la vida del príncipe, pero no podía volver ileso del mundo de los muertos. Debe sufrir por su experiencia cercana a la muerte, y verse afligido por achaques, dolores e insomnio... Tiene que sufrir pesadillas.

El retorno del fallecido Dumuzi desde el Mundo Inferior fue bastante diferente.

Revivida y liberada para volver al Mundo Superior, Inanna no olvidó a su amado muerto. Por orden de ella, los dos mensajeros divinos portaron también consigo el cuerpo sin vida

de Dumuzi. Llevaron el cuerpo a Bad-Tibira, en el Edin; allí se embalsamaría el cuerpo, a petición de Inanna:

En cuanto a Dumuzi, el amante de mi juventud:lavadlo con agua pura,ungidlo con óleos dulces,vestidlo con una prenda roja,ponedlo sobre una losa de piedra lápis.

Inanna ordenó que el cuerpo, conservado, se pusiera sobre una losa de lapislázuli para guardarlo en un santuario especial. Debía ser conservado, dijo ella, para que algún día, en el Día Final, Dumuzi pudiera regresar de entre los muertos y «se encuentre conmigo». Pues eso, afirmó, ocurriría el día en que El muerto se levante y aspire el dulce incienso.

Hay que decir que ésta es la primera mención que se hace de una creencia en un Día Final en el que los muertos se levantarán. Fue esta creencia la que llevó al lamento anual por Tammuz (la versión semita de Dumuzi), que se prolongó durante milenios, hasta los tiempos del profeta Ezequiel.

La muerte y momificación de Dumuzi, aun con lo breve de su exposición aquí, nos proporciona ideas dignas de tener en cuenta. Cuando Inanna/Ishtar y él se enamoraron (ella, una enlilita; él, un enkiita), en mitad de los conflictos entre los dos clanes divinos, el compromiso matrimonial recibió la bendición de los padres de Inanna, Nannar/Sin y su esposa Ningal/Nikkal. En uno de los textos de la serie de canciones de amor de Dumuzi e Inanna se nos muestra a Ningal, que, «hablando con autoridad», le dice a Dumuzi:

Dumuzi, el deseo y el amor de Inanna:te daré la vida hasta días distantes;la preservaré para ti,vigilaré tu Casa de la Vida.

Pero lo cierto es que Ningal no tenía tal autoridad, pues todas las cuestiones de Destino y Hado estaban en las manos de Anu y de Enlil. Y, como todos sabrían más tarde, una muerte trágica y prematura caería sobre Dumuzi.

El no-cumplimiento de una promesa divina en materia de vida y muerte no es el único aspecto preocupante del trágico hado de Dumuzi, pues se nos plantea la cuestión de la inmortalidad de los dioses. Hemos explicado en nuestros escritos que su longevidad era sólo relativa, el plazo vital resultante del hecho de que un año de Nibiru equivale a 3.600 años terrestres. Pero, para aquellos que en la antigüedad consideraban dioses a los Anunnaki, el

relato de la muerte de Dumuzi tuvo que suponer un shock. ¿Fue la esperanza del regreso a la vida de Dumuzi en el Día Final lo que llevó a Inanna a ordenar su embalsamamiento y su ubicación sobre una losa de piedra en lugar de enterrarlo, o con todo esto lo único que se pretendía era preservar la ilusión de la inmortalidad divina entre las masas? Inanna podría haber estado diciendo, sí, el dios ha muerto, pero esto es sólo temporal, una fase transitoria, pues a su debido tiempo será resucitado, se levantará y disfrutará de los aromas del dulce incienso.

Los relatos cananeos concernientes a Ba'al, «el Señor», parecen adoptar la posición de que uno tiene que distinguir entre los buenos chicos y los malos chicos. Intentando afirmar su supremacía y establecerla en el pico de Zafón (el Lugar Secreto del Norte), Ba'al luchó hasta la muerte con sus adversarios-hermanos. Pero, en una feroz batalla con «el divino Mot» («Muerte»), Ba'al resulta muerto.

Anat, la hermana-amante de Ba'al, y la hermana de ambos, Shepesh, llevaron las terribles noticias al padre de Ba'al, El: «¡El poderoso Ba'al ha muerto, el Príncipe, Señor de la Tierra, ha perecido!», le dicen al impactado padre; en los campos de Dabrland, «encontramos a Ba'al, caído en el suelo». Al oír las nuevas, El se levanta del trono y se sienta en un taburete, señal de duelo que se conserva hasta nuestros días (entre los judíos). «Se echa polvo de luto sobre la cabeza, y se pone un vestido de saco.» Se corta a sí mismo con un cuchillo de piedra; «él levanta su voz y grita: ¡Ba'al ha muerto!»

La afligida Anat vuelve al campo donde había caído Ba'al y, al igual que El, se pone un vestido de saco, se corta y, luego, «llora hasta el colmo del llanto». Después, llama a su hermana Shepesh para que venga y la ayude a llevar el cuerpo sin vida hasta la Fortaleza de Zafón, para enterrar allí al dios muerto:

Tras escucharla, Shepesh, la doncella de los dioses, levanta al poderoso Baal, lo pone sobre el hombro de Anat.

Ella lo sube hasta la Fortaleza de Zafón,

lo llora y lo entierra;

lo pone en un agujero,

para que esté con los fantasmas-tierra.

Culminando los requisitos del luto, Anat vuelve a la morada de El. Amargamente, cuenta a los allí reunidos: «¡Ahora podéis ir y regocijaros, pues Ba'al está muerto, y su trono está libre!» La diosa Elath y sus parientes, ignorando la ironía de Anat, se ponen a hablar alegremente de la sucesión. Recomiendan a otro de los hijos de El, pero El dice que no, que es un enclenque. Se le permite a otro candidato que vaya al Zafón, para que pruebe el trono de Ba'al; «pero sus pies no alcanzan siquiera el escabel», y también éste es eliminado. Nadie, al parecer, puede reemplazar a Ba'al.

Esto le da esperanzas a Anat: resurrección. Recurriendo de nuevo a la ayuda de Shepesh, Anat penetra en la morada de Mot. Utilizando un subterfugio, «se acerca hasta él, como una oveja a su cordero... Ella agarra al divino Mot y con una espada lo hiende». Después, incinera el cadáver de Mot, muele los restos, esparce las cenizas por los campos.

Y la muerte de Mot, que había dado muerte a Ba'al, obra el milagro: ¡el fallecido Ba'al regresa a la vida!

Ciertamente murió el Poderoso Baal;ciertamente pereció el Señor de la Tierra.Pero he aquí:¡Está vivo el Poderoso Baal!¡Mirad, el principesco Señor de la Tierra existe!

Al enterarse, El se pregunta si es todo un sueño, «una visión». ¡Pero es cierto! Quitándose el vestido de saco y dejando las costumbres de luto, El se regocija:

Ahora, me incorporaré y hallaré descanso, y mi corazón encontrará alivio; pues está vivo el Poderoso Baal, existe el príncipe, Señor de la Tierra.

A pesar de las evidentes dudas de El sobre si la resurrección es una visión ilusoria, un mero sueño, el narrador cananeo opta por asegurar a la gente que, al final, hasta El acepta el milagro. De esta seguridad se hace eco el relato de Keret, que es sólo un semidiós; sin embargo, sus hijos, al verle a las puertas de la muerte, no pueden creer que «un hijo de El vaya a morir».

Quizas fuera a la luz de la inaceptabilidad de la muerte de un dios que se pusiera en juego la idea de la resurrección. Y tanto si Inanna creía como si no que su amado volvería de entre los muertos, la elaborada conservación del cuerpo de Dumuzi y las palabras con que ella la acompañó preservaron también entre las masas de humanos la ilusión de la inmortalidad de los dioses.

El procedimiento que ella personalmente esbozó para la conservación, para que en el Día Final Dumuzi pudiera levantarse y reunirse con ella, es indudablemente el procedimiento conocido como momificación. Esto podría caer como un jarro de agua fría para los egiptólogos, que sostienen que la momificación comenzó en Egipto en la época de la Tercera Dinastía, hacia el 2800 a.C. Allí, el procedimiento conllevaba el lavado del cuerpo del faraón fallecido, la unción con óleos y la envoltura en un tejido, preservando así el cuerpo para que el faraón pudiera emprender su Viaje a la Otra Vida. ¡Sin embargo, tenemos aquí un texto Sumerio que habla de la momificación algunos siglos antes! En este texto, los detalles del procedimiento paso a paso son idénticos a los que más tarde se practicarían en Egipto, hasta en el color del tejido del sudario. Inanna ordenó que el cuerpo

preservado fuera puesto sobre una losa de piedra de lapislázuli, para ser conservado en un santuario especial. Ella nombró al santuario como E.MASH, «Casa/Templo de la Serpiente». Quizás fuera algo más que un gesto simbólico, el de poner al hijo fallecido de Enki en manos de su padre. Pues Enki no sólo era la Najash, la Serpiente, así como el Conocedor de los Secretos, en la Biblia. En Egipto, su símbolo también era la serpiente, y el jeroglífico de su nombre, PTAH, representaba la doble hélice del AD N (Fig. 33), pues ésa era la clave de todos los asuntos de vida y muerte.

Aunque venerado en Sumer y Acad como el prometido de Inanna, y llorado en Mesopotamia y más allá como el fallecido Tammuz de Ishtar, Dumuzi era un dios africano. Así pues, quizá fuera inevitable que su muerte y embalsamamiento fueran comparados, por parte de los expertos, con el trágico relato del gran dios egipcio Osiris.

La historia de Osiris se parece al relato bíblico de Caín y Abel, en el cual la rivalidad terminó con el asesinato de un hermano a manos de otro. Comienza con dos parejas divinas; dos hermanastros (Osiris y Set) que se casan con dos hermanas (Isis y Neftis). Para evitar recriminaciones, el Reino del Nilo se dividió entre los dos hermanos: el Bajo Egipto (la parte norte) le correspondió a Osiris, y la parte sur (el Alto Egipto) a Set. Pero las complejas normas divinas de sucesión, dando preferencia al heredero legítimo sobre el primogénito, inflamaron la rivalidad hasta el punto en que Set, por medio de un ardid, encerró a Osiris en el interior de un arcón, que arrojó luego al mar Mediterráneo, ahogando así a su hermano.

Isis, la esposa de Osiris, encontró el arcón cuando éste fue arrojado a la playa de lo que ahora es Líbano. Se llevó el cuerpo de su marido de vuelta a Egipto, buscando la ayuda del dios Thot para resucitarle. Pero Set averiguó lo que iba a hacer, se apoderó del cuerpo, lo despedazó en catorce trozos y dispersó los trozos por todo

Egipto.

Inflexible, Isis buscó uno por uno los trozos hasta encontrarlos todos, salvo (así lo cuenta el relato) el falo de Osiris. Puso los trozos juntos de nuevo, sujetándolos con un tejido de color púrpura, para reconstruir el cuerpo de Osiris (comenzando así con la momificación en Egipto). Todas las representaciones de Osiris de tiempos faraónicos lo muestran estrechamente envuelto en el sudario.

Como Inanna antes que ella, Isis amortajó y momificó a su fallecido esposo, dando así origen en Egipto (como había hecho antes Inanna en Sumer y Acad) a la idea del dios resucitado. Mientras que, en el caso de Inanna, la acción de la diosa quizá pretendía satisfacer la negación personal de la pérdida, así como afirmar la inmortalidad de los dioses, este hecho se convirtió en el caso de Egipto en un pilar de las creencias faraónicas de que el rey humano podía arrostrar también la transfiguración y, emulando a Osiris, alcanzar la inmortalidad en la otra vida con los dioses. Tal como dice E. A. Wallis Budge en el prefacio a su obra maestra, Osiris and The Egyptian Resurrection, «La figura central de la antigua religión de Egipto era Osiris, y los fundamentos principales de su culto eran la creencia en

su divinidad, muerte y resurrección, y en su absoluto control de los destinos de los cuerpos y almas de los hombres.» En los principales santuarios dedicados a Osiris, en Abydos y Denderah, se representaron los pasos de la resurrección del dios . Wallis Budge y otros expertos creyeron que estas representaciones se habían dibujado a partir de un Drama de Pasión o de Misterios que se habría escenificado todos los años en aquellos lugares; un ritual religioso que, en Mesopotamia, se le había ofrecido a Marduk.

En Los textos de la Pirámide, y en otras citas funerarias del Libro de los Muertos egipcio, se cuenta cómo el fallecido faraón, embalsamado y momificado, era preparado para salir de su tumba (considerada sólo como un lugar de descanso temporal), a través de una falsa puerta en el este, para comenzar su Viaje a la Otra Vida. Se suponía que era un tránsito que simulaba el viaje del resucitado Osiris hasta su trono celestial en la Morada Eterna; y aunque era un viaje que hacía que el faraón se elevara hacia el cielo como un halcón divino, comenzaba atravesando una serie de cámaras y corredores subterrá

neos llenos de seres y visiones milagrosas.

En La escalera al Cielo, hemos analizado la geografía y la topografía de los textos antiguos, y hemos llegado a la conclusión de que era la simulación de un viaje hasta un silo de lanzamientos subterráneo situado en la península del Sinaí, no muy diferente del que se ve en una representación verdadera de un lugar verdadero de la península en la tumba de Hui, un gobernador faraónico de la península del Sinaí .

La resurrección de Osiris va asociada con otra milagrosa hazaña, la que trae a la vida a su hijo, Horus, bastante después de la muerte y el desmembramiento de Osiris. En ambos acontecimientos, considerados justamente como mágicos por los egipcios, hubo un dios llamado Thot (mostrado siempre en el arte egipcio con una cabeza de Ibis, Fig. 37), que jugo un papel decisivo. Fue él quien ayudó a Isis a recomponer al desmembrado Osiris, y el que la instruyó después para que extrajera la «esencia» de Osiris de su cuerpo muerto y despedazado, para luego fecundarse a sí misma artificialmente. Con esto, se las ingenió para quedar embarazada y dar a luz a su hijo, Horus.

Incluso aquellos que creen que el relato es el recuerdo de algunos acontecimientos reales y no sólo un «mito» asumen que lo que hizo Isis fue extraer el semen del cadáver de Osiris y, con él, su «esencia». Pero esto era imposible, dado que la única parte que Isis no pudo encontrar y recomponer fue la de su órgano masculino. La hazaña mágica de Thot tuvo que ir más allá de la inseminación artificial, bastante común en la actualidad. Lo que tuvo que hacer fue obtener la «esencia» genética de Osiris para ella. Tanto los textos como las representaciones que nos han llegado del antiguo Egipto confirman de hecho que Thot poseía los «conocimientos secretos» necesarios para llevar a cabo tales hazañas.

Las capacidades biomédicas («mágicas» ante los ojos humanos) de Thot fueron invocadas de nuevo por el bien de Horus. Con el fin de proteger al infante del despiadado Set, Isis mantuvo en secreto el nacimiento del Horus, ocultándolo en una región pantanosa. Set,

desconociendo la existencia de un hijo de Osiris, intentó forzar a Isis, hermanastra suya, a mantener relaciones sexuales con él (al igual que había hecho Enki para conseguir un hijo de su hermanastra Ninmah), para tener un hijo de ella y lograr así un heredero incontestable. Atrayendo con engaños a Isis hasta su morada, la tuvo cautiva durante algún tiempo; pero Isis se las ingenió para escapar y volver a los pantanos donde estaba oculto Horus. Para su

pesar, encontró muerto al niño, debido a la picadura de un escorpión venenoso. Isis no perdió el tiempo en invocar la ayuda de Thot:

Entonces, Isis elevó un grito al cielo y dirigió su llamada al Barco del Millón de Años... Y Thot bajó; él estaba provisto de poderes mágicos, y poseía el gran poder que hacía que la palabra se convirtiera en hecho...

Y le dijo a Isis:He llegado en este día en el Barco del DiscoCelestial, desde el lugar donde estaba ayer.Cuando llegue la noche,esta Luz [rayo] sacará [el veneno]para la curación de Horus...He venido desde los cielos para salvar al niñopara su madre.

Revivido y resucitado de la muerte (y quizás inmunizado para siempre) por los poderes mágicos de Thot, Horus creció hasta convertirse en Netj-Atef, el «Vengador» de su padre.

De los poderes biomédicos de Thot en cuestión de vida y muerte se da cuenta también en una serie de antiguos textos egipcios conocidos como Relatos de los Magos. Uno de ellos (Papiro de El Cairo 30646), un relato largo, trata de una pareja de ascendencia real que toma posesión ilegalmente del Libro de los Secretos de Thot. Como castigo, Thot los entierra en una cámara subterránea en estado de animación suspendida (momificados como los muertos, pero capaces de ver, oír y hablar). En otro relato, escrito en el Papiro Westcar, un hijo del faraón Khufu (Keops) le habla a su padre de un anciano que «estaba familiarizado con los misterios de Thot». Entre éstos, estaba la capacidad para devolverle la vida a los muertos. Deseando ver esto con sus propios ojos, el rey ordena que le corten la cabeza a un prisionero, desafiando después al sabio a que reponga la cabeza cercenada y le devuelva la vida al hombre. El sabio se niega a llevar a cabo esta «magia de Thot» sobre un ser humano, de modo que se le corta la cabeza a un ganso. El sabio «pronunció ciertas palabras de poder» del Libro de Thot; y he aquí que la cabeza cercenada se reunió por sí sola con el cuerpo del ganso, éste se puso en pie, anadeó y se puso a graznar, tan vivo como antes.

En el antiguo Egipto era sabido que Thot poseía de hecho la capacidad para resucitar a una persona que hubiera sido decapitada, reconectar la cabeza y devolverle la vida a la víctima debido a un incidente que había tenido lugar cuando Horus se levantó en armas al fin contra su tío Set. Tras las batallas entabladas por tierra, agua y aire, Horus consiguió capturar a Set y a sus tenientes. Los llevó ante Ra para que fueran juzgados, y Ra puso el hado de los cautivos en manos de Horus e Isis. Horus empezó a matarlos cortándoles la cabeza pero, cuando le tocó el turno a Set, Isis no pudo soportar que se le fuera a hacer esto a su hermano y le impidió a Horus que ejecutara a Set. Enfurecido, Horus se volvió contra su madre ¡y la

decapitó a ella! Isis sobrevivió gracias a la apresurada intervención de Thot, que reconectó la cabeza y la resucitó.

Para valorar adecuadamente la capacidad de Thot para realizar todas estas cosas, recordemos que hemos identificado a este hijo de Ptah como Ningishzidda (hijo de Enki en la tradición Sumeria), cuyo nombre Sumerio significaba «Señor del Árbol/Artefacto de la Vida». Él era el Custodio de [los] Secretos Divinos de las ciencias exactas, no siendo los menores entre ellos los de los secretos de la genética y de la biomedicina, que le sirvieron bien a su padre, Enki, en los tiempos de la Creación del Hombre. De hecho, los textos Sumerios atestiguan que, en cierta ocasión, Marduk se quejó a su padre Enki de que no le había enseñado todos los conocimientos que poseía.

«Hijo mío -respondió Enki-, ¿qué es lo que no sabes? ¿Qué más podría darte?» Marduk indicó que los conocimientos que se le habían negado eran los del secreto de resucitar a los muertos; esos conocimientos secretos se los había impartido Enki al hermano de Marduk, Ningishzidda/Thot, pero no a Marduk/Ra.

Esos conocimientos secretos, esos poderes concedidos a Thot/ Ningishzidda, se expresaron en el arte y el culto mesopotámicos a través del símbolo de las Serpientes Entrelazadas o mediante éste (Fig. 38a), un símbolo que hemos identificado con la doble hélice del AD N , símbolo que ha sobrevivido hasta nuestros días como emblema de la medicina y la sanación .

Indudablemente, tuvo que haber una conexión entre todo eso y la serpiente de cobre que forjó Moisés con el fin de detener una peste que hizo caer a innumerables israelitas durante el Éxodo.

Habiendo crecido en la corte del faraón y habiendo sido formado por los magos egipcios, Moisés, siguiendo las instrucciones del Señor, «hizo una serpiente de cobre, y la puso en la punta de un Mástil de Milagro», y todos aquellos que se veían afligidos por la plaga y miraban a la serpiente de cobre quedaban con vida (Números 21,8-10).

Quizá sea algo más que una coincidencia que una de las más importantes autoridades internacionales sobre la antigua minería y metalurgia del cobre, el profesor Benno Rothenberg (Midianite Titnna y otras publicaciones), descubriera en la península del Sinaí un santuario perteneciente a la época del período madianita, la época en la que Moisés, tras escapar al desierto del Sinaí para salvar su vida, vivió con los madianitas e incluso se casó con la hija del sumo sacerdote de éstos. Localizado en la región donde tuvieron lugar algunas de las más antiguas excavaciones mineras del cobre, el profesor Rothenberg descubrió en este santuario los restos de una pequeña serpiente de cobre; era el único objeto votivo allí. (Se ha reconstruido el santuario para su exhibición en el Pabellón Nechushtan del Museo Eretz Israel de Tel Aviv, Fig. 39, donde también se puede ver la serpiente de cobre.)

La referencia bíblica y los hallazgos en la península del Sinaí tienen una relación directa con la representación de Enki como Najash. Este término no sólo tiene los dos significados que ya hemos mencionado («Serpiente», «Conocedor de Secretos»), dado que tiene un tercer significado, «El de Cobre», pues la palabra hebrea de cobre, Nejoshet, proviene de la misma raíz. Uno de los epítetos de Enki en Sumerio, BUZUR, también tiene el doble significado de «El que conoce/resuelve secretos» y «El de las minas de cobre».

Las distintas interconexiones planteadas pueden ofrecer una explicación de la de otro modo desconcertante elección que hizo Inanna como lugar de descanso para Dumuzi: Bad-Tibira. En ninguna otra parte de los textos relevantes hay indicación alguna de una conexión entre Dumuzi (y, para el caso, Inanna) y esa Ciudad de los Dioses. La única conexión posible es el hecho de que Bad-Tibira se estableciera como centro metalúrgico de los Anunnaki. ¿Llevó entonces Inanna al embalsamado Dumuzi hasta un lugar donde no sólo se refinaba oro, sino también cobre?

Otro detalle que posiblemente resulte relevante tiene que ver con la construcción del Tabernáculo y de la Tienda del Encuentro en el desierto del Éxodo, de acuerdo con las instrucciones, muy detalladas y explícitas, de Yahveh a Moisés: dónde se debían usar el oro o la plata y cómo, qué clases de maderas o vigas y de qué tamaños, qué clase de vestidos o pieles, cómo coserlos, cómo decorarlos. También se puso mucho cuidado en las instrucciones referentes a los ritos que tenían que realizar los sacerdotes (sólo Aarón y su hijo en aquel momento): su vestimenta, los objetos sagrados que llevarían, la combinación explícita de ingredientes que compondrían el singular incienso que daría lugar a la nube adecuada que les protegiera de las mortales radiaciones del Arca de la Alianza. Y, después, un requisito más: la forja de una pila en la cual lavarse manos y pies, «para que no mueran cuando estén ante el Arca de la Alianza». Y la pila, se especifica en Éxodo 30,17, debía ser hecha de cobre.

Todos estos hechos y detalles, dispersos pero aparentemente conectados, sugieren que el cobre jugaba algún papel en la biogenética humana, un papel que la ciencia moderna sólo comienza a descubrir (un ejemplo reciente de ello es un estudio, publicado en la revista Science de 8 de marzo de 1996, acerca de la interrupción del metabolismo del cobre en el cerebro en relación con la enfermedad de Alzheimer).

Este papel, si no formó parte del primer empeño genético deEnki y Ninmah para producir a El Adán, sí que parece haber entrado en el genoma humano cuando Enki, en su papel de Najash, seimplicó en la segunda manipulación, cuando se dotó a la Humanidadde la capacidad de procrear.

Es decir, el cobre fue, aparentemente, un componente de nuestro Destino, y un profundo análisis realizado por expertos sobre los textos Sumerios de la creación quizá nos llevara a importantes avances médicos que podrían afectar a nuestras vidas diarias.

En cuanto a los dioses, Inanna, al menos, creía que el cobre podría ayudar a resucitar a su amado.

## 06. LA CONEXIÓN CÓSMICA:EL ADN

Aún antes de la televisión, los dramas judiciales han excitado a muchos, y muchos juicios han hecho historia. Hemos recorrido un largo camino desde la norma bíblica de «con dos testigos se hará el veredicto». Desde las evidencias de los testigos presenciales se ha pasado a las evidencias documentales, a las evidencias forenses y, lo que parece hasta el momento el epítome, a las evidencias del ADN.

Tras descubrir que toda la vida está determinada por los minúsculos elementos de ácidos nucleicos que deletrean la herencia y la individualidad en las cadenas de los cromosomas, la ciencia moderna ha llegado a leer estas letras entrelazadas de AD N hasta distinguir sus «palabras», únicas y pronunciadas individualmente. La utilización de las lecturas de AD N para demostrar la culpabilidad o la inocencia se ha convertido en el punto álgido de los dramas judiciales.

¿Una hazaña incomparable de la sofisticación del siglo xx? No, una hazaña de la sofisticación del siglo C (cien) en el pasado, un drama judicial del 10.000 a.C.

Este antiguo y famoso caso tuvo lugar en Egipto, en la época en la que reinaban los dioses, todavía no los hombres; y no tuvo que ver con éstos, sino con los propios dioses. Implicó a los adversarios Set y Horus, y tuvo sus raíces en la rivalidad de los hermanastros Set y Osiris. Conviene recordar que Set recurrió al juego sucio para librarse de Osiris y apoderarse de sus dominios. La primera vez, consiguió atrapar a Osiris en un arcón, que se apresuró en sellar y hundir en el mar Mediterráneo; pero Isis encontró el arcón y, con la ayuda de Thot, revivió a Osiris. La segunda vez, el frustrado Set se apoderó de Osiris y lo cortó en catorce pedazos. Isis localizó los pedazos dispersos y los reunió, y momificó a Osiris para dar inicio a la leyenda de la Otra Vida. Sin embargo, le faltó incluir el falo del dios, que no pudo encontrar, pues Set lo había dispuesto para que Osiris no tuviera heredero.

Decidida a tener un heredero que pudiera vengar a su padre, Isis apeló a Thot, el Custodio de los Secretos Divinos, para que la ayudara. Extrayendo la «esencia» de Osiris a partir de las partes disponibles del dios muerto, Thot ayudó a Isis a fecundarse y dar a luz a su hijo, Horus.

La «esencia» (¡no la «simiente»!), lo sabemos ahora, era lo que llamamos en la actualidad ADN , los ácidos nucleicos genéticos que forman cadenas en los cromosomas, cadenas que se disponen en pares básicos en una doble hélice (ver Fig. 38b). En el momento de la concepción, cuando el esperma del varón entra en el óvulo de la hembra, las dobles hélices entrelazadas se separan, y una hebra del varón se combina con una hebra de la hembra para formar la nueva doble hélice de AD N de su descendencia. Por tanto, no sólo es esencial que se junten las dos dobles hélices de ADN, sino también conseguir una separación (que se desentrelacen) de las hebras dobles, para después recombinarse con sólo una hebra de cada uno en una nueva doble hélice de ADN.

Las representaciones gráficas del antiguo Egipto indican que Thot, el hijo de Ptah/Enki, estaba al corriente de estos procesos biológico-genéticos y que los empleaba en sus hazañas genéticas. En Abydos, una pintura mural (Fig. 40), en la cual el faraón Seti I representaba el papel de Osiris, mostraba a Thot devolviéndole la Vida (el símbolo Ankh) al dios muerto, obteniendo de él las dos hebras de ADN. En una representación del Libro de los Muertos que trata del posterior nacimiento de Horus, vemos (Fig. 41) cómo las dos Diosas del Nacimiento que ayudan a Thot sostienen una hebra de ADN cada una, después de ser separada la doble hélice de AD N para recombinar sólo una hebra con la de Isis, que se muestra sosteniendo al recién nacido Horus.

Isis crió en secreto al niño y, tras hacerse adulto, su madre decidió que había llegado el momento de reclamar la herencia de su padre. Así, un día, para sorpresa de Set, Horus apareció ante el Consejo de los Grandes Dioses y anunció que era el hijo y heredero de Osiris. Era una pretensión increíble, pero una pretensión que no se podía desechar. ¿Era aquel joven dios realmente el hijo del fallecido Osiris?

Tal como se cuenta en un texto conocido como el Papiro Chester Beatty N° 1, la aparición de Horus sorprendió a los dioses reunidos y, cómo no, a Set más que a nadie. Set hizo una conciliadora sugerencia: que se hiciera un receso en la deliberación, para darle la oportunidad de familiarizarse con Horus y ver si el asunto se podía resolver amistosamente. Set invitó a Horus: «Ven, vamos a pasar un día agradable en mi casa», y Horus aceptó. Pero Set, que ya una vez había engañado a Osiris para matarlo, tenía una nueva traición en mente:

Con la caída de la tarde,dispusieron la cama para ellos,y los dos yacieron en ella.Y durante la nocheSet hizo que su miembro se pusiera rígido,y se lo puso entre los muslos a Horus.

Cuando se reanudaron las deliberaciones, Set hizo un sorprendente anuncio. Tanto si Horus era el hijo de Osiris como si no, ya no tenía importancia. Pues ahora, su simiente, la de Set, estaba en Horus, ¡y eso convertía a Horus en sucesor de Set, más que en contendiente para la sucesión!

Entonces, Horus hizo un anuncio aún más sorprendente. Por el contrario, no era Horus el que había quedado descalificado, ¡era Set!

Y pasó a relatar que él no estaba de verdad dormido cuando Set derramó su semen. No entró en mi cuerpo, dijo, porque «atrapé la simiente entre mis manos». A la mañana siguiente, le llevó el semen a su madre, Isis, y ésta tuvo una idea al saber lo ocurrido. Hizo que Horus pusiera erecto su miembro y eyaculara en una copa; después, roció el semen de Horus en una lechuga del huerto de Set (la lechuga era el alimento favorito de Set en su desayuno). Y, sin saberlo, éste terminó ingiriendo el semen de Horus. Así, dijo Horus, es mi semen el que está en Set, y ahora él puede sucederme, pero no precederme en el trono divino...

Completamente desconcertados, el Consejo de los Dioses recurrió a Thot para que resolviera el asunto. Y Thot, utilizando sus poderes de conocimientos genéticos, comprobó el semen que Isis había guardado en un tarro, y descubrió que, ciertamente, era de Set. Examinó a Horus y no encontró en él rastro alguno del AD N de Set. Después, examinó a Set, y encontró que sí había ingerido el AD N de Horus.

Comportándose como un médico forense en un tribunal moderno, pero armado evidentemente con capacidades técnicas que aún no hemos alcanzado nosotros, Thot presentó los resultados de los análisis de AD N ante el Consejo de los Dioses. Éstos votaron unánimemente para conceder la soberanía de Egipto a Horus.

(La negativa de Set a ceder su soberanía llevó a lo que hemos llamado la Primera Guerra de la Pirámide, en la cual Horus enroló a humanos por vez primera en una guerra entre dioses. Hemos detallado aquellos acontecimientos en La guerra de los dioses y los hombres).

Descubrimientos recientes en genética arrojan luz sobre una persistente, y aparentemente extraña, costumbre de los dioses, al tiempo que destacan su sofisticación biogenética.

La importancia de la hermana-esposa en las normas de sucesión de los dioses de Mesopotamia y Egipto, evidente en todo lo que hasta aquí hemos expuesto, tuvo sus resonancias también en los mitos griegos referentes a sus dioses. Los griegos llamaron a la primera pareja divina que había emergido del Caos, Gaia («Tierra») y Urano («Cielo»). De ellos, surgieron doce Titanes, seis varones y seis hembras. Los matrimonios entre ellos y su diversa descendencia sentaron las bases para las posteriores luchas por la supremacía. De las luchas primitivas, el que emergió en la cúspide fue Crono, el Titán varón más joven, cuya esposa era su hermana Rea; sus hijos fueron Hades, Poseidón y Zeus, y sus hijas, Hestia, Deméter y Hera. Aunque Zeus se abrió camino hasta la supremacía, tuvo que compartir dominios con sus hermanos. Los tres se dividieron los dominios entre ellos

(algunas versiones dicen que lo echaron a suertes) de forma muy parecida a como lo hicieron Anu, Enlil y Enki: Zeus fue el dios celestial (aunque residía en la Tierra, en el Monte Olimpo); a Hades se le concedió el Mundo Inferior; y a Poseidón, los mares.

Los tres hermanos y las tres hermanas, descendientes de Crono y Rea, conformaban la primera mitad del Círculo Olímpico de doce. Los otros seis fueron descendientes de Zeus, nacidos de la unión de Zeus con diversas diosas. De una de ellas, Leto, tuvo su hijo primogénito, el gran dios griego y romano Apolo. Sin embargo, cuando llegó el momento de conseguir un heredero varón según las normas de sucesión de los dioses, Zeus se fijó en sus propias hermanas. Hestia, la mayor, era en todos los sentidos una solterona, demasiado mayor o demasiado enferma para casarse con ella o tener hijos. Así pues, Zeus intentó tener un hijo con su hermana mediana, Deméter; pero en vez de un hijo le dio una hija, Perséfone. Y así se pavimentó el camino para que Zeus se casara con Hera, la hermana pequeña; y ella le dio a Zeus un hijo, Ares, y dos hijas (Ilitía y Hebe). Cuando griegos y romanos, que perdieron los conocimientos de los planetas más allá de Saturno, citaban los planetas conocidos, le asignaban uno(Marte) a Ares; aunque no era el hijo primogénito, sí que era el hijo principal de

Zeus. Apolo, aun siendo un dios tan grande como era, no tuvo asociado ningún planeta ni entre los griegos ni entre los romanos. Todo esto refuerza la importancia de la hermana-esposa en los anales de los dioses. En cuestiones de sucesión, este tema aparece una y otra vez: ¿Quién será el sucesor al trono, el Hijo Primogénito o el Hijo Principal, si este último nació de una hermanastra y el otro no? Este tema parece haber dominado y dictado el curso de los acontecimientos en la Tierra desde el momento en que Enlil se unió a Enki en este planeta, y la rivalidad prosiguió con sus hijos (Ninurta y Marduk, respectivamente). En los relatos egipcios de los dioses, se dio un conflicto por motivos similares entre los descendientes de Ra, Set y Osiris.

La rivalidad, que de vez en cuando estallaba en verdadera guerra (Horus combatió al final con Set en combate singular sobre los cielos de la península del Sinaí), en modo alguno había comenzado en la Tierra. Había conflictos de sucesión similares en Nibiru, y Anu no había alcanzado la soberanía sin luchas ni batallas.

Al igual que la costumbre según la cual una viuda que hubiera quedado sin hijos podía demandar al hermano de su marido que la «conociera», en sustitución del marido, y le diera un hijo, también se abrieron paso entre las costumbres de Abraham y sus descendientes las normas de sucesión de los Anunnaki que daban prioridad al hijo de una hermanastra. En su caso, su primer hijo fue Ismael, nacido de la sirvienta Agar. Pero cuando, a una increíble edad y tras la intervención divina, Sara dio a luz a Isaac, éste se convirtió en el heredero legítimo. ¿Por qué? Porque Sara era la hermanastra de Abraham. «Ella es mi hermana, la hija de mi padre, pero no de mi madre», explicaba Abraham (Génesis 20,12). El matrimonio con una hermanastra también imperó entre los faraones de Egipto, como medio para legitimar el reinado y la sucesión. Y esta costumbre se llega a encontrar incluso entre los reyes incas del Perú, hasta el punto de que se atribuyera la ocurrencia de calamidades durante el reinado de cierto rey a su matrimonio con otra mujer que no fuera su hermanastra. La costumbre inca tenía sus raíces en las Leyendas de los Comienzos de los pueblos andinos, en las que el dios Viracocha había creado a cuatro hermanos y cuatro hermanas que se habían casado entre sí y habían sido dirigidos a distintas tierras. Una de estas parejas hermano-hermana, a la cual se le había dado una varita de oro con la cual

encontrar el Ombligo de la Tierra en Sudamérica, dio origen a la realeza en Cuzco (la antigua capital inca). Éste fue el motivo por el cual los reyes incas podían proclamar su linaje directo con el Dios Creador Viracocha, a condición de ser nacidos de una sucesión de parejas reales hermano-hermana.

(Según las leyendas andinas, Viracocha fue un gran Dios del Cielo que había venido a la Tierra en la antigüedad y había elegido las montañas andinas como región propia. En Los reinos perdidos, lo hemos identificado como el dios mesopotámico Adad = el dios hitita Teshub, y hemos indicado otras muchas similitudes, además de las costumbres hermano-hermana, entre las culturas andinas y las del Oriente Próximo de la antigüedad.)

La persistencia del matrimonio entre hermano y hermana, y la importancia aparentemente desproporcionada que se le dio a ello, tanto entre dioses como entre mortales, es desconcertante. A primera vista, la costumbre parece ser algo más que una actitud localizada de «vamos a mantener el trono en la familia», y en el peor de los casos supone la exposición a la degeneración genética. ¿Por qué, entonces, los Anunnaki eran capaces de ir tan lejos (ejemplo: los repetidos intentos de Enki por tener un hijo con Ninmah) para conseguir un hijo de semejante unión? ¿Qué tenían de especial los genes de una hermanastra (recordemos, la hija de la madre del varón, pero no del padre)?

Mientras buscamos la respuesta, vendrá bien resaltar otras prácticas bíblicas que afectaban a los temas madre/padre. Es costumbre referirse al período de Abraham, Isaac, Jacob y José como la Época Patriarcal; y si le preguntamos a la gente, serán muchos los que digan que la historia relatada en el Antiguo Testamento se ha presentado desde el punto de vista de los hombres. Sin embargo, lo cierto es que eran las madres, no los padres, las que controlaban el acto que, según el punto de vista de los antiguos, le daba al individuo del relato su estatus de «ser»: el acto de ponerle nombre al niño. Ciertamente, no sólo a una persona, sino a un lugar, a una ciudad, a un país, no se le tenía por existente hasta que se le hubiera dado un nombre.

De hecho, esta idea se remonta a los comienzos del tiempo, pues en las primeras líneas de La Epopeya de la Creación, con el deseo de dar al oyente la impresión de que la historia comienza antes de que el Sistema Solar hubiera sido terminado de forjar, declara que la historia de Tiamat y de los demás planetas comienza Enuma elish la nabu shamamu

Cuando en las alturas el cielo aún no había sido nombrado Shapiltu ammatum shuma la zakrat y abajo, el suelo firme (la Tierra) no había sido llamado

Y en el importante asunto de ponerle nombre a un hijo, el privilegio pertenecía o bien a los mismos dioses o bien a la madre. Así, encontramos que, cuando los Elohim crearon al Homo sapiens, fueron ellos los que nombraron al nuevo ser «Adán» (Génesis 5,2). Pero cuando se le dio al Hombre la capacidad de procrear por sí mismo, fue Eva, no Adán, la que tuvo el derecho y el privilegio de llamar a su primer hijo varón Caín (Génesis 4,1), así como a Set, que sustituyó al asesinado Abel (Génesis 4,25).

En el comienzo de la «Época Patriarcal (!)», nos encontramos con que el privilegio de poner nombre a los dos hijos de Abraham lo asumieron los seres divinos. El ángel de Yahveh le puso Ismael al primogénito, nacido de Agar, la sirvienta de su esposa (Génesis 16,11); y al heredero legítimo, Isaac (Itzhak, «Que provoca risa»), le dio este nombre uno de los tres seres divinos que visitaron a Abraham antes de la destrucción de Sodoma y Gomorra (porque Sara se echó a reír cuando oyó decir a Dios que tendría un hijo; Génesis 17,19; 18,12). No se ofrece en la Biblia información específica respecto a los dos hijos de Isaac y Rebeca, Esaú y Jacob (simplemente se dice que así es como se les llamó). Pero, después, se dice con toda claridad que fue Lía la que puso nombre a los hijos que Jacob tuvo con ella y con su sirvienta, al igual que hizo Raquel con los suyos (Génesis, capítulos 29 y 30). Siglos más tarde, después de que los israelitas se establecieran en Canaán, fue la madre de Sansón la que le puso el nombre a éste (Jueces 13,24); y lo mismo hizo la madre del Hombre de Dios, Samuel (1 Samuel 1,20).

Los textos Sumerios no proporcionan este tipo de información. No sabemos, por ejemplo, quién le puso el nombre a Gilgamesh, si su madre, la diosa, o su padre, el sumo sacerdote. Pero el relato de Gilgamesh nos ofrece una pista importante para la solución del enigma: la importancia de la madre a la hora de determinar la posición jerárquica del hijo.

Hay que recordar que la búsqueda de Gilgamesh por conseguir la longevidad de los dioses le llevó, en primer lugar, al Lugar de Aterrizaje en las Montañas de los Cedros; pero ni él ni su compañero Enkidu pudieron entrar debido a que se lo impidieron un guardián robótico y el Toro del Cielo. Gilgamesh viajó después hasta el espaciopuerto, en la península del Sinaí. El acceso estaba custodiado por los temibles Astronautas que lo enfocaron con «el terrible reflector de luz que barre las montañas», cuya «mirada era la muerte» ; pero Gilgamesh no se vio afectado; tras lo cual un Astronauta le gritó a su camarada:

¡El que viene,de la carne de los dioseses su cuerpo!

Dejándole que se acercara, Gilgamesh confirmó la conclusión del guardián: ciertamente, era inmune a los rayos de la muerte porque su cuerpo era de la «carne de los dioses». No era sólo un semidiós, tal como explicó; era «dos tercios divino», porque no era su padre, sino su madre, la que pertenecía a los dioses, una hembra Anunnaki.

Aquí, así lo creemos, se encuentra la clave del enigma de las normas sucesorias y del resto de énfasis en la madre. Era a través de ella que se le daba una «dosis cualificadora» extra al héroe o al heredero (fuera Anunnaki o patriarcal).

Esto parecía no tener ningún sentido aun después del descubrimiento, en 1953, de la estructura de doble hélice del ADN , tras entenderse el modo en el cual se desenrollaban y se separaban las dos hebras para que sólo una del óvulo femenino y otra del esperma masculino se recombinaran, haciendo del descendiente una imagen mitad y mitad de los padres. Ciertamente, el hecho de comprender esto, aunque explicara las reivindicaciones del semidiós, desafiaba la inexplicable reivindicación de Gilgamesh de ser dos tercios divino.

Fue en la década de 1980 cuando estas antiguas reivindicaciones comenzaron a tomar sentido. Y esto vino con el descubrimiento de que, además del AD N almacenado en las células de varones y hembras, en las estructuras de doble hélice de los cromosomas, en el núcleo de la célula, había otro tipo de AD N que flota en la célula, fuera del núcleo. A este AD N se le ha dado en llamar AD N mitocondrial (ADNmt), y se ha descubierto que lo transmite sólo la madre, es decir, sin escindirse y recombinarse con AD N alguno de varón.

En otras palabras, si la madre de Gilgamesh era una diosa, él tuvo que heredar de ella su mitad de AD N normal más su ADNmt, haciéndole, como reivindicaba, dos tercios divino.

Fue este descubrimiento de la existencia y de la transmisión del ADNmt el que permitió a los científicos, a partir de 1986, remontarse en el ADNmt de humanos modernos hasta una «Eva» que había vivido en África hace unos 250.000 años.

Al principio, los científicos creían que la única función del ADNmt era la de actuar como central de energía de la célula, proporcionando la fuerza necesaria para las miríadas de reacciones químicas y biológicas de la célula. Pero después se averiguó que el ADNmt estaba compuesto de «mitocondriones» que contienen 37 genes dispuestos en un estrecho círculo, como un brazalete; y que este «brazalete» genético contiene más de 16.000 pares base del alfabeto genético (si comparamos, cada uno de los cromosomas que componen en centro de la célula, de los cuales se hereda la mitad de cada progenitor, contiene hasta 100.000 genes y un total de más de tres mil millones de pares base).

Hizo falta otra década para darse cuenta de que los daños en la estructura o en las funciones del ADNmt pueden provocar trastornos debilitadores en el cuerpo humano, especialmente en el sistema nervioso, en el corazón, en los músculos esqueléticos y en los ríñones. En la década de 1990, los investigadores descubrieron que los defectos («mutaciones») en el ADNmt perturban también la producción de 13 importantes proteínas corporales, dando como resultado diversas enfermedades graves. En 1997, Scientific American publicó una lista de enfermedades que comenzaba con la enfermedad de Alzheimer y que continuaba con diversos defectos visuales, auditivos, sanguíneos, musculares, medulares de hueso, cardiacos, renales y cerebrales.

Estas enfermedades genéticas se unen a una lista mucho más larga de defectos y disfunciones corporales que pueden provocar los defectos en el AD N nuclear. A medida que los científicos desentrañan y comprenden el «genoma» (el código genético completo) humano (una hazaña alcanzada recientemente con una simple y humilde bacteria), se va conociendo la función que realiza cada gen (así como el otro lado de la moneda, las enfermedades de su ausencia o mal funcionamiento). Se ha descubierto que, al no producir determinada proteína o enzima, o algún otro compuesto corporal clave, el gen encargado de su regulación puede provocar cáncer de pecho o perturbar la formación del hueso, sordera, pérdida de visión, trastornos cardiacos, exceso o falta de peso, etc.

Lo que resulta interesante a este respecto es que nos encontremos con una lista de defectos genéticos similares cuando leemos los textos Sumerios sobre la creación del Trabajador Primitivo por parte de Enki y con la ayuda de Ninmah. El intento de recombinar las hebras de ADN de homínidos con las hebras de ADN de Anunnaki para crear el nuevo ser híbrido fue un proceso de ensayo y error, y los seres que se produjeron en un principio carecían a veces de órganos o miembros, o los tenían en exceso. El sacerdote babilonio Beroso, que en el siglo iii a.C. compiló para los griegos la historia y los conocimientos de los primitivos Sumerios, habló de los resultados fallidos de los creadores del Hombre, dando cuenta de que algunos de los seres de las pruebas tenían dos cabezas en un solo cuerpo. Estos «monstruos» ya fueron representados por los Sumerios (Fig. 43a), así como otra anomalía, la de un ser con una cabeza pero con dos caras llamado Usmu (Fig. 43b). En los textos se menciona específicamente a un ser que no podía retener la orina, y se mencionan diversos trastornos entre los que están las enfermedades de los ojos y de la visión, temblor de manos, problemas hepáticos, fallos cardiacos y «enfermedades de la ancianidad». En un texto titulado Enki y Ninmah: La creación de la Humanidad, junto a una lista de distintas disfunciones (rigidez de manos, parálisis de pies, semen goteante) también se representaba a Enki como a un dios solícito que, en vez de destruir a estos seres deformes, les buscaba una vida útil. Así, en un caso en que el resultado fue un hombre de visión defectuosa, Enki le enseñó un arte que no requería de la visión: el arte de cantar y de tocar la lira.

El texto dice que, a todos ellos, Enki les decretó este o aquel Hado. Después, instó a Ninmah para que probara con la ingeniería genética por sí misma. Los resultados fueron terribles: los seres que creó tenían la boca en otro lugar, ojos ulcerados, dolor de cuello, mareos, brazos demasiado cortos para llegar hasta la boca, etc. Pero a base de ensayo y error, Ninmah fue capaz de corregir los distintos defectos. De hecho, llegó un momento en que se hizo tan entendida en los genomas Anunnaki/homínido que alardeaba de poder hacer al nuevo ser tan perfecto o imperfecto como deseara:

¿Cuán bueno o malo es el cuerpo del hombre?Según me impulse mi corazón,puedo hacer su hado bueno o malo.

En la actualidad, nosotros también hemos llegado al estadio en el que podemos insertar o sustituir determinado gen cuyo papel hayamos descubierto, e intentar prevenir o curar una enfermedad o un defecto específicos. De hecho, ha aparecido una nueva industria, la industria biotecnológica, con un potencial en medicina (y en el mercado de reservas) aparentemente ilimitado. Ya sabemos realizar lo que se ha dado en llamar ingeniería

transgénica, la transferencia de genes entre especies diferentes, una hazaña alcanzable debido a que todo el material genético de este planeta, desde la más pequeña bacteria hasta el ser más complejo (el Hombre), de todos los organismos vivos que pululan, vuelan, nadan o crecen, está hecho del mismo ABC genético, de los mismos ácidos nucleicos que constituyeron la «simiente» que trajo Nibiru a nuestro Sistema Solar.

Nuestros genes son, de hecho, nuestra conexión cósmica.

Los modernos avances en genética se mueven a lo largo de dos rutas paralelas pero interconectadas. Una es la de determinar el genoma humano, la constitución genética total del ser humano; esto implica la lectura de un código que, aunque está escrito con sólo cuatro letras (A-G-C-T, iniciales de los nombres dados a los cuatro ácidos nucleicos que componen todo ADN) está compuesto por innumerables combinaciones de estas cuatro letras, que forman después «palabras», que se combinan en «oraciones» y «párrafos» para, finalmente, hacer todo un «libro de la vida». La otra ruta de investigación es determinar la función de cada gen; ésta es una tarea aún más intimidatoria, facilitada por el hecho de que, si se puede encontrar el mismo gen («palabra genética») en una criatura más simple (como una bacteria inferior o un ratón de laboratorio), y se pudiera determinar experimentalmente su función, es casi seguro que ese mismo gen en los seres humanos tendría las mismas funciones (o su ausencia las mismas disfunciones). El descubrimiento de los genes relacionados con la obesidad, por ejemplo, se ha conseguido de esta manera.

El objetivo último de esta búsqueda de la causa, y de ahí de la cura, de las enfermedades y las deficiencias humanas es doble: descubrir tanto los genes que controlan la fisiología del cuerpo como aquellos que controlan las funciones neurológicas del cerebro. Descubrir los genes que controlan el proceso de envejecimiento, el reloj interno celular del lapso vital (los genes de la longevidad) y los genes que controlan la memoria, el razonamiento y la inteligencia. Los experimentos con ratones de laboratorio, por una parte, y con gemelos humanos, por la otra, y las amplias investigaciones intermedias, indican la existencia de genes y grupos de genes que dan razón de ambos. Y se puede ilustrar cuan tediosos y esquivos son los objetivos de estas investigaciones mediante las conclusiones de una investigación sobre el «gen de la inteligencia» por comparación entre gemelos: los investigadores llegaron a la conclusión de que podría haber unos 10.000 «sitios genéticos»

o «palabras genéticas» responsables de la inteligencia y de los trastornos cognitivos, cada uno de los cuales juega una minúscula parte.

Ante tantas complejidades, uno desearía que los científicos modernos pudieran disponer de un mapa de carreteras proporcionado por -¡sí!- los Sumerios. Los destacados avances en astronomía siguen corroborando la cosmogonía Sumeria y los datos científicos que se aportan en La Epopeya de la Creación: la existencia de otros sistemas solares, las órbitas acusadamente elípticas, las órbitas retrógradas, el catastrofismo y el agua en los planetas exteriores, así como las explicaciones de por qué Urano yace sobre un costado, el origen del Cinturón de Asteroides y de la Luna, y la cavidad de la Tierra en un lado y los continentes

en el otro lado. Todo esto se explica en el relato, científicamente sofisticado, de Nibiru y la Batalla Celestial.

OÍ Entonces, ¿por qué no tomarse en serio, como un mapa de carreteras científico, la otra parte de los relatos Sumerios de la creación, la de la creación de El Adán?

Los textos Sumerios nos informan, en primer lugar, de que la «simiente de vida» (el alfabeto genético) se lo impartió Nibiru a la Tierra durante la Batalla Celestial, hace unos cuatro mil millones de años. Si los procesos evolutivos en Nibiru comenzaron un mero uno por cien antes de que fueran lanzados en la Tierra, la evolución habría comenzado allí cuarenta millones de años antes de que comenzara en la Tierra. Es por tanto bastante plausible que unos super-humanos avanzados, los Anunnaki, fueran capaces de viajar por el espacio hace medio millón de años. También resulta plausible que, cuando ellos llegaron aquí, se encontraran en la Tierra con seres inteligentes paralelos, aunque todavía en el estadio de homínidos. Pero, proviniendo de la misma «simiente», era posible la manipulación transgénica, tal como Enki descubrió y sugirió. «¡El ser que necesitamos ya existe! -explicó-. Todo lo que tenemos que hacer es poner nuestra marca [genética] en él.» Uno debe suponer que, para entonces, los Anunnaki conocían todo el genoma de los nibiruanos, y eran no menos capaces de determinar el genoma de los homínidos, igual que hacemos nosotros ahora con los nuestros. ¿Qué características en concreto optaron por transferir Enki y Ninmah de los Anunnaki a los homínidos? Tanto los textos Sumerios como los versículos bíblicos indican que, mientras los primeros humanos poseían parte (pero no toda) de la longevidad de los Anunnaki, la pareja de creadores denegó deliberadamente los genes de la inmortalidad a El Adán (es decir, la inmensa longevidad de los Anunnaki, que va en paralelo al período orbital de Nibiru). Por otra parte, qué defectos quedaron ocultos en las profundidades del recombinado genoma de El Adán?

Sostenemos la profunda creencia de que, si unos científicos cualificados estudiaran en detalle los datos registrados en los textos Sumerios, se podrían obtener valiosas informaciones biogenéticas y médicas. A este respecto, un caso sorprendente es el de la deficiencia conocida como síndrome de Williams. Es un trastorno que afecta a uno de cada 20.000 nacimientos, y sus víctimas tienen un bajo C.I., que raya en el retraso; pero, al mismo tiempo, sobresalen en algún campo artístico. En investigaciones recientes se ha descubierto que este síndrome, que crea a estos idiot savants (como se les ha llamado muchas veces), viene causado por una minúscula brecha en el cromosoma 7, que priva a la persona de alrededor de quince genes. Uno de los defectos más frecuentes es el de la incapacidad del cerebro para reconocer lo que ven los ojos: visión defectuosa; uno de los talentos más comunes es el musical. ¡Pero si ése es exactamente el caso registrado en el texto Sumerio del hombre de visión defectuosa al cual Enki le enseñó a cantar y a interpretar música!

Dado que, al principio, El Adán no podía procrear (precisando de la intervención de los Anunnaki para la clonación), tenemos que llegar a la conclusión de que, en aquel estadio, el ser híbrido poseía sólo los veintidós cromosomas básicos. Los tipos de enfermedades, deficiencias (y curas) que la biomedicina moderna esperaría encontrar en estos cromosomas son del tipo y la gama de los listados en los textos de Enki y Ninmah.

La siguiente manipulación genética (de la que se hace eco la Biblia en el relato de Adán y Eva en el Jardín del Edén) fue la que les concedió la capacidad de procrear: la adición de los cromosomas X (hembra) e Y (varón) a los 22 cromosomas básicos (Fig. 44). En contra de las creencias largo tiempo sostenidas de que estos dos cromosomas no tienen otra función que la de determinar el sexo del descendiente, investigaciones recientes han revelado que los cromosomas juegan más y más amplios papeles. Por algún motivo, esto sorprendió a los científicos, en particular en lo referente al cromosoma Y (el del varón). Unos estudios publicados a finales de 1997, con titulares como «Coherencia funcional del cromosoma Y humano», recibieron audaces titulares en la prensa, como «Después de todo, el cromosoma masculino no es un erial genético» (New York Times, 28 de octubre de 1997). (Estos descubrimientos confirmaron, inesperadamente, que también «Adán», al igual que Eva, provenía del sureste de África.)

¿Dónde obtuvo Enki, el Najash, los cromosomas X e Y? ¿Y qué hay del origen del ADNmt? Las insinuaciones dispersas en los textos Sumerios sugieren que Ninki, la esposa de Enki, representó un papel crucial en las etapas finales de la creación humana. Sería ella, así lo decidió Enki, la que daría a los humanos el toque final, su legado genético:

El hado del recién nacido,tú pronunciarás;Ninki proveerála imagen de los dioses.

Estas palabras resuenan en la afirmación bíblica de que «a su imagen y según su semejanza crearon los Elohim a El Adán». Y si en verdad fue Ninki, la esposa de Enki y madre de Marduk, la que proporcionó el ADNmt de «Eva», empezaría a tomar sentido la importancia que se le daba al linaje de la esposa-hermana, pues constituía un vínculo más con los orígenes cósmicos del Hombre.

Los textos Sumerios afirman que, mientras los dioses reservaron la «Vida Eterna» para sí mismos, a la Humanidad le dieron «sabiduría», una dosis extra de genes de inteligencia. Y creemos que esa contribución genética adicional es el tema de un texto que los expertos llaman La leyenda de Adapa.

Claramente identificado en el texto como un «hijo de Eridú», el «centro de culto» de Ea/Enki en el Edin, también se le llama en el texto «el hijo de Ea»; descendiente, como sugieren ya otros datos, del mismo Ea/Enki con una mujer que no era su esposa. Por este linaje, así como por una acción deliberada, a Adapa se le recordó durante generaciones como el Más Sabio de los Hombres, y recibió el apodo de «el Sabio de Eridú»:

En aquellos días, en aquellos años, Ea creó al Sabio de Eridú como modelo de hombres.

Lo perfeccionó con un amplio entendimiento,desvelando los designios de la Tierra.A él le había dado sabiduría;Vida Eterna no le dio.

Este choque entre Hado y Destino nos lleva al momento en el que apareció el Homo sapiens-sapiens; Adapa, siendo el hijo de un dios, también pidió la inmortalidad; algo que, como sabemos por La Epopeya de Gügamesh, se podía obtener ascendiendo hacia el cielo hasta la morada de los Anunnaki; y eso fue lo que Ea/Enki le contó a Adapa. Impávido, Adapa le pidió a Enki y recibió de él un «mapa del camino» para llegar al lugar: «Hizo que Adapa tomara el camino del cielo, y al cielo ascendió.» Enki le dio las instrucciones correctas sobre cómo ser admitido en el salón del trono de Anu; pero también le dio instrucciones completamente equivocadas sobre cómo comportarse cuando se le ofreciera el Pan de la Vida y el Agua de la Vida. «¡Si los aceptas y los ingieres -advirtió Enki a Adapa-, sin duda morirás!» Y así, engañado por su propio padre, Adapa rechazó la comida y las aguas de los dioses, y terminó sujeto a su Destino de mortal.

Pero Adapa aceptó una vestimenta que le trajeron y se la puso, y también aceptó el óleo que le ofrecieron, y se ungió con él. Anu declaró que Adapa sería iniciado en los conocimientos secretos de los dioses. Le mostró las extensiones celestiales, «desde el horizonte del cielo hasta el cénit del cielo». Se le haría volver a Eridú sano y salvo, y allí sería iniciado por la diosa Ninkarrak en los secretos de «los males que le habían sido asignados a la Humanidad, las enfermedades que se habían forjado sobre los cuerpos de los mortales», y ella le enseñaría cómo sanar estas dolencias.

Llegado a este punto, resultaría relevante recordar las garantías que dio Yahveh a los israelitas en el desierto del Sinaí. Después de tres días de marcha sin nada de agua, éstos llegaron a un manantial cuya agua no era potable. Y Yahveh dijo a los israelitas: «Si tenéis en cuenta mis mandamientos, no os impondré las enfermedades de Egipto»; «Yo, Yahveh, seré tu sanador» (Éxodo 15,26). La promesa de Yahveh de ser el sanador de su pueblo elegido se repite en Éxodo 23,25, donde se hace una referencia específica al consentimiento para que tuviera hijos una madre que era estéril. (Esa misma promesa se mantuvo en lo referente a Sara y a otras heroínas del relato bíblico.)

Dado que estamos tratando aquí de una entidad divina, se podría asumir también que estamos tratando aquí con una sanación genética. Y el incidente con los Nefilim, que habían descubierto en vísperas del Diluvio que las «Hijas de El Adán» eran compatibles con ellos y que podían tener hijos juntos, también supone genética.

¿Se les impartirían a Adapa y a otros semidioses o iniciados estos conocimientos de genética con propósitos curativos? Y si fue así, ¿cómo? ¿Cómo pudieron enseñar a los terrestres el complejo código genético en aquellos tiempos «primitivos»?

Creemos que, para encontrar una respuesta, tendremos que buscar en letras y en números.

## 07. CONOCIMIENTOS SECRETOS,TEXTOS SAGRADOS

La ciencia, la comprensión de las obras de los cielos y la Tierra, era posesión de los dioses; así lo creían, inequívocamente, los pueblos de la antigüedad. Era un «secreto de los dioses», algo que se ocultaba de la Humanidad o se revelaba, de vez en cuando y sólo parcialmente, a individuos elegidos, iniciados en los secretos divinos.

«Todo lo que sabemos nos lo enseñaron los dioses», afirmaban los Sumerios en sus escritos; y en esto se hallan los fundamentos, a lo largo de milenios hasta nuestros tiempos, de la ciencia y la religión, de lo descubierto y de lo oculto.

En primer lugar, estaban los Conocimientos Secretos; lo que fue revelado cuando se le concedió a la Humanidad el Entendimiento se convirtió en Sabiduría Sagrada, el fundamento de las civilizaciones humanas y del progreso. En cuanto a los secretos que los dioses habían guardado para sí mismos, ésos, al final, demostraron ser de lo más devastador para la Humanidad. Y uno debe comenzar a preguntarse si la interminable búsqueda de Lo Que Está Oculto, disfrazado a veces de misticismo, no provendrá del deseo de alcanzar lo divino, pero desde el temor de cuál es el Hado que los dioses, en sus conclaves secretos o en sus códigos ocultos, tienen destinado para la Humanidad.

Algunos de los conocimientos que se impartieron, o pudieron impartirse, a la Humanidad cuando se le concedió la Sabiduría y el Entendimiento se pueden recoger del reto que Dios le plantea a Job respecto a lo que no sabe (pero Dios sí). «Di si conoces la ciencia», le dice el Señor bíblico al sufriente Job:

¿Quién ha medido la Tierra,para que se conozca?¿Quién ha extendido una cuerda sobre ella?

¿Qué forjó sus plataformas?¿Quién ha puesto su piedra angular?

¿De dónde viene la Sabiduría,y dónde se ubica el Entendimiento?Los mortales no conocen sus procesos,en la Tierra de los Vivos no se encuentra.

Sus caminos, de los Elohim son conocidos,Dios conoce su lugar;pues ve hasta los confines de la Tierray contempla todo lo que está bajo los Cielos.

Con estas palabras desafía el Señor bíblico a Job (en el capítulo 28) para que deje de cuestionarse sobre las razones de su Hado, o su objetivo último; pues los conocimientos del Hombre (sabiduría y entendimiento) quedan tan lejos de los de Dios, que no tiene sentido preguntar o intentar comprender la voluntad divina.

El tratamiento que se le daba en la antigüedad a la sabiduría y el entendimiento de los secretos de los cielos y la Tierra (de la ciencia) como dominio divino al cual sólo unos pocos mortales elegidos podían tener acceso, no sólo encontró su expresión en los escritos canónicos, sino también en un misticismo judío como el de la Kabbalah, según la cual la Presencia Divina, simbolizada por la Corona de Dios, descansa en los penúltimos soportes, designados sabiduría (Hojmah) y entendimiento (Binah) . Son los mismos componentes del conocimiento científico a los que fue desafiado Job.

Las referencias a Hojmah («sabiduría») en el Antiguo Testamento revelan que ésta se tenía por haber sido un regalo de Dios, puesto que fue el Señor del Universo el que poseía la sabiduría requerida para crear los cielos y la Tierra. «Cuan grandes son tus obras, Oh Señor; con sabiduría las has forjado todas», dice el Salmo 104 cuando describe y ensalza, fase por fase, la obra del Creador. La Biblia sostiene que, cuando el Señor le concedió la sabiduría a los humanos elegidos, compartió con ellos de hecho los conocimientos secretos relativos a los cielos y la Tierra y a todo lo que está sobre la Tierra. El Libro de Job hablaba de estos conocimientos como de «secretos de sabiduría» que no se le habían revelado a él.

La Revelación, el compartir con la humanidad los conocimientos secretos a través de iniciados elegidos, tuvo sus orígenes antes del Diluvio. A Adapa, el descendiente de Enki al cual se le concedieron sabiduría y entendimiento (pero no Vida Eterna), no le mostró Anu las extensiones de los cielos simplemente como una visión abrumadora. Las referencias posdiluvianas a esto le atribuyen a él la autoría de una obra conocida como Escritos referentes al tiempo, [del] divino Anu y el divino Enlil, un tratado sobre el cálculo del tiempo y el calendario. Por otra parte, El relato de Adapa menciona específica-mente que a él se le enseñaron, ya de vuelta en Eridú, las artes de la medicina y la curación. Así pues, Adapa fue un científico consumado, adepto tanto en temas celestes como terrestres; también fue ungido como el Sacerdote de Eridú, quizás el primero en combinar ciencia y religión.

Las anotaciones Sumerias hablan de otro Elegido antediluviano que fue iniciado en los secretos divinos al ser llevado a la morada celestial de los Anunnaki. Éste venía de Sippar («Ciudad Pájaro»), dominio de Utu/Shamash, y fue probablemente un descendiente de él, un semidiós. Conocido en los textos como EN.ME.DUR.ANNA, así como EN.ME.DUR.AN.KI («Maestro de las Tablillas Divinas Concernientes a los Cielos» o «Maestro de las Tablillas Divinas del Enlace Cielo-Tierra»), también a él lo elevaron para enseñarle los conocimientos secretos. Sus padrinos y maestros fueron los dioses Utu/Shamash e Ishkur/Adad:

Shamash y Adad [¿lo vistieron? ¿lo ungieron?] Shamash y Adad lo pusieron en un gran trono dorado. Le mostraron cómo observar el aceite y el agua, un secreto de Anu, Enlil y Ea.

Le dieron una tablilla divina, el Kibbu, un secreto del Cielo y la Tierra.

Pusieron en su mano un instrumento de cedro, el favorito de los grandes dioses.

Le enseñaron a hacer cálculos con números.

Aunque en El relato de Adapa no se dice de forma explícita, parece que a Adapa se le permitió, si no fue en realidad un requerimiento, compartir parte de sus conocimientos secretos con sus semejantes humanos, porque si no, ¿para qué escribió su famoso libro? En el caso de Enmeduranki, también se le comisionó la transmisión de los secretos aprendidos, pero con la condición estricta de que se tenía que limitar al linaje de los sacerdotes, de padre a hijo, comenzando por Enmeduranki:

El sabio eruditoque guarda los secretos de los grandes diosesatará a su hijo preferido con un juramentoante Shamash y Adad.Con la Tablilla Divina, con un estilo,le instruirá en los secretos de los dioses.

La tablilla en la cual se inscribió este texto (guardada ahora en el Museo Británico) tiene una nota final: «Así se creó el linaje de los sacerdotes, aquéllos a los que estaba permitido acercarse a Shamash y Adad».

En la Biblia se registró también la ascensión al cielo del patriarca antediluviano Henoc, el séptimo de los diez listados, igual que Enmeduranki en la Lista de los Reyes Sumerios. De esta extraordinaria experiencia, la Biblia sólo dice que, a la edad de 365 años, Henoc fue llevado a lo alto para estar con Dios. Afortunadamente, el extrabíblico Libro de Henoc, transmitido a través de los milenios y que ha sobrevivido en dos versiones, proporciona muchos más detalles; hasta qué punto es un reflejo del original y hasta qué punto hay fantasía y especulación de la época en que se compilaron los «libros», cerca de los comienzos de la era cristiana, no podemos saberlo. Pero sus contenidos merecen un resumen, aunque no sea más que por su afinidad con el relato de Enmeduranki, y también por abreviar otro libro extrabíblico, el Libro de los Jubileos, mucho más extenso.

A partir de estas fuentes emerge que Henoc no hizo uno, sino dos viajes celestiales. En el primero, se le enseñaron los Secretos del Cielo, y se le dieron instrucciones para que impartiera estos conocimientos a sus hijos a su regreso a la Tierra. En su ascenso hacia la Morada Divina, pasó por una serie de esferas celestes. Desde el lugar del Séptimo Cielo, pudo ver la forma de los planetas; en el Octavo Cielo, pudo discernir las constelaciones. El Noveno Cielo era el «hogar de los doce signos del zodiaco». Y en el Décimo Cielo estaba el Trono Divino de Dios.

(Habría que decir aquí que la morada de Anu, según los textos Sumerios, estaba en Nibiru, al cual hemos identificado como el décimo planeta de nuestro Sistema Solar. En las creencias de la Kabbalah, el camino hacia la morada de Dios Todopoderoso llevaba a través de diez Sefirot, traducidas como «brillanteces», pero representadas realmente como diez esferas concéntricas , en las cuales la central recibe el nombre de Yessod («Fundamento»), la octava y la novena, Binah y Hojmah, y la décima, Ketter, la «Corona» del Dios Altísimo. Más allá se extiende Ein Soff, el «Infinito».)

Acompañado por dos ángeles, Henoc llegó hasta su destino final, la Morada de Dios. Allí se le quitaron sus vestiduras terrestres; se le vistió con vestiduras divinas y fue ungido por los ángeles (al igual que se hizo con Adapa). Por mandato del Señor, el arcángel Pravuel sacó «los libros del depósito sagrado» y le dio un estilo de caña con el cual escribir lo que el arcángel le dictaría. Durante treinta días y treinta noches, Pravuel dictó y Henoc escribió «los secretos de las obras del cielo, de la Tierra y de los mares; y de todos los elementos, sus pasos e idas, y los estruendos del trueno; y [los secretos] del Sol y la Luna, y las idas y los cambios de los planetas; las estaciones y el año y los días y las horas... y todas las cosas de los hombres, las lenguas de cada canción humana... y todas las cosas convenientes de aprender».

Según el Libro de Henoc, todos estos vastos conocimientos, «secretos de los ángeles y de Dios», se escribieron en 360 libros sagrados, que Henoc llevó con él hasta la Tierra. Reunió a sus hijos, les mostró los libros y les explicó su contenido. Aún estaba hablando e instruyéndoles cuando cayó una oscuridad repentina, y los dos ángeles que habían traído de vuelta a Henoc lo elevaron y lo devolvieron a los cielos; fue precisamente el día y la hora de su 365 cumpleaños. La Biblia (Génesis 5,23-24) dice simplemente: «Y todos los días de Henoc fueron trescientos y sesenta y cinco años; y Henoc anduvo con Dios, y desapareció porque se lo llevaron los Elohim.»

En los tres relatos (Adapa, Enmeduranki y Henoc) se observa una destacada similitud: la de que dos seres divinos están implicados en la experiencia celestial. Adapa fue recibido ante la Puerta de Anu, y acompañado para entrar y salir, por dos jóvenes dioses, Dumuzi y Gizidda; los padrinos/maestros de Enmeduranki fueron Shamash y Adad; y los de Henoc, dos arcángeles. Estos relatos fueron, no cabe duda, la inspiración de una representación asiría de la puerta celeste de Anu, la cual está custodiada por dos Hombres Águila. La puerta lleva el símbolo de Nibiru, el Disco Alado, y su ubicación celeste viene indicada por los símbolos celestiales de la Tierra (como el séptimo planeta), la Luna y todo el Sistema Solar .

Otro aspecto que destaca, aunque no de forma tan explícita en el caso de Henoc, es la tradición de que la concesión de la sabiduría y el entendimiento convirtió al individuo elegido no sólo en un científico, sino también en sacerdote, además de progenitor de un linaje sacerdotal. Vemos empleado este principio en el desierto del Sinaí, durante el Éxodo, cuando Yahveh, el Señor bíblico, elige a Aarón (hermano de Moisés) y a sus hijos para ser los sacerdotes del Señor (Éxodo 28,1). Distinguidos ya por pertenecer a la tribu de Leví (tanto por parte del padre como por parte de la madre, Éxodo 2,1), Moisés y Aarón fueron iniciados en los poderes mágicos que les permitían realizar milagros, así como desencadenar las calamidades con las que se pretendió convencer al faraón para que dejara ir a los israelitas. Aarón y sus hijos fueron más tarde santificados («subieron de categoría» hablando claro) para convertirse en sacerdotes, dotados de unas considerables dosis de sabiduría y entendimiento. El Libro del Levítico arroja luz sobre algunos de los conocimientos que se les concedieron a Aarón y a sus hijos; entre ellos se incluían los secretos del calendario (bastante complejos, dado que era un calendario solar-lunar), de las dolencias humanas y su curación, y conocimientos veterinarios. Se incluía considerable información anatómica en los capítulos relevantes del Levítico, y no se puede descartar la posibilidad de que a los sacerdotes israelitas se les dieran lecciones «prácticas», a la vista del hecho de que los modelos de arcilla de partes anatómicas, inscritos con instrucciones médicas, eran corrientes en Babilonia ya antes de la época del Éxodo .

(La Biblia dice del rey Salomón que era «el más sabio de los hombres», que podía pronunciar un discurso sobre la biodiversidad de todas las plantas, «desde los cedros del Líbano hasta el hisopo que crece en los muros, y animales, y pájaros, y cosas que se arrastran, y peces». Y todo esto porque, además de la sabiduría y el entendimiento - inteligencia- dados por Dios, también adquirió Da'ath, conocimientos eruditos.)

El linaje sacerdotal iniciado con Aarón estaba sujeto a leyes rigurosas que imponían limitaciones maritales y de procreación. No podían mantener relaciones sexuales, y mucho menos casarse, con cualquiera; pues se requería que «la simiente sacerdotal no sea profanada», y si la simiente de alguno fuera imperfecta («tuviera una mancha», una mutación, un defecto genético) se le prohibía para todas las generaciones el realizar tareas sacerdotales, «pues Yo, Yahveh, he santificado el linaje sacerdotal» de Aarón.

Estas condiciones tan estrictas han venido intrigando a generaciones de expertos bíblicos; pero su verdadera importancia sólo se hizo evidente con el advenimiento de las investigaciones sobre el ADN . En enero de 1997, en la revista Nature, un grupo internacional de científicos dieron cuenta de la existencia de un «gen sacerdotal» entre los judíos cuyo linaje se podía remontar hasta Aarón. Las inalterables tradiciones judías exigen que determinados rituales y bendiciones pronunciadas durante los servicios del Sabbath y de las grandes festividades sean realizados únicamente por un cohén. Este término, que significa «sacerdote», se utilizó por vez primera en la Biblia para designar a Aarón y a sus hijos. Desde entonces, esta designación ha ido pasando de padres a hijos a través de las generaciones, y la única manera de convertirse en un Cohén es siendo hijo de uno de ellos. Este estatus privilegiado se ha identificado muchas veces con la utilización de «Cohén» como apellido (transmutado en Kahn, Kahane, Kuhn) o como adjetivo añadido tras el nombre de pila, Ha-Cohen, «el sacerdote».

Fue este aspecto de la naturaleza patrilineal de la tradición judía cohén la que intrigó a un equipo de investigación de Israel, Inglaterra, Canadá y Estados Unidos. Centrándose en el cromosoma masculino (Y), que pasa de padre a hijo, pusieron a prueba a centenares de «Cohens» en diferentes países y descubrieron que, en general, tenían dos «señales» únicas en el cromosoma. Éste demostró ser el caso tanto para los judios askenazíes (de Europa del Este) como para los sefardíes (Oriente Próximo/África), que se diversificaron tras la destrucción del Templo de Jerusalén en el 70 d.C, indicando la antigüedad de las señales genéticas.

«La explicación más simple y directa es que estos hombres tienen el cromosoma Y de Aarón», explicó el doctor Karl Skorecki, del Instituto de Tecnología de Israel, en Haifa.

Los relatos de aquellos que fueron iniciados en los conocimientos secretos afirman que la información se escribió en «libros». Indudablemente, no se trata de lo que ahora llamamos «libros», un buen montón de páginas escritas y encuadernadas. Hay muchos textos que se han descubierto en las cuevas cercanas al mar Muerto, en Israel, y que son conocidos como los manuscritos del mar Muerto. Estos textos están inscritos sobre hojas de pergamino (hechas en su mayor parte de piel de cabra) cosidas y enrolladas, del mismo modo que están inscritos y enrollados hasta el día de hoy los Rollos de la Ley (los cinco primeros libros de la Biblia hebrea). Los profetas bíblicos (especialmente Ezequiel) destacaron los pergaminos como parte de los mensajes dados por la divinidad. Los antiguos textos egipcios se escribieron en papiros, hojas hechas a partir de una especie de juncos que crecen en el río Nilo. Y los textos más antiguos conocidos, los de Sumer, se inscribieron sobre tablillas de arcilla; utilizando un estilo de caña, el escriba hacía marcas sobre un trozo de arcilla húmeda que, después de secarse, se convertía en una dura tablilla inscrita.

¿En qué forma se escribieron los «libros» de Adapa, Enmeduranki y Henoc (¡360 de ellos este último!)? Teniendo en cuenta que se les atribuye una época anterior al Diluvio (miles de años antes incluso de la civilización Sumeria), probablemente ninguno de ellos se escribiera en las formas posdiluvianas, aunque el rey asirio Assurbanipal alardeaba de que podía leer «escritos de antes del Diluvio». Dado que, en cada uno de estos casos, lo que se escribió fue dictado por el Señor divino, sería lógico preguntarse si lo escrito fue hecho en lo que algunos textos Sumerios y acadios llaman Kitab Ilani, «escrito de los dioses». Se pueden encontrar referencias a estos escritos de los propios Anunnaki, por ejemplo, en inscripciones que tratan de la reconstrucción de templos en ruinas, en los cuales se afirmaba que la reconstrucción seguía «los dibujos de antaño y los escritos del Cielo Superior». Los Sumerios citaban a una diosa, Nisaba (a veces llamada Nidaba), como patrona de los escribas, además de ser la que conservaba los registros de los dioses; su símbolo era el Estilo Sagrado.

Una de las referencias a escritos de los dioses en tiempos primitivos se encontró en un texto hitita apodado por los expertos como El Canto de Ullikummis. Escrito sobre tablillas de arcilla que se descubrieron en la antigua capital hitita de Hattusa (cerca de la actual población de Boghaskoy, en el centro de Turquía), es el desconcertante relato de «un

vigoroso dios hecho de piedra diorita», que un antiguo dios, al cual los hititas llamaban Kumarbis, había forjado con el fin de desafiar a otros dioses. Éstos, incapaces de soportar el desafío de Ullikummis o de responder a él, se apresuraron a ir a la morada de Enki en el Mundo Inferior para obtener las ocultas «tablillas antiguas con las palabras del hado». Pero, después de abrir el «antiguo almacén», y tras quitar los «sellos de antaño» con los cuales se habían asegurado las tablillas, se descubrió que el escrito estaba en «las palabras de antaño», precisando de los Dioses de Antaño para compren derlas.

En Egipto, fue a Thot a quien se veneró como el Escriba Divino. Fue él quien, tras el Consejo de los Dioses decidió reconocer a Horus como heredero legítimo e inscribió el Decreto de los Dioses en una tablilla de metal, que sería alojada después en la «Cámara de Registros divina». Además de los registros de uso divino, los egipcios también le acreditaban a Thot el haber escrito libros de guía para los mortales. Sostenían que El Libro de los Muertos lo había «escrito Thot con sus propios dedos» como una guía para el Viaje a la Otra Vida. En una obra más corta, que los egipcios llamaban El Libro de los Alientos, aparecía también la afirmación de que fue Thot quien «había escrito este libro con sus propios dedos». Y en los Relatos de los Magos, al cual ya hemos hecho referencia, se dice que aquel rey y aquella reina a los que Thot había castigado manteniéndolos vivos pero inanimados custodiaban, en una cámara subterránea, «el libro que el dios Thot había escrito con su propia mano», y en el cual se revelaban conocimientos secretos concernientes al Sistema Solar, la astronomía y el calendario. Cuando el buscador de tales «libros antiguos de escritos sagrados» entraba en la cámara subterránea, veía que el libro «desprendía una luz, como si el Sol brillara allí».

¿Qué eran esos «libros» divinos y que clase de escritos había en ellos?

El nombre-epíteto de Enmeduranna, «Maestro de las Tablillas Divinas Concernientes al Cielo», llama la atención sobre el término ME de su nombre, traducido aquí como «Tablillas Divinas». Ciertamente, nadie puede estar seguro de qué eran los ME, si eran tablillas o era algo más bien parecido a los discos o los chips de memoria de un ordenador. Eran objetos lo suficientemente pequeños como para llevarlos en una mano, pues se dice que Inanna/Ishtar, con la intención de elevar a su ciudad, Uruk, al rango de capital, obtuvo con estratagemas de Enki montones de ME en los que se hallaban codificados los secretos del Señorío Supremo, la Realeza, el Sacerdocio y otros aspectos de una civilización elevada. Y recordemos también que el malvado Zu robó en el Duranki de Enlil las Tablillas de los Destinos y los ME en donde estaban codificadas las Fórmulas Divinas. Quizá podamos hacernos una idea de lo que podían ser si nos imaginamos una tecnología unos milenios más avanzada.

Dejando a un lado la cuestión de los escritos y del manejo de datos de los dioses para sus propios propósitos, el tema de qué lengua y qué sistema de escritura se utilizaban cuando se dictaban los conocimientos secretos a los terrestres para uso de terrestres se convierte en un asunto de gran importancia en lo tocante a la Biblia, y específicamente en lo referente a los acontecimientos del Monte Sinaí.

Hay ciertos paralelismos entre el relato de Henoc, que permanece en la morada celestial «treinta días y treinta noches» escribiendo al dictado, y el relato bíblico de Moisés, que asciende hasta el Señor Dios en la cima del Monte Sinaí, «permaneció allí con Yahveh cuarenta días y cuarenta noches -no comió pan, ni bebió agua- y escribió sobre las tablillas las palabras de la Alianza y los Diez Mandamientos», mientras Dios le dictaba (Éxodo 34,28).

Sin embargo, éste era el segundo juego de tablillas, que reemplazaba al primer juego que Moisés estrelló contra el suelo, iracundo, cuando bajó del Monte Sinaí en una ocasión previa. La Biblia proporciona detalles mayores (e increíbles) referentes al primer caso de escritos sagrados; después, la Biblia afirma explícitamente, ¡el mismo Dios hizo la inscripción!

El relato comienza en el capítulo 24 del libro del Éxodo, cuando Moisés, Aarón y dos de sus hijos, y setenta de los Ancianos de Israel, fueron invitados a aproximarse al Monte Sinaí, en cuyo pico el Señor había aterrizado en su Kabod. Allí, los dignatarios pudieron atisbar la presencia divina a través de una espesa nube, que resplandecía como un «fuego devorador». Después, únicamente Moisés fue llamado a la cima de la montaña, para recibir la Torah (las «Enseñanzas») y los Mandamientos que el Señor Dios había escrito ya:

Y Yahveh dijo a Moisés:

Ven hasta mí sobre el Monte

y permanece allí,

y te daré las tablillas de piedra,

las Enseñanzas y los Mandamientos

que Yo he escrito,

para que puedas enseñarles.

Éxodo 24,12

«Y Moisés entró en mitad de la nube, y ascendió al Monte; y permaneció allí cuarenta días y cuarenta noches». Después, Yahveh le dio a Moisés,cuando hubo terminado de hablar con él,las dos Tablillas del Testimonio,tablillas de piedra,inscritas con el dedo de Elohim.

Éxodo 31,17

En Éxodo 32,16-17, se proporciona información adicional, ciertamente sorprendente, respecto a las tablillas y al modo en que fueron inscritas. Aquí se describen los acontecimientos que tuvieron lugar cuando Moisés estaba bajando del monte, tras una larga e inexplicable (para el pueblo) ausencia:

Y Moisés volvió a bajar del Monte,y las dos Tablillas del Testimonio en su mano,tablillas inscritas en ambos lados,inscritas por un lado y por el otro.Y las tablillas eran obra de los Elohim,y lo escrito era escritura de Elohim,y estaba grabado en las tablillas

¡Dos tablillas hechas de piedra, realizadas a mano por la divinidad. Inscritas por delante y por detrás con la «escritura de los Elohim», que debe significar tanto lengua como escritura; y grabada en la piedra por el mismo Dios!

Y todo eso en una lengua y una escritura que Moisés podía leer y comprender, pues él les había enseñado todo eso a los israelitas...

Como sabemos por el resto de este registro bíblico, Moisés estrelló las dos tablillas al llegar al campamento y ver que, en su ausencia, el pueblo había hecho un becerro de oro para adorarlo, imitando las costumbres egipcias. Cuando pasó la crisis,

Yahveh le dijo a Moisés:

Talla tú mismo dos tablillas de piedra

como las dos primeras,

y Yo escribiré sobre esas tablillas

las palabras que había en las primeras tablillas

que tú has roto.

Éxodo 34,1

Y Moisés hizo esto y subió de nuevo al monte. Una vez allí, Yahveh bajó hacia él, y Moisés se postró y repitió sus súplicas de perdón. En respuesta, el Señor Dios le dictó mandamientos adicionales, diciendo: «Escribe estas palabras, pues según ellas haré una Alianza contigo y con el pueblo de Israel.» Y Moisés permaneció en el monte cuarenta días y cuarenta noches, anotando en las tablillas «las palabras de la Alianza y los Diez Mandamientos» (Éxodo 35,27-28). Esta vez, Moisés estaba escribiendo al dictado.

Desde el principio, no sólo se tuvieron por escritos sagrados las secciones del Éxodo, el Levítico y el Deuteronomio donde se registran las Enseñanzas y los Mandamientos, sino la totalidad de los cinco primeros libros de la Biblia hebrea (los tres libros de arriba más el Génesis y Números). Reunidos bajo el término general de Torah, también se les conoce como Los Cinco Libros de Moisés, debido a la tradición que dice que el propio Moisés los escribió o fue su autor a través de la revelación divina. Por tanto, los rollos de la Torah que se sacan de su arca en las sinagogas y se leen en el Sabbath y en las Grandes Festividades deben ser copiados (por escribas especiales) con toda precisión, del modo en que se han transmitido a lo largo de los siglos: libro por libro, capítulo por capítulo, versículo a versículo, palabra por palabra, letra por letra. Un error en una sola letra descalifica la totalidad del rollo y sus cinco libros.

Mientras que los sabios judíos y los expertos bíblicos han venido estudiando esta precisión de letra por letra a lo largo de los siglos (mucho antes que el interés posterior en los «códigos secretos» de la Torah), se ha ignorado por completo un aspecto aún más intrigante de tan largo y extenso dictado y de la exigida precisión del letra-porletra:

Y es que el método de escritura que se utilizó en el Monte Sinaí no pudo haber sido el de la lenta escritura cuneiforme de Mesopotamia, que normalmente utilizaba el estilo sobre la arcilla húmeda, ni tampoco la monumental escritura jeroglífico pictórica de Egipto. ¡El volumen, la rapidez y la precisión letra-por-letra requerían de una escritura alfabética!

El problema es que, en la época del Éxodo, hacia el 1450 a.C, no existía en ninguna parte del mundo antiguo una escritura alfabética.

El concepto del alfabeto es la obra de un genio; y fuera quien fuera ese genio, lo basó en los fundamentos existentes. La escritura jeroglífica egipcia pasó de las imágenes-signos que representaban objetos a los signos que significaban silabas o, incluso, consonantes; pero seguía siendo un complejo sistema de escritura de innumerables imágenes-signos . La escritura Sumeria pasó de sus originales pictografías a marcas cuneiformes , y los signos adquirieron un sonido silábico; pero para formar a partir de ellos un vocabulario hacían falta cientos de signos diferentes. El genio combinó la facilidad cuneiforme con los avances egipcios hacia las consonantes, ¡y lo consiguió con sólo veintidós signos!

Comenzando con esto, el ingenioso inventor se preguntó a sí mismo, así como a su discípulo: ¿cuál es la palabra para lo que tú ves? La respuesta, en la lengua de los semitas israelitas, fue Aluf. Estupendo, dijo el inventor: Vamos a llamarle a este símbolo Alef, y pronúncialo simplemente como «A». Después, dibujó la pictografía de casa. ¿Cómo llamas a esto?, preguntó, y el discípulo contestó: Bayit. Estupendo, dijo el inventor, de ahora en adelante le llamaremos a este signo «Beth», y pronuncíalo simplemente como «B».

No podemos dar fe de que tal conversación tuviera lugar en la realidad, pero estamos seguros de que éste fue el proceso de creación y de invención del Alfa-Bet-o. La tercera letra, Gimel (pronunciada «G») era la imagen de un camello (Gamal en hebreo); la siguiente, Daleth, la «D», representaba Deleth, «puerta» (sobre sus bisagras); y así hasta las veintidós letras del alfabeto semita , todas las cuales sirven como consonantes y tres de las cuales pueden desdoblarse como vocales.

¿Quién fue el ingenioso innovador?

Si tenemos que aceptar la opinión de los eruditos, fue algún trabajador manual, un esclavo de las minas de turquesa egipcias del Sinaí occidental, cerca del mar Rojo, porque fue allí donde Sir Flinders Petrie encontró, en 1905, unos signos tallados en las paredes que, una década más tarde, Sir Alan Gardiner descifraría como «acrofónicos» -deletreado L-B-A-L-T ; significaba Dedicado «A la Señora» (supuestamente la diosa Hathor)- ¡pero en semita, no en egipcio! Escritos similares posteriores descubiertos en esa región no dejan lugar a dudas de que el alfabeto se originó allí; desde aquí se difundió hasta Canaán y, luego, hasta Fenicia (donde hubo un intento por expresar esta ingeniosa idea con signos cuneiformes , pero no duró mucho). Bellamente ejecutada, la «escritura sinaítica» original sirvió como escritura del Templo en Jerusalén y como escritura real de los reyes de Judea hasta que fue sustituida, durante la época del Segundo Templo, por una escritura cuadrada que se tomó prestada de los árameos (la escritura utilizada en los manuscritos del mar Muerto, la que ha llegado hasta los tiempos modernos.

Nadie se ha sentido cómodo con la atribución de la revolucionaria innovación, a finales de la Edad del Bronce, a un esclavo de las minas de turquesa. Hacían falta conocimientos prominentes de habla, escritura y lingüística, además de unos destacados sabiduría y entendimiento, que difícilmente habría podido poseer un simple esclavo. Y, además, ¿cuál podría haber sido el propósito para inventar una nueva escritura cuando, en las mismas regiones mineras, monumentos y muros estaban llenos de inscripciones jeroglíficas egipcias ? ¿Cómo pudo una oscura innovación en una región prohibida difundirse hasta Canaán y más allá, y sustituir allí un método de escritura que ya existía y que había servido bien durante más de dos milenios? Esto no tiene sentido; pero, a falta de otra solución, se mantiene la teoría.

Pero, si hemos imaginado bien la conversación que llevó a este alfabeto, entonces fue a Moisés a quien se le dio la primera lección. Fue en el Sinaí; él estaba allí justo en aquellos tiempos; se dedicó a hacer amplio uso de la escritura; y tuvo al maestro supremo: el mismo Dios.

Pocos se han dado cuenta de que en los relatos bíblicos del Éxodo se encuentra el hecho de que Moisés fue instruido por Yahveh para plasmar cosas por escrito antes incluso de su ascenso al Monte Sinaí para recibir las tablillas. La primera vez fue después de la guerra con los amalecitas, una tribu que, en lugar de comportarse como aliada, traicionó a los israelitas y los atacó. Dios dijo que esta traición debería ser recordada por todas las generaciones futuras: «Y Yahveh dijo a Moisés: Escribe esto en un libro, como recordatorio» (Éxodo 17,14). La segunda mención de un libro de escritos ocurre en el Éxodo 24,4 y 24,7, donde se dice que después de que el Señor Dios, hablando con una voz atronadora desde la cima del monte, hiciera una relación de las condiciones para una Alianza imperecedera entre Él y los Hijos de Israel, «Moisés escribió todas las palabras de Yahveh, y construyó un altar a los pies del Monte, y erigió doce pilares de piedra, según el número de las tribus de Israel». Y después, «tomó el libro de la alianza y leyó de él al pueblo para que escuchara».

Así pues, lo de dictar y lo de escribir comenzó antes de los ascensos de Moisés a la cima de la montaña y de la escritura de las dos series de tablillas. Pero hay que mirar a los primeros capítulos del Éxodo para averiguar cuándo y dónde pudo tener lugar la innovación alfabética, la lengua y la escritura empleada en las comunicaciones del Señor con Moisés. En esos capítulos leemos que Moisés, adoptado como hijo por la hija del faraón, huyó para salvar la vida después de matar a un oficial egipcio. Su destino fue la península del Sinaí, donde terminó viviendo con el sumo sacerdote de los madianitas (y casándose con su hija). Y un día, apacentando los rebaños, se introdujo en el desierto, donde estaba «el Monte de los Elohim», y allí le llamó Dios, a través de la zarza ardiente, y le dio la misión de llevar a su pueblo, los Hijos de Israel, fuera de Egipto.

Moisés volvió a Egipto tras la muerte del faraón que le había sentenciado (Tutmosis III , según nuestros cálculos), en 1450 a.C, y forcejeó con el siguiente faraón (Amenofis II en nuestra opinión) durante siete años, hasta que se les permitió el Éxodo. Habiendo empezado a oír del Señor Dios ya en el desierto, y después durante los siete años, hubo pues tiempo de sobra para innovar y dominar una nueva forma de escribir, una forma más simple y mucho más rápida que las de los grandes imperios de la época (el mesopotámico, el egipcio y el hitita).

La Biblia habla de las extensas comunicaciones entre Yahveh y Moisés y Aarón desde el momento en que Moisés fue llamado a la zarza ardiente en adelante. Lo que no dice es si los mensajes divinos, que a veces suponían detalladas instrucciones, iban también por escrito; pero podría ser significativo que los «magos» de la corte del Faraón pensaran que habían sido instrucciones escritas: «Y los magosdel faraón le dijeron a éste: Esto es el dedo de dios» (Éxodo 8,15). «El dedo de Dios», habrá que recordarlo, era el término utilizado en los textos egipcios concernientes al dios Thot, para indicar algo escrito por el mismo dios.

Si todo esto lleva a la sugerencia de que la escritura alfabética comenzó en la península del Sinaí, no debería de sorprender que los arqueólogos hayan llegado a las mismas conclusiones, pero sin ser capaces de explicar cómo pudo originarse en el desierto una innovación tan grande e ingeniosa.

¿Tuvo lugar en realidad la conversación que hemos imaginado, o fue el propio Moisés quien inventó el alfabeto? Después de todo, él estaba en la península del Sinaí en la misma época, tenía la elevada educación de la corte egipcia (donde se mantenía correspondencia tanto con los mesopotámicos como con los hititas), y no cabe duda de que aprendió la lengua semita de los madianitas (si no la conocía ya por sus hermanos israelitas de Egipto). ¿No vería Moisés, en sus andanzas por el desierto del Sinaí, a los esclavos semitas (israelitas que por entonces estaban esclavizados en Egipto) grabar toscamente en las paredes de las minas su idea de una nueva forma de escribir?

A uno le habría gustado ser capaz de atribuir la brillante innovación a Moisés, a él solo; hubiera sido gratificante acreditar al líder bíblico del Éxodo, el único que había conversado con Dios cara a cara según la Biblia, con la invención del alfabeto y la revolución cultural que desencadenó. Pero las repetidas referencias a la Escritura Divina, en la que Dios mismo escribe, y Moisés sólo toma al dictado, sugieren que el sistema de lenguaje y escritura alfabética era uno de «los secretos de los dioses». De hecho, la Biblia le atribuye al mismo Yahveh la invención/innovación de otras lenguas y escrituras en una ocasión anterior, con posterioridad al incidente de la Torre de Babel.

De un modo u otro, creemos que Moisés fue el iniciado a través del cual se le reveló a la Humanidad la innovación. Y, por tanto, no nos equivocaríamos al llamarlo El Alfabeto Mosaico.

Pero hay más con respecto al primer alfabeto como «secreto de los dioses». En nuestra opinión, se basaba en los conocimientos más sofisticados y elevados: los del código genético.

Cuando los griegos adoptaron el alfabeto mosaico mil años más tarde (inviniéndolo como en la imagen de un espejo, Fig. 55), vieron la necesidad de añadir más letras con el fin de adaptarlo a sus necesidades de pronunciación. De hecho, dentro de los confines de las veintidós letras del alfabeto mosaico-semita, algunas se pueden pronunciar como «suaves» (V, J, S, Th) o fuertes (B, K, SH, T); y otras letras podían desdoblarse como vocales.

De hecho, si reflexionamos sobre esta limitación a veintidós (ni una más, ni una menos), no podremos evitar recordar las constricciones aplicadas al número sagrado doce (que exigía el añadido o la reducción del número de deidades con el fin de mantener el «Círculo

Olímpico» exactamente en doce). ¿Se aplicó este principio oculto -inspirado divinamente- a la restricción del alfabeto original a veintidós letras?

Este número debería de resultarnos familiar en nuestros días, en nuestra época. ¡Es el número de los cromosomas humanos cuando fue creado El Adán, antes de la segunda manipulación genética que le añadió los cromosomas sexuales «Y» y «X»!

¿Acaso el Todopoderoso, que le reveló a Moisés el secreto del alfabeto, utilizó el código genético como código secreto del alfabeto? La respuesta parece ser que Sí.

Si esta conclusión parece extravagante, echémosle un vistazo a la afirmación del Señor en Isaías 45,11: «Soy Yo el que creó las Letras... Soy Yo el que hizo la Tierra y creó al Adán sobre ella», así dice Yahveh, el Santo de Israel. Quienquiera que estuviera implicado en la creación del Hombre, estuvo implicado también en la creación de las letras que componen el alfabeto.

Los sistemas informáticos de hoy en día construyen palabras y números de sólo dos «letras», un sistema Sí-No de unos y ceros junto con un flujo de electrones On-Off (y de ahí llamado binario). Pero la atención ya ha cambiado al código genético de cuatro letras y a la velocidad, mucho mayor, con la cual tienen lugar las transacciones dentro de la célula viva. Conceptualmente, el actual lenguaje informático, que se expresa en una secuencia tal como 0100110011110011000010100 etc. (y en innumerables variaciones que utilizan el «0» y el «1») se puede considerar como el lenguaje genético de un fragmento de AD N expresado como los nucleótidos CGTAGAATTCTGCGAACCTT y así sucesivamente, en una cadena de letras de AD N (que se disponen siempre en «palabras» de tres letras) unidas como pares-base en los cuales la A se une con la T, la C con la G. El problema consiste en cómo crear y leer los chips de ordenador que no están cubiertos con electrones «0» y «1», sino con bits de material genético.

Desde 1991, gracias a los avances hechos en diversas instituciones académicas, así como en empresas comerciales involucradas en tratamientos genéticos, se ha conseguido crear chips de silicona cubiertos de nucleótidos. Comparando la velocidad y las capacidades de la Informática del ADN , como se le llama a la nueva ciencia, «la capacidad de almacenamiento de información del AD N es gigantesca», afirmaba una investigación publicada en la revista Science (octubre 1997).

En la naturaleza, la información genética codificada en el AD N la decodifica, a la velocidad del rayo, un mensajero llamado ARN, que transcribe y recombina las «letras» del AD N en «palabras» de tres letras. Se ha demostrado que estos agrupamientos de tres letras se hallan en el centro de todas las formas de vida sobre la Tierra, dado que deletrean química y biológicamente los veintidós aminoácidos cuyas cadenas forman las proteínas de las cuales consta toda la vida en la Tierra (y, probablemente, en cualquier parte del cosmos). La Figura 56 ilustra esquemáticamente, y de un modo simplificado,

cómo se decodifica una secuencia de AD N y se recombina en los aminoácidos Propralina («Pro»), Serina («Ser»), etc., por medio del código de palabras de tres letras para construir una proteína.

La rica y precisa lengua hebrea se basa en palabras «raíz» a partir de las cuales derivan verbos, sustantivos, adverbios, adjetivos, pronombres, tiempos, conjugaciones y todas las demás variantes gramaticales. Por motivos que nadie ha sido capaz de explicar, estas palabras raíz se componen de tres letras. Parece que todo parte del acadio, la lengua madre de todas las lenguas semitas, que estaba formada por sílabas, a veces sólo una, a veces dos, tres o más.

¿Podría ser que el motivo de las palabras raíz hebreas de tres letras se halle en la lengua-ADN de tres letras, la verdadera fuente, como hemos concluido, del mismo alfabeto? Si es así, las palabras raíz de tres letras corroborarían esta conclusión.

«La vida y la muerte están en la lengua», afirma la Biblia en Proverbios 18,21. Esta afirmación se ha tratado de forma alegórica. Quizá sea hora de tomarla literalmente: la lengua de la Biblia hebrea y el código genético de la vida (y la muerte) del ADN no son sino las dos caras de una misma moneda.

Los misterios codificados en su interior son más vastos de lo que uno podría imaginar; entre otros sorprendentes descubrimientos, se incluyen los secretos de la curación.

## 08. CÓDIGOS OCULTOS, NÚMEROS MÍSTICOS

Probablemente era inevitable que, con el advenimiento de la actual era de la informática, algunos maestros del ingenio pusieran sus capacidades en una novela y en un nuevo objetivo: la búsqueda de un «código secreto» en la Biblia.

Aunque todo esto se nos presenta en los documentos científicos e incluso en los libros como el epítome de la sofisticación moderna, lo cierto es que esta búsqueda es en realidad una búsqueda renovada, en absoluto nueva, si bien con nuevas y más avanzadas herramientas.

La Biblia hebrea consta de tres partes, la Torah («Enseñanzas»), que comprende el Pentateuco (Los Cinco Libros de Moisés) e, histórica y cronológicamente, cubre el tiempo desde la Creación hasta las andanzas del Éxodo y la muerte de Moisés; Neviyim («Profetas»), que comprende los libros de Josué y los de Jueces, el de Samuel y los de Reyes, y después los Profetas mayores y menores, los Salmos, los Proverbios y Job (históricamente, desde el asentamiento de los israelitas en Canaán hasta la destrucción del

Primer Templo de Jerusalén); y Ketuvim («Escritos»), comenzando con el Cantar de los Cantares, pasando por los libros atribuidos a los dos líderes que trajeron de vuelta a Judea a los exiliados para reconstruir el Templo (Ezra y Nehemías) para (según la disposición del canon de la Biblia hebrea) terminar con Crónicas 1 y 2. Las tres partes juntas reciben el nombre de su acrónimo, TaNaKh; y ya en la época de los Profetas se hicieron referencias interpretativas a la primera parte, la Torah.

Las discusiones de los sabios judíos y de los líderes religiosos que pretendían «leer entre líneas» de las palabras de la Torah, y después de los Profetas, se intensificaron durante el exilio posterior a la destrucción (por parte del rey babilonio Nabucodonosor) del Primer Templo, y todavía más tras la destrucción del Segundo Templo (a manos de los romanos). La recopilación de todas estas deliberaciones es el Talmud («El Estudio»). El misticismo judío, conocido como la Kaballah, tomó estas primitivas investigaciones de significados ocultos y construyó a partir de ellas.

La misma Biblia atestigua que existen estos significados ocultos. Y su clave era el alfabeto, las veintidós letras.

Un sencillo dispositivo codificador, que hasta los niños en la escuela suelen usar para jugar, es la sustitución serial de letras. Los sabios cabalistas de la Edad Media utilizaban como herramienta de búsqueda un sistema conocido como ATBSh, en el cual la última letra del alfabeto hebreo, Tav («T») se sustituye por la primera letra, Alef («A»); la penúltima, Shin («Sh»), por la segunda, Beth («B»), y así sucesivamente. El cabalista Abraham ben Jechiel Hacohen ilustraba el sistema y proporcionaba la clave para ello en un libro publicado en 1788 d.C.

Pero, de hecho, este sistema de codificación ya lo utilizaba el profeta Jeremías (siglo vil a.C.) quien, al profetizar la caída de la poderosa Babilonia, sustituyó las letras B-B-L (Babel) por las letras Sh-Sh-K para evitar la prisión (Jeremías 25,26 y 51,42). En el Libro de las Lamentaciones, atribuido al profeta Jeremías, en el cual llora la caída y la destrucción de Jerusalén, se empleó otro código oculto, llamado acróstico, en el cual se compone una palabra o un nombre con la primera (a veces la última) letra de cada verso, o (como en el caso de Jeremías) se revela la identidad de las letras sagradas del alfabeto.

La primera palabra del primer verso (traducida como «ay») comienza con una Alef, el segundo verso comienza con una Beth, y así sucesivamente a lo largo de los veintidós versos. El profeta repite el mismo acróstico en el segundo capítulo; después, cada letra inicia dos versos en el tercer capítulo, volviendo a una por verso en el cuarto. El Salmo 119 se construyó con un acróstico óctuple!

Se podría verificar la autenticidad de determinados versos de los Salmos observando que cada verso tiene dos partes, cada una de las cuales comienza de forma alfabética (por ejemplo, Salmo 145); la misma pista se halla oculta en la disposición de los versos de Proverbios 31. Además, en el Salmo 145, los tres versos (11, 12, 13) que ensalzan la realeza de Yahveh comienzan con las letras K-L-M que, leídas del revés, dan MeLeK, «Rey».

La utilización de acrósticos como código oculto, evidente en otros libros de la Biblia, se encuentra también en libros postbíblicos (algunos de los cuales se incluyen en la disposición cristiana del Antiguo Testamento). Un ejemplo destacado proviene de la época de la revuelta contra el dominio griego, en el siglo II a.C. La revuelta lleva el nombre de sus líderes, los Macabeos (un nombre que era de hecho un acrónimo basado en un verso del Cántico de Moisés; Éxodo 15,11), «Quién es como tú entre los dioses, oh Yahveh»; las primeras letras de las cuatro palabras hebreas forman el acrónimo M-K-B-I, que se pronuncia «Maccabi».

Tras la destrucción del Segundo Templo por parte de los romanos en el 70 d.C, el fundamento espiritual y religioso para los judíos fueron sus Sagradas Escrituras, el tesoro de las palabras divinas y proféticas. ¿Acaso lo había marcado todo el hado? ¿Acaso todo había sido predicho? Y de lo que todavía está destinado, ¿qué falta aún por venir? Las claves del pasado y el futuro se habían ocultado en los escritos sagrados, para entonces no sólo canonizados en cuanto al contenido, sino también en cuanto a cada palabra y cada letra. Esa búsqueda de significados ocultos oscurecidos por códigos secretos se llegaría a conocer tras la destrucción del Templo como «entrar en la arboleda prohibida», siendo de por sí la palabra «arboleda» (PaRDeS) un acrónimo creado a partir de las primeras letras de cuatro métodos de extracción de mensajes de las escrituras: Peshat (significado literal), Remez (atisbo), Drash (interpretación) y Sod (secreto). Hay un relato talmúdico que pretende ilustrar los riesgos de tratar prematuramente con lo que se pretendía que permaneciera sin revelar que cuenta lo que les sucedía a cuatro sabios rabíes que entraban en el Pardes; uno «miró fijamente y murió», otro perdió la razón, el tercero se desquició y se puso a «desarraigar plantas»; sólo uno, Rabí Akiba, terminó intacto.

Los cabalistas y sus precursores reanudarían la búsqueda de significados ocultos en tiempos medievales. ¿Qué podría revelar el examen de la Biblia a través del ATBSh? ¿Y qué pasaría si se utilizaba otra disposición de letras? ¿Qué pasaría si se hubiera insertado una palabra sólo para ocultar el verdadero significado y, así, hubiera que saltársela para poder leer el texto que se pretendía transmitir? Con estos métodos, se podría demostrar por ejemplo que el Salmo 92 («Canto para el Día del Sabbath») lo compuso en realidad Moisés en el Sinaí, y no el rey David. En otro caso, se afirmaba que el gran sabio judío Maimónides (España y Egipto, siglo xii d.C.) venía nombrado en el Libro del Éxodo, donde las primeras letras de las cuatro últimas palabras del versículo 11,9 creaban el acrónimo R-M-B-M, que se corresponde con el acrónimo resultante del nombre completo de Maimónides, Rabbi Moshe Ben Maimon (lo cual da cuenta de la referencia imperante a su persona como Rambam).

Pero los sabios medievales se preguntaban: ¿habrá que limitar la búsqueda sólo a las primeras o las últimas letras de las palabras, al comienzo o al final de los versículos? ¿Qué pasaría si uno buscara significados ocultos saltándose letras? ¿Cada segunda, cada cuarta, cada cuadragésimo segunda? Quizás era inevitable que con la llegada de los ordenadores alguien aplicara esta herramienta a una búsqueda acelerada de un «código» basado en la seriación de letras. La última serie de interés sobre el tema resultó ciertamente como consecuencia de la aplicación de técnicas informáticas por parte de algunos científicos israelíes; se publicó en agosto de 1994 en un artículo titulado «Secuencias equidistantes de letras en el Libro del Génesis», de Doron Witzum, Eliyahu Rips y Yoav Rosenberg, en la prestigiosa revista Statistical Science.

En posteriores revisiones, análisis y libros (The Bible Code, de Michael Drosnin y The Truth Behind the Bible Code, de Jeffrey Satinover) se trata, en esencia, con una premisa básica: si haces una relación de las 304.805 letras del Pentateuco en una secuencia, y las dispones en «bloques» que separen las letras en secciones de cierto número de líneas, y cada línea en cierto número de letras, y después se elige un método de salto, determinadas letras formarán palabras que, por increíble que parezca, establecerán predicciones para nuestro tiempo y para todos los tiempos, como la del asesinato del primer ministro de Israel, Isaac Rabin, o el descubrimiento de la Teoría de la Relatividad de Albert Einstein.

Sin embargo, con el fin de llegar a las supuestas «predicciones» de acontecimientos futuros en textos escritos hace miles de años, los investigadores tuvieron que diseñar normas arbitrarias e intercambiables sobre cómo leer las «palabras codificadas». Las letras que forman las palabras de la predicción terminan a veces pegadas unas a otras, a veces espaciadas (con espacios variados y flexibles), a veces se leen en vertical, a veces en horizontal o diagonal, a veces hacia atrás, a veces de abajo arriba...

Esta arbitrariedad en la selección de la longitud y el número de líneas, la dirección de la lectura, el salto o no salto de letras, etc. debe privar a los no iniciados de la aceptación sin críticas de las afirmaciones del código que se basan exclusivamente en las letras de la Biblia; y debe hacerlo sin poner en entredicho el tema de si el actual texto del Pentateuco muestra exactamente la disposición original, dada por la divinidad, letra por letra. Y lo decimos no sólo porque se han dado aparentes desviaciones menores (como por ejemplo: la de escribir determinadas palabras con o sin una vocal), sino también por nuestra creencia (expuesta en Divine Encounters) de que hubo una letra más, una Alef, al comienzo del Génesis. Aparte de las implicaciones teológicas, la implicación inmediata sería la de la distorsión de la  cuenta en las letras.

No obstante, se debe aceptar como una posibilidad seria la de la codificación de palabras o significados ocultos en los textos bíblicos, no sólo por los ejemplos citados más arriba, sino por dos razones más de suma importancia.

La primera de ellas es que se han descubierto casos de codificación y cifrado en textos no hebreos de Mesopotamia, tanto babilónicos como asirios. Entre estos, se incluyen textos que

comienzan o terminan con la advertencia de que son secretos, para mostrarse sólo ante iniciados (o, inversamente, para que no se revelen ante los no iniciados), bajo pena de muerte a manos de los dioses. Estos textos empleaban a veces métodos de codificación descifrables (como los acrónimos), y a veces métodos de cifra que siguen siendo un enigma. Entre los primeros se encuentra un himno del rey asirio Assurbanipal de alabanza al dios Marduk y a la esposa de Marduk, Zarpanit. Utiliza los signos silábicos cuneiformes del comienzo de cada línea para deletrear un mensaje oculto al dios Marduk. Aparte de la codificación acronímica, se empleó un segundo método de cifra: las sílabas que formaban el mensaje secreto comenzaban en la línea 1, se saltaban la 2, utilizaban la línea 3, se saltaban la 4, etc., saltándose una línea hasta llegar a la línea 9. Después, el mensaje codificado se saltaba dos líneas de golpe, volviendo al salto de línea singular en la línea 26, volviendo al salto de línea doble a partir de la 36, y regresando al salto de línea singular para el resto de la tablilla (incluida la cara de detrás).

En esta codificación doble, el rey asirio deletreaba el siguiente mensaje secreto para el dios (ofrecemos la traducción en horizontal, si bien el mensaje en la tablilla se lee en vertical, de arriba abajo):

A-na-ku Ah-shur-ba-an-ni-ap-li

Yo soy Assurbanipal

Sha il-shu bu-ul-li-ta ni-shu-ma Ma-ru-du-uk

El que pidió a su dios dame vida Marduk [y]

Da-li-le-ka lu-ud-lu

Te alabaré

El descubrimiento de una inscripción acróstica de un tal Shaggilkinam-ubbib, un sacerdote del templo de Marduk en Babilonia, no sólo habla de la accesibilidad del sacerdocio a tal codificación, sino que también plantea preguntas referentes a su antigüedad. En ese acrónimo (en el cual hay un salto de once líneas entre las silabas codificadas), se especifica con toda claridad el nombre del codificador. Hasta donde sabemos, un sacerdote con este nombre sirvió en el templo del Esagil en Babilonia hacia el 1400 a.C. Esto dataría la idea de la codificación en los alrededores de la época del Éxodo. Pero, dado que a la mayoría de los expertos les resulta difícil de aceptar una fecha tan antigua, prefieren datarla después de todo en el siglo viii a.C.

El rey asirio Asaradón, padre de Assurbanipal, utilizó un método de codificación algo diferente. En una estela que conmemoraba una invasión histórica suya de Egipto (conocida por los expertos como la Piedra Negra de Asaradón, ahora en el Museo Británico ), afirmaba que no sólo había lanzado su campaña militar con la bendición de los dioses, sino también bajo la égida celestial de las siete constelaciones que «determinan los hados» (una

referencia cierta de las constelaciones zodiacales). En la inscripción (en la parte de detrás de la estela) afirmaba que los signos cuneiformes que nombraban a las constelaciones «tienen la semejanza de la escritura de mi nombre, Asshur-Ah-Iddin» (Asaradón en castellano).

No está claro cómo funcionaba exactamente este código o cifra, pero uno se puede figurar otro significado oculto en las proclamas de este rey en su inscripción. Al tratar de la restauración del templo de Marduk en Babilonia, la cual asumió el rey asirio para ser aceptado también como soberano en Babilonia, éste recordaba que Marduk, tras enfurecerse con los babilonios, había decretado que la ciudad y su templo permanecerían en ruinas durante setenta años. Asaradón decía que eso era lo que «Marduk escribió en el Libro de los Hados». Sin embargo, respondiendo a las súplicas de Asaradón,  El misericordioso Marduk,en un momento en el cual su corazón estaba apaciguado,volvió boca abajo la tablillay, en el undécimo año,aprobó la restauración.

Lo que se puede figurar con respecto a este oráculo oculto es que la acción del dios parecía un juego de manos, pero con cifras (con los símbolos, también en cuneiforme, que representan a los números). En el sistema Sumerio sexagesimal (es decir, «de base sesenta»), el signo del «uno» podía significar tanto 1 como 60, dependiendo de la posición. El signo de 10 era parecido a un galón. Lo que Asaradón decía era que el dios tomó el Libro de los Hados, en el cual el período decretado de desolación era de «70» años y lo volvió boca abajo, con lo que los signos cuneiformes representaban el «11» .

"L a relación de mensajes ocultos y significados secretos no sólo con palabras sino con números y cifras fue aún más destacada en los escritos de Sargón II , el abuelo de Assurbanipal. Durante su reinado (721705 a.G), fundó una nueva capital administrativa-militar en el emplazamiento de una población que se hallaba a unos veinte kilómetros al noreste de la antigua capital real y centro religioso de Nínive. Su nombre asirio era Sharrukin («Rey Justo») y le puso a la nueva ciudad Dur Sharrukin («Fortaleza Sargón», un lugar arqueológico conocido ahora como Jorsabad). En la inscripción que conmemora este logro, escribió que el poderoso muro que había construido alrededor de la ciudad tenía 16.283 codos de largo, «que es el número de mi nombre».

Esta utilización de los números para codificar sílabas y palabras aparece en un texto conocido como Una Exaltación a Ishtar, donde el adorador no puso su nombre con letras, sino con números:

21-35-35-26-41 hijo de 21-11-20-42

Sigue sin descifrarse la clave de estos códigos numéricos, pero tenemos razones para creer que estos métodos de codificación mesopotámicos eran bien conocidos por los profetas hebreos.

Uno de los pasajes más dificultosos de la Biblia es el de la profecía de Isaías acerca del tiempo de la Retribución, cuando «vendrá a suceder que se soplará una gran trompeta, y retornarán aquellos que se perdieron en las tierras de Asiría y aquellos que fueron arrojados a las tierras de Egipto, y se postrarán ante Yahveh en el Monte Sagrado, en Jerusalén». Isaías profetizó que, en ese tiempo, reinará la confusión y las gentes se preguntarán entre sí, «a quién le será dado el entendimiento» del mensaje que ha sido alterado de alguna forma para ocultar su significado:

Pues precepto está sobre precepto,precepto está dentro de precepto;la línea está sobre la línea,la línea está con la línea.Un poco aquí, algo más allí;pues con un lenguaje confusoy en una extraña lenguaÉl se dirigirá a este pueblo.

Isaías 28,10-11

Nadie ha comprendido en realidad cómo un «precepto sobre precepto» y «línea con línea» dan como resultado un «lenguaje confuso» y una «extraña lengua». Las palabras hebreas son Tzav («orden») y Kav («línea»), y se han traducido en las traducciones inglesas más modernas como «mandato» y «regla» respectivamente (The New American Bible), «musitar» y «murmullo» (Tanakh, the Holy Scriptures), o incluso «voces ásperas» y gritos estridentes» (!) (The New English Bible).

¿Qué lenguaje puede ser confuso, o sus signos escritos dar un extraño significado, cambiando el «orden» y una «línea» aquí y allí? ¡Es nuestra hipótesis que de lo que hablaba el profeta Isaías, contemporáneo de Sargón II y de Senaquerib, era de la escritura cuneiforme de los asirios y los babilonios!

Evidentemente, no era un lenguaje desconocido; pero como afirma el versículo citado arriba, no se podía entender el mensaje transmitido en ese lenguaje porque había sido codificado Kav a Kav, cambiando una «línea» aquí y otra «línea» allí, cambiando por tanto el «precepto» de lo que el mensaje estaba diciendo. El Tzav cambiado («orden») sugiere métodos cifrados (como el A/T-B/Sh) que utilizan el cambio de orden de las letras.

Esta solución sugerida al enigma de los versículos 28,10-11 puede servir para explicar la posterior descripción que hace el profeta (29,10-12) de la incapacidad de cualquiera para comprender los escritos porque «las palabras del libro se han convertido para ti como un libro sellado». La última palabra, hatoom, se traduce normalmente como «sellado», pero en los usos bíblicos tenía la connotación de «oculto», hecho secreto. Era un término que se empleaba en el mismo sentido en el cual se empleaba en los escritos codificados mesopotámicos, que se sellaban para los ojos de los no iniciados. Se empleó así en el profético Cántico de Moisés (Deuteronomio 32,34), donde se cita a Dios cuando dice que las cosas predeterminadas por venir son «un secreto oculto en mí, guardado y sellado entre mis tesoros». También se utiliza el término en el sentido de «ocultado» o «hecho un secreto» en Isaías 8,17; y aún más en el Libro de Daniel y su visión y simbolismos de las cosas por venir en el Final de las Cosas.

Isaías, cuyas profecías estaban en la línea de la arena internacional y la cifra de mensajes reales de su tiempo, quizá revelara la pista de la existencia de un «Código Bíblico». Modificó tres veces la palabra Ototh («signos»), que se utiliza en la Biblia para designar signos divinos o celestiales, para que se leyera Otioth, plural de Oth, que significa tanto «signo» como «letra», transmitiendo el significado de «letras» en su profecía.

Ya hemos mencionado la referencia de Isaías a Yahveh como creador de las Letras (del alfabeto). En Isaías 45,11, el profeta, ensalzando la unicidad de Yahveh, afirma que fue Yahveh quien «ha dispuesto con letras lo que sucederá». Y que esta disposición se codificó debido a que era el modo de comprender el enigmático pasaje de 41,23. Al hablar de cómo el desconcertado pueblo de la Tierra intenta adivinar el futuro desde el pasado, Isaías puso en labios de ellos esta súplica a Dios:

¡Dinos las letras hacia atrás!

Si se hubiera tratado de la palabra usual Ototh, habría significado, «dinos los signos desde el principio de las cosas». Pero el profeta optó (tres veces) por escribir Otioth, «letras». Y la evidente petición es la de estar capacitado para comprender el plan divino al serle mostradas las letras hacia atrás, como en un código, en el cual se han cambiado de sitio las letras.

Pero, como indican los ejemplos mesopotámicos, el acróstico era un instrumento demasiado sencillo, y la codificación real (aún por descifrar en el caso de Sargón II) se halla en los valores numéricos de los signos cuneiformes. Ya hemos mencionado el «secreto de los dioses» concerniente a sus números de rango, números que a veces se escribían o se invocaban en el lugar de los nombres de los dioses. Otras tablillas, en las cuales se conservó la terminología Sumeria, incluso en textos acadios (si bien muchos permanecen oscuros debido a las fracturas de las tablillas), apuntan a un primitivo uso de la numerología como código secreto, especialmente cuando se hallabanimplicados los dioses.

No sorprende por tanto que a las letras del alfabeto hebreo se les concedieran valores numéricos , y que tales valores jugaran un papel mucho mayor en la codificación y la decodificación de conocimientos secretos que las letras en sí mismas. Cuando los griegos adoptaron el alfabeto, conservaron la práctica de asignar valores numéricos a las letras; y fueron los griegos los que le dieron el nombre de Gematría al arte de y a las reglas para la interpretación de letras, palabras o grupos de palabras por sus valores numéricos.

Teniendo sus inicios en la época del Segundo Templo, la Gema-tría numerológica se convirtió en una herramienta tanto en manos de eruditos como de gnósticos para extraer de los versículos y de las palabras bíblicas números no especificados de significados ocultos o elementos de información, o para trazar nuevas reglas donde las reglas bíblicas estuvieran incompletas. Así, se sostenía que cuando un hombre prestaba juramento de ser un nazirita,

el período no especificado de abstención debería ser de 30 días, dado que la palabra definitoria YiHYeH («será») en Números capítulo 6, tiene el valor numérico de 30. La comparación de las palabras y de sus implicaciones por sus equivalentes numéricos abría posibilidades innumerables de significados ocultos. Como ejemplo, se sugería que Moisés y Jacob tuvieron una experiencia divina similar, porque la escalera (Sulam, en hebreo) al cielo que vio Jacob en su visión nocturna y el monte (Sinaí) en el cual Moisés recibió las Tablillas de la Ley tenían ambos el mismo valor numérico, 130.

El empleo de la numerología y en especial de la Gematría para detectar significados secretos alcanzó una nueva cima en la Edad Media, con el desarrollo del misticismo judío conocido como la Cábala. En sus investigaciones, se daba una atención especial a los nombres divinos. De suma importancia fue el estudio del nombre por el cual el Señor Dios se nombraba a sí mismo ante Moisés, YHWH : «Yo soy el que seré, Yahveh es mi nombre» (Éxodo 3,14-15). Si se suman de forma sencilla, las cuatro letras del nombre divino (el Tetragammaton) suman 26 (10+5+6+5); pero con métodos más complejos por los que abogaban los cabalistas, en los cuales se deletreaban los nombres de las cuatro letras (Yod, Hei, Wav, Hei) para sumarlos numéricamente, el total se convierte en 72. Los equivalentes numéricos de estos números componían resultados de otras palabras plenas de significado.

(En los comienzos del cristianismo, una secta de Alejandría sostenía que el nombre del creador supremo y primordial era Abraxas, la suma de cuyas letras equivalía a 365, el número de días del año solar. Los miembros de la secta solían llevar camafeos hechos de piedras semipreciosas que llevaban la imagen y el nombre del dios, equiparado con frecuencia con YaHU (diminutivo de Yahveh) (Fig. 60). Existen todas las razones para creer que Abraxas provenía de Abreshit, «Padre/Progenitor del Comienzo», que hemos propuesto como la primera palabra completa, comenzando con una «A», del Génesis, en vez del corriente Breshit, que hace que el Génesis comience con una «B». Si el Génesis tuvo una letra más, el código secuenciador ahora en boga debería ser reexaminado.)

¿Cuánto valor se le debería de dar a los códigos o significados numéricos, un código inherente a las mismas letras y no sobre un espaciamiento arbitrario entre ellas? Dado que estos usos se remontan a tiempos Sumerios, fueron válidos en tiempos acadios y se tuvieron en todas las épocas como «secretos de los dioses» que no se podían revelar a los no iniciados, y dado el vínculo con el ADN , creemos que los códigos numéricos constituyen el código secreto!

De hecho, una de las pistas más obvias (y, por tanto, como en los relatos de detectives, la más ignorada) es el término utilizado para «libro», SeFeR, en hebreo. Proviene de la raíz SFR, y sus derivaciones eran las palabras utilizadas para designar escritor/escriba (Sofer), contar (Lesapher), un relato o una historia (Sippur), etc.

¡Pero esa misma raíz, SFR, designaba también a todo lo relacionado con los números! Contar era Lisfor, numeral es Sifrah, número es Mispar, cuenta es Sephirah. Es decir, desde

el mismo momento en que emergieron las palabras raíces de tres letras del hebreo, escribir con letras y contar con números se consideró una y la misma cosa.

Ciertamente, hay casos en la Biblia hebrea en que los significados «libro» y «número» eran intercambiables, como en 1 Crónicas 27,24, donde, al darse cuenta de un censo dirigido por el rey David, la palabra «número» se utilizó dos veces en la misma sentencia, una vez para indicar número (de personas contadas) y otra para designar al libro de registros de David.

Este doble y quizá triple significado, ha sido un reto para los traductores del versículo 15 del Salmo 71. Buscando la ayuda divina, el salmista, aunque no conoce todos los milagros de Dios, juraba narrar las obras de salvación y de justicia de Dios «aunque no sé/conozco Sefuroth». En la versión del Rey Jaime se traduce la palabra como «números»; traducciones más modernas prefieren la connotación de «relatar», «relatos». Pero de este modo tan poco usual, el salmista ha incluido un tercer significado, el de «misterios».

Cuando los tiempos se hicieron más turbulentos en Judea, cuando a una revuelta (la de los Macabeos contra el gobierno griego) le seguía otra (contra la opresión romana), se intensificó la búsqueda de mensajes de esperanza (de presagios mesiánicos). La búsqueda de números codificados en textos primitivos evolucionó en el uso de números como códigos secretos. Uno de los casos más enigmáticos y mejor cifrados se abrió paso en el Nuevo Testamento: el número de la «bestia» codificado como «666» en el Libro del Apocalipsis,

Aquí está la Sabiduría;Que el que tiene Entendimiento

calcule el número de la bestia,

pues es el Número de un Hombre;

y su número es seiscientos y tres veintenas y seis. Apocalipsis 13,18

- Este pasaje trata de expectativas mesiánicas, de la caída del mal y, con posterioridad a la Segunda Venida, del retorno del Reino del Cielo a la Tierra. A lo largo de milenios, se han hecho innumerables intentos por descifrar el código numérico del «666» y comprender así la profecía. Este número aparece claramente en el primitivo manuscrito (griego) del libro, cuyo título completo es El Evangelio Según San Juan, que comienza con la afirmación «En el principio existía la Palabra, y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios», y que está lleno de referencias numéricas. Utilizando los valores numéricos de las letras griegas (que siguen fielmente la disposición hebrea) y los métodos de Gematría, se ha sugerido que la «bestia» era el malvado imperio romano, dado que el valor numérico de LATEINOS era 666. Otros han sugerido que el código numérico identificaba al mismísimo emperador romano (Trajano), cuyo nombre central, ULPIOS, también sumaba 666. Otra sugerencia más decía que el código estaba en hebreo, y significaba Nerón Qesar («Nerón el Emperador»), que en hebreo se deletreaba N-R-W-N + Q-S-R, y también sumaba 666; y así

sucesivamente, según diversos enfoques de Gematría que utilizaban tanto la adición directa como los métodos de triangulación.

La posibilidad de que el secreto codificado del «666» deba ser desvelado en hebreo más que en significados de palabras griegas o romanas bien podría ser la clave para resolver finalmente el enigma. Nosotros encontramos que, en hebreo, 660 es el equivalente numérico de SeTeR (Fig. 61a), algo oculto, un misterio oculto; se empleó en la Biblia en conexión con la Sabiduría y el Entendimiento divinos, que estaban ocultos y se ocultaban del Hombre. Para convertirlo en 666, hay que añadirle la letra Wav (= 6) (Fig. 61b), cambiando el significado desde un «secreto» a «su secreto», SiTRO, «su cosa oculta». Algunos piensan que esta traducción de «su secreto» describe la «tiniebla acuosa» donde se recuerda la Batalla Celestial con Tiamat:

La Tierra vaciló y tembló,los cimientos de las colinas se estremecieron.subió humo desde sus narices, >,un fuego devorador de su boca...Hizo de la oscuridad su secreto, ,cubierto de una tiniebla acuosa y nubes celestiales.

Salmos 18,8-12

En la Biblia, se repiten las referencias a esa Batalla Celestial que en La Epopeya de la Creación mesopotámica tuvo lugar entre Nibiru/ Marduk y Tiamat, y que en la Biblia se realiza entre Yahveh, como Creador Primordial, y Tehom, una «profundidad acuosa». De Tehom/ Tiamat se habla a veces como de Rahab, la «altiva», o se traduce con una inversión de letras, RaBaH («la grande») en vez de RaHaB. En los términos del Salmo 18 resuena una declaración mucho más antigua, la de Deuteronomio 29,19, en la cual se profetizan y describen los juicios de Yahveh «sobre la última generación» como un tiempo en el que «subirá humo desde las narices» de Dios. En la Biblia se suelen referir a esa época final de rendición de cuentas con el adverbio Az, «entonces», en ese tiempo futuro en particular.

Si el autor del Apocalipsis, como es evidente, tenía también en mente que Az, que «entonces», en la época de la Última Generación, cuando el Señor reaparezca, como lo hizo cuando el Cielo y la Tierra fueron creados en el tiempo de la batalla con Tehom Rabah (un término que aparece combinado en Amos 7,4, Salmos 36,7 e Isaías 5,10), entonces una aproximación numérica al enigma del «666» sugeriría que el Libro del Apocalipsis estaba hablando del Retorno del Señor Celestial en una repetición de la Batalla Celestial; pues la suma total del valor numérico de Az + Tehom + Rabah es 666

. Un intento como el nuestro por decodificar el número «666» reconvirtiéndolo en letras y, luego, buscando en el Antiguo Testamentó palabras que contengan esas letras, no agota en modo alguno todas las posibilidades. La transmutación de Abresheet en Abraxas (con su valor numérico de 365) como deidad de los gentiles, y las referencias bíblicas (citadas ya) de codificaciones en escritos cuneiformes por intercambio de líneas en sus signos, así como la referencia a la lectura hacia atrás y el empleo del A-T-B-Sh para ocultar identidades de dioses extranjeros, plantea esta cuestión: en la medida en la que el destino de los hebreos se fue entretejiendo con el hado de otras naciones y de sus dioses, ¿hasta qué punto las codificaciones bíblicas no estarían ocultando datos secretos de escritos y de panteones

extranjeros? Si los relatos de la creación del Génesis eran en realidad versiones reducidas de los secretos de la creación regis

trados en el Enuma elish, ¿qué hay de las partes secretas que se les habían revelado a Enmeduranki y a Adapa (y a Henoc)?

En el Génesis, leemos que cuando el faraón elevó a José a un alto cargo por interpretar sus sueños, le dio, como correspondía a un dignatario egipcio, un nuevo nombre, un nombre egipcio: Zophnat-Pa'aneach. Aunque los expertos han intentado reconstruir la escritura jeroglífica y el significado egipcio del nombre-epíteto, lo que es obvio es que se trataba en realidad de un nombre cuyo significado estaba codificado en hebreo, pues en hebreo significa claramente «El que Resuelve» (Pa'aneach) «Cosas Secretas/Ocultas» (Zophnot).

Estas transfiguraciones de lengua/letra/número refuerzan la cuestión (y la posibilidad), y no sólo en lo referente a la razón del «666», de sí los códigos pudieran haber incluido alusiones a otras deidades de panteones conocidos en la antigüedad.

Uno de los aspectos no explicados del alfabeto hebreo es que hay cinco letras que se escriben de forma diferente cuando se colocan al «Código secreto» (de) «sesenta» final de una palabra . Si nos aventuráramos en el Pardes, en la «arboleda prohibida», y adoptáramos la premisa de un código de combinación letra+número, podríamos decir que, leídas al revés (de izquierda a derecha), la razón codificada de estas extrañas cinco letras es un «código secreto» (Zophen) de «60» (M+Kh), ¡que es el número secreto de Anu! .

Si esto es así, ¿sería sólo coincidencia que la primera letra de la palabra hebrea «secreto» - SOD - («S») tenga el valor numérico de «60» y, lo que es más, que el valor de la palabra completa sea de «70», el número secreto de la desolación decretado por Marduk (y luego invertido por él mismo) para la ciudad de Babilonia? Y, siguiendo con el tema, ¿sería la declaración (aparecida en Jeremías y en alguna otra parte) de que la desolación de Jerusalén y de su Templo duraría exactamente los mismos 70 años, una profecía que, cuando se anunció, se presentó como la revelación de un secreto, un Sod, de Dios? .

Un enfoque que aceptara la posibilidad de que tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento tomaran prestadas sus codificaciones de escritos secretos y rangos divinos mesopotámicos muy anteriores nos llevaría a otra posible solución del enigma del «666».

Uno de los casos excepcionales (de los descubiertos) donde el número «6» se revelaba como un rango divino era una tablilla que fue reconstruida por Alasdair Livingstone en Mystical and Mythological Explanatory Works of Assyrian and Babylonian Scholars.

Esta tablilla, que lleva una admonición respecto a los indesvelables secretos que contiene, comienza con el 60 como el rango de «el dios preeminente, padre de los dioses», y luego, en una columna aparte, revela su identidad: Anu. Seguido por Enlil (50), Ea/Enki (40), Sin (30) y Shamash (20), lista a Adad, «el dios de la lluvia y los truenos» como el «6». La lista continúa por el anverso y por el reverso de la tablilla, y lista el «600» como número secreto de los Anunnaki.

Lo que emerge de esta tablilla mesopotámica respecto a los números secretos de los dioses puede muy bien tener la clave para resolver, por fin, el misterio del «666», contemplándolo como una codificación basada en el Sumerio:

600 = Los Anunnaki, «Aquellos Que Del Cielo a la Tierra Vinieron» 60 = Anu, su soberano supremo 6 = Adad, uno de los dioses que enseña a los Iniciados 666 = «Aquí está la Sabiduría», «Calculado por aquel que tiene Entendimiento»

(La proximidad de Anu y Adad a comienzos del segundo milenio a.C. no sólo encontró expresiones textuales, sino que incluso tuvieron templos compartidos. Por increíble que parezca, la Biblia también lista a Anu y a Adad, uno junto a otro, en una lista de dioses de «otras naciones» -2 Reyes 17,31).

Los números secretos de los dioses pueden servir como pistas para descifrar los significados secretos de otros nombres divinos. Así, cuando se concibió el alfabeto, la letra «M», de Ma'yim, agua, se parecía a las representaciones gráficas en egipcio y acadio del agua (una pictografía de ondas), así como la pronunciación del término en estas lenguas. ¿Sería pues no más que una coincidencia que el valor numérico de «M» en el alfabeto hebreo fuera «40», el rango numérico secreto de Ea/Enki, «cuyo hogar es el agua», el prototipo de Acuario?

¿Fue también un código numérico secreto el que dio origen en Sumer a YaHU, la forma abreviada del Tetragammaton YaHWeH? Si uno fuera un iniciado Sumerio que intentara aplicar el código de los números secretos a este nombre teofórico (como se hace con prefijos y sufijos en nombres personales), uno podría decir que YH U es un código secreto de «50» (IA = 10, U = 5, IA.U = 10x5 = 50), con todas las implicaciones teológicas que esto supone.

Mientras hemos puesto nuestra atención en el significado del «666», en el críptico versículo del Apocalipsis nos hemos encontrado con una declaración de la mayor importancia. Afirma que el código secreto es de todo lo que trata la sabiduría, y que sólo lo pueden descifrar aquéllos que tienen entendimiento.

Éstos son exactamente los dos términos que utilizaban los sume-ríos, y aquellos que vinieron tras ellos, para denotar los conocimientos secretos que los Anunnaki habían enseñado sólo a unos iniciados privilegiados.

En la base de tan amplios e increíbles conocimientos Sumerios se halla un conocimiento de los números igualmente sorprendente. Como observó el matemático-asiriólogo Hermán V. Hilprecht a principios del siglo xx, tras el descubrimiento de gran número de tablillas matemáticas mesopotámicas (The Babylonian Expedition of the University of Pennsylvaniá), «todas las tablas de multiplicación y división de las bibliotecas de los templos de Nippur y Sippar, y de la biblioteca de Assurbanipal en Nínive, se basan en el número 1.296.000», un número astronómico virtual, un número que requería una sorprendente sofisticación para ser comprendido, y cuya utilidad para los humanos del cuarto milenio a.C. parecía completamente cuestionable.

Pero, analizando este número, con el cual comenzaban algunas tablillas matemáticas, el profesor Hilprecht llegó a la conclusión de que sólo podía estar relacionado con el fenómeno de la Precesión, el retraso de la Tierra en su órbita alrededor del Sol, que lleva 25.920 años completar (hasta que la Tierra vuelve al mismo lugar exacto). Este recorrido completo de las doce casas del zodiaco recibió el nombre de Gran Año; el número astronómico 12.960.000 representaba 500 de estos Grandes Años. Pero, ¿quién, salvo los Anunnaki, podía comprender o hacer uso de tan vasto lapso de tiempo?

Al considerar los sistemas numéricos y de cálculo, el sistema decimal («de base diez») es, obviamente, el más «simpático» para el hombre, resultante de la cuenta de los dedos de las manos. Hasta el desconcertante sistema calendárico maya llamado Haab, que dividía el año solar en 18 meses de 20 días cada uno (más 5 días al final del año) se puede suponer que sea el resultado de contar los 20 dedos del ser humano, dedos de manos y pies combinados. Pero, ¿de dónde toman los Sumerios el sistema sexagesimal («de base 60»), cuyas más duraderas expresiones son el aún existente cálculo del tiempo (60 minutos, 60 segundos), la astronomía (un círculo celeste de 360 grados) y la geometría?

En nuestro libro Al principio de los tiempos, hemos sugerido que los Anunnaki, al provenir de un planeta cuyo período orbital (un año en Nibiru) equivalía a 3.600 órbitas terrestres, necesitaban algún tipo de común denominador para períodos tan diversos, y encontraron uno en el fenómeno de la Precesión (que solamente ellos, y no los hombres, con un lapso vital más breve dictado por los ciclos de la Tierra, podrían haber descubierto). Cuando dividieron el círculo celeste en doce partes, el retardo precesional (que ellos podían observar con facilidad) era de 2.160 años por «casa». Y nosotros hemos sugerido que eso llevó a la proporción de 3.600:2.160 o 10:6 (la que con el tiempo sería la Proporción Dorada de los griegos), y al sistema sexagesimal, que iba 6 x 10 x 6 x 10 y así sucesivamente, dando como resultado 60, 360, 3.600 y así sucesivamente hasta llegar al número inmenso de 12.960.000.

En este sistema, varios números de importancia celestial o sagrada parecen estar fuera de lugar. Uno de ellos es el número siete, cuya importancia en la historia de la Creación, como en el séptimo día o Sabbath, en el nombre del hogar de Abraham, Beer-Sheba («El Pozo del Siete»), etc. se reconoce con facilidad. En Mesopotamia, se les aplicó a los Siete Que Juzgan, los Siete Sabios, las siete puertas del Mundo Inferior, las siete tablillas del Enuma elish. Era un epíteto de Enlil («Enlil es Siete», decían los Sumerios); e indudablemente, el

origen de la importancia de tal número es que era el número planetario de la Tierra. «La Tierra (KI) es el séptimo», afirmaban todos los textos astronómicos Sumerios. Como ya hemos explicado, esto sólo tenía sentido para alguien que llegara al centro de nuestro Sistema Solar desde el exterior. Para el que (los que) viniera/n desde el lejano Nibiru, Plutón sería el primer planeta, Neptuno y Urano el segundo y el tercero, Saturno y Júpiter el cuarto y el quinto, Marte sería el sexto y la Tierra el séptimo (y, después, Venus el octavo, como así se representaron estos planetas en monumentos y sellos cilindricos ).

(En los himnos Sumerios a Enlil, «el benéfico», se le veía como aquel que traía el alimento y el bienestar a la nación; también se le invocaba como garante de tratados y juramentos. No sorprende, por tanto, que, en hebreo, la raíz de la cual proviene siete -Sh-V-A- sea la misma de la cual derivan los significados de «estar saciado» v prometer o prestar juramento».)

El número «7» es un número clave en el Apocalipsis (7 ángeles, 7 sellos, etc.); al igual que el siguiente número extraordinario, el 12, o sus múltiplos, 144.000 en el Apocalipsis 7,3-5, 14,1, etc. Ya hemos hablado de sus implicaciones y de su trascendencia, al provenir del número de miembros del Sistema Solar (Sol, Luna y los diez planetas, los 9 conocidos más Nibiru).

Y después (no muchos se dan cuenta), estaba el peculiar número 72. Decir, como se ha dicho, que es simplemente un múltiplo de 12 por 6, o que cuando se multiplica por 5 da 360 (el número de grados de un círculo) es meramente afirmar lo obvio. Pero, de entrada, ¿por qué 72?

Hemos hecho ya la observación de que los místicos de la Kaballah llegaron, a través de métodos de Gematría, al número 72 como el secreto numérico de Yahveh. Aunque oscurecido en el registro bíblico de la época, cuando Dios dio instrucciones a Moisés y a Aarón para que se acercaran hasta el Monte Santo y llevaran consigo a 70 de los ancianos de Israel, lo cierto es que Moisés y Aarón tuvieron 72 acompañantes: además de los 70 ancianos, Dios dijo que dos hijos de Aarón fueran invitados también (a pesar de que Aarón tenía 4 hijos varones), haciendo un total de 72.

También hemos encontrado este extraño número, 72 en el relato egipcio que trata del enfrentamiento entre Horus y Set. Al narrar el relato a partir de sus fuentes jeroglíficas, Plutarco (en De Iside et Osiride, donde equipara a Set con el Tifón de los mitos griegos) escribió que cuando Set atrapó a Osiris en el arcón de la fatalidad, lo hizo en presencia de 72 «camaradas divinos».

¿Por qué, entonces, 72 en tan diversos casos? La única respuesta plausible, según creemos, se debe buscar en el fenómeno de la Precesión, pues es ahí donde se puede encontrar el crucial número 72, dado que es el número de años que le lleva a la Tierra retrasar un grado.

Hasta el día de hoy no hemos estado seguros de cómo apareció el concepto del Jubileo, el período de 50 años decretado en la Biblia y utilizado como unidad de tiempo en el Libro de los Jubileos. He aquí la respuesta: ¡para los Anunnaki, para quienes una órbita alrededor del Sol equivalía a 3.600 años terrestres, la órbita atravesaba 50 grados precesionales (50 x 72 = 3.600)!

Quizá sea algo más que una coincidencia el hecho de que el número secreto de rango de Enlil (y el número que buscaba Marduk) fuera también el 50. Pues era uno de los números que expresaban las relaciones entre el Tiempo Divino (originado por los movimientos de Nibiru), el Tiempo Terrestre (relacionado con los movimientos de la Tierra y la Luna) y el Tiempo Celestial (o tiempo zodiacal, resultante de la Precesión). Los números 3.600, 2.160, 72 y 50 eran números que pertenecían a las Tablillas de los Destinos que estaban en el DUR.AN.KI, en el corazón de Nippur; y eran en verdad números que expresaban el «Enlace Cielo-Tierra».

La Lista de los Reyes Sumerios afirma que pasaron 432.000 años (120 órbitas de Nibiru) desde la llegada de los Anunnaki a la Tierra hasta el Diluvio. El número 432.000 es también clave en el concepto hindú y en otros conceptos de las Eras y de las catástrofes periódicas que caen sobre la Tierra.

El número 432.000 abarca también al 72, exactamente 6.000 veces. Y quizás merezca la pena recordar que, según los sabios judíos, el cálculo de los años en el calendario judío (5.758 en 1998 d.C.) llegará a su finalización, a su término, cuando llegue al 6.000; será entonces cuando se complete el ciclo.

Como es evidente por los antiguos registros concernientes a iniciados como Adapa, Enmeduranna o Henoc, en el núcleo de los conocimientos que se les revelaron, por encima de cualesquiera otros, estuvieron la astronomía, el calendario y las matemáticas («el secreto de los números»). De hecho, como demuestra cualquier revisión de las prácticas de codificación y cifrado en la antigüedad, el hilo común entre ellas, no importa la lengua utilizada, fue el de los números. Si alguna vez hubo una única lengua universal en la Tierra (como afirman los textos Sumerios y la Biblia), tuvo que estar basada en las matemáticas; y si (o, más bien, cuando) nos comunicásemos con extraterrestres, como ya se hizo con los Anunnaki en sus visitas a la Tierra, o como lo haremos cuando nos aventuremos en el espacio, la lengua cósmica será una lengua de números.

De hecho, los actuales sistemas de computación han adoptado ya un lenguaje universal de números. Cuando en las máquinas de escribir se apretaba la tecla de la «A», la palanca que había sujeta a esta letra se activaba y golpeaba en el papel con una «A». En los ordenadores, cuando se aprieta la tecla de la «A», se activa una señal electrónica que expresa la «A» como una serie de números «0» o «1»; se han digitalizado las letras. Es decir, los ordenadores modernos convierten las letras en números; y uno podría decir que han gematriatizado la escritura.

Y si uno se toma en serio las declaraciones Sumerias y bíblicas acerca de la inclusión de conocimientos médicos entre el conocimiento y el entendimiento que se nos transmitieron, en alguna parte de todos los textos antiguos, tan meticulosamente copiados, con tanta precisión, debido a que habían sido «canonizados», quizá se encuentra la clave para compartir con nosotros los conocimientos genéticos que se aplicaron en nuestra creación, y que por tanto nos siguen acompañando en la salud, en la enfermedad y en la muerte.

Hemos llegado al punto en que nuestros científicos han identificado un gen específico (llamándole, digamos, P51) en un lugar específico del cromosoma número 1, o el 13, o el 22, que es responsable de un rasgo o de una enfermedad determinados. Es un gen y una ubicación que se pueden expresar en los ordenadores, bien como números, bien por completo con letras, o bien con una combinación de ambos.

¿Existía ya en aquellos textos antiguos, y en especial en la Biblia hebrea, tal información genética codificada? Sólo con que pudiéramos descifrar este código, podríamos convertirnos en seres como el «modelo perfecto» que Enki y Ninharsag pretendieron crear.

## 09. PROFECÍA : ESCRITOS DEL PASADO

La perdurable creencia del género humano de que alguien en el pasado podía prever el futuro (que, en palabras de los Sumerios, alguien había conocido el Destino y podía determinar el Hado) se fundó en la Palabra Escrita. Revelada o secreta, abierta o cifrada, había que registrar la información, ponerla por escrito. Una alianza, un tratado, una profecía, ¿qué valor podrían tener para aquellos que estaban presentes entonces, o para aquellos que habitarían el futuro, si no se ponían las palabras por escrito?

Cuando los arqueólogos excavan un lugar de la antigüedad, nada se les antoja más emocionante y trascendente que «algo» en lo que haya cosas escritas; un objeto, un ladrillo, una losa de piedra, unos fragmentos de cerámica, y ni qué decir de un texto o parte de un texto inscrito en una tablilla de arcilla o en un pliego de papiro. ¿Qué era este lugar, cuál fue su nombre, a qué cultura perteneció, quiénes fueron sus gobernantes? Unas cuantas letras garabateadas o un par de palabras ofrecen respuestas; y mucho más, cómo no, los textos completos.

Uno de los primeros anticuarios, si no un arqueólogo hecho y derecho, fue el rey asirio Assurbanipal. Creyendo que su propio hado y el Destino de su nación venían determinados desde el pasado, hizo de las anotaciones escritas de antaño su principal premio o botín de sus conquistas; y la biblioteca de su palacio en Nínive tuvo, en aquel tiempo (siglo vii a.C), quizá la mayor colección de tablillas de arcilla de innumerables textos antiguos de «mitos» y epopeyas, anales reales y lo que entonces eran los «libros» (sobre tablillas de arcilla) de astronomía, matemáticas, medicina y otros textos inapreciables. Las tablillas se disponían cuidadosamente en estantes de madera, y cada estante comenzaba con un listado en una tablilla catálogo de lo que había en aquel estante. En resumen, había un tremendo tesoro de conocimientos, registros y profecías de la antigüedad reunidos aquí. La gran mayoría de los textos conocidos hoy provienen de las tablillas encontradas en Nínive, o de sus fragmentos. Al mismo tiempo, las tablillas catálogo que había al principio de cada estante nos revelan también cuánto se encuentra aún perdido o por descubrir.

Ciertamente perdidos, pues ninguno fue duplicado en ninguna otra parte, están los que el mismo Assurbanipal identificó como «escritos de antes del Diluvio»; sabemos que existieron porque Assurbanipal alardeaba de que podía leer esos escritos.

Aquí habría que decir que esta afirmación del rey no ha sidotomada demasiado en serio por los modernos asiriólogos. Algunoshan corregido la declaración del rey para leer «escritos en Sumerio»,pues no sólo parece increíble afirmar que haya habido escrito algunomilenios antes de las tablillas mesopotámicas, sino también que talesescritos (o siquiera una tablilla) pudieran haber sobrevivido a unacatástrofe global.

Sin embargo, otros textos y fuentes, que no guardan relación con Assurbanipal ni con su tiempo, hacen estas mismas afirmaciones. Adapa, un iniciado antediluviano, escribió un libro cuyo título, traducido al Sumerio, era U. SAR Dingir ANUM Dingir ENLILA (Escritos referentes al tiempo [del] divino Anu y el divino Enlil).

Henoc, otro ancestro antediluviano, volvió del cielo con 360 «libros», un número que no sólo hace alusiones celestiales/matemáticas, sino que, además, señalémoslo, cuando se convierte en letras nos da SeQeR (60+100+200), «lo que está oculto». El nombre del emplazamiento de Saqqarah, en Egipto, el «lugar oculto» de los primitivos enterramientos y pirámides reales, proviene de la misma raíz.

El Libro de Henoc (conocido como 1 Henoc) pretende haber sido escrito por el propio Henoc como informe en primera persona. Aunque según las opiniones de los expertos fue compilado poco antes de la era cristiana, las citas que aparecen de él en otras obras primitivas y sus paralelismos con otros escritos extrabíblicos (así como el hecho de que fuera canonizado en los primeros tiempos del cristianismo) atestiguan que estuviera basado en textos verdaderamente antiguos. En el mismo libro, tras una breve introducción en la que explica quiénes fueron los Nefilim (de renombre en el Génesis 6), Henoc afirma que lo que

sigue es «el libro de las palabras de justicia y de la reprensión de los Nefilim eternos» que oyó en una visión y que ahora pasa a poner por escrito «en lenguaje humano», un lenguaje «que el Grande ha dado a los hombres para que conversen con él».

Habiéndole sido dado el conocimiento de los cielos y de la Tierra y sus misterios, se le dijo a Henoc que escribiera las profecías de acontecimientos futuros (según El Libro de los Jubileos, a Henoc se le mostró «lo que fue y lo que será»). Aunque los expertos suponen que las «profecías» se habían hecho en realidad con posterioridad a los acontecimientos, la incorporación en 1 Henoc de textos más antiguos y su posterior canonización atestiguan que en la época del Segundo Templo se creía firmemente que el futuro se podía predecir en el pasado por inspiración divina, o incluso que se lo podían dictar el mismo Señor o sus ángeles a los humanos, para que fuera registrado y escrito, y pasara a futuras generaciones.

Pero la versión conocida como 2 Henoc, o por su título completo, El Libro de los Secretos de Henoc, es aún más enfática a la hora de afirmar que Henoc se trajo con él libros que no sólo contenían conocimientos científicos, sino también profecías del futuro. En este libro se dice que Dios instruyó a Henoc para que «diera los manuscritos a sus hijos», para que se los pasaran «de generación en generación y de nación a nación». Después, Dios le desveló los «secretos de la Creación» y los ciclos de los acontecimientos en la Tierra. «En el principio de los ocho mil años habrá un tiempo de No-Contar, [un tiempo] sin años, ni meses, ni semanas, ni días, ni horas» (2 Henoc 33,1-2).

Más tarde se hacía una referencia a escritos aún más antiguos que pertenecieron a los antepasados de Henoc, Adán y Set, «manuscrito que no debería ser destruido hasta el fin de los tiempos». También hay referencias a un «mapa» que Dios ha «puesto en la Tierra» y ha ordenado que se conserve, y que el manuscrito de tus padres sea preservado, y que no perezca en el Diluvio que mandaré sobre tu raza».

La referencia a un futuro Diluvio, incluida en 2 Henoc como revelación profética de Dios a Henoc, nos habla así de «manuscritos» tanto de Adán como de su hijo Set, y de un «mapa» divino que fue depositado en la Tierra y que debía sobrevivir al Diluvio. Si estos «manuscritos» existieron, habría que contarlos entre los escritos antediluvianos perdidos. En la época del Segundo Templo, se creía que entre estos escritos antediluvianos estaban Los Libros de Adán y Eva, en los cuales se proporcionaban muchos detalles que enriquecían el relato bíblico.

Los expertos están de acuerdo en que 1 Henoc incorporó claramente, palabra por palabra, secciones de un manuscrito muy anterior llamado El Libro de Noé, una obra que fue mencionada en otros escritos además de en El Libro de Henoc. Bien pudiera haber sido ésta la fuente de los enigmáticos ocho versículos del Génesis, capítulo 6; estos versículos, que preceden a la versión bíblica del Diluvio y de su héroe, Noé, hablan de los Nefilim, los «hijos de los Elohim» que se casaron con las hijas de El Adán, como trasfondo para la decisión de Dios de barrer a la humanidad de la faz de la Tierra. Aquí, el relato se cuenta por completo, se identifica a los Nefilim y se explica

la naturaleza de la cólera divina. Rememora con toda probabilidadtiempos y fuentes Sumerias, e incluye algunos detalles que sólo seconocían a través del texto mesopotámico del Atra Hasis.

Es más que probable que los dos libros mencionados arriba, Los Libros de Adán y Eva y El Libro de Noé, existieran de hecho en una forma u otra, y que fueran conocidos por los compiladores del Antiguo Testamento. Después de haber descrito la creación de El Adán y de Eva, y el incidente en el Jardín del Edén, el nacimiento de Caín y Abel, y luego de Enós, el Génesis vuelve a comenzar (en el capítulo 5) el registro genealógico diciendo, «Éste es el libro de las generaciones de Adán», y vuelve a narrar el relato de la creación. La palabra hebrea traducida como «generaciones» (Toledoth) connota algo más que «generaciones», habla de «las historias de»; y el texto que sigue da la impresión de ser un resumen basado en algún texto anterior más largo.

El mismo término, Toledoth, da inicio a la historia de Noé y el Diluvio. Traducido de nuevo como «Éstas son las generaciones de Noé», las palabras comienzan realmente no tanto con la historia de Noé como del Diluvio, una historia basada, sin ningún género de dudas, en textos Sumerios (y, más tarde, acadios) anteriores.

Algo de luz, interesante e intrigante, sobre lo que El Libro de Noé pudiera haber contenido se puede encontrar en El Libro de los Jubileos, otro de los libros apócrifos (extrabíblicos) de la época del Segundo Templo (o anterior). En él se dice que los ángeles «le explicaron a Noé todas las medicinas, todas las enfermedades y el modo de curarlas con hierbas de la tierra; y Noé lo escribió todo en un libro, concerniente a cada tipo de medicina». Y después del Diluvio, Noé «le dio todo lo que había escrito a su hijo Sem».

El capítulo 10 del Génesis no sólo comienza en la Biblia, sino también en los asuntos humanos, con la palabra Toledoth. Comienza tratando de tiempos antediluvianos, y dice: «Vienen ahora las "generaciones" de los hijos de Noé: Sem, Cam y Jafet; y a ellos les nacieron hijos después del Diluvio.» La lista general, apodada por los eruditos bíblicos como La Mesa de las Naciones, vuelve a Sem y a sus descendientes, y presta especial atención al linaje de su hijo mediano Arpaksad, tanto en este capítulo como, al volver sobre el tema, en el capítulo 11, con la obertura «Estas son las "generaciones" de Sem». Lo importante aquí, pronto lo veremos, es que éste era el linaje ancestral directo de la familia de Abraham.

La existencia de un libro que arbitrariamente podríamos titular El Libro de Sem o, más concretamente, El Libro de Arpaksad, viene sugerida por otra tradición concerniente a escritos de antes del Diluvio. La referencia se encuentra en El Libro de los Jubileos, y nos informa de que Arpaksad, nieto de Noé, fue instruido por su padre Sem en la lectura y la escritura; y buscando un lugar donde establecerse, «encontró un escrito que generaciones precedentes habían tallado en una roca, y leyó lo que allí había, y lo transcribió». Entre

otras informaciones, «se incluían las enseñanzas de los Nefilim concernientes a la forma de observar los augurios del sol, la luna y las estrellas, y las señales del cielo». Esta descripción de los contenidos de los escritos de los Nefilim, y por tanto de antes del Diluvio, se asemeja en los términos a El Libro de Henoc acerca de los conocimientos del Sol, la Luna y las estrellas/planetas que se le enseñaron de «las tablillas celestes, y todo lo que allí había escrito». Henoc le pasó todo esto a su hijo Matusalén, diciéndole:

Todas estas cosas te las estoy contando a ti

y escribiendo para ti;

te lo he revelado todo

y te he dado los libros relativos a todo esto.

Así pues, conserva, Matusalén, hijo mío,

los libros que recibiste de la mano de tu padre

y entrégaselos a las generaciones del mundo.

En los escritos de Beroso podemos encontrar una referencia nada ambigua a escritos antediluvianos y a lo que les sucedió en lo relativo a la destrucción en la avalancha de aguas. Beroso fue un sacerdote e historiador babilonio que compiló una historia de la Humanidad para los gobernantes griegos de Oriente Próximo tras la muerte de Alejandro; y, como sacerdote, tenía acceso evidentemente a la biblioteca de escritos antiguos en acadio (y, posiblemente, también en Sumerio: en el primer volumen de sus escritos, que describe los acontecimientos desde el amerizaje de Ea hasta el Diluvio, llamaba al héroe de la gran inundación por su nombre Sumerio, Ziusudra). En los fragmentos de los escritos de Beroso que están disponibles a través de los historiadores griegos, se dice que después de que Ea/Enki le revelara a Sisithros (= Ziusudra) que iba a haber un Diluvio, «le ordenó que ocultara en Sippar, la ciudad de Shamash, todos los escritos que pudiera. Sisithros hizo todo esto, se fue inmediatamente a Armenia y, acto seguido, ocurrió lo que el dios le había anunciado». Esos escritos trataban de «principios, mitades y finales».

Beroso seguía narrando que, entre aquellos que embarcaron en el arca y sobrevivieron al Diluvio, estaba Sambethe, la esposa de uno de los hijos de Ziusudra/Noé (su nombre es, probablemente, una corrupción del Sumerio o el acadio Sabitu («La Séptima»). Según Beroso, «ella fue la primera de las Sibilas, y ella había profetizado lo concerniente a la construcción de la Torre de Babilonia, y todo lo sucedido a las empresas de sus planificadores; esto fue antes de la división de las lenguas».

A esta mujer, primera de una línea de profetisas oraculares (la más famosa de las cuales fue la Sibila de Delfos) se le atribuía el papel de intermediaria entre los dioses y los supervivientes del Diluvio. Ella pronunciaba ante ellos lo que decía «una voz del aire», que les indicaba cómo sobrevivir después del Diluvio y «cómo recuperar de Sippar los libros que describían el futuro de la Humanidad».

Los omnipresentes recuerdos y tradiciones referentes a escritos de antes del Diluvio insisten claramente en afirmar que, además de todo tipo de conocimientos científicos, también incluían profecías concernientes al futuro. Muy a menudo, estas profecías no sólo tenían que ver con acontecimientos fatídicos que caerían sobre individuos o naciones, sino también con el destino último de la humanidad y de la Tierra. A Henoc se le mostró «lo que fue y lo que será», y puso por escrito los secretos de la creación y los ciclos de los acontecimientos en la Tierra para futuras generaciones. Dios había puesto un «mapa» en la Tierra que determinaba el destino del planeta y todo lo que hay sobre ella. Los escritos de antes del Diluvio trataban de «principios, mitades y finales».

Lo cierto es que, cuando uno revisa las creencias que subyacen a todas estas declaraciones, empieza a comprender por qué los redactores del Génesis en su versión hebrea omitieron el Alef para hacer que el principio se iniciara con Principio, con la «B» (Beth). Pues la idea de un principio incorpora en sí la idea de un final. La admonición de que los escritos antiguos, que contenían todo lo que hay que saber (esos antiguos «bancos de datos», por utilizar un lenguaje informático), se debían conservar hasta «el final de los tiempos» o «el final de los días» supone que tal final estaba destinado. Comenzando con el Principio, los redactores de la Biblia se suscribían a esa creencia.

Estos conceptos impregnan la Biblia, desde el comienzo del Génesis, pasando por los libros de los Profetas, hasta los libros finales (de la Biblia hebrea). «Y Jacob convocó a sus hijos, y dijo: Venid, reunios, y os contaré lo que os acontecerá en el final de los días» (Génesis 49,1). Temiendo que los israelitas abandonaran los mandamientos tras su muerte, Moisés los alertó sobre «los males que os acontecerán en los últimos días» (Deuteronomio 31,29). Junto con esta admonición había una predicción, una profecía, del Hado y del futuro de cada una de las tribus de Israel. Las visiones proféticas de Isaías se abren con esta declaración: «Y ocurrirá al final de los días» (2,2); y el profeta Jeremías explica con toda claridad que lo que sucederá «al final de los días» había sido planeado «en el corazón de Yahveh» desde el mismo principio (23,20). «Él cuenta el Final en el Principio», ensalzaba Isaías al Señor Dios (46,10).

Dios era el profeta máximo y la fuente de toda profecía. Esa visión bíblica encuentra su expresión incluso en aquellos puntos donde el texto parece que sólo da cuenta de acontecimientos. El castigo impuesto a Adán y Eva después de comer del fruto prohibido en el Jardín del Edén prevé los caminos futuros de los seres humanos. A Caín se le dio una señal de protección, pues de otra manera él y sus hijos habrían sufrido venganzas durante setenta y siete generaciones. En la alianza que Dios hizo con Noé y sus hijos, el Señor prometió que nunca más volvería a haber un Diluvio. En la alianza con Abraham, Dios predice su futuro como padre de multitudes de naciones; pero anticipa que llegará un tiempo en el cual sus descendientes serán esclavizados en una tierra extranjera, una amarga

experiencia que duraría 400 años (que es lo que duró la estancia de los israelitas en Egipto). Y respecto a la estéril Sara, Dios predijo que tendría un hijo y que de su vientre llegarían naciones y reyes.

En su repaso de la historia de la Humanidad desde Adán y Eva, pasando por la destrucción del Primer Templo de Jerusalén y su reconstrucción a manos de los exiliados que regresaron en el siglo vi a.C, el Antiguo Testamento nos cuenta también, de forma indirecta y casi imperceptible, el cambio de la profecía, desde una comunicación directa de Dios con uno, a través de los ángeles (literalmente: Emisarios) y, por último, a través de los profetas. Aunque a Moisés se le designaba como Profeta de Dios, la universalidad del fenómeno queda de manifiesto en el relato bíblico de Bile'am o Balaam. Éste era un famoso adivino en la época del Éxodo, y lo retuvo el rey de los moabitas para que maldijera a los israelitas que avanzaban contra ellos; pero cada vez que se preparaba un lugar y se preparaban los rituales para la maldición, Yahveh se le aparecía y le advertía que no maldijera a Su pueblo elegido. Después de varios intentos, el rey moabita lo persuadió para que lo intentara una vez más; pero entonces, en una visión divina, Bala'am pudo «escuchar las palabras de Dios y discernir el conocimiento de Aquel que es Altísimo». «Aunque apenas puedo verla -anunció Bala'am de la Estrella de Jacob-; aunque no ahora, se ha adelantado.» Y eso es lo que el mensaje divino es, dijo: los Hijos de Israel derrotarán y vencerán a las naciones que se pongan en su camino. Increíblemente, en la lista de esas naciones de perdición estuvo Asiria, una nación que no se encontraba en Canaán en la época del Éxodo, y cuyos reyes asaltaron muchos siglos después los reinos israelitas que aún no estaban del todo formados.

Un caso de profecía basado en profecías del pasado fue el de la futura gran batalla de Gog y Magog que se le reveló al profeta Ezequiel (capítulos 38 y 39), una batalla que en la literatura apocalíptica de la época asumió el papel de la batalla final en el último milenio, el Armageddon del Nuevo Testamento. Aunque en escritos posteriores Gog y Magog fueron tratados como dos personas o naciones diferentes, Ezequiel habla de Gog como del soberano del país de Magog, y predice que el fin de su dominación llegará cuando ataque la tierra de Jerusalén, «el ombligo de la Tierra». Tras predecir que esto tendrá lugar en «el Fin de los Días», y será una señal de ello, Yahveh declara a través de Ezequiel: Aunque tú sólo llegarás hasta el fin de los días, Gog, es de ti de quien Yo he hablado en los días de antaño a través de los Profetas de Israel que habían profetizado en aquellos días.

Yahveh anunció a través de Ezequiel que, en esos tiempos finales, habrá un gran temblor de tierra y una gran destrucción, plagas y derramamientos de sangre, y torrentes de lluvia, y caerá fuego y azufre de los cielos.

Otro profeta que recordaba a los profetas anteriores, a los «Primeros Profetas», fue Zacarías (1,4, 7,7, 7,12), que también veía el futuro en términos de pasado, de los así llamados «Primeros Días». Esto estaba en línea con todas las profecías bíblicas: al predecir el futuro, los profetas afirmaban que el Fin estaba anclado en el Principio. Al prever a las naciones del mundo reunidas para averiguar lo que se avecinaba, el profeta Isaías los visualizaba preguntándose unos a otros, «¿Quién de entre nosotros puede decir el futuro dejándonos escuchar las Primeras Cosas?» E Isaías, burlándose de esa inquietud entre las naciones que se preguntaban sobre el pasado y el futuro entre sí, en vez de preguntarle a Dios, declaraba que sólo Yahveh, el Señor de los Ejércitos, tenía ese conocimiento (Isaías, capítulo 43). Todo esto se amplía más adelante, en Isaías 48, donde Yahveh anuncia:

Soy yo el que ha contado las primeras cosas,de mi boca se pronunciaron.Y las anunciaré de súbito;y cuando lo haga, sucederá.

La búsqueda del pasado oculto con el fin de adivinar el futuro no solamente impregna los libros de los profetas, sino también los libros bíblicos de los Salmos, los Proverbios y Job. «Escucha, pueblo mío, mis enseñanzas, tiende tu oído a las palabras de mi boca; abriré mi boca con parábolas y hablaré de los enigmas de los tiempos de antaño», dice el salmista (78,2-3), de los recuerdos pasados de generación en generación. Poco antes, tras afirmar que estaba cualificado para hablar de estos enigmas, decía: «Pues he tenido en cuenta los días de antaño y los años de los tiempos antiguos» (77,6).

Este enfoque, en el sentido de «vamos a averiguar lo que sucedió en el pasado para así poder saber lo que va a ocurrir», estaba basado en la experiencia de la Humanidad a lo largo de milenios de memoria, en su mayor parte «mitos»; para nosotros, recuerdos de acontecimientos reales. Para cualquiera que conozca los relatos antiguos (cualquiera no sólo de ahora, sino de tiempos bíblicos), tenía que ser obvio que, en cada giro y vuelta del camino, la Humanidad dependiera de los planes y de los caprichos de sus creadores, los Elohim.

En el Principio, tanto a nosotros hoy como a la gente de hace milenios (y, ciertamente, a los profetas), se nos ha dicho que vinimos a la existencia como consecuencia de las discusiones acaecidas en un consejo de dioses, en una reunión para resolver un motín en las minas de oro. Nuestra constitución genética quedó determinada mientras dos Anunnaki, Enki y Ninmah, actuaban con una mezcla de seriedad y de frivolidad. Fue en el Consejo de los Grandes Dioses donde se voto y se juró darle fin al experimento creativo y dejar perecer a la Humanidad en el Diluvio. Y fue así, reunidos en consejo, que los dioses Anunnaki decidieron, tras el Diluvio, dar a la Humanidad la «Realeza» en las tres regiones: las civilizaciones de Mesopotamia, del Valle del Nilo y del Valle del Indo.

Las gentes del último milenio antes de Cristo (la época de los profetas bíblicos), curiosas por los registros de los Principios, por la historia de la especie humana desde la Creación, su paso a través del Diluvio hasta su auge como naciones, también se preguntaban por los Días de Antaño, por los acontecimientos de un milenio o dos antes (la época en la que la Biblia pasó a Ur de los caldeos, en Sumer, y Abraham y la Guerra de los Reyes, y el desastre de So-doma y Gomorra). «Hablanos de los Días de Antaño, para que sepamos lo que nos espera», pedía el pueblo a aquellos a los cuales se les había confiado la profecía y el conocimiento.

En la Biblia se mencionan varios de estos registros («libros») que quizá tuvieran las respuestas, pero que se han desvanecido por completo. Uno de ellos es El Libro de Jashar (El Libro de la Rectitud, si lo traducimos literalmente, que probablemente quería decir el registro de las Cosas Correctas). Otro de esos libros, y probablemente mucho más

importante, era El Libro de las Guerras de Yahveh, que por su enigmático título no podía tratar de otra cosa que de las guerras y los conflictos entre los Elohim.

Estos conflictos, que estallaban a veces en guerra abiertas, quedaron registrados en los escritos Sumerios; y estos escritos del pasado eran en verdad Palabras Divinas, pues los textos bien fueron escritos por escribas divinos, o bien fueron dictados por los dioses a escribas humanos. Originariamente anotados por los mismos dioses, narraban los acontecimientos acaecidos en Nibiru, entre los que estaba cómo se apoderó Anu del trono y la continuación de las luchas por la sucesión en otro planeta, la Tierra; el relato de Zu; la contienda entre Horus y Set (que llevó al primer enrolamiento de humanos para una guerra entre dioses). Y a esta categoría de escritos de los mismos dioses pertenecía un «texto profético» que ha llegado hasta nosotros en su versión acadia, y que es nada menos que una autobiografía de Marduk. En la otra categoría, la de los libros dictados directamente por una deidad, había un texto conocido como La Epopeya de Erra, una crónica de acontecimientos relatada por Nergal. Ambos textos fueron intentos de los dioses por explicarle a la Humanidad de qué modo dos milenios de civilización (los Días de Antaño) habían llegado súbitamente a término.

Era algo más que una ironía que los acontecimientos que había desencadenado el fin de la gran civilización Sumeria coincidieran con su época de mayor gloria. En un «libro de antaño» (un texto Sumerio), quedó registrado el Consejo de los Grandes Dioses en el cual se decidió conceder la Realeza (civilización) a la Humanidad:

Los grandes Anunnaki que decretan los Hados

se sentaron para intercambiar sus consejos referentes al país.

Ellos, que crearon las cuatro regiones,

que levantaron las poblaciones, que supervisaron el país,

eran demasiado elevados para la Humanidad.

Y así decidieron que se creara la institución de la Realeza, tanto como salvaguarda como por establecer un vínculo entre los Elevados y la masa de la humanidad. Hasta entonces, a los terrestres se les había permitido vivir junto a los recintos sagrados en las ciudades de los Dioses; a partir de ahí, tendrían sus propias ciudades, gobernados por los LU.GAL, los «Grandes Hombres» (los reyes), que tendrían que actuar como sustitutos de los señores divinos.

Cuando los Anunnaki volvieron al Edin, la llanura entre el Tigris y el Eufrates, después de que ésta se secara lo suficiente tras el Diluvio, se refundaron las Ciudades de los Dioses siguiendo exactamente los planos antediluvianos. La primera en ser reconstruida fue Eridú, la ciudad de Enki; y fue allí, según creemos, donde se tomó la trascendental decisión de concederle la civilización a la Humanidad; el momento, según muestran las evidencias arqueológicas, tuvo lugar hacia el 3800 a.C.

Pero acatando la decisión de los dioses, la Realeza de los hombres tenía que originarse en una ciudad de hombres, y ésta fue una nueva población llamada Kis. La fecha se selló con la concesión de un calendario para la Humanidad, un calendario diseñado en el «centro de culto» de Enlil, Nippur. Comenzó a contar el tiempo en el 3760 a.C.

En La lista de los reyes Sumerios se registran los repetidos traslados de la capitalidad de la nación de una ciudad de los hombres a otra en Sumer. Estos cambios tenían algo que ver con la fortuna y con los cambios de autoridad entre los mismos dioses, o incluso por las rivalidades entre ellos, tanto en la Primera Región (Mesopotamia y tierras vecinas), la Segunda Región (el Valle del Nilo) y la Tercera Región (el Valle del Indo), donde las civilizaciones se establecieron hacia el 3100 a.C. y el 2900 a.C. respectivamente. Latente por debajo de la superficie y con erupciones violentas esporádicas se hallaba el conflicto entre Marduk y Ninurta, los herederos de Enki y Enlil respectivamente, que tomaron como propia la antigua rivalidad entre sus padres. De hecho, no hubo Paz en la Tierra hasta que Marduk (el causante de la muerte de Dumuzi) fue sentenciado a ser enterrado vivo dentro de la Gran Pirámide sellada, sentencia que sería conmutada por la de exilio. Fue el mismo castigo (destierro a una tierra distante) que Marduk le había impuesto a su hermanastro Ningishzidda/ Thot, que cruzó los océanos para convertirse en el dios Serpiente Emplumada (Quetzalcóatl) de Mesoamérica.

Fue durante ese período de relativa paz, que comenzó con el inicio del tercer milenio a.C, cuando la civilización Sumeria se extendió por las tierras vecinas y floreció bajo el reinado de grandes reyes, como Gilgamesh. Pocos siglos después, la expansión hacia el norte incorporó a las tribus semitas; y hacia el 2400 a.C, se formó una nación aún mayor, bajo un rey justo (Sharru-kin), Sargón I, con capital en la nueva ciudad de Agadé. A partir de entonces, se conocería a la nación como el reino unificado de Sumer y Acad.

Se han encontrado numerosos textos, la mayoría fragmentados, que dan cuenta del curso de los acontecimientos en los siglos siguientes (tanto en los asuntos de los dioses como en los de los hombres). El centro del imperio siguió cambiando. Finalmente, en 2113 a.C, comenzó el capítulo más glorioso de la historia de Sumer y Acad. Los historiadores se refieren a esta era como el período de Ur III , pues era la tercera vez que Ur se convertía en la capital del imperio. Era el «centro de culto» de Nannar/Sin, que vivía en su recinto sagrado con su esposa Ningal. Su señorío era de amplias miras y benévolo. El rey al que se había ungido para dar comienzo a la nueva dinastía, Ur-Nammu («El Gozo de Ur») era sabio, justo, y un maestro en el comercio internacional, en el cual Sumer intercambiaba cereales y productos lanares por metales y maderas; sus coloridos mantos eran apreciados, según la Biblia, hasta en la distante Jericó. Los «mercaderes de Ur» eran respetados y conocidos internacionalmente; y gracias a ellos se difundió la civilización Sumeria, en todos

sus aspectos. Necesitados de lana, los Sumerios se introdujeron en los pastizales de las regiones del norte, donde fundaron un importante centro comercial, a las puertas de Asia Menor, el país de los hititas. Se le llamó Jarán, «El Caravansar». Se pretendió que fuera una pequeña-Ur, una Ur-lejos-de-Ur, y en su trazado y en su templo emuló a la propia Ur.

Mientras tanto, desde su exilio, Marduk observaba los acontecimientos con un sentimiento creciente de frustración y cólera. En su autobiografía (una copia de la cual se descubrió en la biblioteca de Assurbanipal), Marduk recordaba cuando, después de errar por muchas tierras, «desde donde el sol se eleva hasta donde se pone», había llegado a las Tierras de Hatti (las tierras de los hititas). «Veinticuatro años anidé en medio de ellas» -escribió. Y durante todos esos años, no dejó de preguntar al consejo de los dioses- «¿Hasta cuándo?»

Ante la ausencia de una respuesta clara o satisfactoria, Marduk miró a los cielos. Ya hemos dicho que el Hado tiene doce estaciones; la Estación-Hado (la casa zodiacal) de Marduk era la constelación del Carnero (Aries); y cuando la Precesión fue llevando el primer día de la primavera más allá de la constelación del Toro (Tauro), signo zodiacal de Enlil, empezó a «entrar» en la Estación-Hado del Carnero de Marduk. Convencido de que había llegado el momento de que se realizara su Destino, Marduk se vio volviendo a Babilonia con pompa y circunstancia, señalando un rey digno, contemplando a las naciones en paz y a los pueblos prósperos, una visión profética de lo que sucedería en los Días Postreros, cuando Babilonia daría vida a su nombre: Bab-ili, «Puerta de los Dioses».

Otros textos de aquella época, que los expertos consideran como parte de una colección de Profecías acadias, registraban los informes de los astrónomos que observaban los cielos en busca de augurios planetarios relacionados con la constelación del Carnero. Sin embargo, los augurios eran en su mayor parte de guerra, matanza, saqueo y destrucción; y fueron éstas las profecías, más que las prometedoras de Marduk, que habían de cumplirse. El resto de dioses, liderados por Ninurta y por el propio hermano de Marduk, Nergal, utilizando herramientas científicas «de los Días de Antaño», «artefactos del Cielo y la Tierra», clamaron que no había tenido lugar aún el cambio a la Era del Carnero. Impaciente, Marduk envió a su hijo, Nabu, a que levantara un ejército de humanos de entre sus seguidores en las Tierras del Oeste, las tierras al oeste del río Eufrates. En 2024 a.C, Nabu lanzó con éxito la invasión de Mesopotamia y le abrió las puertas de Babilonia a su padre Marduk.

En La Epopeya de Erra se narran estos trascendentales acontecimientos desde el punto de vista de Nergal (apodado Erra, El Aniquilador) y de Ninurta (apodado Ishum, El Abrasador). Aquí se relatan las frenéticas negociaciones por resolver la disputa de forma pacífica, las llamadas a Marduk para que fuera paciente, los interminables debates en el Consejo de los Anunnaki que terminaron convirtiéndose en una reunión en sesión continua, la alarma ante las verdaderas intenciones de Nabu y su ejército humano y, por último, las sospechas de que, mientras Marduk hablaba de Babilonia como de la Puerta de los Dioses, su hijo, junto con seguidores de las regiones fronterizas con el espaciopuerto del Sinaí, estaba intentando realmente capturar el espaciopuerto para así controlar el contacto con el planeta madre, Nibiru.

No viendo otra salida para detener a Marduk y a Nabu, el Consejo de los Grandes Dioses autorizó a Nergal y a Ninurta para que abrieran las «Siete Armas Terribles» que habían estado ocultas y selladas en el Abzu (el hogar de Enki en el sureste de África). Se desencadenó un holocausto nuclear; el espaciopuerto se vaporizó, dejando un gigantesco corte en el rostro de la península y una enorme región ennegrecida a su alrededor. Las «ciudades pecadoras», que se habían puesto del lado de Nabu en lo que entonces era un fértil valle al sur del Mar Muerto, también fueron arrasadas (una aniquilación que Abraham pudo ver desde su hogar en el sur de Canaán).

Pero el Hado quiso que la «nube de muerte» nuclear, llevada por los vientos predominantes del Mediterráneo, derivara hacia el este, hacia Mesopotamia; en su sendero, todo lo que había con vida, personas, animales, plantas, murió de una muerte horrible. A medida que la nube mortífera se acercaba a Sumer, los dioses Anunnaki comenzaron a abandonar sus ciudades. Pero Nannar/Sin no quiso aceptar la perdición de su espléndida ciudad, Ur. Sus llamamientos a Anu y a Enlil para que encontraran una forma de que Ur fuera liberada del mal fueron vanos. Enlil, impotente, le diría con toda franqueza: «A Ur se le concedió la realeza, pero no se le concedió un reinado imperecedero... Su realeza, su reinado, han sido cortados.» No era imperecedero su NAM.TAR, un Destino que se podía cortar y romper, un Hado.

Pero el Hado quiso que los vientos, cuando llegaron a Mesopotamia, cambiaran su curso hacia el sureste. Y mientras Sumer y sus grandes ciudades de antaño caían postradas y desoladas, la ciudad de Babilonia, en el norte, quedó completamente indemne.

Hasta entonces, Marduk había estado observando los cielos para adivinar su Hado. Pero la milagrosa liberación de Babilonia de la muerte nuclear y de la desolación le llevó a preguntarse si su camino hacia la supremacía, ahora sin ningún tipo de obstáculos, no sería algo más que Hado, si no sería su Destino.

Si Marduk no hubiera sido una deidad ya, no dudaríamos en afirmar que habría sido deificado. En esas circunstancias, podríamos decir celestializado. El vehículo de esta «celestialización» fue una alteración («falsificación» sería igualmente aplicable) del santificado texto del Enuma elish: llamarle «Marduk» a Nibiru, haciendo así del supremo dios planetario y del supremo dios en la Tierra una y la misma cosa. Tras esta sustitución de «Marduk» por Nibiru en el relato de la Batalla Celestial, las palabras cruciales se le aplicaron entonces a él: la obtención de una Tablilla de los Destinos de Kingu, el jefe del ejército de Tiamat,  La Tablilla de los Destinos le arrebató,la selló con un sello,a su [propio] pecho se la sujetó.

Suyo era ahora ese Destino. Y los dioses, en su Asamblea, «tuvieron en cuenta este pronunciamiento». Se postraron y gritaron: «¡Marduk es el rey!» Aceptando lo inevitable, Anu y Enlil (según una inscripción del rey babilonio Hammurabi),  determinaron para Marduk, el primogénito de Enki,las funciones-Enlil sobre toda la humanidad,lo hicieron grande entre los dioses que observan y ven,llamaron a Babilonia por su nombre para que

fuera exaltada,para hacerla suprema en el mundo;y establecieron para Marduk, en su centro,un Señorío imperecedero.

-fi La coronación, por utilizar un término comprensible, de Marduk como «rey de los dioses» tuvo lugar en una solemne ceremonia, en una reunión de los Cincuenta Grandes Dioses y los «Siete Dioses del Destino», y con centenares de Anunnaki de base presentes. Simbólicamente, Enlil puso ante Marduk su arma divina, el Arco. Después, el traspaso de los poderes de Enlil a Marduk se celebró con el traspaso a Marduk del rango numérico secreto de 50. Esto se llevó a cabo por medio de una recitación, uno por uno, de los «cincuenta nombres». Comenzaron con el propio nombre de Marduk, afirmando que había sido el mismo Anu quien le había denominado Marduk cuando nació, y, recorriendo el resto de nombres-epítetos, terminaron con Nibiru, la transformación del dios de la Tierra en el dios supremo planetario.

Los cincuenta nombres estaban compuestos por combinaciones de sílabas o palabras Sumerias; los epítetos de quienquiera que hubiera poseído los cincuenta nombres antes de la Epopeya de la Creación se falsificaron para acomodárselos a Marduk; y aunque los redactores babilónicos del texto (escrito en lengua acadia) intentaron explicar a sus contemporáneos las enigmáticas palabras silábicas Sumerias, es evidente que ni siquiera ellos pudieron captar por completo lo que transmitía el mensaje secreto de cada nombre. Estos significados secretos o codificaciones que subyacen a los cincuenta nombres fueron reconocidos por el famoso asiriólogo y erudito bíblico E. A. Speiser, quien al traducir al inglés el Enuma elish para la obra Ancient Near Eastern Texts Relating to the Oíd Testament, observó que «el texto etimologiza los nombres de un modo que la Biblia hace familiar; las etimologías, que acompañan prácticamente a todos los nombres que hay en la larga lista, parecen más cabalísticas y simbólicas que estrictamente lingüísticas».

En los cincuenta nombres hay más de naturaleza «cabalística» de lo que concede la observación de arriba. Los nueve primeros nombres están listados al final de la sexta tablilla del Enuma elish, y se acompañan de varios versículos de elogio. Como ya hiciera notar Franz M. Th. Bóhl en su Die fünfzig Ñamen des Marduk, el pronunciamiento de estos nueve primeros nombres se les atribuía a los antepasados no sólo de Marduk, sino incluso del mismo Anu; tres de ellos contenían un triple significado cada uno; y en uno de estos significados-dentro-de-significados, se atribuía a Marduk la capacidad singular (y por otra parte no notificada) de «revivir a los dioses muertos». Franz Bóhl sugería que eso podía ser una referencia a la muerte y la resurrección de Osiris (de la tradición egipcia), porque los tres nombres siguientes (los números 10,11 y 12) eran variantes del nombre-epíteto ASAR (Asaru en acadio) y, según Bohl, eran tres epítetos que tenían sus correspondientes en otros tres epítetos del dios egipcio.

Con esos tres nombres-epítetos, el Enuma elish pasa a la séptima tablilla, no sin implicaciones para los siete días de la Creación del Génesis (de los cuales los seis primeros fueron días de actividad y el séptimo un día de descanso y contemplación divina); y recordemos que el siete se correspondía con la designación planetaria de la Tierra y de Enlil como comandante de la Tierra.

Los tres epítetos ASAR, tras los cuales los nombres-epítetos se hacen variados y diversos, elevan el total de nombres a doce. Se explican además en cuatro versículos que dan el cuádruple significado de los tres nombres ASAR, sugiriendo de nuevo un intento por incorporar el doce en el texto. La recitación de los cincuenta nombres incorpora, así pues, el número de rango divino de Enlil y su número planetario, el número de los miembros del Sistema Solar y el de las constelaciones.

«La totalidad de mis instrucciones se encarnan en los cincuenta nombres», anunció Enki al término de la ceremonia. En esos nombres, «se han combinado todos los ritos». Con su propia mano «lo ha escrito, lo ha preservado para el futuro», y ordenó que lo escrito fuera albergado en el templo Esagil que los dioses construirían para Marduk en Babilonia. Allí, un linaje de iniciados sacerdotales salvaguardará los conocimientos secretos, y lo pasará de padres a hijos: «Que se conserven [allí], que el anciano los explique; que el padre sabio y entendido se lo imparta al hijo.»

¿Qué significados profundos, que conocimientos secretos albergaban los cincuenta nombres que, según Enki, combinaban en ellos todo lo que había que saber?

Quizás algún día, cuando un nuevo descubrimiento nos permita decodificar los cifrados numéricos de los reyes asirios y babilonios, nosotros también lo sepamos

## 10. EL OMBLIGO DE LA TIERRA

Veinticuatro años antes de la calamidad nuclear se cruzaron dos senderos, y no por accidente. Uno fue el de un dios que estaba convencido de que su Hado se había convertido en Destino; el otro era el de un hombre cuyo Destino se había convertido en Hado. El dios era Marduk; el hombre era Abraham; el lugar donde se cruzaron sus senderos fue Jarán.

Y uno de los resultados de este cruce perduraría hasta nuestros tiempos, cuando Babilonia (ahora Iraq) hizo caer misiles de muerte sobre la tierra de Jerusalén (actualmente Israel).

Por la Biblia sabemos que Abraham pasó un tiempo en Jarán. Por la autobiografía de Marduk sabemos que éste erró por tierras lejanas y que terminó en tierras de los hititas. Y nosotros suponemos que el lugar concreto en el que Marduk pasó esos veinticuatro años fue Jarán, y lo suponemos por las palabras con las que Marduk comenzaba su «autobiografía»: empieza con su pregunta, «¿Hasta cuándo?», dirigiéndosela a ilu Haranim, los «dioses de Jarán» (Fig. 66), como dioses inmediatamente presentes, y es después cuando pasa a los distantes Grandes Dioses Que Juzgan.

De hecho, quedarse en Jarán era lo más lógico, puesto que era un importante centro urbano y religioso, en un cruce de rutas comerciales, y un nudo de comunicaciones en la frontera de Sumer y Acad, pero no todavía dentro del mismo Sumer. Jarán era un cuartel general perfecto para un dios cuyo hijo estaba levantando a un ejército de invasión.

Una estancia de veinticuatro años antes de la invasión y del holocausto nuclear que tuvo lugar en 2024 a.C. significa que Marduk llegó a Jarán en 2048 a.C. Eso, según nuestros cálculos (basados en una cuidadosa sincronización de datos bíblicos, mesopotámicos y egipcios), era como seguirle los pasos a Abram/Abraham. Éste nació, según nuestros cálculos, en 2123 a.C. Todos los movimientos de Téraj y de su familia, como ya hemos dicho en Las guerras de los dioses y los hombres, estuvieron ligados al rápido desarrollo de los acontecimientos en Ur y en el imperio Sumerio. La Biblia nos dice que Abram/Abraham dejó Jarán, siguiendo instrucciones de Dios, a la edad de 75 años. El año, por tanto, fue el 2048 a.C, ¡el mismo año en que Marduk llegó a Jarán! Y fue entonces cuando Yahveh, no sólo «el Señor Dios», «le dijo a Abram: "Vete de tu patria y de tu lugar de nacimiento, y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré".» Fue una triple partida: de la patria (Sumer) de Abram y de su lugar de nacimiento (Nippur), y de la casa de su padre (Jarán); e iba a un nuevo y poco familiar destino, pues Yahveh tenía que mostrárselo todavía.

Tomando con él a su esposa, Sarai, y a su sobrino, Lot, Abram fue a «la tierra de Canaán». Llegando desde el norte (pasando quizá por donde más tarde pasaría su nieto Jacob), se dirigió rápido hacia el sur, hasta llegar a un lugar llamado Alon-Moreh, un nombre que significa literalmente «El roble que señala», al parecer un hito bien conocido que ningún viajero podía pasar por alto. Para asegurarse de que estaba yendo en la dirección correcta, Abram se dispuso a esperar más instrucciones; y «Yahveh se le apareció a Abram» para confirmarle que estaba en el lugar correcto. Prosiguiendo, Abram llegó a Beth-El («Morada de Dios») y de nuevo «invocó el nombre de Yahveh», siguiendo posteriormente sin detenerse hasta el Négueb («La Sequedad»), la región más meridional de Canaán, fronteriza con la península del Sinaí.

No se demoró mucho allí. No había demasiada comida en la zona, de modo que Abram continuó hasta llegar a Egipto. La gente se imagina a Abraham como a un jefe beduino nómada, que pasara sus días atendiendo a sus rebaños o repantigado en su tienda. Pero la verdad es que Abraham tenía que ser mucho más que eso pues, de otro modo, ¿por qué le habría elegido Yahveh para enviarle en una misión divinamente ordenada? Abraham era descendiente de un linaje de sacerdotes; y los nombres de su esposa y de la esposa de su hermano, Sarai («princesa») y Milká («regia») indican una conexión con el linaje real de Sumer. En cuanto llegaron a la frontera de Egipto, Abram instruyó a su esposa sobre cómo comportarse cuando fueran recibidos en la corte del faraón (y más tarde, de vuelta a Canaán, trató con sus reyes como un igual). Tras una estancia de cinco años en Egipto, se le ordenó a Abram que volviera al Négueb, y el faraón le dotó con gran número de hombres y de mujeres para su servicio, así como con rebaños de ovejas y bueyes, asnos y asnas, y con un rebaño de los muy preciados camellos. La inclusión de camellos es significativa, ya que estaban bien adaptados para propósitos militares en las duras condiciones del desierto.

Se estaba fraguando un conflicto militar, y eso lo sabemos por el capítulo siguiente del Génesis (capítulo 14), que trata de la invasión del sur de Canaán por parte de una coalición de Reyes del Este (de Sumer y sus protectorados, como Elam, en los Montes Zagros, que fue famosa por sus combatientes). Fueron cayendo una ciudad tras otra, mientras avanzaban

por la Calzada del Rey, rodeaban el mar Muerto y se encaminaban directamente hacia la península del Sinaí . Pero allí, Abram y sus hombres armados les bloquearon el camino a los invasores. Decepcionados, éstos se conformaron con el saqueo de las cinco ciudades (entre las que estaban Sodoma y Gomorra) de la fértil llanura al sur del mar Muerto; entre los prisioneros que hicieron estaba Lot, el sobrino de Abram.

Cuando Abram se enteró de que a su sobrino lo habían hecho cautivo, persiguió a los invasores con 318 hombres selectos por todo el camino hacia Damasco. Dado el tiempo que había pasado hasta que un refugiado de Sodoma le contara a Abram lo de la captura de su sobrino, tuvo que ser toda una hazaña que Abram diera alcance a los invasores, que ya estaban en Dan, en el norte de Canaán. Nosotros creemos que los «jóvenes preparados», como se les llama en el Génesis, debían formar una sección de caballería sobre camellos (de una escultura mesopotámica).

«Después de estos sucesos -dice la Biblia (Génesis 15)-, Yahveh le habló a Abram en una visión, diciendo: No temas, Abram; Yo soy el que te escuda; tu recompensa será muy grande.»

Es hora de revisar la saga de Abram hasta este punto y hacerse algunas preguntas. ¿Por qué se le dijo a Abram que lo dejara todo y se fuera a un lugar completamente extraño? ¿Qué había de especial en Canaán? ¿Por qué las prisas para llegar al Négueb, en la frontera de la península del Sinaí? ¿Por qué la recepción real en Egipto y el retorno con un ejército y una sección de caballería sobre camellos? ¿Cuál era el objetivo de los invasores del Este? ¿Y por qué su derrota a manos de Abram es merecedora de la promesa de una «gran recompensa» por parte de Dios?

Lejos de la habitual imagen de Abram como un pastor nómada, resulta ser un soberbio líder militar y un actor importante en la escena internacional. Y proponemos que todo tendría una explicación si aceptamos la realidad de la presencia de los Anunnaki y tomamos en consideración el resto de acontecimientos importantes que están teniendo lugar al mismo tiempo. El único premio que podía merecer una guerra internacional, en el mismo momento en que Nabu estaba organizando combatientes en las tierras del oeste del río Eufrates, era el espaciopuerto del Sinaí. Eso fue lo que Abram, aliado con los hititas y entrenado por éstos en las artes guerreras, fue enviado apresuradamente a proteger. Ése fue también el motivo para que un faraón egipcio, en Menfis, temiendo él también una invasión de los seguidores de Ra/Marduk con base en Tebas, en el sur, dotara a Abram con la caballería de camellos y un gran número de sirvientes, hombres y mujeres. Y ése fue el motivo (proteger con éxito la puerta del espaciopuerto), por el cual Yahveh le aseguró a Abram una gran recompensa, al tiempo que le prometía protección de futuras venganzas por parte del bando perdedor.

La Guerra de los Reyes tuvo lugar, según nuestros cálculos, en 2041 a.C. Al año siguiente, los príncipes del sur capturarían Menfis, en Egipto, y destronarían al aliado de Abram, declarando su fidelidad a Amén-Ra, el «oculto» o «invisible» Ra/Marduk, que entonces aún estaba en el exilio. (Después de que Marduk alcanzara la supremacía, los nuevos soberanos

de Egipto comenzaron a construir en Karnak, un suburbio de la capital, de Tebas, el templo más grande de Egipto, en honor a Amón-Ra; en la majestuosa avenida que lleva hasta el templo, alinearon una serie de esfinges con cabeza de carnero (Fig. 68), para honrar al dios cuya era, la Era del Carnero, había llegado).

Pero las cosas no estaban menos agitadas en Sumer y en su imperio. Los augurios celestiales, entre los que estuvo un eclipse lunar en 2031 a.C, predecían la llegada de alguna calamidad. Bajo la presión de los guerreros de Nabu, los últimos reyes de Sumer hicieron retroceder a sus fuerzas y sus puestos avanzados de protección hasta las cercanías de la capital, Ur. Poco alivio se encontraba en las súplicas a los dioses, puesto que ellos mismos estaban sumidos en una aguda confrontación con Marduk. Tanto los dioses como los hombres miraban a los cielos en busca de señales. Ningún humano, ni siquiera alguien tan cualificado o escogido como Abram, podía proteger ya las instalaciones esenciales de los Anunnaki, las instalaciones del espaciopuerto. Y así, en 2024 a.C, con el consentimiento del Consejo de los Grandes Dioses, Nergal y Ninurta utilizaron las armas nucleares para privar a Marduk de su premio. Todo ello se describe de forma vivida y con detalle en La Epopeya de Erra; también se cuenta ahí la otra parte del desastre, la de la destrucción de las «ciudades pecadoras», entre las que estuvieron Sodoma y Gomorra.

A Abram se le advirtió de lo que iba a ocurrir. A petición de él, dos ángeles del Señor fueron a Sodoma el día antes del ataque nuclear sobre el espaciopuerto y las ciudades para salvar a Lot y a su familia. Lot pidió algo de tiempo para reunir a su familia y persuadió a los dos seres divinos para que pospusieran la destrucción hasta que él y su familia pudieran llegar a un lugar seguro en las montañas. Así pues, el suceso no fue una calamidad natural; fue algo predecible y posponible.

«Abraham se levantó de madrugada y fue al lugar donde había estado con Yahveh -el día antes-; y miró hacia Sodoma y Gomorra, y a toda la tierra de la llanura; y contempló y vio una humareda elevarse de la tierra, como el humo caliente de una fogata.»

Siguiendo órdenes de Dios, Abraham se alejó del lugar, acercándose a la costa. En las montañas al sudeste del Jordán, Lot y sus hijas se ocultaron temerosos; su madre, que se había rezagado cuando escapaban de Sodoma, fue vaporizada por la explosión nuclear. (La traducción habitual de las palabras, de que se convirtió en una estatua de sal, proviene de una mala interpretación de la palabra sumeria, que podía significar tanto «sal» como «vapor».) Convencidos de que habían presenciado el fin del mundo, las dos hijas de Lot decidieron que la única forma de que sobreviviera la especie humana era la de acostarse con su propio padre. Cada una de ellas tuvo un hijo de esta manera; según la Biblia, ellos fueron los progenitores de dos tribus del este del río Jordán: los moabitas y los ammonitas.

Y en cuanto a Abraham: «Dios se acordó de Sara, como había prometido -(cuando se les apareció con los dos ángeles el año anterior)-, y Sara concibió y dio a Abraham un hijo en su ancianidad», y le llamaron Isaac. Abraham tenía 100 años en aquel momento; Sara tenía 90.

Habiendo desaparecido el espaciopuerto, la misión de Abraham había tocado a su fin. Ahora le tocaba a Dios mantener sus términos del acuerdo. Había establecido una «alianza» con Abraham, un acuerdo por el cual tenía que darle a él y a sus descendientes, como legado imperecedero, las tierras que se extendían entre el Arroyo de Egipto y el río Eufrates. Y ahora, mediante Isaac, había que mantener la promesa.

Y quedaba también la cuestión de qué hacer con el resto de las instalaciones espaciales.

Había, a ciencia cierta, dos instalaciones más, además de las del mismo espaciopuerto. Una era la del Lugar de Aterrizaje, hacia donde se había encaminado Gilgamesh. La otra era el Centro de Control de Misiones, que ya no hacía falta, pero que estaba intacto; el «Ombligo de la Tierra» posdiluviano, que había cumplido la misma función que el «Ombligo de la Tierra» antediluviano, que había sido Nippur.

Para comprender la similitud de funciones y, consecuentemente, la similitud de trazados, deberíamos comparar nuestros esbozos de las instalaciones espaciales ante y posdiluvianas. Antes del Diluvio, Nippur, denominada el «Ombligo de la Tierra» debido a que era el centro de los círculos concéntricos que delineaban el Corredor de Aterrizaje, hizo el papel de Centro de Control de Misiones. Las Ciudades de los Dioses cuyos nombres significaban «Ver la Luz Roja» (Larsa), «Ver la Aureola en el Seis» (Lagash) y «Ver la Aureola Brillante» (Laraak) señalaban tanto el espaciado equidistante como el sendero de aterrizaje hacia Sippar («Ciudad Pájaro»), el lugar del espaciopuerto. El sendero de aterrizaje, dentro de una Corredor de Aterrizaje alargado, tenía su base en la punta en los picos gemelos del Monte Ararat, el rasgo topográfico más prominente de Oriente Próximo. El espaciopuerto tuvo que construirse exactamente en el punto donde esa línea intersecaba la línea que discurría hacia el norte. Así, el Sendero de Aterrizaje formaba un ángulo exacto de 45° con el paralelo geográfico.

Después del Diluvio, cuando se concedieron a la humanidad las tres Regiones, los Anunnaki conservaron para sí mismos la Cuarta Región, la península del Sinaí. Allí, en la llanura central, el terreno era tan llano como duro (un terreno perfecto para los tanques, como han concluido los ejércitos modernos), a diferencia de la embarrada y encharcada llanura posdiluviana de Mesopotamia. Eligiendo de nuevo los picos gemelos del Ararat como punto de anclaje, los Anunnaki trazaron un sendero de aterrizaje con el mismo ángulo exacto de 45° con respecto al paralelo geográfico, el paralelo 30 norte.

Ahí, en la llanura central de la península del Sinaí, donde la línea diagonal intercepción al paralelo 30, tuvo que estar el espaciopuerto. Para completar la disposición, hacían falta dos componentes más:

establecer un nuevo Centro de Control de Misiones, y delinear (y anclar)

el Corredor de Aterrizaje.

Creemos que el esbozo del Corredor de Aterrizaje tuvo que preceder

a la elección del lugar para el Centro de Control de Misiones.

¿Por qué motivo? Por la existencia del Lugar de Aterrizaje, en las

Montañas de los Cedros, en el Líbano.

Todo en el folklore, cada leyenda relacionada con el lugar insiste en la misma afirmación: que el lugar ya existía antes del Diluvio. En cuanto los Anunnaki aterrizaron en la Tierra después del Diluvio sobre los picos del Ararat, tenían ya a su disposición un Lugar de Aterrizaje real, operativo; no todo un espaciopuerto, pero sí un lugar donde aterrizar. Todos los textos Sumerios que tratan de la concesión a la Humanidad de plantas y animales «domesticados» (es decir, genéticamente alterados) hablan de un laboratorio biogénetico en las Montañas de los Cedros, donde Enlil cooperaría esta vez con Enki para restaurar la vida en la Tierra. Todas las evidencias científicas modernas corroboran que el trigo y la cebada, y los primeros animales domesticados provienen de una región en particular. (Aquí, una vez más, los avances modernos en genética se unen al desfile de corroboraciones. Un estudio publicado en la revista Science de Noviembre de 1997 determina el lugar donde se manipuló genéticamente el trigo carraón para crear el «cultivo inicial» de ocho cereales diferentes: ¡hace unos 11.000 años, en un rincón particular de Oriente Próximo!)

Había todos los motivos para incluir este lugar, una enorme plataforma de piedra de construcción ciclópea, en las nuevas instalaciones espaciales. Y eso, a su vez, determinaría mediante círculos concéntricos equidistantes la ubicación del Centro de Control de Misiones.

Para completar las instalaciones espaciales, era necesario anclar el Corredor de Aterrizaje. En el extremo sudoriental, dos picos cercanos (uno de los cuales sigue siendo sagrado hasta el día de hoy con la denominación de Monte Moisés) resultaban adecuados. Pero en el equidistante borde noroccidental no había picos, sólo una meseta llana. Los Anunnaki, que no ningún faraón mortal, construyeron allí dos montañas artificiales, las dos grandes pirámides de Gizeh (en La escalera al Cielo ya sugerimos que la tercera pirámide, la más pequeña, se construyó en primer lugar como modelo a escala). El trazado se completó con un animal «mitológico» tallado a partir de la roca nativa: la esfinge. Su mirada discurre exactamente a lo largo del paralelo 30, hacia el este, hacia el espaciopuerto del Sinaí.

Éstos fueron los componentes del espaciopuerto posdiluviano de los Anunnaki en la península del Sinaí, tal como los construyeron hacia el 10500 a.C. Y cuando fue volado el lugar de aterrizaje y despegue de la llanura central del Sinaí, los componentes auxiliares del espaciopuerto quedaron en pie: la Esfinge y las pirámides de Gizeh, el Lugar de Aterrizaje en las Montañas de los Cedros y el Centro de Control de Misiones.

El Lugar de Aterrizaje, como sabemos por las aventuras de Gilgamesh, estaba allí hacia el 2900 a.C. La noche antes de que intentara entrar, Gilgamesh vio despegar allí una nave espacial. El lugar siguió existiendo después del Diluvio. Una moneda fenicia representó vividamente lo que se levantaba encima de la plataforma de piedra . La enorme plataforma de piedra todavía existe. El lugar se llama Baalbek, puesto que era el «Lugar Secreto del Norte» del dios cananeo Ba'al. En la Biblia, se conocía el lugar como Beth-Shemesh, «Casa/Morada de Shamash» (el Dios Sol), y estaba dentro de los dominios del rey Salomón. Los griegos, después de Alejandro, llamaron al lugar Heliópolis, que significa «Ciudad de Helios», el Dios Sol, y construyeron allí templos a Zeus, a su hija Afrodita y a su hijo, Hermes. Después de ellos, los romanos erigieron templos a Júpiter, Venus y Mercurio. El templo de Júpiter fue el mayor templo construido por los romanos en todo su imperio, ya que creían que el lugar era el emplazamiento oracular más importante del mundo, un lugar que vaticinaría el Hado de Roma y de su imperio.

Las ruinas de los templos romanos siguen en pie sobre la vasta plataforma de piedra; y también la plataforma en sí, imperturbable ante el paso del tiempo y los estragos de la naturaleza y de los hombres. Su cima plana descansa sobre capas y capas de grandes bloques de piedra, algunos de los cuales pesan cientos de toneladas. Famoso desde la antigüedad es el Trilithon, un grupo de tres colosales bloques de piedra contiguos que forman una hilera intermedia donde la plataforma tuvo que sostener su mayor impacto de carga (con un hombre que pasa, para comparar el tamaño). Cada uno de estos colosales megalitos pesa alrededor de 1.100 toneladas; es un peso que ninguna maquinaria moderna de construcción puede siquiera aproximarse a levantar ni mover.

Pero, ¿quién pudo hacer eso en la antigüedad? Las leyendas locales dicen: los gigantes. Los gigantes no sólo pusieron esos bloques de piedra donde están, sino que también los extrajeron, los tallaron y los transportaron desde una distancia de alrededor de un kilómetro y medio; y esto es seguro, porque se ha encontrado la cantera. En ella, uno de esos colosales bloques de piedra sobresale de la ladera, a medio extraer; hay un hombre sentado sobre el bloque, y parece una mosca sobre un cubito de hielo.

Las pirámides de Gizeh todavía siguen en pie, desafiando todas las explicaciones tradicionales, instando a los egiptólogos a aceptar que fueron construidas milenios antes que los faraones, y no por alguno de ellos. La esfinge todavía sigue mirando exactamente hacia el este, a lo largo del paralelo 30, guardando para sí misma sus secretos; quizás, incluso, los secretos de El Libro de Thot.

¿Y qué hay del Centro de Control de Misiones?

Y, también allí, una gran plataforma sagrada descansa sobre unos colosales bloques de piedra que ningún hombre ni máquina alguna de la antigüedad pudo haber movido, levantado o puesto en su lugar.

En los registros bíblicos de las idas y venidas de Abraham por Canaán hay dos digresiones aparentemente innecesarias; en ambos casos, el lugar de la digresión fue el sitio de la futura Jerusalén.

En la primera ocasión, se da cuenta de la digresión como un epílogo a la historia de la Guerra de los Reyes. Tras alcanzar y derrotar a los invasores en el norte, cerca de Damasco, Abraham volvió a Canaán con los cautivos y el botín;

Y el rey de Sodoma le salió al encuentro,

a su regreso, tras batir a Kedorlaomer

y a los reyes que estaban con él,

al Valle de Shavé, que es el valle del rey.

Y Melquisedec, el rey de Salem,

y éste era sacerdote ante el Dios Altísimo,

sacó pan y vino,

y lo bendijo, diciendo:

«Bendito sea Abram ante el Dios Altísimo,

Creador del Cielo y la Tierra;

y bendito sea el Dios Altísimo,

que entregó a tus enemigos en tus manos.»

Melquisedec, cuyo nombre significaba en hebreo exactamente lo mismo que en acadio Sharru-kin, «Rey Justo», le ofreció a Abraham que se guardara el diezmo de todo el botín recuperado. El rey de Sodoma fue más generoso: «Conserva todas las riquezas -dijo-, sólo devuélveme a los cautivos.» Pero Abraham no se quedaría nada; jurando por «Yahveh, el Dios Altísimo, Creador del Cielo y la Tierra», dijo que no se quedaría ni la correa de un zapato (Génesis, capítulo 14).

(Los expertos han debatido durante mucho tiempo, y sin duda alguna siguen haciéndolo, sobre si Abraham juró por el «Dios Al tísimo» de Melquisedec, o si quiso decir: «No, Yahveh es el Dios Altísimo por el cual yo juro.»)

Ésta es la primera vez que se hace una alusión en la Biblia a Jerusalén, llamada aquí Salem. Que ésta sea una referencia de la que posteriormente se conocería como Jerusalén no sólo se basa en antiguas tradiciones, sino también en la identificación evidente del Salmo 76,3. En general, se acepta que el nombre completo, Yeru-Shalem en hebreo, significaba «La ciudad de Salem», siendo Salem el nombre de una deidad. Sin embargo, algunos sugieren que el nombre pudo significar también «Fundada por Salem». Y también se podría argüir que la palabra Shalem no era un nombre, ni siquiera un sustantivo, sino un adjetivo, que significaría «completo», «sin defecto». Esto haría que el nombre del lugar significara «el Lugar Perfecto». O, si Salem era el nombre de una deidad, podría significar el lugar de «El que es perfecto».

Tanto si honraba a un dios, si fue fundada por un dios o si era el Lugar Perfecto, Salem/Jerusalén se emplazó en el sitio más improbable, al menos en lo que concierne a las ciudades del hombre. Se emplazó en medio de unas montañas áridas, no en un cruce de caminos de interés comercial o militar, ni cerca de fuente alguna de alimentos o de agua. De hecho, era un lugar casi por completo carente de agua, y el adecuado suministro de agua potable fue siempre el principal problema y la mayor vulnerabilidad de Jerusalén. Salem/ Jerusalén no es la protagonista ni en las migraciones de Abraham, ni en la ruta de la invasión desde el este, ni en su persecución de los invasores. Entonces, ¿por qué desviarse para celebrar una victoria (desviarse, podríamos decir, hasta un lugar «dejado de la mano de Dios»), salvo que el lugar no estuviera en modo alguno dejado de la mano de Dios? Era un lugar (el único lugar en Canaán) donde estaba ubicado un sacerdote que servía al Dios Altísimo. Y la pregunta es: ¿por qué allí? ¿Qué había de especial en aquel lugar? La segunda digresión aparentemente innecesaria tuvo que ver con la prueba de devoción que Dios le impuso a Abraham. Abram ya había llevado a cabo su misión en Canaán. Dios ya le había prometido que su recompensa sería grande, que Él mismo lo protegería. Ya había tenido lugar el milagro del hijo, del heredero legal, en una extrema ancianidad; el nombre de Abram había cambiado a Abraham, «Padre de una multitud de naciones». Les fue prometida una tierra a él y a sus descendientes; esta promesa se incluyó en una alianza que implicaba un ritual mágico. Sodoma y Gomorra habían sido destruidas, y todo estaba dispuesto para que Abraham y su hijo disfrutaran de la paz y la tranquilidad a la que sin duda se habían hecho acreedores.

Entonces, de súbito, «fue después de todas esas cosas -dice la Biblia (Génesis, capítulo 22)-, que Dios puso a prueba a Abraham», diciéndole que fuera a determinado lugar y que sacrificara allí a su hijo amado:

Toma contigo a tu hijo Isaac, a tu único hijo, al cual amas, y vete a la Tierra de Moriah; y ofrécelo allí como sacrificio en uno de los montes, el que yo te señalaré.

La Biblia no explica por qué decidió Dios poner a prueba a Abraham de aquél modo tan insufrible. Abraham, dispuesto a llevar a cabo la orden divina, descubrió justo a tiempo que

no era más que una prueba de su devoción: un ángel del Señor le señaló un carnero atrapado entre unos arbustos, y le dijo que el que tenía que ser sacrificado era el carnero, no Isaac. Pero, ¿para qué la prueba, si no era necesaria en absoluto, ni se llevaba a cabo allí donde Abraham e Isaac vivían, cerca de Beersheba? ¿Para qué emprender un viaje de tres días? ¿Para qué ir a esa parte de Canaán que Dios identificó como la Tierra de Moriah, para localizar allí un monte específico, que Dios mismo señalaría, para realizar allí la prueba?

Al igual que en el primer caso, tenía que haber algo especial en el lugar elegido. Se nos dice (Génesis 22,4) que, «al tercer día, Abraham elevó los ojos y vio el lugar desde la distancia». La región era rica, si es que era rica en algo, en montañas áridas; de cerca, y ciertamente desde la distancia, todas parecían iguales. Sin embargo, Abraham reconoció aquel monte en particular «desde la distancia». Algo tendría que haber allí que lo distinguiera de todos los demás montes. Tanto que, cuando terminó su calvario, le puso al lugar un nombre largo tiempo recordado: El Monte Donde Yahveh Es Visto. Como queda claro en 2 Crónicas 3,1, el Monte Moriah fue la cima de Jerusalén sobre la cual se construiría tiempo después el Templo.

Para cuando Jerusalén se convirtió en una ciudad, ésta abarcaba tres montes. Nombrados desde el noreste hasta el suroeste, fueron el Monte Zophim («Monte de los Observadores», llamado ahora Monte Scopus), el Monte Moriah («Monte de la Dirección, de la Indicación») en el centro, y el Monte Sión («Monte de la Señal»); son éstas denominaciones de funciones que traen a la mente los nombres de las funciones de la ciudades baliza de los Anunnaki que marcaban Nippur y el Sendero de Aterrizaje cuando el espaciopuerto estaba en Mesopotamia.

Las leyendas judías dicen que Abraham reconoció el Monte Moriah desde la distancia debido a que vio sobre él «un pilar de fuego que iba de la Tierra al Cielo, y una espesa nube en la cual era visible la Gloria de Dios». Este lenguaje resulta casi idéntico a la descripción bíblica de la presencia del Señor sobre el Monte Sinaí durante el Éxodo. Pero, dejando a un lado la tradición popular, lo que creemos que vio Abraham y que le identificó el monte como diferente, que lo distinguía de todos los demás allí, fue la gran plataforma que había sobre él.

Una plataforma que, aunque más pequeña que el Lugar de Aterrizaje de Baalbek, formaba parte también de las instalaciones espaciales de los Anunnaki. Pues sostenemos que Jerusalén, antes de convertirse en Jerusalén, fue el Centro de Control de Misiones posdiluviano.

Y, al igual que en Baalbek, esa plataforma, aún existe.

La razón (para la primera) y el propósito (de la segunda) digresión se nos aclaran de este modo. La culminación de la misión de Abraham vino marcada por una celebración formal, con bendición sacerdotal incluida y ceremonia del pan y el vino, en un lugar (el único lugar de Canaán) conectado directamente con la presencia de los Elohim. El segundo desvío pretendía poner a prueba las cualidades de Abraham para un estatus elegido después de la destrucción del espaciopuerto y del resultante desmantelamiento de las instalaciones del Centro de Control de Misiones; y para renovar allí la alianza, en presencia del sucesor de Abraham, Isaac. De hecho, la renovación de la divina promesa siguió inmediatamente después de la prueba:

Y el Ángel de Yahveh

llamó a Abraham por segunda vez

desde los cielos, diciendo, ésta es la palabra de Yahveh:

«Éste es mi juramento:

Por haber hecho esto,

y no haberme negado tu hijo, tu único,

te colmaré de bendiciones

y multiplicaré muchísimo tu simiente...

Y en tu simiente serán bendecidas todas las naciones de la Tierra.»

Al renovar el juramento divino en este sitio en particular, el sitio en sí (terreno sagrado desde entonces) se convirtió en parte y parcela de la herencia de Abraham el hebreo y sus descendientes.

La Promesa Divina a Abraham, Dios ya se lo había dicho, se haría realidad con el paso del tiempo y tras la servidumbre en tierra extranjera durante cuatrocientos años. Dicho todo, sería mil años más tarde cuando los descendientes de Abraham tomarían posesión del monte sagrado, de Monte Moriah. Cuando los israelitas llegaron a Canaán después del Éxodo, se encontraron con que la tribu de los jebuseos se había instalado al sur del monte sagrado, y les dejaron estar, puesto que aún no había llegado el tiempo para la toma de posesión de aquel sacro lugar. Tan singular premio le correspondió al rey David, quien hacia el 1000 a.C, mil años después de haber sido puesto a prueba Abraham, capturó la población jebusea y trasladó la capital desde Hebrón hasta lo que se ha dado en llamar en la Biblia la Ciudad de David.

Es importante percatarse de que la población jebusea que capturó David, y su nueva capital, no era en modo alguno «Jerusalén», como se suele creer, ni siquiera lo era la amurallada

«Ciudad Vieja». La zona que David capturó, y que luego se conocería como Ciudad de David, fue el Monte Sión, no el Monte Moriah. Incluso, cuando el sucesor de David, Salomón, extendió la ciudad hacia el norte, hasta una zona llamada Ofel, se detuvo antes de invadir esta singular zona del norte. Creemos que esto indica que la sagrada plataforma, que se extendía desde allí hacia el norte sobre el Monte Moriah, ya existía en la época de David y de Salomón.

La población jebusea, por tanto, no estaba sobre el Monte Moriah y su plataforma, sino bastante más al sur. (La habitación humana en las cercanías -pero no dentro- de un recinto sagrado era común en los «centros de culto» mesopotámicos, como en Ur o, incluso, en la Nippur de Enlil, como se muestra en un mapa de Nippur que se descubrió dibujado sobre tablillas de arcilla.)

Una de las primeras cosas que hizo David fue trasladar el Arca de la Alianza desde su última ubicación temporal hasta la capital, como preparativo para su emplazamiento en una Casa de Yahveh adecuada que David planeaba erigir. Pero ese honor, según le dijo el profeta Natán, no sería suyo a cuenta de la sangre derramada por sus manos en las guerras nacionales y en sus conflictos personales; el honor, se le dijo, sería para su hijo Salomón. Todo lo que se le permitió hacer mientras tanto fue erigir un altar; el lugar exacto de ese altar se lo mostró a David un «Ángel de Yahveh, de pie entre el Cielo y la Tierra», que señalaba el lugar con una espada desnuda. También se le mostró un Tavnit, un modelo a escala del futuro templo, y se le dieron detalladas instrucciones arquitectónicas, que, llegado el momento, David le transmitió a Salomón en una ceremonia pública, diciendo:

Todo esto, escrito por Su mano, me hizo comprender Yahveh, de todas las obras del Tavnit.

Se puede juzgar hasta dónde llegaban los detalles de las especificaciones para el templo y sus diversas secciones, así como los utensilios del ritual, en 1 Crónicas 28,11-19.)

En el cuarto año de su reinado (480 años después del comienzo del Éxodo, dice la Biblia), Salomón comenzó la construcción del Templo, «sobre el Monte Moriah, como se le había mostrado a su padre, David».

Mientras se traían maderas de los cedros del Líbano, se importaba el oro más puro de Ofir y se extraía y se fundía el cobre para los lavabos especificados en las famosas minas del rey Salomón, había que erigir la estructura en sí con «piedras talladas y cinceladas, grandes y costosas piedras».

Los sillares de piedra tuvieron que prepararse y tallarse según el tamaño y la forma deseados en otra parte, ya que la construcción estaba sujeta a una estricta prohibición contra el uso de cualquier herramienta de hierro para el Templo. Así, los bloques de piedra tuvieron que ser transportados y ubicados en el lugar sólo para su montaje. «Y la Casa, cuando estaba en construcción, se hizo de piedra, lista ya antes de ser llevada hasta allí; de modo que no hubo martillo ni sierra, ni ninguna herramienta de hierro en la Casa mientras se estuvo construyendo» (1 Reyes 6,7).

Llevó siete años finalizar la construcción del Templo y equiparlo con todos los utensilios del ritual. Después, en la siguiente celebración del Año Nuevo («en el séptimo mes»), el rey, los sacerdotes y todo el pueblo presenciaron el traslado del Arca de la Alianza hasta su lugar permanente, en el Santo de los Santos del Templo. «No había nada en el Arca, salvo las dos tablillas de piedra que Moisés había puesto en su interior» en el Monte Sinaí. En cuanto el Arca estuvo en su lugar, bajo los querubines alados, «una nube llenó la Casa de Yahveh», obligando a los sacerdotes a salir apresuradamente. Después, Salomón, de pie ante el altar que había en el patio, oró a Dios «que mora en el cielo» para que viniera y residiera en esta Casa. Fue más tarde, por la noche, cuando Yahveh se le apareció a Salomón en un sueño y le prometió una presencia divina: «Mis ojos y mi corazón estarán en ella para siempre.»

El Templo se dividió en tres partes, a las cuales se entraba mediante un gran pórtico flanqueado por dos pilares especialmente diseñados. La parte frontal recibió el nombre de Ulam («Vestíbulo»); la parte más grande, la del medio, era el Ekhal, término hebreo que proviene del Sumerio E.GAL («Gran Morada»). Separada de ésta mediante una pantalla, estaba la parte más profunda, el Santo de los Santos. Se le llamó Dvir, literalmente: El Orador, pues guardaba el Arca de la Alianza con los dos querubines sobre ella de entre los cuales Dios le hablaba a Moisés durante el Éxodo. El gran altar y los lavabos estaban en el patio, no dentro del Templo.

Los datos y las referencias bíblicas, las tradiciones antiguas y las evidencias arqueológicas no dejan lugar a dudas de que el Templo que construyó Salomón (el Primer Templo) se levantaba sobre la gran plataforma de piedra que todavía corona el Monte Moriah (también conocido como el Monte Santo, Monte del Señor o Monte del Templo). Dadas las dimensiones del Templo y el tamaño de la plataforma, existe un acuerdo general sobre dónde se levantaba el Templo, y sobre el hecho de que el Arca de la Alianza, dentro del Santo de los Santos, estaba emplazada sobre un afloramiento rocoso, una Roca Sagrada que, según firmes tradiciones, era la roca sobre la que Abraham estuvo a punto de sacrificar a Isaac. En las escrituras judías, la roca recibió el nombre de Even Sheti'yah, «Piedra de Fundación», pues fue a partir de esa piedra que «todo el mundo se tejió». El profeta Ezequiel (38,12) la identificó como el Ombligo de la Tierra. Esta tradición estaba tan arraigada, que los artistas cristianos de la Edad Media representaron el lugar como el Ombligo de la Tierra y siguieron haciéndolo así aún después del descubrimiento de América .

El Templo que construyera Salomón (el Primer Templo) lo destruyó el rey babilonio Nabucodonosor en 576 a.G, y lo reconstruyeron los exiliados judíos a su regreso de

Babilonia 70 años después. Este Templo, conocido como el Segundo Templo, fue sustancialmente mejorado y agrandado con posterioridad, en tiempos del rey de Judea Herodes, entre el 36 y el 4 a.C. Pero el Segundo Templo siguió en todas sus fases el trazado, la ubicación y la situación originales del Santo de los Santos sobre la Roca Sagrada. Y cuando los musulmanes conquistaron Jerusalén en el siglo vn d.C, proclamaron que Mahoma había ascendido a los cielos en una visita nocturna desde aquella Roca Sagrada, y salvaguardaron el lugar construyendo sobre él la Cúpula de la Roca, para protegerlo y magnificarlo.

Geológicamente, la roca es un afloramiento de la roca natural subyacente, que sobresale por encima del nivel de la plataforma de piedra entre 1.50 y 1.80 metros (la superficie es desigual). Pero es un «afloramiento» de lo más extraño y en más de un sentido. La cara visible está tallada y conformada, con un grado de precisión impresionante, para formar receptáculos rectangulares, alargados, horizontales y verticales, y hornacinas de diversas profundidades y tamaños. Lo que sólo se suponía desde hace ya mucho tiempo (p. ej. Hugo Gressman, Altorientalische Bilder zum Alten Testameni) se ha confirmado en investigaciones recientes (como la de Leen Ritmeyer, Locating the Original Temple Mount): el Arca de la Alianza y los muros del Santo de los Santos estuvieron situados en el punto de la superficie de la roca donde está el corte largo y recto y otras hornacinas.

Lo que suponen estos hallazgos es que los cortes y las hornacinas de la superficie de la roca se remontan al menos a la época del Primer Templo. Sin embargo, no se dice nada en absoluto en los pasajes relevantes de la Biblia sobre cortes en la roca de este calibre por parte de Salomón; de hecho, habría sido imposible, ¡debido a la estricta prohibición del uso de herramientas de metal en el Monte!

El enigma de la Roca Sagrada y de lo que se elevó encima de ella se hace aún más grande al pensar lo que pudo haber bajo ella. La roca no es un simple afloramiento, ¡Está hueca!

De hecho, con el permiso necesario, uno puede bajar por un tramo de escaleras construidas por las autoridades musulmanas que llevan a una caverna cuyo techo rocoso es la parte de la Roca Sagrada que sobresale del suelo. En esta caverna, que no se sabe con certeza si es natural o no, hay también profundas hornacinas y receptáculos, tanto en las paredes de roca como en el suelo (algo que se podía ver antes de que cubrieran el suelo con alfombras de oración). También se ve lo que parece una abertura a un oscuro túnel; pero qué es aquello y adonde lleva es un secreto muy bien guardado por los musulmanes. Algunos viajeros del siglo xix afirmaban que esta caverna no es la única cavidad bajo la superficie relacionada con la Roca Sagrada; decían que había aún otra cavidad por debajo de ésta. Investigadores israelíes, a los que se les impide fanáticamente el paso en la zona, han determinado, con la ayuda de tecnología de sonar y de radar de penetración de tierra, que ciertamente existe otra cavidad mayor bajo la Roca Sagrada. Estas misteriosas cavidades no sólo han disparado las especulaciones referentes a los posibles tesoros del Templo, o a los archivos del Templo que pudieron haberse ocultado allí, cuando el Primer y el Segundo Templo estaban a punto de ser invadidos y destruidos. Se especula incluso con que el Arca de la Alianza, que la Biblia deja de mencionar después de que el faraón egipcio Sheshak saqueara (pero no destruyera) el Templo hacia el 950 a.C, pudiera haberse ocultado allí. Eso, de momento,

tendrá que seguir siendo sólo una especulación. Lo que sí es cierto, no obstante, es que el salmista y los profetas bíblicos se referían a esta Roca Sagrada cuando utilizaban el término de «Roca de Israel» como eufemismo de «Yahveh». Y el profeta Isaías (30,29), hablando del tiempo futuro de redención universal en el Día del Señor, profetizaba que las naciones de la Tierra llegarán a Jerusalén para alabar al Señor «en el Monte de Yahveh, en la Roca de Israel». El Monte del Templo está cubierto con una plataforma de piedra horizontal, de forma rectangular ligeramente imperfecta (debido a los contornos del terreno), cuyo tamaño es de alrededor de 490 por 270 metros, para una superficie totalmente pavimentada de piedra de cerca de 140.000 metros cuadrados. Aunque se cree que la actual plataforma tiene secciones, en el extremo sur y posiblemente también en el norte, que se le añadieron entre la construcción del Primer Templo y la destrucción del Segundo Templo, lo que es seguro es que la mole de la plataforma es original; ciertamente es así en lo referente a la porción ligeramente elevada, donde está situada la Roca Sagrada (y, por tanto, la Cúpula de la Roca).

Como muestran los lados visibles de los muros de contención de la plataforma, y como han revelado excavaciones más recientes, el lecho de roca natural del Monte Moriah tiene una considerable inclinación de norte a sur. Aunque nadie puede decir con certeza cuál era el tamaño de la plataforma en la época de Salomón, ni puede estimar con exactitud la profundidad de las pendientes que hubo que rellenar, una suposición arbitraria de una plataforma que midiera sólo dos terceras partes de lo que mide ésta y con una profundidad media de 18 metros (mucho menos en el norte, mucho más en el sur), precisaría de 1.700.000 metros cúbicos de conglomerado (tierra y piedras). Una construcción verdaderamente imponente, la que habría que llevar a cabo.

Sin embargo, en ninguna parte en la Biblia se hace siquiera una mención o una insinuación de tal empresa. Las instrucciones para el Primer Templo llenan páginas y páginas en la Biblia; se da cada pequeño detalle, se precisan las medidas hasta un grado sorprendente, dónde se debería de prescribir este o aquel utensilio o artefacto, se especifica la longitud que debían tener las pértigas con las que se transportaba el Arca, y así una y otra vez. Pero todo esto se aplica a la Casa de Yahveh. Ni una palabra acerca de la plataforma sobre la cual se iba a elevar; y eso sólo podía significar que la plataforma ya estaba allí, que no había necesidad de construirla.

En completo contraste con esta ausencia de mención, destacan las repetidas referencias en 2 Samuel y 1 Reyes al Millo, literalmente «el relleno», un proyecto iniciado por el rey David y continuado por Salomón para rellenar parte de las pendientes de la esquina suroriental de la plataforma sagrada y permitir así que la Ciudad de David se extendiera hacia el norte, acercándose a la antigua plataforma. Evidentemente, los dos reyes se sentían bastante orgullosos de tal logro, y se aseguraron de que quedara registrado en las crónicas reales. (Excavaciones recientes en esa zona indican, no obstante, que lo que se hizo fue elevar el nivel de la pendiente construyendo una serie de terrazas de tamaño decreciente a medida que se elevaban; eso era mucho más fácil que rodear previamente toda la zona de expansión con unos altos muros de contención y rellenar el hueco con conglomerado.)

Este contraste corrobora sin duda la conclusión de que ni David ni Salomón construyeron la enorme plataforma sobre el Monte Moriah, con sus inmensos muros de contención y la ingente cantidad de relleno requerido. Todas las evidencias sugieren que la plataforma existía ya antes incluso de que se contemplara la idea de construir el Templo.

¿Quién construyó entonces la plataforma, con las ingentes obras de tierra y piedras que supone? Evidentemente, nuestra respuesta es: los mismos maestros constructores que hicieron la plataforma de Baalbek (y, también, la enorme plataforma, exactamente emplazada, sobre la cual se eleva la Gran Pirámide de Gizeh).

La gran plataforma que cubre el Monte del Templo está rodeada de muros que sirven tanto de muros de contención como de fortificaciones. La Biblia dice que Salomón construyó muros así, al igual que los reyes de Judea que vinieron después de él. Hay secciones visibles de los muros, especialmente en los lados meridional y oriental, en los que se ven construcciones de diversos períodos posteriores. Invariablemente, las hiladas inferiores (y, por tanto, las más antiguas) están construidas con bloques de piedra más grandes y mejor conformados. De estos muros, sólo el Muro Occidental, por tradición y como lo confirma la arqueología, se ha conservado como un remanente actual de la época del Primer Templo; al menos, en las hiladas inferiores, donde los sillares (bloques de piedra perfectamente tallados y conformados) son los más grandes. Durante casi dos milenios, desde la destrucción del Segundo Templo, los judíos se han agarrado a este remanente, dando culto aquí, rezándole a Dios, buscando socorro personal insertando trozos de papel con peticiones a Dios entre los sillares, llorando la destrucción del Templo y la dispersión del pueblo judío; hasta tal punto que, con el tiempo, los cruzados y otros conquistadores de Jerusalén le dieron al Muro Occidental el sobrenombre de «Muro de las Lamentaciones».

Hasta la reunificación de Jerusalén por parte de Israel en 1967, el Muro Occidental no era más que una franja de muro, con unos treinta metros apretujados entre viviendas. Delante se había dejado un estrecho espacio para los que oraban, y a ambos lados, las casas, amontonadas, invadían el Monte Santo. Cuando se quitaron éstas, surgió una gran plaza delante del Muro Occidental, y quedó al descubierto en toda su extensión hasta la esquina sur. Y, por primera vez en casi dos mil años, se pudo observar que los muros de contención se extendían hacia abajo tanto como lo que sobresalían por encima de lo que se había considerado que era el nivel del suelo. Como sugerían las hasta entonces porciones visibles del «Muro de las Lamentaciones», las hiladas inferiores eran más grandes, estaban mejor conformadas y eran, cómo no, mucho más antiguas.

La extensión del Muro Occidental hacia el norte atraía con sus misterios y con la promesa de antiguos secretos.

En la década de 1860, el capitán Charles Wilson exploró allí una arcada (que todavía lleva su nombre) que llevaba hacia el norte hasta un pasaje parecido a un túnel, y hacia el oeste hasta una serie de cámaras con arcos y bóvedas. Al quitar las viviendas intrusas, se descubrió que el actual nivel de la calle se encuentra por encima de varios niveles, ahora

subterráneos, de construcciones antiguas entre las que había más pasajes y arcadas. ¿Hasta dónde llegaría todo eso por abajo y hacia el norte? Ése era un misterio que los arqueólogos israelíes comenzaron por fin a abordar.

Y, al final, lo que descubrieron fue absolutamente increíble.

Utilizando datos de la Biblia, del Libro de los Macabeos y de los escritos del historiador judeorromano Josefo (y teniendo en cuenta incluso una leyenda medieval que decía que el rey David conocía un modo de subir al Monte desde el oeste), los arqueólogos israelíes llegaron a la conclusión de que el Arco de Wilson era la entrada a lo que debió de haber sido en tiempos primitivos una calle al aire libre que discurría a lo largo del Muro Occidental, y que el Muro, en sí, se extendía hacia el norte decenas y decenas de metros. La laboriosa extracción de los escombros, que confirmó esta suposición, llevó a la apertura en 1996 del «Túnel Arqueológico» (un acontecimiento que provocó titulares en los periódicos por más de un motivo).

El Túnel del Muro Occidental, que se extiende a lo largo de casi 500 metros, desde su inicio en el Arco de Wilson hasta su salida en la Vía Dolorosa (por donde Jesús pasó llevando la cruz), desvela y atraviesa restos de calles, túneles de agua, estanques, arcadas, construcciones y plazas de mercado de tiempos bizantinos, romanos, herodianos, hasmoneanos y bíblicos. La experiencia de recorrer el túnel, muy por debajo del nivel del suelo, es tan emocionante y espeluznante como lo sería la de ser transportados en una máquina del tiempo hacia atrás en el pasado.

A todo lo largo del túnel, el visitante puede ver (y tocar) el verdadero muro de contención occidental de los tiempos más primitivos. Hiladas que habían estado ocultas durante milenios han quedado al descubierto. En la sección más septentrional del túnel, queda a la vista el lecho de roca natural que se inclina hacia arriba. Pero la sorpresa mayúscula, tanto para el visitante como para los arqueólogos, se halla en la sección más meridional del muro descubierto:

Allí, en el antiguo nivel de la calle pero aún no en la hilada más baja del fondo, se emplazaron unos enormes bloques de piedra y, encima de ellos, ¡cuatro colosales bloques de varios centenares de toneladas cada uno!

En esta parte del Muro Occidental hay una sección que está compuesta por bloques de piedra extraordinarios de 3,35 metros de altura, alrededor del doble de los inusualmente grandes bloques que conforman el nivel inferior. Sólo cuatro de estos bloques de piedra componen la sección; uno de ellos tiene unos colosales 12,8 metros de largo. otro mide 12,2 metros de largo, y un tercero más de 7,5 metros. El radar de penetración de tierra y otros sondeos indican que la profundidad de estas piedras es de 4,3 metros. Por lo tanto, la

mayor de las tres tiene una masa de piedra de alrededor de 184 metros cúbicos, ¡y pesa alrededor de 600 toneladas! La segunda, un poco más pequeña, pesa unas 570 toneladas, y la tercera alrededor de 355 toneladas.

Se trata de tamaños y pesos colosales bajo cualquier concepto; los bloques utilizados en la construcción de la Gran Pirámide de Gizeh tienen un promedio de 2'5 toneladas cada uno, con un peso máximo de alrededor de 15 toneladas. De hecho, la única comparación que nos viene a la mente son los tres Trilithons de la gran plataforma de piedra de Baalbek, que también forman una hilada por encima de otros bloques de piedra más pequeños, aunque también colosales.

¿Quién pudo haber colocado estos gigantescos bloques de piedra, y para qué?

Dado que los bloques de piedra están mellados en sus márgenes, los arqueólogos suponen que son de la época del Segundo Templo (o más concretamente del período herodiano, siglo i a.C). Pero incluso aquellos que sostienen que la plataforma de piedra original era más pequeña que la actual coinciden en afirmar que la porción central que rodea la Piedra Sagrada, y a la cual pertenece el enorme muro de contención, está ahí desde la época del Primer Templo. En aquel momento, la prohibición de utilizar herramientas de hierro (que se remonta a la época de Josué) se hacía cumplir estrictamente. Todos los bloques de piedra que utilizara Salomón, sin excepción, se extrajeron, se tallaron, se conformaron y se prepararon en algún otro sitio antes de trasladarlos hasta el lugar, donde únicamente se montaron. Y que éste es el caso respecto a los colosales bloques de piedra en discusión lo evidencia aún más el hecho de no forman parte de la roca nativa, pues se hallan bien por encima de ella y tienen un matiz sensiblemente diferente. (De hecho, los últimos descubrimientos al oeste de Jerusalén sugieren que podrían haber venido de una cantera de aquella zona.) De qué modo fueron transportados y elevados hasta el nivel requerido para después ubicarlos en el emplazamiento necesario siguen siendo cuestiones que los arqueólogos son incapaces de responder.

Sin embargo, sí que se ha ofrecido una respuesta a la pregunta de para qué. El arqueólogo jefe del lugar, Dan Bahat comentó en Biblical Archaeology Review: «Creemos que al otro lado (el oriental) del muro occidental, en ese lugar, bajo el Monte del Templo, hay una enorme sala; nuestra teoría es que la Hilada Maestra (que es como se le ha llegado a conocer esta sección) se instaló para soportar y hacer de contrafuerte de una bóveda interior».

La sección con los enormes bloques de piedra se halla ligeramente al sur del emplazamiento de la Piedra Sagrada. Por lo tanto, sugerir, como sugerimos, que esta enorme sección era necesaria por los duros impactos relacionados con la función del lugar como Centro de Control de Misiones, con sus equipos instalados sobre y dentro de la Roca Sagrada, parece después de todo la única explicación plausible.

## 11. UN TIEMPO DE PROFECÍA

La dilación en el inicio de la construcción del Templo de Jerusalén, ¿fue debida a la razón dada (el que David derramara sangre enemiga en guerras y desavenencias), o fue sólo una excusa para oscurecer otra razón más profunda?

Resulta extraño que, como resultado de esta dilación, el lapso de tiempo transcurrido desde la renovación de la alianza con Abraham en el Monte Moriah (y, en esta ocasión, también con Isaac) hasta el inicio de la construcción del Templo fuera exactamente de mil años. Y es extraño porque el exilio de Marduk duró también mil años; y eso parece algo más que una coincidencia casual.

La Biblia deja claro que el momento de la construcción del Templo la determinó el mismo Dios; aunque los detalles arquitectónicos estaban ya listos, e incluso había también un modelo a escala, fue Él dijo, a través del profeta Natán: «Todavía no; no David, sino el siguiente rey, Salomón.» Del mismo modo, es evidente que no fue Marduk el que marcó el tiempo de finalización de su propio exilio. De hecho, casi desesperado, se lamentaba: «¿Hasta cuándo?» Y eso debía significar que el fin de sus días de exilio le era desconocido; venía determinado por lo que podríamos llamar el Hado; o bien, si era deliberado, por la mano invisible del Señor de Señores, el Dios al que los hebreos llamaban Yahveh.

La idea de que un milenio (mil años) significa más que un acontecimiento calendárico, que presagia sucesos apocalípticos, se cree en general que proviene de un relato visionario del Libro del Apocalipsis, capítulo 20, en el cual se profetizaba que «el Dragón, la antigua Serpiente, que es el Demonio y Satanás, estará sujeto durante mil años, arrojado al abismo y encerrado allí durante mil años, para que no seduzca a las naciones hasta que se cumplan los mil años.» Entonces, Gog y Magog se enzarzarán en una guerra mundial; tendrá lugar la Primera Resurrección de los muertos, y comenzarán los Tiempos Mesiánicos.

Estas palabras visionarias, que introducen en el cristianismo la noción (y la expectativa) de un milenio apocalíptico, se escribieron en el siglo i d.C. Así, aunque en el libro se nombra a Babilonia como «el imperio del mal», los eruditos y los teólogos suponen que no se trata más que de un nombre codificado de Roma.

Pero, aun así, resulta significativo que las palabras del Apocalipsis repitan las palabras del profeta Ezequiel (siglo vi a.C), que tuvo una visión de la resurrección de los muertos en el Día del Señor (capítulo 37), así como la guerra mundial de Gog y Magog (capítulos 38, 39); ésta tendrá lugar, dice Ezequiel, «al Fin de los Años». Decía que los Profetas de Yahveh lo habían predicho todo en los Días de Antaño, «que, entonces, profetizaron acerca de los Años».

«Los Años» por cumplir, la cuenta hasta el «Fin de los Años». Ciertamente, muchos siglos antes de la época de Ezequiel, la Biblia ofreció una pista:

Mil años,a tus ojos,son como un día, que ya pasó.

Esta declaración, en el Salmo 90,4, se le atribuye en la Biblia al propio Moisés; así, la aplicación de mil años a una medida de tiempo divina, se remonta al menos a la época del Éxodo. De hecho, en el Deuteronomio (7,9), se le asigna un período de «mil generaciones» a la duración de la Alianza de Dios con Israel; y en el Salmo de David compuesto cuando se llevó el Arca de la Alianza a la Ciudad de David, se vuelve a recordar la duración de mil generaciones (1 Crónicas 16,15). En otros salmos se aplica una y otra vez el número «mil» a Yahveh y a sus maravillas; en el Salmo 68,18, se da incluso la cifra de mil años como la duración del Carro de los Elohim. La palabra hebrea Eleph, «mil», se deletrea con las tres letras, Aleph («A»), Lamed («L») y Peh («P» o «Ph»), lo cual se puede leer como Aleph, que es la primera letra del alfabeto, y numéricamente «1». Si se suman las tres letras, se obtiene el valor numérico de 111 (1+30+80), algo que se puede tomar como una triple afirmación de la Unidad de Yahveh y del monoteísmo, siendo «Uno» una palabra codificada de Dios. No por azar, las mismas letras, reordenadas (P-L-A), forman Peleh - maravilla de maravillas, un epíteto de la obra de Dios y de los misterios del Cielo y la Tierra que están más allá del entendimiento humano. Esas maravillas de maravillas referidas principalmente a las cosas creadas y predichas en el lejano pasado; también forman el tema de las preguntas de Daniel cuando intentaba adivinar el Fin de los Tiempos (12,6).

Así, parece haber ruedas dentro de ruedas, significados dentro de significados, códigos dentro de códigos en esos versículos concernientes a un período de mil años: no es sólo la obvia cuenta secuencial numérica del paso del tiempo, sino también una duración incorporada a la Alianza, una afirmación codificada de monoteísmo y una profecía concerniente al milenio y al Fin de los Años.

Y, como deja claro la Biblia, los mil años cuya cuenta comenzó con la construcción del Templo (coincidente con lo que ahora llamamos el último milenio a.C.) fueron un tiempo de profecía.

Para comprender los sucesos y las profecías de ese último milenio, uno tiene que atrasar el reloj hasta el milenio precedente, hasta la catástrofe nuclear y la consecución de la supremacía por parte de Marduk.

Los Textos de las Lamentaciones, que describen el desastre y la desolación en los que quedaron sumidos Sumer y Acad cuando la mortífera nube nuclear recorrió Mesopotamia,

cuentan cómo los dioses Sumerios abandonaban apresuradamente sus «centros de culto» a medida que avanzaba el Viento Maligno hacia ellos. Unos «se ocultaron en las montañas», otros «escaparon hasta llanuras distantes». Inanna, dejando atrás sus posesiones, se trasladó hasta África en una nave sumergible; la esposa de Enki, Ninki, fue hasta el Abzu, en África, «volando como un pájaro», mientras él, buscando un puerto seguro, fue hacia el norte; Enlil y Ninlil partieron con destino desconocido, al igual que Ninharsag. En Lagash, la diosa Bau estaba sola, pues Ninurta había partido en su misión nuclear; Bau «lloró amargamente por su templo» y se demoró; el resultado fue trágico, pues «en aquel día, la tormenta cayó sobre ella; Bau, como si de una mortal se tratara, gue alcanzada por la tormenta».

La lista de los dioses que huyeron sigue y sigue, hasta que llega a Ur y sus deidades. Allí, como ya hemos mencionado, Nannar/Sin se negó a creer que el hado de su ciudad estuviera sellado. En las lamentaciones que su propia esposa, Ningal, escribió posteriormente, ésta cuenta que, a pesar del fétido olor de los muertos que llenaban la ciudad, se quedaron allí y «no huyeron». Ni tampoco huyeron en la noche que siguió al terrorífico día. Pero, a la mañana siguiente, las dos

deidades, acurrucadas en la cámara subterránea de su zigurat, se dieron cuenta de que la ciudad estaba condenada, y también la abandonaron.

La nube nuclear, que viró hacia el sur debido a los vientos, perdonó a Babilonia; y esto se tomó como un augurio que reforzaba la concesión de los cincuenta nombres a Marduk, un indicio de su merecida supremacía. Su primera decisión fue la de llevar a cabo la sugerencia de su padre de que los mismos Anunnaki construyeran para él su templo/casa en Babilonia, el E.SAG.IL («Casa de la Cabeza Elevada»). A ésta se le añadió, en el recinto sagrado, otro templo para la celebración del Año Nuevo y la lectura del revisado Enuma elish; su nombre, E.TEMEN.AN.KI («Casa de la Fundación Cielo-Tierra»), pretendía indicar con toda claridad que sustituía al DUR.AN.KI («Enlace Cielo-Tierra») de Enlil, que había estado en el corazón de Nippur cuando era el Centro de Control de Misiones.

Los expertos han prestado escasa atención al tema de las matemáticas en la Biblia, dejando sin abordar lo que debería ser un enigma: ¿Por qué la Biblia hebrea adoptó tan absolutamente el sistema decimal, aún siendo Abraham un Ibri (un nombre Sumerio de Nippur) y basándose todos los relatos del Génesis (que se repiten en los Salmos y por todas partes) en los textos Sumerios? ¿Por qué no existe referencia alguna al sistema sexagesimal Sumerio («de base 60») en la numerología de la Biblia, una numerología que culminó con el concepto del milenio?

Uno se pregunta si Marduk sería sabedor de este asunto. Marduk marcó su asunción a la supremacía proclamando una Nueva Era (la del Carnero), revisando el calendario y construyendo un nuevo Pórtico de los Dioses. En estas decisiones se pueden encontrar también evidencias para unas nuevas matemáticas, un cambio tácito desde el sistema sexagesimal hasta el sistema decimal.

El punto focal de estos cambios fue el templo-zigurat que le honraba, y que Enki sugirió que se lo construyeran los propios Anunnaki. Los descubrimientos arqueológicos de sus ruinas (y de sus repetidas reconstrucciones), así como la información que proporcionaron las tablillas, con precisos datos arquitectónicos, revelan que este zigurat se elevaba en siete niveles, el más alto de los cuales servía de residencia de Marduk. Planeado, como el propio Marduk había pedido, «de acuerdo con los escritos del Cielo Superior», era una estructura cuadrada cuya base o primer nivel medía 15 gar (alrededor de 90 metros) por cada lado y tenía 5,5 gar (unos 33 metros) de altura; encima de éste había un segundo nivel, más pequeño y más bajo; y así sucesivamente, hasta alcanzar una altura total de los mismos 90 metros que tenía en la base. El resultado era un cubo cuya circunferencia equivalía a 60 gar en cada una de sus tres dimensiones, dando la construcción el número celestial de 3.600 si se elevaba al cuadrado (60 x 60), y de 216.000 si se elevaba al cubo (60 x 60 x 60). Pero en ese númerohabía oculto un cambio al sistema decimal, pues representaba elnúmero zodiacal 2.160 multiplicado por 100.

Las cuatro esquinas del zigurat estaban orientadas exactamentea los cuatro puntos cardinales. Y, como han demostrado los estudiosde los arqueoastrónomos, la altura escalonada de cada uno de los seisprimeros niveles se calculó exactamente para poder realizar observaciones celestiales en esa localización geográfica concreta. Así, estezigurat no sólo se diseñó para sobrepasar al antiguo Ekur de Enlil,sino también para asumir las funciones astronómico/calendáricas de

Nippur.

Esto se llevó a la práctica con la institución de una revisión del calendario, una cuestión tanto de prestigio teológico como de necesidad, porque el cambio zodiacal (de Tauro a Aries) precisaba también de un ajuste de un mes en el calendario, si se pretendía que Nissan («El Portaestandarte») siguiera siendo el primer mes y el mes del equinoccio de primavera. Para ello, Marduk ordenó que el último mes del año, Addaru, se duplicara aquel año. (El mecanismo de duplicar Addar siete veces dentro de un ciclo de diecinueve años se ha adoptado en el calendario hebreo como forma de realinear periódicamente los años lunares y solares).

Al igual que en Mesopotamia, el calendario también se revisó en Egipto. Diseñado allí originariamente por Thot, cuyo «número secreto» era el 52, dividía el año en 52 semanas de 7 días cada una, dando un año solar de sólo 364 días (un tema destacado en El Libro de Henoc). Marduk (bajo el nombre de Ra) instituyó en su lugar un año basado en una división de 10: dividió el año en 36 «decanatos» de diez días cada uno; los resultantes 360 días venían seguidos después por cinco días especiales para completar los 365.

La Nueva Era a la que había dado entrada Marduk no fue una era de monoteísmo. Marduk no se declaró a sí mismo el único dios; de hecho, necesitaba que los otros dioses estuvieran presentes y le aclamaran como supremo. Para ello, proveyó el recinto sagrado de Babilonia de santuarios, de pequeños templos y residencias para todos los demás dioses principales, y les invitó a que hicieran su hogar allí. En ninguno de los textos hay indicios de que alguien aceptara la invitación. De hecho, para cuando se instaló finalmente en Babilonia la dinastía

real que Marduk había previsto, hacia 1890 a.C, los dioses que se habían dispersado comenzaron a establecer sus nuevos dominios alrededor de Mesopotamia.

Prominente entre ellos estaba Elam, en el este, con Susa (la bíblica Shushan) como capital, y Ninurta como «dios nacional». Por el oeste, floreció por sí mismo un reino cuya capital recibió el nombre de Mari (del termino Amurru, la Occidental), en las riberas occidentales del río Eufrates; sus magníficos palacios estaban decorados con murales que mostraban a Ishtar invistiendo al rey (Fig. 84), dando cuenta de la gran reputación que tenía esta diosa allí. En las montañosas Tierras de Hatti, donde los hititas ya habían adorado al hijo más joven de Enlil, Adad, con su nombre hitita, Teshub (el Dios viento/Tormenta), empezó a crecer un reino con una fuerza y unas aspiraciones imperiales. Y entre las tierras de los hititas y Babilonia, surgió un reino de nuevo cuño, el de Asiría, con un panteón idéntico al de Sumer y Acad, excepto por el hecho de que el dios nacional recibió el nombre de Assur, el «Que Ve». Él combinó los poderes y las identidades tanto de Enlil como de Anu, y su representación como un dios dentro de un objeto alado circular (Fig. 85) dominó los monumentos asirios.

Y, en la distante África estaba Egipto, el Imperio del Nilo. Pero allí, el país se vio apartado de la escena internacional debido a un período caótico al que los expertos llaman Segundo Período Intermedio, hasta que el llamado Imperio Nuevo comenzó hacia el 1650 a.C.

A los expertos todavía les resulta difícil explicar por qué el Oriente Próximo de la antigüedad se puso en movimiento justo en aquel momento. La nueva dinastía (la XVII ) que tomó el control de Egipto estaba impregnada de fervor imperial, atacando a Nubia en el sur, a Libia en el oeste y las tierras de la costa mediterránea por el este. En el país de los hititas, un nuevo rey envió a su ejército a través de la barrera de los Montes Tauro, también a lo largo de la costa mediterránea; su sucesor arrasó Mari. Y en Babilonia, un nuevo pueblo, los casitas, surgieron de la nada (en realidad, de la región montañosa nororiental que bordea el mar Caspio), atacaron Babilonia y dieron un drástico fin a la dinastía que comenzara con Hammurabi.

Las naciones proclamaban que iban a la guerra en el nombre y bajo las órdenes de su dios nacional, y los crecientes conflictos tenían más la apariencia de una lucha entre dioses a través de sustitutos humanos. Y una pista que parece confirmarnos esta idea es el hecho de que los nombres teofóricos de los faraones de la dinastía XVII I eliminaron el prefijo o el sufijo Ra o Amén a favor de Thot. El cambio, que comenzó con Thotmes (normalmente traducido en español como Tutmosis) I en 1525 a.C, marcó también el inicio de la opresión de los israelitas. La razón que daba el faraón es iluminadora: tras lanzar expediciones militares hacia Naharin, en el Alto Eufrates, el faraón temía que los israelitas pudieran convertirse en una quinta columna interna. ¿Por qué motivo? Naharin era la región donde estaba ubicada Jarán, y sus pobladores eran descendientes de los parientes de los patriarcas israelitas.

Por mucho que esto explique los motivos dados para la opresión de los israelitas, sigue sin explicarse por qué, y para qué, enviaron los egipcios sus ejércitos para conquistar la lejana Jarán. Es un enigmaque hay que guardar en mente.

Las expediciones militares, por una parte, y la correspondiente opresión de los israelitas, que alcanzó un alto grado de horror con el edicto que ordenaba la muerte de los varones primogénitos israelitas, llegó a su climax bajo Tutmosis III , que forzó la huida de Moisés tras levantarse por su pueblo. Sólo después de la muerte de Tutmosis II I pudo volver Moisés a Egipto desde el desierto del Sinaí, en 1450 a.C. Diecisiete años más tarde, después de repetidas demandas y de una serie de aflicciones desatadas por Yahveh sobre «Egipto y sus dioses», dejaron ir a los israelitas, y comenzó el Éxodo.

Dos incidentes que se mencionan en la Biblia, y un importante cambio en Egipto, indican repercusiones teológicas entre otros pueblos como consecuencia de los milagros y maravillas atribuidas a Yahveh en apoyo de su Pueblo Elegido.

«Y cuando Jetró, el Sacerdote de Madián, el suegro de Moisés, supo de todo lo que Dios había hecho por Moisés y por su pueblo,Israel», leemos en el Éxodo, capítulo 18, llegó al campamento israelita y después de escuchar la historia completa por boca de Moisés, Jetró dijo: «Ahora sé que Yahveh es el más grande de todos los dioses», y ofreció sacrificios a Yahveh. El segundo incidente (del que se habla en Números, capítulos 22-24) tuvo lugar cuando el rey moabita retuvo al adivino Bile'am (traducido también como Bala'am) para que maldijera a los israelitas que se aproximaban. Pero «el espíritu de Dios salió al

encuentro de Balaam», y en una «visión divina» vio que la Casa de Jacob estaba bendecida por Yahveh, y que no se podía revocar Su palabra.

Que un sacerdote y adivino no hebreo reconociera los poderes y la supremacía de Yahveh iba a generar un efecto inesperado en la familia real egipcia. En 1379 a.C, justo cuando los israelitas iban a entrar en la misma Canaán, un nuevo faraón se cambió el nombre por el de Akenatón, siendo Atón una representación del Disco Solar (Fig. 86). Akenatón trasladó su capital a un nuevo lugar, y comenzó a dar culto a un único dios. Fue un experimento de corta vida, al cual dieron fin los sacerdotes de Amén-Ra... También tuvo una corta vida el concepto de una paz universal que acompañaba a la fe en un Dios universal. En 1296 a.C, el ejército egipcio, siempre arremetiendo contra la región de Jarán, sufrió una derrota decisiva frente a los hititas en la Batalla de Kadesh (en lo que es ahora Líbano).

Mientras hititas y egipcios se agotaban mutuamente, los asirios encontraron espacio para autoafirmarse. Una serie de movimientos de expansión en prácticamente todas las direcciones culminó con la reconquista de Babilonia por parte del rey asirio Tukulti-Ninurta I, un nombre teofórico que indica su afiliación religiosa, y el apresamiento del dios de Babilonia, Marduk. Lo que siguió es típico del politeísmo de la época: lejos de denigrar al dios, fue llevado a la capital asiria y, cuando llegó el tiempo de las ceremonias de Año Nuevo, fue Marduk, y no Assur, el que protagonizó los antiquísimos rituales. Esta «unificación de las iglesias», por acuñar una expresión, no pudo impedir el agotamiento creciente entre los otrora imperios, y durante los siglos siguientes, las dos antiguas potencias de Mesopotamia se unieron a Egipto y al País de Hatti en el retraimiento y en la pérdida de celo conquistador.

No cabe duda de que fue ese retraimiento de tentáculos imperiales lo que hizo posible la aparición de prósperas ciudades-estado en Asia occidental, incluso en Arabia. Sin embargo, su auge se convirtió en un imán que atrajo a emigrantes e invasores de prácticamente todas partes. Invasores llegados en barcos (los «Pueblos del Mar», como les llamaban los egipcios) intentaron asentarse en Egipto y terminaron ocupando las costas de Canaán. En Asia Menor, los griegos lanzaron mil barcos contra Troya. Los pueblos de lenguas indoeuropeas se abrieron camino en Asia Menor y bajaron por el río Éufrates. Los precursores de los persas invadieron Elam. Y en Arabia, algunas tribus que se habían hecho ricas con el control de las rutas comerciales pusieron sus ojos en las fértiles tierras del norte.

En Canaán, cansados de las batallas constantes con los reyes de ciudades y principados que les rodeaban, los israelitas enviaron una petición a Yahveh mediante el Sumo Sacerdote Samuel: «¡Haznos una nación fuerte, danos un rey!»

El primero fue Saúl; después de él, vino David, y se trasladó la capital a Jerusalén.

La Biblia hace una relación de Hombres de Dios durante ese período, incluso los llama «profetas» en el sentido más estricto de la palabra: «portavoces» de Dios. Entregaban los mensajes divinos, pero era más al modo de los sacerdotes oraculares que se conocían en todas partes en la antigüedad.

Sólo después de la construcción del Templo para Yahveh fue cuando la profecía, la predicción de lo venidero, floreció plenamente. Y no hubo nada parecido a los profetas hebreos de la Biblia, que combinaban las prédicas sobre justicia y moralidad con la previsión de las cosas por venir en cualquier parte del mundo antiguo.

El período que ahora, echando la vista atrás, llamamos el primer milenio a.C. fue en realidad el último milenio de los cuatro mil años de historia humana que comenzó con el florecimiento de la civilización Sumeria. El punto medio de este drama humano, cuya historia hemos llamado las Crónicas de la Tierra, fue el holocausto nuclear, la caída de Sumer y Acad, y la entrega del testigo Sumerio a Abraham y sus descendientes. Ése fue el punto de inflexión, tras los primeros dos mil años. Después, la otra mitad de la historia, los últimos dos milenios de lo que había comenzado en Sumer y en una visita de estado de Anu a la Tierra hacia el 3760 a.C, también estaba llegando a su fin.

De hecho, ése era el hilo conductor de las grandes profecías bíblicas de aquella época: el ciclo está llegando a su fin, lo que se había predicho en el Principio de los Años se hará realidad al Fin de los Años.

Se le daba a la Humanidad una oportunidad para arrepentirse, para volver a la justicia y a la moralidad, para reconocer que sólo hay un Dios verdadero, Dios incluso de los mismos

Elohim. Con cada palabra, visión o acto simbólico, los profetas transmitían el mensaje: el tiempo se acaba; grandes acontecimientos están a punto de ocurrir. Yahveh no quiere la muerte de los malhechores; quiere que vuelvan a la justicia. El Hombre no puede controlar su Destino, pero sí puede controlar su Hado; el Hombre, los reyes, las naciones, pueden elegir el rumbo a seguir. Pero si el mal prevalece, si la injusticia domina las relaciones humanas, si una nación continúa tomando la espada contra otras naciones, todos serán juzgados y condenados en el Día del Señor.

La misma Biblia reconoce que no era éste un mensaje para una audiencia receptiva. Los judíos, rodeados de pueblos que parecían saber a quién adorar, eran instados ahora a adherirse a las estrictas normas que exigía un Dios invisible, un Dios cuya simple imagen era desconocida. Los verdaderos profetas de Yahveh no daban abasto para enfrentarse a «falsos profetas» que afirmaban también estar transmitiendo la palabra de Dios. Los sacrificios y las donaciones al Templo reparan todos los pecados, decían éstos; Yahveh no quiere tus sacrificios, sino que vivas en la justicia, decía Isaías. Grandes calamidades caerán sobre los injustos, decía Isaías. No, no, la Paz está en camino, decían los falsos profetas.

Para que se les creyera, los profetas bíblicos recurrieron a los milagros; del mismo modo que Moisés, instruido por Dios, había tenido que recurrir a los milagros para obtener la liberación de los israelitas de manos del faraón, y después para convencer a los israelitas del poder inigualable de Yahveh.

La Biblia describe con detalle los problemas que tuvo que afrontar el profeta Elias durante el reinado (en el reino septentrional, Israel) de Ajab y de su mujer fenicia, Jezabel, que trajo con ella el culto al dios cananeo Ba'al. Después de afirmar su reputación haciendo que la harina y el aceite de una mujer pobre no se agotaran por mucho que tomaran de ellos, y tras devolverle la vida a un muchacho que había muerto, el mayor desafío de Elias fue el de la confrontación con los «profetas de Ba'al» en el Monte Carmelo. Había que determinar quién era el «verdadero profeta», delante de una multitud reunida y encabezada por el rey y mediante la realización de un milagro: se había dispuesto un sacrificio sobre una pila de leña, pero no se había encendido fuego alguno; el fuego tenía que venir del cielo. Y los profetas de Ba'al invocaron el nombre de éste desde la mañana hasta el mediodía, pero no hubo voz ni respuesta (1 Reyes, capítulo 18). Elias, burlándose de ellos, dijo: «Quizá vuestro dios está dormido; ¿por qué no le llamáis con más fuerza?» Y ellos lo hicieron hasta el anochecer, pero no ocurrió nada. Después, Elias tomó piedras y reconstruyó un altar a Yahveh que estaba en ruinas, dispuso la leña y puso sobre ella un buey para el sacrificio, y le pidió a la gente que derramara agua sobre el altar, para asegurarse de que no había ningún fuego escondido allí. E invocó el nombre de Yahveh, el dios de Abraham, de Isaac y de Jacob; «y el fuego de Yahveh descendió sobre el sacrificio, y devoró a éste y al altar». Convencidos de la supremacía de Yahveh, el pueblo prendió a los profetas de Ba'al y los mató a todos.

Después de que Elias fuera arrebatado al cielo en un carro de fuego, su discípulo y sucesor, Eliseo, realizó también milagros para justificar su autenticidad como verdadero profeta de Yahveh. Convirtió el agua en vino, devolvió la vida a un muchacho muerto, llenó vasijas vacías con una minúscula cantidad de aceite, dio de comer a centenares de personas con un poco de sobras de comida, e hizo que una barra de hierro flotara en el agua.

¿Hasta qué punto eran creíbles estos milagros entonces? Sabemos por la Biblia (en los relatos de la época de José y, después, en el Éxodo), así como por los mismos textos egipcios, como Los Relatos de los Magos, que la corte real egipcia estaba llena de magos y adivinos. Mesopotamia tenía sacerdotes-augures y sacerdotes oraculares, adivinos, videntes e interpretadores de sueños. Sin embargo, cuando se puso de moda en el siglo xix una disciplina académica llamada Crítica Bíblica, estos relatos de milagros se añadieron a la insistencia de que todo en la Biblia debía estar sustentado en fuentes independientes para que fuera creíble. Afortunadamente, entre los primeros hallazgos de los arqueólogos en el siglo XIX estuvo una estela inscrita del rey moabita Mesha, en la cual el rey no sólo corroboraba los datos referentes a Judea en la época de Elias, sino que tambien se hacía una de las extrañas menciones extrabíblicas de Yahveh con Su nombre completo (Fig. 87). Aunque no había corroboración de los milagros en sí, este hallazgo (y otros posteriores) fueron suficientes para autentificar los acontecimientos y las personalidades de las que se hablaba en la Biblia.

Los textos y los objetos descubiertos por los arqueólogos, además de aportar corroboraciones, también arrojaron luz sobre las profundas diferencias que había entre los profetas bíblicos y los adivinos de otras naciones. Desde el mismo principio, la palabra hebrea Nebi'im, que se traduce por «profetas» pero que significa literalmente «portavoces» de Dios, daba a entender que la magia y la adivinación no eran de ellos, sino de Dios. Los milagros eran Suyos, y lo que se predecía era solamente lo que Dios había ordenado. Además, en vez de actuar como empleados de la corte, como «profetas Sí-señor», solían criticar y amonestar a los poderosos por sus malas acciones y por sus erróneas decisiones de gobierno. Hasta al rey David se le reprendió por codiciar a la esposa de Urías, el hitita.

Por una extraña coincidencia (si es que lo fue), al mismo tiempo que David capturaba Jerusalén y daba los primeros pasos para establecer la Casa de Yahveh sobre la Plataforma Sagrada, llegó a un abrupto fin el declive y la decadencia de lo que se ha llamado la Antigua Asiría y, bajo una nueva dinastía, se le cedió el paso a lo que se ha dado en llamar período neoasirio. Y en cuanto se construyó el Templo de Yahveh, Jerusalén comenzó a atraer la atención de gobernantes lejanos. Como consecuencia directa, también sus profetas llevaron sus visiones hasta la arena internacional, e incorporaron profecías referentes al mundo en general dentro de sus profecías relativas a Judea, al escindido reino septentrional de Israel, a sus reyes y a sus pueblos. Era una visión del mundo asombrosa por su alcance y su entendimiento, por profetas que, antes de ser llamados por Dios, eran en su mayoría simples aldeanos.

Estos profundos conocimientos de tierras y naciones distantes, de los nombres de sus reyes (en algún caso, incluso del apodo del rey), de su comercio y sus rutas comerciales, de sus ejércitos y de la composición de sus fuerzas de combate, debieron de sorprender incluso a los reyes de Judea de aquellos tiempos. Al menos en una ocasión, se dio una explicación. Fue el profeta Ananías el que, al advertir al rey de Judea en contra de un tratado con los árameos, le dijo al rey que confiara en la palabra de Yahveh, pues «son los ojos de Yahveh los que recorren toda la Tierra».

También en Egipto, un período de desunión terminó cuando una nueva dinastía, la XXII , reunificó el país y relanzó su implicación en los asuntos internacionales. El primer rey de la nueva dinastía, el faraón Sheshonq, obtuvo el privilegio de ser el primer soberano extranjero de una de las entonces grandes potencias en entrar por la fuerza en Jerusalén y apoderarse de sus tesoros (sin destruir ni profanar, sin embargo, el Templo). El suceso, ocurrido en 928 a.C, viene contado en 1 Reyes 14 y en 2 Crónicas 12; todo ello había sido anticipado por Yahveh al rey de Judea y a sus nobles a través del profeta Semaías; es también uno de los casos en los que el relato bíblico ha sido corroborado desde un registro exterior e independiente; en este caso, por el propio faraón, en los muros meridionales del templo de Amón en Karnak.

Las invasiones asirías de los reinos judíos, registradas con toda precisión en la Biblia, comienzan con el reino septentrional, Israel. Aquí, una vez más, las anotaciones bíblicas se ven plenamente corroboradas en los anales de los reyes asirios; Salmanasar II I (858-824 a.C.) llegó incluso a representar al rey israelita Jehú postrado ante él, en una escena dominada por el Disco Alado, símbolo de Nibiru (Fig. 88a). Algunas décadas después, otro rey israelita impidió un ataque pagando tributo al rey asirio Tiglat-Pileser II I (745-727 a.C). Pero con eso sólo se ganó tiempo, puesto que en 722 a.C. el rey asirio Salmanasar V marchó contra el reino septentrional, capturó su capital, Samaría (Shomron, «Pequeño Sumer», en hebreo), y exilió a su rey y a sus nobles. Dos años después, el siguiente rey asirio, Sargón II (721-705 a.C), exilió al resto del pueblo, dando así nacimiento al enigma de las Diez Tribus Perdidas de Israel y terminando con la existencia independiente de aquel estado.

Los reyes asirios comenzaban cada registro de sus numerosas campañas militares con las palabras «Por orden de mi dios Assur», dando a sus conquistas el aura de guerras religiosas. La conquista y el sometimiento de Israel fue tan importante que Sargón, al registrar sus victorias en los muros de su palacio, comenzó la inscripción identificándose como «Sargón, conquistador de Samaria y de toda la tierra de Israel». Con ese logro, coronando todas sus demás conquistas, escribió: «Agrandé el territorio perteneciente a Assur, el rey de los dioses.»

Mientras todas estas calamidades, según la Biblia, caían sobre el estado septentrional de Israel, debido a que sus líderes y el pueblo no habían tenido en cuenta las advertencias y las admoniciones de los profetas, los reyes de Judea, en el sur, estaban más atentos a las directrices proféticas y, de momento, disfrutaban de un período de relativa paz. Pero los asirios tenían los ojos puestos en Jerusalén y en su templo y, por razones que no se explican en sus anales, muchas de sus expediciones militares comenzaban en la región de Jarán para luego extenderse hacia el oeste, hacia la costa mediterránea. Curiosamente, en los anales de los reyes asirios, en los que se describen sus conquistas y sus dominios en la región de Jarán, se identifica por su nombre a dos ciudades, una llamada Najor y otra llamada Labán, ciudades que llevan los nombres del hermano y del cuñado de Abraham.

No iba a tardar mucho en llegar el turno de Judea, y concretamente de Jerusalén, de verse bajo el ataque asirio. El trabajo de extender los territorios y la «orden» del dios Assur de tomar la Casa de Yahveh recayó sobre Senaquerib, el hijo de Sargón II y su sucesor, en 704 a.C. Con el objetivo de consolidar las conquistas de su padre y de poner fin a las periódicas rebeliones en las provincias asirias, consagró su tercera campaña (701 a.C.) a la captura de Judea y de Jerusalén.

Los acontecimientos y las circunstancias de esta tentativa se registran ampliamente tanto en los anales asirios como en la Biblia, convirtiéndola en uno de los casos mejor documentados de veracidad bíblica. Es también un caso en el que se demuestra la verosimilitud de la profecía bíblica, su valor como guía de predicción y el alcance de su visión geopolítica.

En cuanto a Ezequías, el judío,que no se sometió a mi yugo, 46 de susfortalezas y ciudades amuralladas, así comolas pequeñas ciudades de sus alrededores,que eran innumerables - allanando con arietes (?)y utilizando máquinas de asedio (?),atacando y asaltando a pie,con minas, túneles y brechas (?), asedié y tomé(esas ciudades).

200.150 personas, grandes y pequeñas, varones y hembras, caballos, mulas, asnos, camellos, vacas y ovejas, sin número, me llevé de ellos y conté como botín. A él mismo, como un pájaro enjaulado hice callar en Jerusalén, su ciudad real.

Y lo que es más, existen evidencias físicas (en nuestros días) que corroboran e ilustran un aspecto importante de estos acontecimientos; hasta el punto que uno puede ver con sus propios ojos cuán real y verídico fue todo.

Si comenzamos el relato de los acontecimientos con las palabras del propio Senaquerib, nos daremos cuenta de que aquí, una vez más, la campaña contra la lejana Jerusalén comenzó con un rodeo por el «País de Hatti», por la región de Jarán, para hacer después un viraje brusco hacia el oeste, hacia la costa mediterránea, donde la primera ciudad en ser atacada fue Sidón:

En mi tercera campaña, marché contra Hatti.Luli, rey de Sidón, a quien la terroríficafascinación de mi señorío abrumó,huyó lejos de su tierra y pereció.

El esplendor sobrecogedor del Arma de Assur,mi señor, arrolló las ciudades fuertes de la Gran Sidón...Todos los reyes, desde Sidón hasta Arvad, Biblos, Ashdod,Beth-Ammon, Moab y Adom trajeron suntuosos regalos;al rey de Ashkelon lo deporté a Asiría...

La inscripción (Fig. 88b) proseguía:

En cuanto a Ezequías de Judeaque no se sometió a mi yugo,46 de sus fortalezas y ciudades amuralladas,así como las pequeñas ciudades de sus alrededores, que eran innumerables...asedié y tomé.

200.150 personas, viejos y jóvenes, varones y hembras, caballos, mulas, camellos, asnos, vacas y ovejas,me llevé de ellos.

A pesar de estas pérdidas, Ezequías no claudicó, porque el profeta Isaías había profetizado: «No tengas miedo del atacante, pues Yahveh impondrá Su espíritu sobre él, y él escuchará un rumor, y regresará a su tierra, y allí caerá por la espada... «Así dice Yahveh: ¡el rey de Asiria no entrará en esta ciudad! Por donde vino, volverá, pues yo protejo esta ciudad para salvarla, por mí y por David, mi siervo» (2 Reyes, capítulo 19).

Senaquerib, desafiado por Ezequías, pasó a afirmar esto en sus anales:  En Jerusalén, hice a Ezequíasprisionero en su palacio real,como un pájaro en una jaula, lo cerquécon terraplenes, acosando a todos aquellosque salían por las puertas de la ciudad.

«Y después arrebaté regiones del reino de Ezequías y se las di a los reyes de Ashdod, Ekrón y Gaza -ciudades-estado filisteasy aumenté el tributo sobre Ezequías», escribió Senaquerib; y después hizo una relación del tributo que Ezequías «me envió más tarde a Nínive».

Así, casi imperceptiblemente, los anales no mencionan ni la toma de Jerusalén ni la captura de su rey; sólo la imposición de un gravoso tributo: oro, plata, piedras preciosas, antimonio, piedras rojas talladas, mobiliario con incrustaciones de marfil, pieles de elefante «y todo tipo de tesoros valiosos».

Pero todo este alarde omite contar lo que sucedió realmente en Jerusalén; la fuente más completa del relato es la Biblia. En ella dice, en 2 Reyes 18 y, de igual modo, en el libro del profeta Isaías y en Crónicas, que «en el decimocuarto año de Ezequías, Senaquerib, el rey de Asiria, cayó sobre todas las ciudades fortificadas de Judea y las tomó. Entonces, Ezequías, el rey de Judea, envió palabra al rey de Asiria, que estaba en Lakish, diciendo: "He pecado; vuelve, y cualquier cosa que me impongas la afrontaré." El rey de Asiria le impuso a Ezequías, el rey de Judea, trescientos talentos de plata y treinta de oro»; y Ezequías lo pagó todo, incluyendo como tributo extra las ataraceas de bronce del templo y las puertas del palacio, y se lo entregó a Senaquerib.

Pero el rey de Asiria incumplió su trato. En lugar de retirarse y volver a Asiria, envió una gran fuerza contra la capital de Judea; y como se solía hacer en la táctica de asedio, lo primero que hicieron los ata-cantes fue apoderarse de las reservas de agua de la ciudad. Esta táctica había funcionado en todas partes, pero no en Jerusalén. Pues, sin saberlo los asirios, Ezequías había excavado un túnel de agua bajo las murallas de la ciudad, desviando las

abundantes aguas del Manantial de Gihon hasta la Piscina de Silo'am, en el interior de la ciudad. Este túnel secreto y subterráneo proporcionaba agua fresca a los sitiados, trastocando los planes de los asirios.

Frustrado ante el fracaso del asedio para someter a la ciudad, el comandante asirio recurrió a la guerra psicológica. Hablando en hebreo, para que la mayoría de los defensores pudieran comprenderlo, señaló la inutilidad de la resistencia. Ninguno de los otros dioses habían podido salvar sus naciones; ¿quién es este «Yahveh» y por qué se iba a comportar mejor con Jerusalén? Era un dios tan falible como los demás...

Al escuchar esto, Ezequías se desgarró los vestidos, se cubrió de sayal y fue hasta el Templo de Yahveh, y oró a «Yahveh, el Dios de Israel, que moras sobre los querubines, el único Dios sobre todas las naciones, hacedor del Cielo y la Tierra». Tras asegurarle que su oración había sido escuchada, el profeta le reiteró la promesa divina: el rey asirio no entrará jamás en la ciudad; regresará a su hogar fracasado, y allí será asesinado.

Aquella noche tuvo lugar un milagro divino, y la primera parte de la profecía se hizo realidad:

Y sucedió aquella noche, que el ángel de Yahveh salió e hirió en el campamento asirio a ciento ochenta y cinco mil.

Y al amanecer, he aquí:

todo lo que había eran cadáveres.

Así, Senaquerib, el rey de Asiría, partió

y volviéndose, se quedó en Nínive.

2 Reyes 19,35-36

En una especie de posdata, la Biblia se asegura de anotar que la segunda parte de la profecía también se cumplió, añadiendo: «Y Senaquerib se fue, y volvió a Nínive. Y sucedió que estando él postrado en el templo ante su dios Nisrok, que Adrammélek y Saréser le mataron a espada; y huyeron al país de Ararat. Su hijo Asaradón se convirtió en rey en su lugar.»

La posdata bíblica relativa a la manera en la cual murió Senaquerib ha desconcertado durante mucho tiempo a los expertos, pues los anales reales asirios dejan la muerte del rey sumida en el misterio. Ha sido recientemente cuando los expertos, con la aportación de hallazgos arqueológicos adicionales, han confirmado el relato bíblico: Senaquerib fue ciertamente asesinado (en el año 681 a.C.) por dos de sus hijos, convirtiéndose en heredero al trono otro de ellos, el más joven, llamado Asaradón.

También nosotros podemos añadir una posdata para confirmar aún más la veracidad de la Biblia.

A principios del siglo xix, los arqueólogos descubrieron en Jerusalén que el Túnel de Ezequías era un hecho, no un mito: que hubo realmente un túnel subterráneo que sirvió para llevar agua en secreto hasta el interior de Jerusalén, ¡un túnel que atravesaba la roca natural de la ciudad bajo las murallas defensivas desde el tiempo de los reyes de Judea!

En 1838, el explorador Edward Robinson fue el primero en los tiempos modernos en atravesarlo en toda su longitud, 533 metros. En décadas posteriores, otros renombrados exploradores de la antigua Jerusalén (Charles Warren, Charles Wilson, Claude Conder, Conrad Schick) limpiaron y examinaron el túnel en sus diferentes secciones.

Ciertamente, conectaba el Manantial de Gihon (fuera de las murallas defensivas) con la Piscina de Silo'am, en el interior de la ciudad (Fig. 89). Después, en 1880, unos niños que estaban jugando descubrieron más o menos a mitad del túnel una inscripción tallada en la pared. Las autoridades turcas de la época ordenaron que se extirpara el segmento inscrito de la pared y que se llevara a Estambul (la capital de Turquía). Se determinó entonces que la inscripción (Fig. 90), en una Manantial de Túnel de Ezequías hermosa y antigua escritura hebrea, habitual en la época de los reyes de Judea, conmemoraba la terminación del túnel, cuando los trabajadores de Ezequías, perforando la roca desde ambos extremos, se encontraron en el punto donde estaba la inscripción.

La inscripción (en el trozo de roca que se extrajo de la pared del túnel), que se exhibe en el Museo Arqueológico de Estambul, dice lo siguiente:

... el túnel. Y éste es el relato del encuentro en la perforación. Cuando cada uno de [los trabajadores levantó] el pico contra su compañero, y mientras quedaban todavía tres codos por perforar, se escuchó la voz de un hombre llamando a su compañero, pues había una grieta en la roca, a la derecha... Y en el día en que se encontraron, los trabajadores golpearon cada uno hacia su camarada, pico contra pico. Y el agua empezó a correr desde su fuente hasta la piscina, mil doscientos codos; y la altura de la roca por encima de las cabezas de los trabajadores del túnel era de cien codos.

La exactitud y la veracidad del relato bíblico sobre los acontecimientos de Jerusalén se extiende hasta los sucesos acaecidos en la lejana Nínive concernientes a la sucesión del trono de Asiría: hubo ciertamente un hecho sangriento que enfrentó a los hijos de Sena querib con su padre y que terminó con la subida al trono del hijo más joven, Asaradón. Estos acontecimientos sangrientos se describen en los Anales de Asaradón (en el objeto conocido como Prisma B), en los cuales éste atribuye su elección para la realeza por encima de sus hermanos mayores a un oráculo que los dioses Shamash y Adad dieran a Senaquerib; una elección aprobada por los grandes dioses de Asiria y Babilonia «y todos los demás dioses residentes en el Cielo y en la Tierra».

El sangriento fin de Senaquerib fue sólo un acto más del terrible drama relativo al papel y a la posición del dios Marduk. La pretensión asiria de poner a los babilonios bajo sus talones y anexionarse Babilonia llevándose a Marduk a la capital asiria no funcionó, y unas décadas después Marduk fue devuelto a su respetada posición en Babilonia. Los textos sugieren que un aspecto crucial de la restauración del dios fue la necesidad de celebrar la festividad de Akitu del Año Nuevo, en la cual se leía públicamente el Enuma elish y se interpretaba la Resurrección de Marduk en un Misterio de Pasión, en Babilonia y en ninguna otra parte. Hacia la época de Tiglat-Pileser III , para legitimar al rey, éste tenía que humillarse ante Marduk hasta que

el dios «tomara mis manos entre las suyas» (en palabras del rey).

Para fortalecer su elección de Asaradón como sucesor suyo, Senaquerib le designó virrey de Babilonia (y él mismo se nombró «Rey de Sumer y Acad»). Y cuando ascendió al trono, Asaradón prestó el solemne juramento de oficiar «en la presencia de los dioses de Asiria: Assur, Sin, Shamash, Nebo y Marduk» (Ishtar, aunque no estaba presente, también fue invocada en anales posteriores).

Pero todos esos esfuerzos por ser religiosamente inclusivos no consiguieron traer la estabilidad ni la paz. A principios del siglo vii a.C, entrando ya en la segunda mitad de lo que, contando hacia delante desde el inicio Sumerio, sería el Último Milenio, la confusión se apoderó de las grandes capitales y se difundió por todo el mundo antiguo.

Los profetas bíblicos vieron todo lo que se avecinaba; era el principio del Fin, anunciaban en nombre de Yahveh.

En el profetizado escenario de los acontecimientos por venir, Jerusalén y su Plataforma Sagrada iban a ser el punto focal de una catarsis global. La furia divina se iba a manifestar, en primer lugar, contra la ciudad y su pueblo, pues habían abandonado a Yahveh y sus mandamientos. Los reyes de las grandes naciones iban a ser los instrumentos de la ira de Yahveh. Pero también ellos, cada uno en su momento, serían juzgados en el Día del Juicio.

«Será un juicio sobre toda carne, pues Yahveh está en disputa con todas las naciones», anunciaba el profeta Jeremías.

El profeta Isaías decía en nombre de Yahveh que Asiría sería el azote del castigo; anticipó que sería ella la que golpearía a muchas naciones, y que llegaría a invadir Egipto (una profecía que se haría realidad); pero, después, Asiria sería juzgada también por sus pecados. Babilonia sería la siguiente, decía el profeta Jeremías; su rey caería sobre Jerusalén, pero setenta años más tarde (como así sucedería) también Babilonia sería puesta de rodillas. Los pecados de las naciones, grandes y pequeñas, desde Egipto y Nubia hasta la distante China (!), serían juzgados en el Día de Yahveh.

Una a una, las profecías se fueron cumpliendo. De Egipto, el profeta Isaías anticipó su ocupación por fuerzas asirías tras tres años de guerra. La profecía se hizo realidad a manos de Asaradón, el sucesor de Senaquerib. Lo que merece destacarse, además del hecho de que la profecía se cumpliera, es que, antes de llevar a su ejército hacia el oeste y después hacia el sur hasta Egipto, ¡el rey asirio diera un rodeo por Jarán!

Eso fue en el 675 a.C. En el mismo siglo, el hado de la misma Asiria quedó sellado. Una Babilonia resurgida, bajo el rey Nabopolasar, tomó la capital asiria de Nínive rompiendo las represas del río para inundar la ciudad, exactamente como había predicho el profeta Nahúm (1,8). Era el año 612 a.C.

Los restos del ejército asirio se retiraron, desde todos los lugares, hasta Jarán; pero allí haría su aparición el instrumento definitivo del juicio divino. Sería, le contó Yahveh a Jeremías (Jeremías 5,15-16), «una nación distante... una nación cuya lengua tú no conoces»:

Mirad,

un pueblo viene de tierras del norte,

una gran nación se despierta

en los confines de la Tierra.

Blanden arcos y lanzas,

son crueles, no muestran misericordia.

El sonido de ellos es como el mar rugiente,

cabalgan sobre caballos,

dispuestos como hombres de batalla.

Jeremías 6,22-23

Las crónicas mesopotámicas de la época hablan de una aparición repentina, desde el norte, de los Umman-Manda; quizás hordas de avanzada de los escitas de Asia central, quizá precursores de los medas de las tierras altas de lo que ahora es Irán, quizás una combinación de ambos. En 610 a.C, tomaron Jarán, donde se refugiaban los restos del ejército asirio, y consiguieron el control de la vital encrucijada. En 605 a.C, el ejército egipcio, encabezado por el faraón Nekó, atacó de nuevo (como Tutmosis II I había intentado antes del Éxodo) para alcanzar y capturar Naharin, en el Alto Eufrates. Pero una fuerza combinada de babilonios y de Umman-Manda le dieron al imperio egipcio el golpe de gracia final en la crucial batalla de Karkemish, cerca de Jarán. Sucedió todo como había profetizado Jeremías en lo concerniente al altivo Egipto y a su rey Nekó:

Como un río que sube y como aguas en oleadas

ha sido Egipto [diciendo],

subiré, cubriré la Tierra,

barreré ciudades y a todos los que moran en ellas...

Pero ese día,

el día de Yahveh, Señor de los Ejércitos, será

un día de retribución,

en la tierra del norte, junto al río Eufrates...

Así dice Yahveh, Señor Dios de Israel:

«He hecho mandamientos sobre Amón de Tebas,

y sobre Faraón, y sobre Egipto y sus dioses

y sus reyes; sobre Faraón y todos los que en él confían:

En manos de aquellos que buscan matarles,

en manos de Nabucodonosor, rey de Babilonia,

y en manos de sus siervos

los entregaré.»

Jeremías 46

Asiría fue vencida; el vencedor se convirtió en víctima. Egipto fue derrotado y sus dioses avergonzados. No quedó poder en pie frente a Babilonia, ni para que Babilonia representara la ira de Yahveh contra Judea, y después encontrara su propio hado.

Ante el timón de Babilonia estaba ahora un rey de ambiciones imperiales. Se le dio el trono como reconocimiento por la victoria de Karkemish, y el nombre real de Nabucodonosor (el segundo), un nombre teofórico que incluía el nombre de Nabu, el hijo y portavoz de Marduk. No perdió el tiempo en lanzar nuevas campañas militares «por la autoridad de mis señores Nabu y Marduk». En 597 a.C, envió sus fuerzas hacia Jerusalén, aparentemente sólo para quitar a su rey, proegipcio, Joaquim, y sustituirlo por su hijo, Joaquín, un jovencito. Aquello resultó no ser más que una prueba pues, de un modo u otro, Nabucodonosor estaba destinado (por hado) a representar el papel que Yahveh le había asignado como azote de Jerusalén por los pecados de su pueblo; pero, en última instancia, también Babilonia sería juzgada:

Ésta es la palabra de Yahveh concerniente a Babilonia:Anunciadlo entre las naciones,Levantad un estandarte y proclamad,no neguéis nada, anunciad:«Ha sido tomada Babilonia,su Señor está avergonzado, desmayó Marduk;sus ídolos están marchitos, sus fetiches encogidos.»Pues una nación del norte ha caído sobre elladesde el norte;

convertirá su tierra en desolación, sin moradores.

Jeremías 50,1-3

Será una catarsis mundial, en la cual no sólo las naciones, sino también sus dioses serán llamados a rendir cuentas, aclaró Yahveh, el «Señor de los Ejércitos». Pero al término de la catarsis, tras la llegada del Día del Señor, Sión será reconstruida y todas las naciones del mundo se reunirán para adorar a Yahveh en Jerusalén.

Cuando todo esté dicho y hecho, declaró el profeta Isaías, Jerusalén y su reconstruido Templo serán la única «Luz sobre las naciones». Jerusalén sufrirá su Hado, pero se levantará para cumplir con su Destino:

Vendrá a suceder en el Fin de los Días: El Monte del Templo de Yahveh

se asentará delante de todas las montañas

y será exaltado por encima de todas las colinas;

y todas las naciones se congregarán en él.

Y muchos pueblos vendrán y dirán:

«Venid, subamos a la Montaña de Yahveh,

al Templo del Dios de Jacob,

para que Él nos enseñe sus caminos y

nosotros sigamos Su sendero;

pues de Sión vendrá la instrucción

y la palabra del Dios de Jerusalén.»

Isaías 2,2-3

En aquellos acontecimientos y profecías concernientes a los grandes poderes, a Jerusalén y a su Templo, y a lo que estaba por venir en los Últimos Días, los profetas de Tierra Santa se unieron al profeta Ezequiel, a quien se le habían mostrado Visiones Divinas a orillas del río Jabur, en la lejana Jarán.

Pues allí, en Jarán, estaba destinado que llegara a su fin el drama divino y humano que comenzara con el cruce de caminos de Marduk y Abraham, al mismo tiempo que Jerusalén y su Templo se enfrentaban a su Hado.

## 12. EL DIOS QUE REGRESÓ DEL CIELO

¿Fue el cruce de caminos de Marduk y de Abraham en Jarán sólo una coincidencia casual, o fue elegida Jarán por la mano invisible del Hado?

Es una cuestión insidiosa que pide aventurar una respuesta, pues el lugar adonde envió Yahveh a Abram para una atrevida misión y el lugar donde Marduk hizo su reaparición tras una ausencia de mil años, fue más tarde el mismo lugar donde empezaron a desarrollarse una serie de acontecimientos increíbles (de acontecimientos milagrosos, se podría decir). Fueron sucesos de alcance profético, que afectaron tanto el curso de los asuntos humanos como de los divinos.

Los elementos clave, registrados para la posterioridad por testigos presenciales, comenzaron y terminaron con el cumplimiento de las profecías bíblicas concernientes a Egipto, Asiría y Babilonia; y supusieron la partida de un dios de su templo y de su ciudad, su ascenso a los cielos y su regreso desde los cielos medio siglo más tarde.

Y, por un motivo quizá más metafísico que geográfico o geopolítico, muchos de los acontecimientos cruciales de los dos últimos milenios de la cuenta que comenzara cuando los dioses, reunidos en consejo, decidieron darle la civilización a la Humanidad, tuvieron lugar en Jarán o a su alrededor.

Ya hemos mencionado el rodeo que dio Asaradón por Jarán. Los detalles de esa peregrinación quedaron registrados en una tablilla que formaba parte de la correspondencia real de Assurbanipal, hijo y sucesor de Asaradón. Cuando Asaradón contemplaba la idea de atacar Egipto, giró hacia el norte en lugar de hacia el oeste, y buscó el «templo del bosque de cedros», en Jarán. Allí, «vio al dios Sin, que se apoyaba en un báculo, con dos coronas en la cabeza. El dios Nusku estaba de pie ante él. El padre de mi majestad el rey entró en el tempío. El dios puso una corona sobre su cabeza, diciendo: "¡Irás a otros países, y los conquistarás!" Él partió y conquistó Egipto». (Por la Lista de los Dioses Sumerios sabemos que Nusku era un miembro del entorno de Sin.)

La invasión de Egipto por parte de Asaradón es un hecho histórico, que verifica por completo la profecía de Isaías. Los detalles del rodeo por Jarán sirven además para confirmar la presencia allí, en 675 a.C, del dios Sin; pues fue varias décadas después que Sin «se enfureció con la ciudad y con su pueblo» y se fue (a los cielos).

En la actualidad, Jarán sigue estando donde estaba en la época de Abraham y su familia. En el exterior de las semiderruidas murallas de la ciudad (murallas de tiempos de la conquista islámica), el pozo donde se encontrara Jacob con Rebeca sigue teniendo agua, y en las llanuras de los alrededores siguen pastando las ovejas, como lo hacían hace cuatro mil años. En siglos pasados, Jarán fue un centro de aprendizaje y literario, donde los griegos de después de Alejandro pudieron acceder a los conocimientos «caldeos» acumulados (los escritos de Beroso fueron parte de los resultados) y, mucho después, musulmanes y cristianos intercambiaron culturas. Pero el orgullo del lugar (Fig. 91) fue el templo dedicado al dios Sin, entre cuyas ruinas sobrevivieron al paso de los milenios los testimonios escritos de los milagrosos acontecimientos concernientes a Nannar/Sin.

Este testimonio no tenía nada de habladurías; estaba compuesto por informes de testigos presenciales. No fueron testigos anónimos, sino una mujer llamada Adda-Guppi y su hijo Nabuna'id. No eran, como sucede en nuestros días, un policía local y su madre dando cuenta de un avistamiento OVNI en alguna región escasamente habitada. Ella era la suma sacerdotisa del gran templo de Sin, un santuario sagrado y reverenciado desde milenios antes de su tiempo; y su hijo era el último rey (Nabonides) del más poderoso imperio de la Tierra en aquellos días, Babilonia.

La suma sacerdotisa y su hijo el rey registraron los acontecimientos en unas estelas, en unas columnas de piedra inscritas con escritura cuneiforme y acompañadas con representaciones gráficas. Cuatro de ellas las han encontrado los arqueólogos durante el siglo xx, y se cree que las estelas las emplazaron el rey y su madre en cada una de las esquinas del famoso templo del dios Luna en Jarán, el E.HUL.HUL («Templo de la Doble Alegría»), Dos de las estelas llevan el testimonio de la madre, las otras dos registran las palabras del rey. En las estelas de Adda-Guppi, la suma sacerdotisa del tempío, se habla de la partida y el ascenso al cielo del dios Sin; y en las inscripciones del rey, Nabuna'id, se cuenta el milagroso y singular regreso del dios. Con un evidente sentido de la historia y a la manera de una consumada funcionaría del templo, Adda-Guppi proporcionó en sus estelas datos precisos sobre los sorprendentes sucesos; las fechas, vinculadas como era costumbre entonces a los años de reinado de reyes conocidos, han podido ser (y han sido) verificadas por los expertos modernos.

En la estela mejor conservada, catalogada por los expertos como H1B, Adda-Guppi comenzaba así su testimonio escrito (en lengua acadia):

Yo soy la dama Adda-Guppi,madre de Nabuna'id, rey de Babilonia,devota de los dioses Sin, Ningal, Nuskuy Sadarnunna, mis deidades,ante cuya divinidad he sido piadosaya desde mi infancia.

Adda-Guppi dice que nació en el vigésimo año de Assurbanipal, rey de Asiria (a mediados del siglo vii a.C). Aunque, en sus inscripciones, Adda-Guppi no especifica su genealogía, otras fuentes sugieren que provenía de un distinguido linaje. Vivió, según su inscripción, a lo largo de los reinados de varios reyes asirios y babilonios, alcanzando la madura edad de noventa y cinco años cuando los milagrosos eventos tuvieron lugar. Los expertos han descubierto que su listado de reinados está de acuerdo con los anales asirios y babilonios.

He aquí, pues, el registro del primer suceso remarcable, en laspropias palabras de Adda-Guppi:

Fue en el decimosexto año de Nabopolasar,rey de Babilonia, cuando Sin, señor de dioses,se enfureció con su ciudad y su templo y subió al cielo;y la ciudad, y el pueblo con ella,fue a la ruina.

El año lleva información en sí, pues los acontecimientos (conocidos por otras fuentes) que tuvieron lugar en aquel tiempo, corroboran lo que Adda-Guppi registró. Pues fue en el año 610 a.C. cuando el derrotado ejército asirio se retiró a Jarán para su última resistencia.

Existen bastantes temas que piden una aclaración como consecuencia de esta declaración: ¿Se enfurecería Sin «con la ciudad y con su pueblo» porque dejaron entrar a los asirios? ¿Decidió irse por culpa de los asirios, o por la inminente llegada de las hordas Umman-Manda? ¿Cómo, con qué medios, subió al cielo, y dónde fue? ¿A otro lugar en la Tierra, o lejos de la Tierra, a un lugar celestial? Lo que escribió Adda-Guppi toca muy por encima estos temas y, de momento, nosotros también vamos a dejar pendientes las preguntas.

Lo que la suma sacerdotisa afirma es que, tras la partida de Sin, «la ciudad, y el pueblo con ella, fue a la ruina». Algunos expertos prefieren traducir la palabra de la inscripción como «desolación», pensando que describe mejor lo que le sucedió a la otrora floreciente metrópolis, una ciudad a la cual el profeta Ezequiel (27,23) puso entre los grandes centros del comercio internacional, especializada «en todo tipo de cosas, en vestidos azules y bordados, en cofres de ricos aparejos, ensamblados con cordones y hechos de cedro». De hecho, la desolación de la abandonada Jarán trae a la memoria las palabras de apertura del bíblico Libro de las Lamentaciones, acerca de la desolada y profanada Jerusalén: «¡Qué solitaria está la ciudad, en otro tiempo tan llena de gente! En otro tiempo grande entre las naciones, ahora convertida en viuda; en otro tiempo reina entre las provincias, ahora convertida en vasalla».

Aunque todos huyeron, Adda-Guppi se quedó. «A diario, sin cesar, día y noche, durante meses, durante años», estuvo yendo a los santuarios abandonados. Llorando, abandonó los vestidos de lana fina, se quitó las joyas, dejó de llevar plata y oro, renunció a perfumes y óleos de dulces aromas. Como un fantasma, deambulando por los vacíos santuarios, «yo iba vestida con ropas desgarradas, iba y venía sin hacer ruido», escribió.

Después, en el abandonado recinto sagrado, descubrió una túnica que había pertenecido a Sin. Debía de ser una magnífica prenda, del tipo de las túnicas que llevaban en aquellos tiempos las distintas deidades, como se puede ver en las representaciones de los monumentos mesopotámicos (véase Fig. 28). Para la descorazonada suma sacerdotisa, el hallazgo le pareció un augurio del dios; fue como si, de repente, él le hubiera dado una presencia física de sí mismo. No podía quitar los ojos del sagrado atuendo, sin atreverse siquiera a tocarlo, salvo «sosteniéndolo por la orla». Como si el mismo dios estuviera allí para escucharla, Adda-Guppi se postró y «en oración y humildad» pronunció la siguiente promesa:

¡Si volvieras a tu ciudad, toda la gente de Cabeza Negra adoraría tu divinidad!

«La gente de Cabeza Negra» era el término que utilizaban los Sumerios para identificarse a sí mismos; y el empleo de este término por parte de la suma sacerdotisa, en Jarán, era enormemente inusual. Sumer, como entidad política y religiosa, había dejado de existir casi 1.500 años antes de la época de Adda-Guppi, cuando el país y su capital, la ciudad de Ur, cayeron víctimas de la mortífera nube nuclear, en 2024 a.C. En la época de Adda-Guppi, Sumer no era más que un santo recuerdo; su antigua capital, Ur, un lugar de desmoronadas ruinas; su pueblo (la gente de «Cabeza Negra») se hallaba disperso por muchos países. Entonces, ¿cómo podía la suma sacerdotisa de Jarán ofrecer a su dios, Sin, devolverle su señorío en la distante Ur, y convertirlo de nuevo en dios de todos los Sumerios, dondequiera que " estuvieran dispersos?

Era una visión veraz del Regreso de los Exiliados y de la Restauración de un dios en su antiguo centro de culto merecedor de profecías bíblicas. Para conseguirlo, Adda-Guppi le propuso a su dios un trato: ¡si él volviera y utilizara su autoridad y sus poderes divinos para convertir a su hijo Nabuna'id en el próximo rey imperial, reinando en Babilonia tanto sobre babilonios como sobre asirios, Nabuna'id restauraría el templo de Sin en Ur y restablecería el culto

de Sin en todos los países donde hubiera gente de Cabeza Negra!

Al dios Luna le gustó la idea. «Sin, señor de los dioses del Cieloy la Tierra, por mis buenas acciones me miró con una sonrisa; escuchó mis plegarias, aceptó mi promesa. La ira de su corazón se calmó;con el Ehulhul, el templo de Sin en Jarán, la residencia divina en lacual su corazón se regocijaba, se reconcilió; y tuvo un cambio de corazón.»

El sonriente dios, escribió Adda-Guppi en su inscripción, aceptó el trato:

Sin, señor de los dioses,miró con favor mis palabras.A Nabuna'id, mi único hijo,salido de mi vientre,llamó a la realeza,la realeza de Sumer y Acad.Todos los países, desde la frontera de Egipto, desde el Mar Superior hasta el Mar Inferior,confió a sus manos.

Agradecida y abrumada, Adda-Guppi levantó sus manos y «reverentemente, implorando» dio las gracias al dios por «pronunciar el nombre de Nabuna'id, llamándolo a la realeza». Después, le imploró al dios que asegurara el éxito de Nabuna'id, es decir, que persuadiera a los demás grandes dioses para que estuvieran del lado de Nabuna'id cuando combatiera con sus enemigos, para que pudiera así cumplir la promesa de reconstruir el Ehulhul y devolverle la grandeza a Jarán.

En una posdata, que se añadió a las inscripciones cuando Adda-Guppi, con 104 años, estaba en su lecho de muerte (o registrando sus palabras justo después del deceso), el texto da cuenta de que ambos lados mantuvieron su acuerdo: «Por mí misma lo vi cumplido; [Sin] hizo honor a la palabra que me dio», haciendo que Nabuna'id se convirtiera en rey de un nuevo Sumer y Acad (en 555 a.C); y Nabuna'id mantuvo la promesa de restaurar el templo del Ehulhul en Jarán, «perfeccionó su estructura». Renovó el culto de Sin y de su esposa Ningal, «todos los ritos olvidados los hizo de nuevo». Y la divina pareja, acompañados por el emisario divino, Nusku, y su consorte (?), Sadarnunna, regresaron al Ehulhul en una procesión solemne y ceremonial.

La inscripción duplicada de la estela contiene diecinueve líneas más, añadidas sin duda por el hijo de Adda-Guppi. En el noveno año de Nabuna'id (en el 546 a.C), «se la llevó su Hado. Nabuna'id, rey de Babilonia, su hijo, salido de su vientre, enterró su cadáver, lo envolvió en ropajes [reales] y lino blanco y puro. Adornó su cuerpo con espléndidos ornamentos de oro con engarces de hermosas piedras preciosas. Con dulces óleos ungió su cuerpo; y lo puso para su descanso en un lugar secreto».

Los funerales por la madre del rey tuvieron una amplia respuesta. «Gentes de Babilonia y Borsippa, habitantes de lejanas regiones, reyes, príncipes y gobernadores llegaron desde la frontera de Egipto en el Mar Superior hasta el Mar Inferior», desde el Mediterráneo hasta el Golfo Pérsico. Los funerales, en los que la gente se arrojaba cenizas sobre la cabeza, se lloraba y se autoinfligían cortes, duraron siete días.

Antes de que volvamos a las inscripciones de Nabuna'id y a sus relatos plagados de milagros, conviene que nos detengamos a preguntarnos cómo, si lo que anotó Adda-Guppi fue cierto, se las ingenió ésta para comunicarse con una deidad que, según sus propias declaraciones, ya no se encontraba en el templo ni en la ciudad, puesto que había ascendido al cielo.

La primera parte, la de Adda-Guppi hablándole a su dios, es fácil: ella oraba, le dirigía sus oraciones. La oración, como forma de plantearle a la deidad los propios temores o preocupaciones, pidiéndole salud, buena fortuna o una larga vida, o buscando orientación para elegir bien entre diversas alternativas, todavía está entre nosotros. Se registran plegarias o llamamientos a los dioses desde que se inició la escritura en Sumer. De hecho, la plegaria como medio de comunicación con la propia deidad precedió probablemente a la palabra escrita y, según la Biblia, comenzó cuando los primeros seres humanos se convirtieron en Homo sapiens: fue cuando nació Enós («Hombre Homo sapiens»), el nieto de Adán y Eva, «que se empezó a invocar el nombre de Dios» (Génesis 4,26).

Al tocar la orla de la túnica del dios, postrándose, con gran humildad, Adda-Guppi le oraba a Sin. Lo hizo un día tras otro, hasta que él escuchó sus plegarias y respondió.

Y ahora viene la parte más difícil: ¿cómo respondió Sin? ¿cómo pudieron llegar sus palabras, su mensaje, a la suma sacerdotisa? La misma inscripción nos proporciona la

respuesta: la respuesta del dios le llegó a ella en un sueño. Quizás en un sueño parecido a un trance, el dios se le apareció:

En el sueño Sin, señor de los dioses, posó sus dos manos sobre mí. Me habló así: «Debido a ti los dioses volverán a habitar en Jarán. Confiaré a tu hijo, Nabuna'id, las residencias divinas en Jarán. Él reconstruirá el Ehulhul, perfeccionará su estructura; restaurará Jarán y la hará más perfecta de lo que fue antes.»

Este modo de comunicación, dirigido desde una deidad a un humano, estaba lejos de ser inusual; de hecho, era el más empleado habitualmente. Por todo el mundo antiguo, reyes y sacerdotes, patriarcas y profetas recibieron la palabra divina por medio de sueños. Podían ser sueños oraculares o de augurios, en los que a veces sólo escuchaban palabras, pero que otras veces incluían visiones. De hecho, en la misma Biblia se relata un episodio en el que Yahveh les decía a la hermana y al hermano de Moisés durante el Éxodo: «Si hay un profeta entre vosotros, Yo, el Señor, me daré a conocer a él en una visión y le hablaré en un sueño.»

Nabuna'id también da cuenta de comunicaciones divinas recibidas por medio de los sueños. Pero sus inscripciones cuentan muchas más cosas: un acontecimiento singular y una teofanía poco común. Sus dos estelas (a las cuales se refieren los expertos como H 2 A y H2B) están adornadas en su parte superior con una representación en la que el rey sostiene un extraño báculo y está delante de los símbolos de tres cuerpos celestes, los dioses planetarios a los que él veneraba (Fig. 92). La larga inscripción que hay debajo comienza directamente con el gran milagro y su singularidad:

Éste es el gran milagro de Sin

que por dioses y diosas

no ha tenido lugar en el país,

desde días ignotos;

que la gente del País

no ha visto ni ha encontrado escrito

en las tablillas desde los días de antiguo:

que el divino Sin,

Señor de dioses y diosas,

viviendo en los cielos,

ha bajado de los cielos

a plena vista de Nabuna'id,

rey de Babilonia.

No resulta injustificada la afirmación de que éste fuera un milagro singular, pues el acontecimiento suponía tanto el regreso de una deidad como una teofanía, dos aspectos de interacción divina con humanos que, como la inscripción prudentemente califica, no era desconocido en los Días de Antiguo. No podemos saber si Nabuna'id

(a quien algunos expertos han apodado «el primer arqueólogo» debido a su debilidad por descubrir y excavar las ruinas de emplazamientos antiguos) calificó así esta afirmación sólo por estar en el lado seguro, o si realmente estaba familiarizado, por medio de tablillas antiguas, con acontecimientos como éstos, que habían tenido lugar en otros lugares y mucho tiempo atrás; pero lo cierto es que estos acontecimientos sucedían.

Así, en los tiempos turbulentos que terminaron con la caída delimperio Sumerio hacia el 2000 a.C, el dios Enlil, que estaba poralgún otro sitio, llegó apresuradamente a Sumer cuando se le informó que su ciudad, Nippur, estaba en peligro. Según una inscripcióndel rey Sumerio Shu-Sin, Enlil regresó «volando de horizonte a horizonte; viajó de sur a norte; se apresuró cruzando los cielos, sobre la Tierra». Sin embargo, ese regreso fue repentino, sin anunciar, y no formaba parte de una teofanía.

Unos quinientos años más tarde, todavía a casi mil años del regreso y la teofanía de Sin, la más grande de las teofanías registradas tuvo lugar en la península del Sinaí, durante el Éxodo israelita de Egipto. Notificada previamente y con instrucciones sobre cómo preparar el acontecimiento, los Hijos de Israel (todos ellos, 600.000) presenciaron el descenso del Señor sobre el Monte Sinaí. La Biblia remarca que se hizo «a la vista de todo el pueblo» (Éxodo 19,11). Pero esa gran teofanía no fue un regreso.

Tales idas y venidas divinas, incluidos el ascenso y el descenso de Sin hacia y desde los cielos, implican que los Grandes Anunnaki poseían los vehículos voladores requeridos (y no sólo lo implican, sino que los tenían). Yahveh aterrizó sobre el Monte Sinaí en un objeto que la Biblia llama Kabod y que tenía la apariencia de un «fuego devorador» (Éxodo 24,11); el profeta Ezequiel describe el Kabod (traducido habitualmente por «gloria», pero que significa literalmente «la cosa pesada») como un vehículo luminoso y radiante equipado con ruedas dentro de ruedas. Quizá tuviera en mente algo comparable al carro circular en el cual se representaba al dios asirio Assur (Fig. 85). Ninurta tenía el Imdugud, el «Divino

Pájaro Negro»; y Marduk disponía de un alojamiento especial en su recinto sagrado en Babilonia para su «Viajero Supremo»; probablemente, era el mismo vehículo que los egipcios llamaban el Barco Celeste de Ra.

¿Y qué hay de Sin y de sus idas y venidas celestiales?

Que ciertamente poseyera tal vehículo volador (un requisito esencial para la partida y el regreso del cielo de los que se dan cuenta en las inscripciones de Jarán) queda atestiguado en muchos de los himnos dedicados a él. En un himno Sumerio, se habla de Sin volando sobre su amada ciudad de Ur, incluso se refieren al Barco del Cielo del dios como su «gloria»:

Padre Nannar, Señor de Ur,cuya gloria es el sagrado Barco del Cielo...cuando en el Barco del Cielo tú asciendes,tú eres glorioso.Enlil ha adornado tu mano con un cetro,imperecedero cuando sobre Uren el Barco Sagrado te subes.

Aunque hasta el momento no se ha identificado ninguna representación del «Barco del Cielo» del dios Luna, sí que existe una posible representación. Sobre una importante ruta que unía el este con el oeste a través del río Jordán estaba Jericó, una de las ciudades más antiguas que se conocen. La Biblia (y otros textos antiguos) se refiere a ella como la Ciudad del dios Luna, que es lo que el nombre bíblico Yeriho significa. Fue allí donde el Dios bíblico le dijo al profeta Elias (siglo ix a.C.) que cruzara el río Jordán para ser arrebatado hacia el cielo en un carro de fuego. Como se relata en 2 Reyes 2, no fue un acontecimiento casual, sino una cita acordada previamente. Partiendo en su viaje final de un lugar llamado Gilgal, el profeta iba acompañado por su ayudante, Eliseo, y por un grupo de discípulos. Y cuando llegaron a Jericó, los discípulos le preguntaron a Eliseo: «¿No sabes que el Señor se llevará al maestro hoy?» Y Eliseo, afirmando, les instó a que guardaran silencio.

Cuando llegaron al río Jordán, Elias insistió en que los demás se quedaran atrás. Cincuenta de sus discípulos avanzaron hasta la orilla del río y se detuvieron; pero Eliseo no se quería ir. Entonces, «Elias tomó su manto y lo enrolló, y golpeó las aguas, que se dividieron a derecha e izquierda, y pasaron los dos a pie enjuto». Luego, en el otro lado del Jordán, un carro de fuego con caballos de fuegoapareció de repentey separó a uno del otro;y Elias subió al cieloen un torbellino.

En la década de 1920, una expedición arqueológica enviada por el Vaticano inició unas excavaciones en un lugar del Jordán llamado Tell Ghassul, «Montículo del Mensajero». Su antigüedad se remonta a milenios, y algunos de los habitantes más antiguos de Oriente Próximo estaban enterrados allí. En algunos de los muros caídos, los arqueólogos descubrieron murales muy hermosos y poco comunes, pintados con diversos colores. En uno de ellos se veía una «estrella», que parecía más bien una brújula que indicara los

principales puntos cardinales y sus subdivisiones; otro mostraba una deidad sentada que, recibía a una procesión ritual. Otros murales representaban objetos bulbosos negros con aberturas parecidas a ojos y patas extendidas (Fig. 93); estos últimos bien podrían haber sido esa especie de «carro de fuego» que se llevó a Elias al cielo. De hecho, el lugar pudo ser muy bien el mismo de la ascensión de Elias: de pie sobre el montículo, uno puede ver el río Jordán no muy lejos y, más allá, brillando en la distancia, la ciudad de Jericó.

Según la tradición judía, el profeta Elias regresará algún día para anunciar la Era Mesiánica.

Es evidente que Adda-Guppi y su hijo Nabuna'id pensaban que esa era había llegado ya, y que venía señalada y significada por el Regreso del dios Luna. Ellos esperaban que su Era Mesiánica les introdujera en una época de paz y prosperidad, una nueva era que comenzaría con la reconstrucción y la nueva consagración del Templo de

Jarán.

Pero pocos se han dado cuenta de que visiones proféticas similares tuvieron lugar más o menos al mismo tiempo referentes al Dios y al Templo de Jerusalén. Y, sin embargo, lo cierto es que ése era el tema de las profecías de Ezequiel, que comenzaban «cuando los cielos se abrieron» y él vio el radiante carro celestial entrando en un torbellino.

La cronología que nos ofrecen las inscripciones de Jarán, verificada por los expertos en los anales asirios y babilonios, indica que Adda-Guppi nació hacia el 650 a.C; que Sin abandonó su templo en Jarán en 610 a.C, y que volvió en 556 a.C. Es exactamente el mismo período en el cual Ezequiel, que había sido sacerdote en Jerusalén, fue llamado a la profecía, mientras estaba entre los deportados judíos en el norte de Mesopotamia. Él mismo nos proporciona una fecha exacta: Fue en el quinto día del cuarto mes del quinto año del exilio del rey de Judea Joaquín, «cuando yo estaba entre los deportados en las orillas del río Kebar, se abrieron los cielos y tuve visiones divinas», escribe Ezequiel justo al principio de sus profecías. ¡Era el 592 a.C!

El Kebar (o Jabur, como se le conoce ahora) es uno de los afluentes del Eufrates, que inicia su recorrido en las montañas de lo que hoy es el este de Turquía. No muy lejos, al este del río Jabur, hay otro importante afluente del Eufrates, el río Balikh; y es a orillas del Balikh donde ha estado situada Jarán durante milenios.

Ezequiel se encontraba tan lejos de Jerusalén, a orillas de un río en la Alta Mesopotamia, al borde de los territorios hititas («el País de Hatti» en los registros cuneiformes), porque era uno de los varios miles de nobles, sacerdotes y otros líderes de Judea que habían sido capturados y llevados al exilio por Nabucodonosor, el rey babilonio que invadió Jerusalén en 597 a.C.

Aquellos trágicos acontecimientos se detallan en el segundo libro de Reyes, principalmente en 24,8-12. Sorprendentemente, en una tablilla de arcilla babilónica (parte de la serie conocida como Las Crónicas Babilónicas) se registraron los mismos acontecimientos, con fechas coincidentes.

¡Sorprendentemente también, esta expedición babilónica, al igual que la anterior de Asaradón, se lanzó también desde un punto cercano a Jarán!

La inscripción babilónica detalla la toma de Jerusalén, la captura de su rey, su sustitución en el trono de Judea por otro rey elegido por Nabucodonosor, y la deportación (el «envío a Babilonia») del rey capturado y de los líderes del país. Fue así como el sacerdote Ezequiel vino a dar con su cuerpo en las orillas del río Jabur, en la provincia de Jarán.

Durante un tiempo (al parecer, durante los cinco primeros años), los deportados creyeron que las calamidades que habían caído sobre su ciudad, su templo y sobre ellos mismos serían un revés temporal. Aunque el rey de Judea Joaquín estaba cautivo, se mantenía con vida. Aunque los tesoros del Templo se habían llevado a Babilonia como botín, el Templo estaba intacto; y la mayoría del pueblo seguía estando en el país. Los deportados, que se mantenían en contacto con Jerusalén por medio de mensajeros, tenían grandes esperanzas de que algún día se reinstaurara a Joaquín, y el Templo recuperara su sagrada gloria.

Pero tan pronto como Ezequiel fue llamado a la profecía, en el quinto año del exilio (592 a.C), el Señor Dios le instruyó para que anunciara al pueblo que el exilio y el saqueo de Jerusalén y de su Templo no eran el fin del calvario. Esto no era más que una advertencia al pueblo para que enmendara sus caminos, para que se comportaran justamente entre sí, y dieran culto a Yahveh según los Mandamientos. Pero Yahveh le dijo a Ezequiel que el pueblo no había enmendado sus caminos, sino que, además, se habían vuelto al culto de «dioses extranjeros». Por tanto, dijo el Señor Dios, Jerusalén será atacada de nuevo, y esta vez será totalmente destruida, templo y todo.

Yahveh dijo que el instrumento de su ira sería de nuevo el rey de Babilonia. Es un hecho histórico fundado y conocido que, en 587 a.C, Nabucodonosor, desconfiando del rey que él mismo había puesto en el trono de Judea, asedió de nuevo Jerusalén. Esta vez, en 586 a.C, la ciudad fue tomada, incendiada y dejada en ruinas; y lo mismo ocurrió con el Templo de Yahveh que Salomón había construido medio milenio antes.

Ciertamente, gran parte de esto es bien conocido. Pero lo que pocos saben es la razón por la cual el pueblo y los líderes que quedaron en Jerusalén no tuvieron en cuenta la advertencia. Fue la creencia de que «¡Yahveh había abandonado la Tierra!».

En lo que en aquellos días él tenía por «visión remota», primero se le mostró a Ezequiel a los Ancianos de Jerusalén detrás de sus puertas cerradas, y después se le llevó en un recorrido visionario por las calles de la ciudad. Había un colapso completo tanto en la justicia como en las observancias religiosas, pues lo único que se decía era:

Yahveh ya no nos ve. ¡Yahveh ha dejado la Tierra!

Fue en el 610 a.C, según las inscripciones de Jarán, cuando «Sin, señor de dioses, se enfureció con su ciudad y su templo, y subió al cielo». Y fue en 597 a.C, algo más de una década después, cuando Yahveh se enfureció con Jerusalén, su ciudad, y su pueblo, y dejó que el incircunciso Nabucodonosor, rey por la gracia de Marduk, entrara, saqueara y destruyera el Templo de Yahveh.

Y el pueblo gritaba: «¡Dios ha dejado la Tierra!»

Y no sabían cuándo regresaría, ni si lo haría.

EPILOGO

Las grandes expectativas que tenía la madre por Nabuna'id, como reunificador de Sumer y Acad y restaurador de los gloriosos Días de Antaño, no prepararon al nuevo rey para los contratiempos que de inmediato tuvo que afrontar. Quizás hubiera esperado desafíos militares, pero no previó el fervor religioso que haría presa en sus dominios.

Tan pronto como estuvo en el trono real de Babilonia, por un acuerdo entre su madre y Sin, se dio cuenta de que había que apaciguar a Marduk, otrora destituido y luego devuelto a Babilonia, y hacer justicia con él. En una serie de sueños-augurios verídicos o supuestos, Nabuna'id dijo haber obtenido la bendición de Marduk (y de Nabu) no sólo para su realeza, sino también para la prometida reconstrucción del templo de Sin en Jarán.

Para no dejar dudas sobre la importancia de estos mensajes oníricos, el rey dijo que Marduk le había preguntado concretamente si había visto «la Gran Estrella, el planeta de Marduk», una referencia directa a Nibiru, y qué otros planetas estaban en conjunción con él. Cuando el rey comentó que estaban el «dios 30» (la Luna, homólogo celestial de Sin) y el «dios 15» (Ishtar y su homólogo Venus), se le dijo: «No hay presagios malignos en la conjunción.»

Pero ni el pueblo de Jarán ni el pueblo de Babilonia estaban contentos con este co-regnum de los dioses, ni tampoco los seguidores de Ishtar «y el resto de dioses». Sin, cuyo templo en Jarán se restauró con el tiempo, exigía que su gran templo en Ur fuera de nuevo un

centro de culto. Ishtar se quejaba de que su morada dorada en Uruk (Erek) debía ser reconstruida, y pedía que se le diera de nuevo un carro tirado por siete leones. Y, si uno lee entre líneas en la inscripción del rey, éste estaba ya hastiado de tanto tira y afloja con tantos dioses y con sus sacerdocios.

En un texto que los expertos titularon Nabuna'id y el clero de Babilonia (en una tablilla que se encuentra ahora en el Museo Británico), los sacerdotes de Marduk presentan un pliego de descargos, una lista de acusaciones contra Nabuna'id; las acusaciones van desde materias civiles («la ley y el orden no son promulgados por él»), pasando por negligencias económicas («los agricultores están corruptos», «los caminos de comercio están bloqueados») y guerras infructuosas («los nobles están muriendo en la guerra»), hasta las acusaciones más serias: sacrilegio religioso...

Hizo una imagen de un diosque nadie había visto antes en el país;la puso en el templo,la elevó sobre un pedestal...Con lapislázuli la adornó,la coronó con una tiara...

Era la estatua de una deidad extraña (nunca antes vista, recalcaban los sacerdotes), con «el cabello que llegaba hasta el pedestal». Era tan inusual y tan impropia que ni siquiera Enki y Ninmah la podrían haber concebido, tan extraña que «ni siquiera el instruido Adapa conocía su nombre». Pero, para empeorar aún más las cosas, se esculpieron dos extrañas bestias como guardianes suyas: una representaba un Demonio-Diluvio y la otra un Toro Salvaje. Y para hacer más insultante el sacrilegio, el rey puso esta abominación en el templo del Esagil de Marduk, y anunció que la festividad del Akitu (Año Nuevo), que era fundamental para equiparar a Marduk con el celestial Nibiru, ya no se celebraría más.

Los sacerdotes anunciaron para que lo supiera todo el mundo que «la deidad protectora de Nabuna'id se le había hecho hostil», que «el otrora favorito de los dioses había caído en desgracia». Y así, Nabuna'id anunció que iba a dejar Babilonia «en una expedición hacia una distante región». Nombró a su hijo Bel-shar-uzur («Bel/Marduk protege al rey», el Baltasar del Libro de Daniel) como regente.

Su destino era Arabia, y en su entorno había, como lo atestiguan diversas inscripciones, judíos de entre los deportados de Judea. Su base principal estuvo en una ciudad llamada Tayma (un nombre que se encuentra en la Biblia) y fundó seis poblaciones para sus seguidores; cinco de ellas se relacionan, mil años después, según fuentes islámicas como ciudades judías. Algunos creen que Nabuna'id estaba buscando la soledad del desierto para contemplar el monoteísmo; un fragmento de un texto descubierto entre los manuscritos del mar Muerto en Qumrán da cuenta de que Nabuna'id quedó aquejado de una «desagradable enfermedad de la piel» en Tayma, y que se curó cuando «un judío le dijo que rindiera honores al Dios Altísimo». Sin embargo, la mayor parte de las evidencias sugieren que estaba difundiendo el culto de Sin, el dios Luna simbolizado por el creciente, un símbolo que adoptarían con el tiempo los adoradores árabes de Alá.

Fueran cuales fueran las creencias religiosas por las cuales estuviera cautivado Nabuna'id, no cabe duda de que eran anatema para los sacerdotes de Babilonia. Y así, cuando los reyes aqueménidas de Persia absorbieron el reino de Media y se expandieron en Mesopotamia, Ciro, su rey, no fue recibido en Babilonia como un conquistador, sino como un liberador. Sabiamente, Ciro se apresuró a ir al templo del Esagil tan pronto como entró en la ciudad y «sostuvo las manos de Marduk con ambas manos».

Era el año 539 a.C; marcó el profetizado fin de la existencia independiente de Babilonia.

Una de sus primeras acciones fue promulgar una proclamación que permitía el regreso a Judea de los deportados judíos y la reconstrucción del Templo de Jerusalén. El edicto, registrado en el Cilindro de Ciro que se conserva ahora en el Museo Británico, corrobora la información bíblica según la cual Ciro «fue encargado para ello por Yahveh, el Dios del Cielo».

La reconstrucción del Templo, bajo el liderazgo de Ezra y Nehemías, se culminó en 516 a.C, setenta años después de su destrucción, tal como lo había profetizado Jeremías.

La historia del fin de Babilonia se cuenta en la Biblia en uno de sus libros más enigmáticos, el Libro de Daniel. Este libro, en donde se presenta a Daniel como uno de los deportados judíos llevados a la cautividad en Babilonia, cuenta cómo se le seleccionó, junto con otros tres amigos, para servir en la corte de Nabucodonosor y cómo (al igual que José en Egipto) fue elevado a un alto cargo tras interpretar los sueñosaugurios del rey acerca de acontecimientos futuros.

El libro pasa después a acontecimientos de la época de Baltasar, cuando, durante un gran banquete, una mano apareció en el aire y escribió en la pared MENE MENE TEKEL UPHARSIN. Ninguno de los adivinos ni de los magos del rey pudo descifrar la inscripción. Como último recurso, llamaron a Daniel, que ya hacía tiempo que se había retirado de escena. Y Daniel le explicó el significado al rey babilonio: Dios ha contado los días de tu reino; se te ha pesado y se te ha encontrado falto; tu reino vendrá a su fin repartido entre medas y persas.

Después de aquello, el propio Daniel empezó a tener sueñosaugurios y visiones del futuro, en los que el «Anciano de los Días» y sus arcángeles jugaban papeles clave. Desconcertado por sus propios sueños y visiones, Daniel pidió una explicación a los ángeles. En todos los casos, resultaban ser predicciones de acontecimientos futuros que iban más allá de la caída de Babilonia, incluso más allá del cumplimiento de la profecía de los setenta años de la reconstrucción del Templo. Se predijo el auge y la caída del Imperio persa, la llegada de los griegos bajo Alejandro, la escisión de sus dominios tras su muerte y lo que vino después.

Aunque muchos expertos modernos (pero no los sabios judíos ni los Padres de la Iglesia cristiana) creen que estas profecías (sólo correctas en parte) se realizaron a posteriori, indicando a un autor muy posterior (o incluso a varios autores), el punto central de los sueños, las visiones y los augurios que experimentara Daniel es su preocupación con la pregunta: ¿cuándo? ¿Cuándo acaecerá el último reino, el único que sobrevivirá y perdurará?

Será uno que sólo los seguidores del Dios Altísimo, el «Anciano de los Días», vivirán para ver (incluso los muertos entre ellos, que se levantarán). Pero, una y otra vez, Daniel insiste en preguntarles a los ángeles: ¿cuándo?

En una de las ocasiones, el ángel le responde que una fase en los acontecimientos futuros, un tiempo en el que un rey impío intentará «cambiar los tiempos y las leyes», durará «un tiempo, tiempos y medio tiempo»; después de eso «los reinos bajo el cielo se le darán al pueblo, los santos del Altísimo».

En otra ocasión, el ángel de la revelación le dice: «Setenta semanas de años se han decretado para tu pueblo y tu ciudad hasta que la medida de la trasgresión se cumpla y la visión profética se ratifique.»

Una vez más, Daniel le pregunta al divino emisario: «¿Cuánto tiempo pasará hasta el fin de estas cosas terribles?» Y le dan otra respuesta enigmática: El cumplimiento de todo lo profetizado llegará después de «un tiempo, tiempos y medio tiempo».

«Escuché y no comprendí -escribe Daniel-. De modo que dije: "Señor mío, ¿cuál será la última de estas cosas?"» Todavía con un lenguaje codificado, el ser divino responde: «Contando desde el momento en que la ofrenda habitual sea abolida y se levante la abominación de la desolación pasarán mil doscientos noventa días. Dichoso aquel que sepa esperar y alcance a mil trescientos y treinta y cinco días.»

Y como Daniel siguiera desconcertado, el Ángel de Dios añade:

Tú, Daniel, descansarás y te levantarás

a tu destino en el Fin de los Días...

Pero guarda en secreto las palabras,

y sella el libro hasta el Fin del Tiempo.

En el Fin del Tiempo, cuando las naciones de la Tierra se reúnan en Jerusalén, hablarán todas «en una lengua clara», decía el profeta Zefanías (cuyo nombre significaba «Codificado por Yahveh»), ya no habrá necesidad de confundir lenguas, letras que se lean hacia atrás y códigos ocultos.

Y, al igual que Daniel, nosotros seguimos preguntando: ¿cuándo?